

MANUEL BOBIS REINOSO

ACUARELA PARA UN PADRE  
AUSENTE

---





*A la hija que nunca tuve*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2023

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía:

ISBN: 9798376502402



Corrección, maquetación, ilustración y diseño de portada: **Drakkar Ediciones.**

Impresión y encuadernación: Amazon.

# ACUARELA PARA UN PADRE AUSENTE

---





¡Cuán grande riqueza es, aun entre los pobres, el ser hijo de buen padre!

*Juan Luis Vives (1492-1540) Humanista y filósofo español.*



# 1

## Violeta natural

11:00h del martes 1 de enero de 2019.

Aunque es día festivo, hace una hora que Violeta ha abierto su herbolario. Antes, ha tenido que sortear un sinnúmero de gorriones caídos al suelo helados por el relente de la noche. Sus cuerpos rígidos, inertes, escarchados, han moteado el empedrado de la Plaza Mayor de Trujillo. Levantar la persiana metálica le ha costado un dolor punzante a sus manos de cristal, moradas, enguantadas de lana. Sabe que va a vender muy poco género, pero prefiere poner en orden y colocar en las estanterías un pedido llegado durante la Navidad. Tal vez entre en el local gente sanota de esta que se acuesta nada más tomar las uvas de fin de año para levantarse temprano, calzarse las zapatillas deportivas y salir a correr. Ella también se acostó pronto, probó unas verduritas a la plancha, un yogur desnatado sin lactosa, media copa de cava para brindar con su hija por un feliz año y se fue a la cama.

Lo primero que ha hecho después de abrir ha sido encender la chimenea de la trastienda con madera de encina y quemar un puñado de alhucema para que su fragancia se esconda en cada rincón del establecimiento haciendo recordar a los clientes el amor de una mesa de camilla. El corazón de Violeta palpita suave, una leve sonrisa reluce en su rostro encuadrado en un pelo de corte a lo *garçon*, moderno, canoso, que no ha conocido jamás la tiranía de los tintes artificiales. Saborea su

equilibrio recreándose en la plácida estabilidad que le regala el estado de madurez alcanzado. Ya le ha dado tiempo de ordenar estantes canturreando entre tisanas, aceites esenciales, varillas de lavanda, caramelos artesanos de miel de Las Hurdes. Ha colocado cada caja en su sitio perfecto para que el cliente se antoje de ella. Su tienda, fruto de años de trajines entusiasmados, colmada de remedios naturales y aromas relajantes, no dispone de un solo hueco en las estanterías verde agua donde encajar una pastilla de jabón de glicerina al romero. Sobre el mostrador, Violeta exhibe como una pieza de museo una caja registradora plateada cuyas teclas de marfil han olvidado el número que tenían impreso cuando eran jóvenes. Todavía funciona alegrando con sus campanitas esas tardes de invierno en las que tanto se venden los ungüentos de eucalipto para hervir vapores o para que madres mimosas los unten en el pechito de niños sonrosados embutidos en pijamas de franela. Violeta ha abierto los cajoncitos con su sonido de tilín para comprobar, contando en un movimiento de labios finos, que hay suficiente cambio para comenzar el día. Nada la perturba. Su vida es paz, armonía. Podría asegurarse que ha alcanzado esa autorrealización que los seres humanos perseguís como al oro.

Delante del mostrador de mampostería, reposan hasta diez sacos de los de antaño repletos de bolsitas de especias distintas, de las que el pimentón de La Vera, dulce o picante, es el rey entre las reinas. Ya ha repuesto, en un ir y venir desde la trastienda sobre sus mocasines adornados con corazones y ositos, aquellos sacos disminuidos en su nivel. Ha pasado el paño a algunos juguetes adorables en madera pintada en tonos parchís que tiene puestos a la venta: un tren con su locomotora, tres vagones y vías circulares; una marioneta de Pinocho, un juego de la oca. Ha colocado dos personajes de cartón, un soldado de una sola pierna y una bailarina, dentro de un teatro en miniatura que

preside el escaparate. El escenario representa el cuento de Hans Christian Andersen *El soldadito de plomo*. En las paredes tiene colgadas acuarelas pintadas por Margarita, su hija. En cada una de ellas se representa una planta propia del bosque mediterráneo. Ha limpiado los marcos uno por uno aupando su cuerpo delgado sobre las puntas de sus pequeños pies. El reloj de cuco comprado en la Selva Negra está cantando sus once alborozos, los muñequitos de madera bailan al son de la música de Edelweiss.

Ahora, Violeta está sentada repasando facturas en una silla rústica restaurada que venera detrás del mostrador. Ella no lo sabe porque aún no ha ocurrido, ni siquiera puede imaginarlo, pero dentro de un año justo, cuando enero vuelva para cubriros de frío, habrá regresado a Sevilla y se hallará sentada en una silla muy diferente junto a la cabecera de la cama ortopédica donde Julián se encontrará postrado. Aunque él no pueda oírla, ella le hablará, le dirá:

—¡Aquí me tienes!, junto a ti, contemplando nuestro abatimiento. Ni yo misma entiendo qué es lo que hago. Te miro hundido en la cama, con tu cerebro silenciado por una bala, convertido en un vegetal. No puedo creer que, después de treinta y ocho años sin vernos ni saber el uno del otro, vaya a ser yo quien te cuide, quien te meta la cuchara en la boca para alimentarte, quien te seque las babas caídas en vertical como estalactitas, quien te lave ese cuerpo de sarmiento y te limpie la mierda. Sí, ni yo misma me comprendo en mi amargura, pero me siento obligada por esta broma monstruosa, trágica, con la que el destino ha jugado con nuestras personas. Yo no merecía encerrarme, a mis cincuenta y nueve años, en esta cárcel sin barrotes, en este luto que es cuidarte veinticuatro horas al día.

»Me enteré de que los médicos te daban el alta porque ya no se podía hacer más por ti, era preciso que abandonaras el hospital, que

dejaras libre la cama. Nadie ha querido saber de tu situación, ni siquiera tu mujer o tu hija. Nadie ha aparecido para visitarte en tu lecho de hospital, todos se han negado a hacerse cargo de este cuerpo sin vida en lo que te has convertido. El juez, no sin contemplar la expresión asombrada de unos abogados que no podían creer lo que estaban oyendo, ha permitido que sea yo quien me ocupe de ti. Y aquí está la tonta que he sido siempre, abandonando mi casa para venir a vivir a esta ciudad de la que escapé hace tantos años huyendo de ti, regresando a esta tierra donde no había vuelto a poner un pie desde que me marché. Vuelvo cargada, a mi edad, con una maleta de agonía y sinsabores, dispuesta para revestir mi duelo observando tu cuello, tus muñecas, tus rodillas retorcidas, tus ojos que miran estúpidamente al suelo.

»He tenido suerte, he podido alquilar, a buen precio, este piso tan majo, moderno, en pleno centro de Sevilla. Nuevecito, amueblado con buen gusto, con suelo de parqué, precioso, colmado de luz, con su ascensor amplio para poder subirme o bajarte en tu silla de ruedas. Todavía huele a barniz, a pintura, a electrodomésticos recién sacados de su embalaje. Tiene dos habitaciones, un aseo amplio con una ducha acondicionada para minusválidos, salón con cocina integrada y un balcón donde podrás tomar el sol. Cuando te han traído, los operarios de la ambulancia me han comentado que tanto el ascensor como el aseo son muy cómodos, que he sabido elegir. ¿Hay que cambiarte ya el pañal? No, todavía estás seco.

Violeta se levantará de la silla. Sobre un mueble lacado en blanco de Ikea diseñado expresamente para albergar un tocadiscos, rebuscará entre su colección de vinilos, elegirá uno, lo pinchará. Después se dirigirá a la ventana para abrir las cortinas estampadas. La luz de la tarde nueva, tenue, iluminará en gris resignación la estancia blanca y niquelada. Curioseando la calle a través del cristal, proseguirá:

—Yo sé que tú no me escuchas, imagino que es una terapia que me aplico a mí misma, pero me gusta hablarte y ponerte música de nuestros tiempos jóvenes. Cuando me fui de Sevilla, me llevé conmigo mi colección de discos. Ahora, en nuestra nueva casa, la conservo a mi lado, aunque el tocadiscos es nuevo, el anterior se me estropeó hace muchos años. La gente joven llama vinilos a los discos, al parecer se han vuelto a poner de moda. Está sonando *Amor profundo*, espero que te guste. Miro por la ventana empañada, veo el cielo brumoso con su abrigo y su bufanda puestos. La gente camina deprisa, suenan los tacones sobre el enlosado mojado. ¿Nevará otra vez, igual que el año pasado? Esta canción me recuerda el día en que te conocí, en otro enero recién nacido, en la fiesta de fin de año en la que celebrábamos la llegada de 1982. La organizaba una compañera de la facultad de biología en el chalet de sus padres en el barrio de Santa Clara. A eso de la una de la madrugada, ya habíamos dejado los abrigos sobre las camas aplastadas casi cuarenta personas. Las habitaciones olían a naftalina y perfume.

»Encarni, Rosa y yo oteábamos el ganado en busca de muchachos guapetones. Había reparado en ti porque eras una de las cuatro personas que no se habían disfrazado. Las otras tres, cómo no, tus amigotes. Ciertas lenguas, animadas por los primeros efectos del alcohol, nos advirtieron que os hacíais llamar «Los Halcones». Puedes imaginarte el cachondeo que mis amigas y yo montamos con el nombrecito. ¡Halcones acechando a palomas!, ¡qué miedo, salvadnos! Más bien erais las tres y media, o tres largos y un corto, por aquello de la escasa estatura de tu amigo Ignacio.

»Yo lucía, ilusionada, mi traje negro de Charlestón que habían confeccionado mis propias manos. El vestido era recto, corto, ajustado a mi cuerpo ligero y menudo de veinte años. Me sentía guapa con él, deseada ante la mirada de los muchachos gracias a mis medias con sus

ligueros, los tacones altos, mis guantes a medio brazo, el collar amplio de perlas, la diadema con pluma, la boquilla larga que sostenía de una manera sensual entre mis dedos. Los flecos cosidos al vestido volaban locos cuando sonaba Tequila con su tema *Salta*. ¡Qué risa y qué pavo con *El baile de los pajaritos!*

»Cuando el hambre invocaba a mi paladar, me acercaba al frigorífico atestado de cervezas para abrir una bien fresquita, después a una mesa formidable del salón donde esperaban varias bandejas con canapés: de paté con pepinillos, jamón york y queso, salchichón, hasta de Nocilla. Nos habíamos cargado una buena faena preparándolos la tarde anterior antes de ir cada una a su casa para ducharnos, arreglarnos, cenar con la familia y tomar las uvas. Si se me apetecía un cubata me daba un paseíto hacia otra mesa en la que se mezclaban, como en un collage, un bol repleto de cubitos de hielo, botellas de licor, de refrescos, patatas fritas, gusanitos, vasos de plásticos, cintas de casete que retumbaban en un aparato tan enorme que tuvo que ser transportado por dos personas.

»El calor y el alcohol comenzaron a cumplir su función. Cincuenta cabezas saltaban, descendían, bullían, se agitaban al ritmo de la música. Con *La Conga de Jalisco*, nuestros matasuegras y serpentinas impactaban o aterrizaban sobre la cara o los cabellos repeinados de los más aburridos. El suelo se notaba pegajoso, eran las dos y media de la madrugada, la fiesta se encontraba en su cumbre. Después de un buen rato de baile suelto, acalorada, me senté a disfrutar mi Negrita con naranja. Sonó una canción tecno pop de un grupo desconocido llamado Mecano: *Hoy no me puedo levantar*. ¡Uff!, yo tampoco podía, ¡qué trote con aquellos taconazos! Justo cuando iba a comenzar la tanda de baile *agarrao*, te acercaste a mí con tus zapatos relucientes, pantalón gris, chaqueta cruzada azul marino, camisa blanca, corbata burdeos, cubata

en mano. «Tía, ¿quieres bailar?». ¿Tía, pero cómo que tía? Si ya me caías mal porque no te habías disfrazado y porque eras un «halcón», imagínate después de lo de «tía». Te endosé un rotundo no, seco, de ceño fruncido. Para mi sorpresa, te sentaste en la silla que se encontraba al lado de la mía. Comenzó a sonar *Si me dejas ahora*, nuevo intento, nueva negativa. Con *Polvo en el viento* mi enfado comenzaba a tornarse en risa tonta, con *Angie* ya sabía que iba a claudicar, con *El año del gato* el horno ya estaba a punto. Cuando *Amor profundo* relajaba los sentidos te dije: «¡Bueno!, pero solo una canción». Era la sexta vez que me preguntabas. ¡Tan guapo, tan alto! Tu colonia cara de hombre la podía oler sin esfuerzo, pegabas mi figura delgada fuertemente a tu cuerpo mientras enterrabas tu nariz en mi cuello y mantenías los ojos cerrados. A mí me parecía que estabas en éxtasis o que te había llegado el Nirvana ese que dicen por ahí. «Me llamo Julián», susurraron tus labios rozando mi clavícula. «Yo Violeta», contesté. Bailamos toda la noche, subía continuamente tus manos cuando se dejaban resbalar lenta, disimuladamente por el raso de mi vestido buscando mi trasero. Mis amigas me miraban componiendo sonrisitas maliciosas, como diciendo: «¡Has ligado con un pulpo!».

»Poco a poco, el cansancio y el reloj aclararon el salón del chalet, ya solo quedaba alguna pareja besuqueándose en los sillones, los últimos danzantes *agarraos* bailaban, arrastrando los pies, las canciones más lentas. Nos llegó a nosotras el momento de marcharnos. Fin de fiesta, ¡a buscar los abrigos y a casita! Te pusiste bastante pesado empeñado en besarme, en llevarme a casa en tu coche, y yo que no y que no, que me volvía en el 850 con mis amigas, tal como había llegado. Veía desde la ventanilla que te quedabas mirando, bajo el relente helado de la madrugada, cómo nuestro Seat amarillo pálido se alejaba completo de risas, plumas, collares... En la mano, o tal vez en la garra, apretabas

un papel donde habías apuntado mi número de teléfono. Cada segundo te hacías más pequeñito hasta que el coche dobló al final de la calle.

»No sabes cuántas veces he pensado que el origen de nuestra desgracia estriba en aquella primera negativa. Si te hubiera dicho sí a la primera y hubiera caído en tu red de araña aquella misma noche, me hubieras dejado al momento para ir a picar a otra flor. Eso es lo que siempre te ha gustado. Aquel estoque, clavado hasta la empuñadura en tu arrogancia, removió tu vanidad. ¡No caer rendida al momento ante tu deslumbrante figura, con aquel traje de niño pijo, tan guapo, recién licenciado de una mili realizada nada más y nada menos que de alférez de la IMEC, que en dos años acabaría la licenciatura en medicina, que a la edad de veintiuno ya conducía un flamante Talbot Horizon de color rojo! Aquello no te cabía en la cabeza, te encaprichaste de mí.

»Resonó enérgico el teléfono góndola rojo tensión, yo no sabía si deseaba o temía tu llamada. Quedamos con tus amigos y mis amigas para ir a ver la cabalgata de Reyes. Te notaba exaltado por las luces de las carrozas y los colores brillantes de los disfraces. El bullicio ilusionado se reflejaba en tus pupilas, el olor del piñonate endulzaba el ambiente. Saltabas entre un sinfín de brazos alzados, te tirabas al suelo como un portero de fútbol intentando atrapar los caramelos que sobrevolaban nuestras cabezas. Tenías que ser quien consiguiera la bolsa más grande, no podía ser de otra manera. Disputabas con niños y ancianos. En uno de tus impulsivos empujones estuviste a punto de tirar al suelo a un señor mayor de abrigo, sombrero y barba blanca que acompañaba a su nieto. Se te quedó mirando con ganas de estrangularte. Después, presumías ante mí de tamaña heroicidad como si fueras el macho alfa.

»Al día siguiente volvió a sonar el teléfono: «¿Puedes bajar?». Salí a la puerta del bloque tiritando, en pijama de franela rosa sorpresa, bata, zapatillas de Snoopy. Te plantaste ante mí sonriente, con un

paquete muy bien envuelto de El Corte Inglés, regalo de Reyes, en la mano. Me negué a aceptarlo, te marchaste contrariado, confundido, negando con la cabeza, cagándote en no sé qué y en no sé cuánto. El pobre teléfono llegó a quedar afónico de tanto ring ring. Conseguiste que saliéramos el fin de semana por los bares de moda de Los Remedios. Tomabas cervezas una detrás de otra, yo no pasé de dos en toda la noche, ya sabes que me mareo con nada. Me mirabas el culo sin disimulo cuando, jugando al chapolín, yo apuntaba a la bola con el taco. Esquivaba tus labios, que revoloteaban sobre los míos como avispa, y tus manos al acercarse peligrosamente, por debajo de las mesas, buscando mis muslos. El sábado 30 fuimos al multicine Alameda. Yo me había sentado entre Encarni y Rosa, tus amigos en las butacas contiguas, pero no sé qué extrañas artes empleaste para conseguir, por encima de personas y abrigos, colocarte a mi lado. Vimos la película *En busca del arca perdida*. Me susurrabas al oído que ese tal Indiana era un tío como deben ser los tíos. «¿Como Los Halcones?», te encajé guasona junto a una carcajada. Un siseo me mandó a callar. Más tarde, en el Alcaicería, ahogados en una atmósfera blanca e irrespirable de humo de tabaco, ojos rojos y mesas mojadas de cerveza, mi muralla claudicó ante tan incansable ariete. Por primera vez tus labios besaron los míos.

»Nos veíamos todos los días. Aunque tuviéramos que estudiar, encontrábamos al menos media hora para salir a la calle a morrearnos un rato. Ahora salgo muy poco, aprovecho por la mañana, cuando te noto dormido y sosegado, para hacer las compras. Te dejo con Eli, una chica a la que he contratado porque yo, tan menudita, no puedo contigo para pasarte de la cama a la silla o de la silla a la cama. Viene por la mañana, almuerza conmigo, se marcha una vez que te hemos acostado después de cenar. Estoy contenta con ella. Le viene muy bien, es una alumna de la UNED. Estudia aquí a la vez que se gana un sueldo, en

una habitación que le tengo acomodada. Es auxiliar de clínica, pero está acabando el grado en psicología, a distancia. Yo te dejo bien dispuesto, rara vez debe prestarte algún cuidado, aunque cuando lo hace se esmera. Esa horita que salgo a la calle se convierte en el mejor momento del día, me sirve para distraerme del sedimento denso, turbio que ha dejado en mi alma este lastimero día a día. Las tardes que hace bueno, te doy un paseíto por el sol, bien abrigado, con tu supersilla exprés Catalina. Puedes comprobar que la manía de ponerle nombres a los objetos no se me ha quitado.

»Los martes, realizo mi visita semanal a Margarita en la cárcel. No te puedes imaginar lo desagradable que me resulta, con esas paredes grises, esos barrotes blancos. Aquello huele a caldo de puchero, a orines, a sudor, a hierro. Me paso toda la semana temerosa de que llegue el día, pero a la vez ilusionada. Cuando me registran de arriba abajo sin olvidar el más mínimo rincón de mi cuerpo, me siento como si fuera una delincuente. Después, el transitar por los pasillos escoltada camino de la sala de entrevistas para desembocar por fin en el dolor indecible de contemplar a mi hija entre rejas. Al salir, el rugido del tráfico me recuerda a qué sabe la libertad, lloro en el coche mi desaliento, llego a casa con los ojos hinchados ocultos bajo las gafas de sol, me siento junto a ti intentando comprender por qué nos ha ocurrido esto. Mi pregunta nunca obtiene respuesta, me trago mi soledad.

»El móvil no ha sonado en todo el mes de enero, ni siquiera un WhatsApp. A mí no me importaría, incluso me apetecería que alguien viniera a visitarte. Hasta ahora nada de nada. Nadie ha venido a verte, ni siquiera tus amigos Los Halcones: Ignacio, Vicente y Cayetano. Imagino que les dará vergüenza ponerse delante de mí por lo que hicieron, aunque el mayor culpable fuiste tú. Tan solo recibes las cartas de Margarita, una por semana, con la dirección y el remite escritos con

bolígrafo, con su sello tal como se hacía antes. Están cerradas con lacre dorado y sellada con una letra M. La estampa con besos de carmín, en el remite escribe poesías. El último sobre viene decorado con la figura de un gorrión posado sobre la rama de un árbol florecido, está esbozado en acuarela, es precioso. He comprado una caja de madera policromada, en ella guardaré esas cartas sin abrir y las próximas que lleguen. La caja la conservaré en el armario, cerrado con llave, por si la naturaleza quisiera alguna vez restablecerte el entendimiento y yo te las pudiera leer por las noches antes de dormir.

»Cuando la chica se va, veo pasar las horas sentada junto a ti plegando mis sentidos sobre la lectura, alguna serie en Netflix, las noticias en televisión, Internet. Me he comprado *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes. Hace muchos años lo leí, me cautivó su lectura, se me ha apetecido volver a ojearlo aquí a tu lado mientras te cojo de la mano. ¿Por qué será?

Violeta acariciará con su mano derecha la izquierda de Julián.

—¡Tienes las manos frías! —Tomará el mando a distancia de la calefacción, subirá dos grados la temperatura, apuntará hacia el *Split*, sonará un doble pitido.

—Está haciendo mucho frío. Este sentir de escarcha me hace evocar el abrigo que mi madre tejió para mí, en punto, aquel invierno del ochenta y dos. La acompañé para elegir la lana: gruesa, color azul pavo. Los botones, grandes como esferas de reloj de hombre, en el mismo tono. La recuerdo manejando las agujas, cómo las acunaba bajo sus axilas mientras sus dedos índices jugueteaban con la suavidad de la madeja. Las gafas «del cerca» enclavadas en la punta de la nariz, sus labios contando en silencio, para sí misma, los puntos que anudaba con maestría. La espalda, los brazos, las pecheras. Me llamaba cada media hora para medir, ponía la aguja a la altura de mi nuca, desplegaba su

lienzo sobre mi espalda, una mano en el hombro izquierdo, la otra en el derecho. La ilusión por ver acabado el abrigo irrumpía con destellos brillantes en sus pupilas cuando me volvía a requerir para medir de nuevo. «Ya solo queda pegarle los botones y la prueba definitiva». El abrigo se ajustó a mis hombros y mis estrechas caderas suavemente, con la perfección y la virtud de las manos únicas de mi madre.

»El día que lo estrené, lució primoroso sobre mi vestido floreado. Corrí a tu encuentro pintadita, fragante con mi colonia pachuli, con mis zapatos mocasines planos. En mi bolso de piel, guardaba un bolígrafo Parker plateado que te había comprado como regalo de San Valentín. Iluminada e inquieta por la ilusión, como si me estuviera haciendo pipí, te esperaba a saltitos en la esquina, en esa frontera entre la humildad y la clase media alta que es la calle Antioquía, ya sabes, la que separa al Polígono de San Pablo del barrio de Santa Clara. Apareciste con tu coche, subí, tras un beso apresurado, clavaste en mi abrigo artesano esa mirada tuya que me hacía sentir furtiva. «Estás empeñada en parecer que perteneces a la chusma. ¡Muy bien!, pues desde hoy te voy a llamar Chusmy». Sentenciaste en un tono perverso e inclemente.

»Nunca más oí mi nombre en tus labios. Ese nombre elegido por mis padres, ese que tan bien define mi sencillez, mi humildad, lo liviano de mi carácter, mi integridad, mi amor por la naturaleza. Dejé de ser Violeta para escuchar constantemente, como si lo lanzases al aire en ráfagas, el Chusmy para arriba y el Chusmy para abajo. Hasta llamabas a casa preguntando si estaba Chusmy. Un día, mi padre te soltó por teléfono todos los insultos que pudo recuperar de lo más recóndito de su memoria. A ti te daba igual, seguías llamando de la misma forma, mis padres te colgaban de inmediato, después debía salir yo a una cabina para ponerme en contacto contigo. Les decía que iba a tirar la

basura. Deambulaba por el barrio en pijama, bata, zapatillas, en busca de una cabina que funcionara, con la bolsa en la mano izquierda y varias monedas, guardadas para la ocasión, en la derecha. ¿Tanto te costaba preguntar por Violeta? Aprendí a estar atenta, a saltar como una pantera hacia el teléfono para descolgarlo antes de que lo hiciera mi padre. Así me ahorra el paseíto hasta la cabina.

»Tu regalo de San Valentín fue una cadena de oro de eslabones gruesos con una medalla enorme de la virgen de tu hermandad. ¡Pero si sabes que yo no creo en esas cosas! Y tú empecinado con que en el fondo sí sentía algo, que eso de no creer en Dios no era más que una moda de los ochenta. ¿Cuánto te costó?, sin duda más de lo que un obrero ganaba en tres meses. Yo me hubiera contentado, e incluso lo hubiera preferido, con un colgantito artesano de los hippies. Algo más acorde a una estudiante de biología que soñaba con ser botánica. Aquel fue el único regalo, no hubo más en nuestro corto noviazgo. La estuve guardando, pero en 2009, durante la crisis económica, la vendí en Compro Oro para adquirir comida que doné en la campaña de recogida de alimentos a la que me entregaba como voluntaria en mi tiempo libre. Mi Parker plateado no pudo destronar al Montblanc de oro que llevabas siempre en el bolsillo interior de tu chaqueta. Imagino lo desdeñarías dentro de cualquier portalápices atestado de colores Faber Castel mordisqueados, entre trozos de cera, olvidado en algún lugar de tu escritorio.

»Aquella noche señalada, ¡la de los enamorados!, fuimos en tu «pedazo de carro» al polvódromo de Santa Clara, donde los coches se protegían unos a otros en la negrura del descampado. Ya habíamos acudido en otras ocasiones para besarnos. Sabía, deseaba, que llegaríamos más allá de los besos en la boca, del cogerme el culo y las tetas por encima del vestido. Estaba dispuesta y preparada a que me quitaras el sujetador, a que disfrutaras de mis pequeños pechos

desnudos, a que rebasaras con tu mano la frontera de mi pantalón y alcanzaras mi sexo, a ver y acariciar por primera vez tu pene. Hasta había hablado con una amiga íntima que tenía novio para que me aclarara cómo se hacía alguna de esas cosas que tanto os gustan a vosotros. ¡Qué tonta e inocente!, ¿verdad? Los abrigos y las rebecas descansaban en los sillones traseros del coche, la calefacción nos incitaba a la desnudez, tu perfume caro me seducía. En el radiocasete sonaba Rod Stewart con su *Tonight I'm Yours*. Comenzamos bien, el momento seguía el guion imaginado en mi mente. Me quitaste la camisa, el sujetador, yo no me negaba. Besabas mis pechos, me atreví a palpar tu pene por encima del pantalón, estaba dispuesta a que lo sacaras, a agarrarlo con mi mano, intentaría que llegaras al orgasmo. Todo estaba planificado mentalmente, admitido en mi voluntad, pero en el instante en el que tu falo se liberó del pantalón, comenzaste a excitarte de una manera inmoderada, parecías enloquecido, imparable. Sin decirme nada, como un monstruo poseído me arrebataste el pantalón. No parecían aquellos tus ojos, se habían vuelto obsesivos, perturbadores. «¿Qué haces?», grité. Seguías sin hablar. Intentaste bajarme las bragas. Me asusté, quise poner resistencia, me las arrancaste con unas manos transformadas en garras. Me cubría con mis brazos y manos, mis rodillas soldadas la una a la otra. Me abriste las piernas con brutalidad. Sudabas, jadeabas. Yo no quería llegar hasta ahí, para eso era pronto, aún no estaba preparada. Comencé a llorar, a suplicarte, te dio igual. Dejé de ser virgen embestida por el ímpetu de tus golpes inmisericordes de cadera. Me hiciste mucho daño, acabé sangrando. Lo forzaste sin mi consentimiento, sin juegos previos, sin preservativo, complacido en tu virilidad carente de amor y ternura. Quedé llorando, avergonzada, dolorida, paralizada, avasallada, despreciada, con mi cara como un payaso recorrida por los arroyos que formaban mis pinturillas disueltas

en lágrimas. Ni siquiera me abrazaste después. Me sentí sola, agredida, utilizada, envilecida. Necesitaba un gesto de cariño por tu parte, una caricia hubiera bastado, un beso en la mejilla, un lo siento.

»Como si no hubiera ocurrido nada, tranquilo, satisfecho, te liaste un porro. Hasta entonces yo no sabía que fumabas marihuana. Dijiste jactancioso: «Nunca olvidarás al tío que te ha hecho mujer». Arrojaste las bragas rotas y tu perfumado pañuelo ensangrentado por la ventanilla del coche. Quedaron tirados sobre la hierba. El frío penetró como un fantasma hasta hacerme tiritar. Tardé casi una hora en ponerme el pantalón vaquero, el sujetador, la camisa, el jersey. Gemían mi alma y mi cuerpo. Fumabas, sonreías. En el portal de mi casa, solo un cachete en el culo de despedida: «¡Anda, sube y descansa!».

»No pude probar bocado en la cena, mis ojos perdidos revelaban mi pensamiento anclado en lo que me había ocurrido. Mis padres se dieron cuenta de que no me encontraba bien. «¡Que no me pasa nada mamá, solo estoy muy cansada!». Humillada, lastimada, no pude dormir. Sobre mi almohada, con mis ojos abiertos como lechuza, mi dignidad decidió dejarte. Al día siguiente volviste a preguntar por Chusmy, fui yo quien cogió el teléfono. Dijiste: «Hemos quedado a las ocho en el bar de Matías». «De acuerdo», contesté. Por la tarde, en cuanto me tomaste por la cintura, me acariciaste el pelo y me besaste entre tanques de cerveza y tapas de huevos a la paraguera, mi resolución de romper nuestra relación se esfumó de mi firmeza como si nunca hubiera existido.

»Es hora de cambiarte el pañal, lo debes de tener ya sucio.

Violeta llamará con los nudillos, en un toc toc discreto, a la puerta de una habitación. La puerta de madera se abrirá para que una joven de rostro redondo, sonrosada y pecosa, emerja con una sonrisa dispuesta.

—¿Me puedes ayudar a cambiar a Julián?

La media melenita castaña de Eli se balanceará cuando asienta con la cabeza. Un pantalón vaquero ceñido a sus anchas caderas y un jersey de punto color hueso amabilidad surgirán de la habitación. Sobre la cama, las mujeres manejarán el cuerpo inmóvil como quien reboza una croqueta. En tres minutos el pañal sucio reposará en la basura, en la habitación olerá a crema hidratante. También le habrán cambiado el pañuelo de papel donde topan las babas suspendidas que descienden desde la boca torcida. Eli retornará a sus estudios después de brindar con sendas onzas de chocolate negro con almendras y dos cafés cremosos nacidos de la cafetera exprés de un solo brazo. Violeta empujará hasta el salón a Julián, quien en su silla de ruedas continuará con su barbilla clavada en el esternón. Lo aparcará junto al sillón donde ella se sienta. Seguirá hablándose a sí misma dirigiéndose a él:

—Mi vida se desgrana en un aburrimiento escondido desde el amanecer con sus luces de tedio hasta el crepúsculo, la desazón de la noche, el hastío de la madrugada. ¡Qué amarga es la oscuridad! Cuando cierro los ojos solo veo revolotear murciélagos negros. Mi única compañía es la de Eli. No sabes cómo se agradece cuando una se siente tan sola. Estoy leyendo más que nunca, además de *Cinco horas con Mario* me he comprado un libro electrónico donde puedo descargar gratuitamente miles de títulos con Amazon Kindleunlimited. También he comenzado a escribir una novela corta en la que narro la intensidad de lo que fue mi relación contigo. La voy a llamar *Seis estaciones*. Es la primera vez que escribo, lo hago por entretenerme, no sé si seré capaz de terminarla porque esto de montar una novela no es tarea fácil. Me he inscrito en un curso de escritura por Internet, más que nada por entretenerme. El primer ejercicio que tengo que practicar es esbozar las líneas fundamentales del argumento de una novela que trate sobre

acusados y abogados defensores. Por cierto, ayer llamó el abogado, dice que el juicio se espera para la primavera del año que viene. Todavía falta más de un año, en el que cada día que pase se acrecentará mi ansiedad. ¿Te imaginas el papelón que me va a tocar interpretar a mí? No lo va a entender nadie, porque no me comprendo ni yo misma. Cuando lo pienso me sube un calor brusco a la cara, me empieza a doler el estómago. La angustia y la incertidumbre hacen temblar mis manos hasta el punto de no poder mantener el café dentro de su taza o no ser capaz de abrocharme la blusa. Intento calmarme desviando mis cavilaciones hacia otros asuntos más agradables.

»Se ha acabado el disco, voy a poner otro, uno en español, como a ti te gusta.

Violeta rebuscará con sus dedos índice y corazón entre los vinilos que esperan, en cordón, a ser elegidos. Con su mano derecha escogerá uno impreso con una foto del cantante, lo alzará por encima de los que tendrán que seguir esperando. Lo extraerá de su funda deteriorada y deslucida con cuidado, lo limpiará con mimo con una gamuza amarilla, lo pinchará. Sonará en la habitación y en el salón gracias a una cadena de altavoces que ella misma habrá sido capaz de instalar. Nunca se les dio mal el bricolaje a sus manos de poetisa.

—¡Nino Bravo, casi nada! Cada vez que lo oigo me acuerdo de mi padre. A él le gustaba mucho, sobre todo las canciones *Noelia* y *Un beso y una flor*. Me he acercado ya dos veces al cementerio, le he puesto unos ramos de flores en el nicho. También he subido una fotografía suya con una poesía al Facebook sobre la que no paro de recibir comentarios sentidos. A papá lo quería todo el mundo, nunca he conocido a un hombre más cariñoso, calmado, ecuánime, comprensivo. Por eso, cuando me pongo a pensar, no alcanzo a comprender cómo una persona así te estuvo buscando para matarte, y puedo asegurarte que lo hubiera

hecho si te hubiera encontrado. Nunca le conocí un arrebató así. Aquel año de 1982 en el que fui tu novia, fue el único que me llevé mal con él. Me daba libertad, quería que pensara, que actuara por mí misma, excepto en nuestra relación, a la que se opuso casi desde el primer día. Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo. Yo, en cambio, me mantenía ofuscada, empeñada tras aquella venda que cegaba mi entendimiento.

»¿Qué me pasaba? Te acompañaba al barrio bajo de San Juan para comprar marihuana como si eso fuese algo normal. Comencé a vestir como imponía la moda de los ochenta, con tacones, tejidos brillantes, minifaldas, hombreras, e incluso me cardaba el pelo. Mi colonia pachuli la cambié por un perfume de Dior. Fui abandonando mis zapatos planos y mis vestidos de flores, dejé de escuchar a mis cantautores a los que tú llamabas trasnochados: Joan Manuel Serrat, Luis Eduardo Aute, Carlos Cano, Víctor Manuel, Ana Belén, Paco Ibáñez, María del Mar Bonet, Joan Baptista Humet. Decías que todos ellos eran chusma, como yo. Me despreciaba a mí misma escuchando a Rocío Jurado, Julio Iglesias e Isabel Pantoja, los artistas que te gustaban a ti. ¿Puede una persona convertirse en otra? Hasta fumaba marihuana, yo, que no era capaz de echarme a pecho el tabaco. Me entraba la risa tonta, hacías lo que querías conmigo.

»Lo peor de aquel «no querer ver» fue que accedí a que me hicieras algo que antes hubiera jurado mil veces que jamás aceptaría. Tu persistencia demoledora y tus enfados enloquecidos hacían apagarse mi escasa entereza de ánimo. Que si es una práctica normal, que todas las parejas lo hacen, que no duele si se sabe hacer, que si a las mujeres les gusta. Empequeñecida ante tu insistencia, sufrí el envite de ariete de macho dominante e incontrolable, sentí un dolor agudo e insoportable, vi las estrellas, pero no en sentido figurado, destellos de luces cortantes

se clavaron en mi retina. Perdí el conocimiento. Cuando me despertaste a base de bofetadas, la tapicería de tu Talbot Horizon ya estaba manchada con la sangre manada de mi retaguardia. Querías que me fuera a casa, decías que eso no era nada, insistí en que me llevaras al hospital porque la hemorragia no se cortaba. ¡Ni muerta quería que mis padres se enteraran de aquello! Nunca hubiera podido ni imaginar que no ibas a permanecer conmigo, me abandonaste en la puerta de urgencias, creía que ibas a aparcar, no volviste a aparecer.

»Mientras esperaba a ser atendida en soledad y vergüenza, mi pantalón vaquero se teñía de rojo pegajoso desde el culo hasta las corvas, ni siquiera mi abrigo tapaba a la vista de los curiosos la sangre que empapaba ya mis pantorrillas y el asiento de la sala de espera. No tardaron en reconocermelo los médicos, yo insistía en que me lo había provocado al hacer fuerza porque estaba muy estreñida. En los gestos burlones que se hacían unos a otros se adivinaba el «¡sí, sí, y voy yo y me lo creo!». ¿Sabes el bochorno que se pasa ante las indisimuladas sonrisitas y dobles sentidos de algunos mostrencos, malnacidos, machistas, adictos al porno que jamás debieron ser sanitarios? Hubiera querido esconder mi cara de sonrojo, caliente hasta las orejas, en un agujero tal como hacen los avestruces. Una enfermera se mantuvo comprensiva a mi lado mientras me intervenían, me cogía de la mano, me sentí amparada. Fue ella quien me convenció para que le diera permiso para llamar a mis padres. Media hora después, no sé cómo lo hicieron, estaban los dos a mi lado en la habitación. Yo quería morirme en ese momento. Habían sido informados por los médicos de que me habían intervenido de un desgarró anal. No eran tontos, imaginaban cómo me lo había producido, pero no me hicieron el más mínimo comentario ni reproche, se mostraron todo el tiempo cariñosos y sonrientes a mi lado, tal como solo sabe hacerlo quien más te quiere.

Exhalé un suspiro de alivio, me quedé dormida al amor de su compañía en aquella cama de hospital que todavía olía a anestesia.

»Me dieron el alta al día siguiente. Me costaba andar desde el salón a la cocina, parecía un pingüino, pasito a pasito del brazo de mi madre. Llegar a mi habitación, al final del pasillo, era un tormento. Temía el momento de ir al váter más que a la muerte. Lo consideraba un castigo, una penitencia bien empleada por tonta. Mi padre no pensaba igual. Llamó a tu casa, quería hablar contigo, que le dieras una explicación, más por haberme abandonado aquella noche que por haberme hecho lo que me hiciste. Curiosamente, nunca estabas, jamás te ponías. En una ocasión tus padres le gritaron que la culpa había sido mía porque era una puta viciosa, que te dejara en paz, que no volviera a llamar. Fue entonces cuando su cara se transfiguró, jamás le había visto ese semblante. Te estuvo buscando por la facultad, merodeando con su uno ochenta y tantos y sus hombros fuertes cerca de tu casa una semana entera. Años más tarde, en una comida de Navidad en la que un rioja gran reserva le soltó un poco la lengua, me confesó que aquel mismo día en el que tus padres me llamaron puta, compró una navaja como la de Luis Candelas, y que la llevaba, con muy malas intenciones, en el bolsillo mientras te buscaba. ¿Te imaginas?, ¡mi padre! Afortunadamente, no te encontró, se fue calmando poco a poco cuando me restablecí y le prometí que jamás volvería a verte. Desconozco qué hizo con la navaja, la imagino durmiendo eternamente encerrada en la oscuridad de un cajón donde enterraría aquel único arranque de impulsividad que tuvo en su vida.

»Nunca se mostró agresivo. Cuando era pequeña, mi padre llegaba a casa todas las tardes sobre las siete y media. Yo escuchaba el sonido de la cerradura, con sus tres vueltas de llave, como presagio de alegría, de confort, me sentía protegida. Sus manos eran pura ternura,

me ayudaba a estudiar, mi hogar respiraba la paz del olor de su colonia, me quedaba dormida en mi cama oyendo su voz grave en el runrún de su conversación con mamá mientras veían un programa de televisión en la oscuridad azulada del salón. Estaba pendiente de lo que yo necesitaba, satisfacía mis caprichos, aunque después le cayera encima la riña razonable de mamá. Hace cinco años que murió, se lo llevó un cáncer fulminante de páncreas. No aceptaba su pérdida, tuve que asistir a la consulta de un psicólogo que me diagnosticó un duelo patológico. Me sentía culpable de su enfermedad por vivir lejos de Sevilla, por no haberle dedicado más tiempo cuando se puso tan malito, ¡pero es que se fue en un santiamén! El profesional, amable, comprensivo, me hizo comprender cómo me engañaba mi mente. Hoy vivo tranquila, convencida de que esté donde esté su alma, se siente orgulloso de mí.

**13:00h del martes 1 de enero de 2019.**

Violeta se encuentra junto al mostrador, ha vendido dos cajas de caramelos de eucalipto, una bolsa de té rojo y un bote de anís en grano para hacer rosquillas. Ahora la tienda está vacía, sus ojos ociosos se recrean en los brillantes adornos de Navidad hasta que sus oídos perciben el tintineo de las campanitas de la puerta anunciando que alguien entra en el local. Ve cómo Eduardo irrumpe en el herbolario con una sonrisa resaltada, centelleo en la mirada, un ramo de rosas entre las manos. El cuerpo estilizado del hombre tiritita, aunque está cubierto por un largo abrigo azul armonía, una bufanda suave en cuadros escoceses y un sombrero. Su boca exhala un vaho propio de los polos. Violeta lo ve acercarse, antes de decir palabra él la toma por la cintura, le da un beso en los labios. La mujer intenta zafarse del abrazo enamorado con puños flácidos de merengue.

—¡Idiota, que nos van a ver! —exclama Violeta con voz de caramelo, fingiendo un enfado, ahogando una sonrisa.

—Feliz año y feliz aniversario —desea Eduardo.

El hombre le entrega el ramo de rosas rojas. Violeta las huele, su boca natural resplandece, sus ojos se hospedan con ternura en los de Eduardo. Corre a la trastienda, donde la chimenea encendida combate los fríos de enero, a buscar un jarrón.

—¿Has visto la cantidad de pájaros muertos que hay en el suelo? —pregunta Eduardo en voz alta para que Violeta lo oiga desde la trastienda.

—Sí, esta mañana casi no podía caminar por la plaza cuando venía para abrir la tienda. No soportan el frío tan intenso que está haciendo —contesta la voz de Violeta, desde el interior, también en voz alta.

—Aquí se está muy calentito —dice Eduardo frotándose las manos.

Violeta vuelve con las rosas dispuestas en un jarrón de cristal que asienta junto a la caja registradora. Da los últimos retoques al ramo separando las flores con un movimiento femenino de sus manos.

—¡Muchas gracias por el detalle! Ya hace seis años que somos pareja. ¡El tiempo transcurre tan deprisa!

—Si ha pasado deprisa es porque te has divertido conmigo.

—¡Demasiado! —insinúa Violeta guiñando un ojo—. ¿A qué hora tenemos la reserva en el restaurante?

—A las dos. Cuando estemos en los postres te voy a pedir matrimonio.

—¡Tonto!, no bromees con eso.

Violeta y Eduardo no tienen pensamiento de casarse ni de vivir juntos, tan solo se hacen compañía en el ocio y en los momentos difíciles. El sexo tampoco está mal. En lo de no casarse están de acuerdo los dos, no quieren controversias con los dineros ni con futuras herencias estando las hijas de ambos de por medio.

—¿Qué tal la cena de anoche con tus hijas? —pregunta Violeta.

—Como siempre, bien al principio con el marisco, la cosa se empieza a poner tensa con el cordero, mal al final con las copas y los dulces.

—¡Siguen echándome a mí la culpa de tu divorcio!, es algo enojoso.

—Ya sabes, por mucho que les explique, no quieren comprender que mi matrimonio con su madre hacía ya muchos años que estaba roto, que no tienes nada que ver. Siguen pensando que te metiste por medio. Al principio muy buenos propósitos, pero a medida que transcurren las conversaciones y las copas desinhiben los ánimos, se van acalorando y

acaban siempre en lo mismo: que si eres una puta, que si mosquita muerta, que si aguas mansas. El fin de fiesta ya lo conoces, cuando te definiendo se levantan y se marchan dando un portazo. Después se pasan un mes sin hablarme hasta que se les olvida el enfado y vuelve a sonar el móvil. ¡Qué paciencia hay que tener con los hijos!

Eduardo cuelga el abrigo, la bufanda y el sombrero en un perchero de madera que reproduce a un duende del bosque de mofletes rojos y redondos con sombrero puntiagudo. Lo compraron en Irlanda el verano anterior. Al quitarse el sombrero, ha dejado libres sus escasos cabellos canosos entre los que se entrevé un cuero cabelludo tostado, lustroso.

— Y tú, ¿qué tal?

— Bien, con Margarita. Las uvas y a la cama, sin más historia.

— ¿Estuvo ayer tranquila?

— Sí, raro en ella. Lo cierto es que se mostró muy calmada. Cada minuto que se encuentra bien es un minuto de relax en mi existencia. Esta noche se va a Madrid. Volverá a Sevilla después de Reyes.

— Recuerda que las noches del 4 y 5 tenemos reservado hotel en Salamanca. Es nuestro regalo.

— ¡Eso no se me olvida! — Ahora es Violeta quien abraza y besa a un acaramelado Eduardo.

Lo que más les gusta es viajar. Escapadas en puentes o fines de semana y un buen viaje al extranjero cada año. El próximo verano conocerán los fiordos noruegos. El siguiente viaje proyectado es Nueva York, pero ese no lo disfrutarán juntos jamás. En un año, su relación se habrá liquidado de golpe, como un taponazo de botella de cava, inexplicablemente según Eduardo, quien llorará, suplicará hincado de rodillas ante Violeta. Ella se mostrará tajante en su decisión de finalizar la relación y viajar a Sevilla para hacerse cargo de Julián.

Violeta continuará conversando con un cerebro apagado sentada junto a él en el salón de su nuevo hogar mientras escucha viejos discos que deleitaron su juventud.

—¿Quién me ha robado el mes de abril? Me encanta esta canción, aunque nunca me ha gustado ese mes del año, el de la Semana Santa. Ya sabes que no quiero tener nada que ver con ninguna religión, que me parece que hacen al ser humano estúpido, incapaz de pensar por sí mismo. Salgo corriendo en dirección contraria si veo, escucho o huelo algo que tenga que ver con lo sagrado. No me parezco a ti, tan capillita. ¡Perdón, nunca te gustó que te llamara así! Decías que preferías la palabra «cofrade». Mi temperamento nunca ha sido rumboso ni jaranero, la feria tampoco me llamaba demasiado la atención. ¿Qué te atraía de mí? Con estos mimbres difícilmente se puede hacer un cesto donde guardar los gozos de las fiestas de primavera. Escuchando a Ana Belén, me acuerdo de aquel mes de abril de 1982.

»Le había prometido a mi padre que no volvería jamás contigo. ¡Normal!, después de dejarme sola, abandonada como un perro en la puerta del hospital, ¿qué pretendías que hiciera?

»Te habías tomado la ruptura con cierta indiferencia y superioridad. En la madrugada del Viernes Santo; debajo de tu paso de Cristo, entre chimpunes, mecidas, olor a sudor y a lo que no es sudor, calor sofocante y enviones de las cervicales al cielo; tu mentalidad quiso inventarse que a un tío como tú era imposible que lo dejara una mujer tan poquita cosa como yo. Los Halcones también habían puesto su granito de arena en el empeño de que te sintieras espoleado por un impulso que te subía hacia las carótidas desde la mismísima fábrica de testosterona. «Si una tía te deja es porque no le tienes bien tapado el agujero». ¡Mira que han sido siempre mostrencos tus amigos! Y eso lo comentabais, entre tanques de cerveza en el bar de la esquina, acto

seguido de los triduos o quinaros esos que le hacíais a María Santísima virgen y pura. Después de dormir tu agotamiento costalero impregnado de incienso, todavía con el sabor a torrijas de miel en tu paladar, decidiste recomponer tu honor.

»Volvió a sonar el teléfono en casa: «¿Está Chusmy?». Colgué sin contestar con un golpe seco, debió hacerte daño en el oído. Era Sábado Santo, sabías que a mí me gustaba refugiarme de la bulla semanasertera charlando en tranquilos pubs de la zona de la Gran Plaza. Yo misma te lo había comentado una tarde en la que solo me hablabas, ignorando mis bostezos, de los ángeles con chupe que adornaban no sé qué pasos. Deambulaste agitado de pub en pub buscándome hasta que me encontraste. Plantaste tu estirado uno ochenta y tantos, cubierto por una chaqueta clara y finita de primavera, delante de la mesita donde mis amigas y yo estábamos sentadas en sillones bajos de cuero verde: «Sal, quiero hablar contigo». Te contesté, molesta, que no tenía nada que hablar. Y tú, en voz demasiado alta: «¡Te he dicho que salgas!». Se te quedó mirando alarmada una pareja que en ese momento jugaba a los dardos. «¡Qué miráis vosotros!». Volví la cara, disimulé conversar despreocupadamente con Encarni y Rosa. «¡Que salgas!». Ni te miré ni dije palabra. Te arrojaste contra mí como un elefante furioso sin reparar en la mesita. Los balones de San Francisco volaron con estruendo manchando de rojo y azúcar tapicerías y vestidos, me agarraste fuertemente por las muñecas, me hacías daño, Encarni comenzó a chillar fuera de sí, Rosa amenazó con llamar a la policía, de detrás del mostrador salió el dueño del pub con una porra de goma que descargó sobre tus costillas en dos certeros zurriagazos, saliste corriendo del establecimiento doblado, echándote ambas manos al moratón incipiente.

»Entre llantos y nervios, nos abrazábamos las tres soportando las miradas incómodas de algunos búhos sorprendidos. El dueño barrió los cristales rotos en un mutismo hosco que nos gritaba: «¡Pueden marcharse cuando quieran!». Los zapatos se nos pegaban al suelo. Sorteando la mesa derribada, salimos del local con los vestidos mojados mientras notábamos que las miradas persistían hundidas en nuestras espaldas. Pudimos recomponernos con espejitos y pintalabios para marcharnos a casa muy juntas, vigilando en derredor, temerosas de que volvieras a aparecer. De noche insististe en preguntar a mi teléfono por Chusmy, en aquella ocasión fue mi padre quien te despachó con una serie de amables consideraciones.

»El lunes por la tarde, en la biblioteca de la facultad, escuché risas que provenían del pasillo. Risa de una persona, de dos, de varias, de muchas. Risotadas acercándose a la puerta de la biblioteca. Varias carcajadas entraron en la sala mirando, señalando hacia el pasillo. Hiciste tu entrada gloriosa disfrazado de árbol aclamado por el jolgorio de mis compañeros de mesa mientras otras personas más formales chistaban mandando a callar con los dedos índices atajando los labios. Habías comprado el disfraz esa misma mañana en Pichardo, te habría costado tus buenas pesetas porque estaba bien confeccionado y era bastante gracioso. Debía ser un manzano, a juzgar por las cuatro manzanas golden blanditas, espumosas, que colgaban de una copa verde y acolchada asentada sobre tu cabeza. Hasta coronaba esa copa un nido con un pajarito amarillo que empollaba dos huevos de algodón. Tu cara seria de ceño fruncido asomaba por un óvalo abierto en un tronco que se te quedaba corto y te convertía en el primer árbol de la historia que usaba zapatos. Tus brazos dos ramas, tus manos enguantadas de hojas.

»No pude contenerme, me partí de una risa tonta, explosiva, que intentaba ahogar con mis manos para no molestar al resto de estudiantes, aunque todos tuvieran sus ojos puestos en ti en vez de en los libros. Me meaba viendo esa cara circunspecta enmarcada en un traje de cachondeo. Aquel vegetal hilarante nacido de una máquina de coser se acercó a donde me encontraba estudiando rodeada de cuadernos de cuadritos, bolígrafos Bic, marcadores amarillos y naranjas fosforescentes y un tocho abierto por la mitad. Yo permanecía boquiabierta, ojiplática, esperando saber qué querías. Declaraste con voz tierna: «Me gustaría arrodillarme para pedirte perdón, pero no puedo doblar las rodillas. Desde aquí arriba te ruego me disculpes y me des una oportunidad. Estoy convencido de que llegarás a amarme tanto como a tus idolatrados árboles. Si para conseguirlo tengo que convertirme en uno de ellos, dime dónde vive la hechicera que atesora las artes para hacer el conjuro y acudiré a ella sin dudarlo. Mientras tanto, lo máximo que he podido hacer es disfrazarme».

»Mi determinación sucumbió ante tu insistencia. Saldríamos, charlaríamos, pero no de novios, solo escucharte. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a que se le oiga. Mantendría en secreto ante mis padres el hecho de volver a verme contigo, aunque solo fuera como amigos. De nuevo me esperaba la cabina telefónica a la que acudiría en bata y zapatillas entrechocando varias monedas en mi mano. Pudimos disfrutar de dos fines de semana en los que ni tus manos ni tus labios osaron acercarse a mí. Dábamos largos paseos por la Plaza de España, tomábamos cervezas con altramuces o avellanitas en El Tremendo o La Mina.

»En feria me invitaste a tu caseta. Prohibido llevar pantalones, vestido y tacones eran obligatorios. «¿Un mantón de Manila, de dónde

saco yo un mantón de Manila?». Me dejaste uno de tu madre que costaba una fortuna: la seda blanca, bordado en turquesa y fucsia.

»Aparecí en tu palacio de lona y albero con el mantón sobre mis hombros, encaramada a mis taconazos, con mi vestido ceñido de primavera color hueso, labios pintados de vivo carmín, exagerados pendientes, pelo escaldado. Me pasé toda la tarde y la noche como una tonta custodiando, vigilando el mantón no lo fueran a robar. Desde mi desapercibida silla en una esquina de la caseta advertía que todos los hombres vestíais de chaqueta y corbata, ¡con el calor que hacía! No sé cómo no os deshidratasteis. Me entraban los sudores solo con veros, parecíais cangrejos recién cocidos de lo *colorá* que se os ponía la cara. Los farolillos de la caseta eran rojos y amarillos, banderitas de España de papel conté algo así como un millón y medio. Las paredes estaban revestidas de encajes, oleos de bandoleros y gitanas y grandes espejos de marcos dorados. Para alumbrar, una lámpara de lágrimas colgantes más grande que la de la mansión de la marquesa de Malosvientos oscilaba amenazante. El tablado para bailar sevillanas estaba justo debajo de esa lámpara, la veía temblequear y pensaba: «Como se caiga aplasta a más de uno».

»Ibas y venías de la barra para traerme platos de jamón, langostinos o espárragos con mayonesa. Fui buena, no me tomé ni una cerveza, Coca-Cola todo el tiempo, no quería caer en tus garras con mi voluntad adormecida por el alcohol. Me quedé sorprendida cuando os escuchaba cada cierto tiempo dar vivas a Argentina, a España, al español, a Gibraltar español, a los cojones de los militares argentinos. ¡Ah!, y que abajo la pérfida Albión. La guerra de las Malvinas había comenzado hacía unos días. Y venga a cantar todos los hombres el himno de infantería. Yo sabía que hiciste el curso de alférez de la IMEC en la Academia de Infantería de Toledo, pero hijo, por muy bonito que

sea el himno, me teníais ya hasta el mismísimo. Después de los cánticos patrióticos te pusiste muy pesado queriéndome sacar al *tablao*. ¿Cómo pretendías que bailara sevillanas contigo si no me sabía ni un solo paso? Aunque lo peor de la noche... Te voy a confesar algo hoy que nunca te comenté. En una de las pocas ocasiones que tu padre se acercó a mí, con la borrachera que tenía encima, me dijo que estaba muy «canija» y me cogió el culo. ¡Pero bien cogido!, no había duda ninguna. Me quedé perpleja, cortada, no supe reaccionar abochornada por la vergüenza y el calor. Otra vez que lo vi venir hacia donde me encontraba, antes de que llegara me levanté, fui al servicio. Prefería el olor a orines que el que despedía su aliento. Mientras tanto, tú por ahí perdido de charla y abrazos etílicos con este y con el otro. Después ocurrió lo del mendigo. ¡Qué sofoco! No me gustó nada cómo tu amigo Cayetano expulsó de la caseta a aquel indigente que entró para pedir. Sacó arrastrando al pobre hombre, que eso no son maneras. Se me puso la cara seria, para mí terminó la fiesta. «¡Llévame a casa, por favor!».

»En el coche, parado junto a mi bloque, volví a rechazar tus labios tercos, tus tenaces manos, tu propuesta obstinada de volver a ser novios. Te fuiste haciendo esos de Tío Pepe con el coche y con el mantón de Manila de tu madre sano, salvo y sin mancha en el asiento del copiloto.

»No volví a verte en el mes de abril, en casa no sonó el teléfono. Pensé que te habías dado por vencido, que desistías de tu intento de recuperarme, que tu orgullo y tus amigos te habían puesto firme. A principios de mayo volviste a buscarme en la facultad. En aquella ocasión no ibas disfrazado de árbol, llevabas la rebeca Pulligan gris marengo y una rosa roja en la mano. Quedamos el fin de semana para dar un paseo por el centro. En el Patio San Eloy me juraste; porque tú jurabas, nunca prometías; que ibas a cambiar, me ibas a respetar, a

quererme por siempre. Un plato de avellanas y dos copas de oloroso después, comencé a verte de otra manera.

»La esperanza quiso que aquella noche templada me viera de nuevo desnuda en tu coche, seducida por la luna de mayo, embriagada por tu perfume. Por primera vez no me follaste, me hiciste el amor. Deleitada con la delicadeza de tus caricias suaves, encandilada por tus palabras bellas y cariñosas, abarcada por unos brazos protectores, me convencí de tus buenas intenciones, animada por mi deseo de que fuera verdad que habías cambiado. Me ilusioné diluida en tu desconocida ternura, viéndome a tu lado amada, cuidada por siempre.

»Camino a casa, cogidos de la mano, me preguntaba cómo iba a decírselo a mis padres. Me contesté muy rápido: simplemente no se lo diría, les ocultaría que volvíamos a ser novios. No me conocía a mí misma. Yo, que tanta confianza tuve siempre con papá y mamá, me sentía furtiva e indigna de su confianza, pero mi atracción por ti era más fuerte que la razón.

»En aquel tiempo caluroso, comenzamos a salir más a menudo con tu amigo Cayetano y su novia Cati. Solíamos ir a la discoteca El Coto a bailar. Yo canturreaba la broma tonta e infantil de: «Con Caye y Cati al Coto, con Caye y Cati al Coto». Me mirabas con ganas de estrangularme. En aquel mes sonaba sin cesar *Me colé en una fiesta*, de Mecano, también el *Bienvenidos* de Miguel Ríos. Me gustaba tomarme mi Negrita con naranja para luego liberar mi cuerpo en la pista incitada por el retumbar de la música y los fogonazos de luces de colores. Cuando bailaba *agarrao* con Cayetano, él bajaba las manos hasta cierta zona que, aunque no era del todo culo, tampoco se podía considerar cintura. Te hacía señas con los ojos, ni te inmutabas escondido tras una sonrisa bobalicona. Tampoco me convencía lo apretado que bailabas con Cati, parecía que la quisieras empotrar dentro de tu cuerpo, pero ella

aparentaba no importarle, ponía una cara de viciosa placentera cuando tu nariz buscaba su cuello que a mí me llevaban los demonios. Cuando nos despedíamos, tu amigo me daba los besos en la cara muy cerca de la comisura. Yo me decía: «Este un día me besa en los labios».

»Una noche, me quedé *pasmá*, en vez de llevarlos a sus respectivas casas, paraste el coche en el polvódromo con los cuatro dentro. Ellos, en el asiento de atrás, empezaron a besarse, a desnudarse. ¡Vamos, que se quedaron en pelotas y empezaron la faena como si estuvieran solos! Y yo que no quería mirar aquel nudo lascivo, sudoroso de troncho, culos, tetas, bocas. Cati, entre jadeo y jadeo, me miraba y decía: «¡Violeta, no seas tonta!». Bufabas excitado queriendo quitarme la ropa, mi pantalón vaquero se te resistía aferrado a mis caderas. Me sentía muy incómoda. Una vez más no supe ponerte freno, me gozaste ante espectadores libidinosos sin respetar el sonrojo que yo sentía escondiéndome bajo tu cuerpo. Cuando terminamos tampoco os vestisteis, os quedasteis charlando como vuestra madre os trajo al mundo mientras yo tenía que estar «admirando» el *mandao* de Cayetano en su cuerpo de remero, la piel rosada y pecosa de Cati, sus vellos púbicos color de cobre. No quise quitarme en ningún momento el sujetador, me daba vergüenza que pudierais comparar mis pechos planos, casi inexistentes, con aquellos balones, amplias areolas naranja deseo y pezones de dos centímetros de los que tan orgullosa parecía sentirse la novia de tu amigo. Me puse inmediatamente mis braguitas, me sentía abochornada, el rubor ardiente de mis mejillas no desaparecía.

»No solo estaba mintiendo a mis padres, sino a mí misma, pues aquello no era lo deseado en una relación. No había ocurrido, pero intuía que si hubiera aceptado, habrías permitido que Cayetano me hubiera fornicado delante de tus ojos con tal de gozar del cuerpo de Cati. Después de llevarlos a sus respectivos domicilios, me dejaste en la

puerta de mi bloque como si no hubiera ocurrido nada. A esa hora todavía no había podido reaccionar ante mi turbación. Al día siguiente, cuando te pedí explicaciones, me estuviste explicando que eso nos hacía a las dos parejas ser amigos más íntimos y no sé qué historias de que el ser humano no era de naturaleza monógama, que mejor era ir así de frente que engañarnos el uno al otro. ¡De hipocresía también andabas bien servido, hijo! Te advertí que nunca más, que si se repetía el espectáculo con público, te dejaba. Al menos por una vez me hiciste caso, aunque Cayetano seguía bajando demasiado las manos cuando bailaba conmigo refregando su enorme cebolleta por mi vientre. Se le notaba por debajo del pantalón, créetelo. ¡Mira que estaba bueno y era guapo tu amigo!, pero me mantuve firme.

»El 30 de mayo, España ingresó en la OTAN. Los Halcones organizasteis una fiesta para celebrarlo con gente de la hermandad y del Club Náutico. Todas las mujeres muy pintadas, arregladitas de peluquería, elevadas en nuestra estatura por unos tacones que más parecían zancos. Acudí por no ser aguafiestas, sabías muy bien que yo estaba frontalmente en contra del ingreso en la organización, pero asistí por no hacerte el feo. Otra vez el himno de infantería, de la Legión, vivas al ejército y a España. Os empeñasteis en que las mujeres desfiláramos con escobas al hombro al compás del *Soldadito español* que emergía de vuestras gargantas henchidas. Me negué, me parecía aquello una burla machista. Te enfadaste, nuevamente me vi sola en la madrugada recorriendo unas calles solitarias en busca de un taxi. Aquello desembocó en otra ruptura definitiva que solo duró dos días.

»Mira, se ha acabado el disco.

Violeta se levantará, rebuscará con calma entre su colección.

— Ahora un clásico, un homenaje a la música de nuestro tiempo, el disco de Chicago de la tableta de chocolate. Sí, en el que aparece *Si me*

*dejas ahora.* Estoy comiendo bastante chocolate, imagino que es para quitarme esta ansiedad por lo que me espera con Margarita. Compró una tableta del negro puro con almendra o avellanas y nos la zampamos Eli y yo en un santiamén reconfortadas en la quietud de la tarde. Lo cotidiano es alimentarte, cambiarte los pañales, lavarte. Entre las dos te cogemos por las axilas y te manejamos con soltura. Hemos adquirido ya bastante práctica, parece que ahora pesas menos. Después de dejarte a gusto como un niño chico, nos regalamos las dos la pausa serena del placer de dos onzas de chocolate. Ahora solo, ahora con un cafelito aromático o con un té rojo, depende de la hora.

»Alguna vez, entre pañal y pañal, me da la impresión de que vas a quejarte, que vas a abrir la boca para soltar uno de tus exabruptos, pero es algo inventado por mi imaginación o por mi deseo. Pronto vuelvo a la realidad, persiste el silencio, te vuelvo a ver en reposo como una planta, aunque no dejo de hablarte, y a las plantas no se les habla. Avanzo en la escritura de mi novela, ahora estoy dudando si dejar embarazada o no a la protagonista. No sé, ya veré. ¡Pobrecitos mis personajes, se encuentran cautivos de mis caprichos! Cuando una escribe se convierte en un ser todopoderoso que decide sobre la vida, la suerte o el infortunio de unos seres de ficción. Ojalá fueras un personaje de mi novela, porque entonces te levantarías de esa silla, comenzarías a hablar, se desvanecería el pasado para volver a reconstruirlo de una manera feliz. Eso en la vida real es imposible. Mira si soy tonta que, cuando en la televisión ponen un partido de fútbol, te siento en tu silla de ruedas frente a la pantalla porque pienso que disfrutas viéndolo. Supongo que sigo esperando un milagro.

»Sabes muy bien lo poco que me gusta el fútbol, aunque debo de reconocer que en el mundial del 82 me lo pasé muy bien a tu lado. Recuerdo el ambiente festivo de samba que los brasileños derramaban

por las calles como cubos de pintura multicolor. A mí, tan tímida, me llevabas de la mano, me zambullías en el centro corazón del grupo, en el oleaje amarillo goce de sus camisetas, en su ritmo mientras trapicheabas con tu mercancía. Los hinchas me hacían bailar, reír cercada de pantalones blancos ajustados, de ombligos perfectos contorneados bajo las anudadas y floreadas blusas de las muchachas. Tampoco te cortabas al tontear con alguna mulata, aunque me encontrara a un metro de ti observándote y oyéndote. Te daba igual de todo, hasta algún celoso acompañante te quiso pegar en una ocasión. Tuvimos que salir corriendo, no paramos hasta que nos sentimos a salvo, entonces nos entró a los dos una risa floja, tonta, incluso se me escapó un poco de pipí.

»Hiciste tu agosto en el mes de junio ganando bastante dinero, me invitaste a ver el Brasil URSS y el Brasil Escocia. Con los escoceses también formaste una buena vendiéndoles marihuana y entradas de reventa, y ellos, encima, queriéndonos invitar a cerveza. A ese partido llegué bastante alegre, no he vuelto a beber tanto alcohol en mi vida, el aliento me olía a borracho. El campo estaba completo, hacía bastante calor, una cometa brasileña bailaba al ritmo de samba sobre nuestras cabezas, descendiendo después hasta tocar el césped. Cuando el árbitro quiso cogerla, levantó el vuelo para alzarse de nuevo al cielo y seguir brincando al ritmo dulzón de unas caderas redondeadas. El regocijo de los presentes estalló. Yo no miraba el partido, solo el divertido danzar de la cometa.

»Eran momentos de alegría y de bolsillos llenos, te mostrabas muy cariñoso conmigo. Te sentías algo así como el rey del mundo, me rescatabas de mi timidez, me hacías vivir, me enamoraba cada vez más de ti. En aquel mes frenético de cielos azules y noches estrelladas, no dejábamos de escuchar en las discos el *Bailando* de Alaska y los

Pegamoides, también *Me estoy volviendo loco* de Azul y Negro, ¿te acuerdas? Las clases habían terminado, salíamos todos los días, mis padres me preguntaban dónde y con quién había estado, les contestaba que había paseado con Encarni y Rosa. También te recuerdo exaltado con la selección española, gritando de una manera que te ponías todo rojo, las venas de tu cuello parecía que iban a reventar. No te quitaste la bandera de encima, así anudada como una capa, hasta el desastre con Alemania ya en el mes de julio. Aquella noche, mi blusa estampada se empapó de tus lágrimas, hasta entonces no te había visto llorar. El bar era un funeral, caras largas por allí y por acá, ni siquiera se llenaban las cervezas vacías. Acariciaba tus desconsolados cabellos, exclamabas como lanzando un juramento: «Yo de España y del Madrid hasta que me muera». Te recalaba que ya podías ser del Betis o del Sevilla, y tú insistiendo en que con pobrecitos no querías nada. Me di cuenta por primera vez de lo infantil de tu carácter intentando animarte en tu desesperación por la derrota. Sí, ya sé que considerabas que de infantil nada, que eras un hombre hecho y derecho, pero yo no lo creía. Ahora pienso que has sido siempre un crío, lo malo es que has sido un niño mimado y egoísta.

»El bajón grande te vino cuando Argentina se rindió en la guerra de las Malvinas. ¡Qué enfado cogiste, hijo! Venga con que no tenían cojones para esto y para lo otro, que tú y diez más como tú reparabais de una vez lo de Gibraltar. Con los cojones lo arreglabas todo, en vez de cerebro tenías una fábrica de testosterona, aunque cuando nos paró la policía bien que te echaste a temblar y me largaste, antes de parar el coche, la bolsa de hierba que llevabas en un bolsillo para que me la escondiera dentro de las bragas. Menos mal que solo te pidieron los papeles del coche y del seguro y te hicieron abrir el maletero, porque si me llegan a registrar, me hubieran detenido. Después me asegurabas

que estaba todo controlado, que para cachearme tendría que estar presente una mujer policía. No sé si eso sería verdad o no, con el tiempo aprendí a no fiarme de ti, lo cierto es que pasé unos momentos malísimos hasta que nos dejaron ir.

»Aquel celebrado, loco, excitante mes de junio del 82 fue el único en el que realmente fui feliz contigo. No dejaste de hacerme trastadas, lo contrario era imposible, pero sentí un poco más de cariño por tu parte. Eso bastó para sentirme dichosa, plena como no he vuelto a experimentar en mi vida correcta, sana y ordenada.

**21:00 h del martes 1 de enero de 2019.**

La noche se ha encendido como sábana negra sobre las torres de Trujillo. Violeta almorzó con Eduardo un exquisito cordero regado con vino de la tierra de Extremadura. Ha convenido con él en dormir juntos porque Margarita se marcha a Madrid esta misma noche. Por la tarde volvió a la tienda. El día ha sido bastante provechoso para ser Año Nuevo, las campanitas de la caja registradora han sonado en numerosas ocasiones. Ahora cierra el herbolario, se ajusta la bufanda, el abrigo y el gorro de lana, aúlla un viento helado. Va a despedir a su hija, el miedo se le encarama a la garganta camino de la gasolinera donde Margarita ya se encuentra llenando el depósito de su coche. «¡El desvarío de conducir de noche!». No le gusta nada, le dan temblores de pavor, pero «con esta niña no hay quien pueda». Allí está, Margarita la espera dentro del coche, aparcado en una esquina de la Repsol. La cara guapita, recostada sobre el puño cerrado, vigila con desgana el reloj del salpicadero. Violeta se acerca con paso rápido a la ventanilla:

—¡No corras!

—No, mamá.

—Si sigues así pronto te van a quitar el carnet, lo peor es que un día te vas a matar.

—Tranquila mamá.

El Renault Megane amarillo acelerado enciende las luces. A través de la ventanilla bajada del coche, Violeta advierte el abrigo verde pistacho que su hija lleva puesto, también el gorrito naranja con sus mariposas de fieltro cosidas, el pantalón azul turquesa. En su nariz impacta el tufo a perfume intenso.

—¿Otra vez vestida de payaso chiflado? ¡Ya tienes treinta y seis años!

- ¡Joder, mamá!
- ¿Llevas las pastillas?
- Sí, mamá.
- Que no se te olvide tomártelas.
- No, mamá.
- Llama cuando llegues.
- Sí, mamá.

Madre e hija se dan dos besos. Margarita se mete la punta de un mechón de su pelo trigueño en la boca, los ojos se le han puesto del color de la avellana. El coche arranca en arrebatado rechinado las ruedas, alejándose más rápido de lo debido. Violeta lo ve distanciarse como un punto turbado que se hace pequeño hasta desaparecer en la lejanía. Solo la volverá a ver libre en las vacaciones de Semana Santa y de verano. Después, en el próximo enero, sus discusiones se cruzarán filtradas por unas rejas carcelarias. En su nuevo hogar, Violeta procesará su amargura recordando en voz alta mientras pincha un disco de los Rolling:

— En julio mi amiga Rosa, la más despabilada de las tres, había conseguido entradas para el concierto que daban en Madrid los Rolling Stones. ¡La ilusión que me hacía ir con Encarni y Rosa a ver a los Rolling! Me pusiste cara de cocodrilo cuando te lo dije, me lo prohibiste tajantemente. Si asistía a escuchar esa música del infierno, me dejarías al instante. «Además, no me gusta que mi novia viaje sola en compañía de unas amigas». ¿Creías que nos iban a violar, o peor, que nos íbamos a entregar con desenfreno al primero que conociéramos en aquel aquelarre siniestro? En un principio decidí no ir, ya que no te gustaba, pero por una vez reaccioné, pensé en mí misma, en mi independencia, me planté ante ti con determinación y te aseguré que acudiría al concierto. Me hiciste la vida imposible desde ese momento llamándome

puta, me viste llorar en varias ocasiones, tu insistencia maltrataba mis sienes, me retuviste dentro del Talbot una noche entera intentando obligarme a que te jurara que no iba a viajar. Me mantuve firme. Cuando amaneció, tuviste a bien dejarme salir del coche. El rocío olía a hierba, en mi boca sabor a plomo, en mi blusa el frío de la mañana. Caminé sola cruzando todo Santa Clara cuando las luces de las farolas comenzaban a apagarse y la aurora clareaba dejando escuchar el gorjeo de los pájaros. Otra vez me castigaste sin llevarme a casa, nuevas mentiras somnolientas a mis padres: «Rosa se ha sentido indispuesta, me he quedado con ella hasta que se ha dormido». Solo con advertir mis ojeras sabrían que no era verdad. Llamé a Rosa al día siguiente para que me siguiera en la trola, a ella tuve que contarle lo que había ocurrido, ya sabes que muy bien no le caías.

»Me había costado mucho trabajo convencer a mis padres a base de esos mimos, cariñitos y carantoñas que tanto les gustaba que yo les regalara. Al final accedieron convencidos por mi resolución, tragándose su miedo, después de recibir cien besos tan apretujados que hasta les hacía caer las gafas. Mi valentía recién estrenada no iba a permitir que, una vez despejado el camino, fueras tú el obstáculo hacia el disfrute.

»En la tarde del 6 de julio, nos montamos en la estación de Córdoba en el tren que nos llevaría a Madrid. Pasamos la noche entre risas, bocadillos, partidas de cartas, cabezadas incómodas en el asiento del vagón. Por la mañana, una vez en la capital, tomamos un taxi que nos llevó a descansar nuestros bostezos a la casa de una tía de Encarni. Por la tarde, marchamos al concierto en el Vicente Calderón en pantalón vaquero, zapatillas deportivas y camisetas ajustadas naranja butano. Las habíamos comprado intencionadamente unos días antes en Cortefiel. Tú no querías que llamáramos la atención, pues si no quieres caldo dos tazas, nosotras vestidas de fosforito como símbolo de rebeldía.

Ya sabes que mis amigas estaban bastante bien de pecho, imagínate lo ceñidas que le quedaban esas camisetas.

»En el largo tiempo que permanecimos apiñadas en la cola para entrar, nos quisieron ligar hasta tres grupos distintos de moscones. En cuanto accedimos al estadio, me vino al encuentro la primera alegría de la tarde: Víctor Manuel y Ana Belén habían acudido al concierto como espectadores y me firmaron un autógrafo. Aún lo conservo enmarcado, presidiendo el cabecero de mi cama durante todos estos años. Batallé como una campeona con un millón de brazos que también le acercaban sus papeles. Rosa me miraba como diciendo: «No te conozco, tú no eres la pusilánime de Violeta». Dentro del estadio no se cabía, decían que éramos sesenta mil los espectadores anhelantes de gloria aquella tarde. Desde la grada alta, como si de una atalaya se tratara, podía divisar la multitud de cabezas comprimidas y agitadas como en oleaje. Nos acogía un ambientazo fabuloso, cantábamos, saltábamos, reíamos soportando un calor asfixiante. Comprábamos botellas de agua, más para mojarnos con ellas que para beberlas, acompañando a los bocatas de tortilla de patatas preparados por la tía de Encarni. No teníamos la suerte de los espectadores de primera fila, a ellos los regaban con mangueras.

»El cielo se puso negro a las nueve en punto, como si hubiera anochecido. Olía a humedad, el bochorno aumentaba, los goterones de sudor nos recorrían el cuerpo desde la frente hasta los talones. Las camisetas se nos pegaban a la piel. De pronto, como obedeciendo una orden dada a la voz de ya, comenzó a caer una opaca tormenta de agua que nos apagó el fuego del cuerpo al momento. Las ráfagas de los relámpagos iluminaban por encima de nuestras cabezas como preludio, en fuegos artificiales naturales, de lo que íbamos a gozar en breve. El escenario se desmoronaba golpeado por el viento. Globos y paneles volaban, caían sobre un público empapado que en vez de asustarse

jugueteaba de manera traviesa con la situación. En ese preciso momento, cuando parecía que el fin del mundo había llegado para liberar a la tierra de los malvados humanos, los Rolling saltaron al escenario acompañados de un terremoto surgido de cada una de las gargantas allí presentes. Comenzaron a tocar. Nos volvimos locas frenéticas. Fue una experiencia prodigiosa, no la olvidaré en mi vida. Al final me acordé de ti porque Mick Jagger apareció envuelto en una bandera española. Yo me dije: «Mira, igual que Julián». Cuando salíamos del estadio todavía extasiadas, miraba al cielo, me sentía orgullosa de haberme mantenido firme, de no haber claudicado bajo tu presión, porque me hubiera perdido uno de los días más felices de mi vida.

»Al día siguiente, cuando regresé por la tarde a Sevilla agradablemente dolorida de pies y garganta, no pude verte porque estabas en la semifinal del mundial. Pensaba que me ibas a dejar, ya me había hecho a la idea, no me extrañaba el no tener noticias tuyas, pero dos días después volviste a llamar preguntando por Chusmy. No solo no me dejabas, sino que, cariñoso, entusiasmado, en el bar de Matías me proponías proyectos futuros como pareja. Mirando, con los ojos así como perdidos, los tanques de cerveza y las aceitunas que reposaban sobre el velador de acero inoxidable, hablabas de casarnos cuando acabáramos las carreras. Por supuesto residiríamos en un chalet de Santa Clara, eso para ti era innegociable. Sobresaliendo tus palabras por encima del murmullo ambiental y del golpeteo de vasos aterrizando sobre el mostrador, asegurabas que tendríamos un niño y una niña que se llamarían Julián y Pastora, como tu madre. Me propusiste que abriéramos una cartilla de ahorro conjunta para guardar allí todo el dinero que teníamos. Me ilusioné contigo como no lo había hecho hasta

ese momento, veía tus ojos transparentes de sinceridad remarcados con el brillo de un entusiasmo verdadero.

»Una mañana jubilosa en la que no hacía demasiado calor, fuimos a la caja San Fernando y abrimos una cuenta, en la que ingresamos las cincuenta mil pesetas que yo tenía ahorradas. Siempre fui muy austera, me gustaban las plantas, los libros, los discos; más allá de esas aficiones solo gastaba en algo de ropa cuando ya no tenía más remedio que reponer alguna prenda que se caía a pedazos de tantos lavados. Mis padres se mostraban generosos conmigo. Cumpleaños, Reyes, vacaciones, premios por buenas notas y pagas de fin de semana acababan dormitando en el oscuro vientre de hucha de mi cerdito rosa. Tú metiste cinco mil, era lo único que te alumbraba. Me burlaba, te decía que el mundo parecía del revés, la pobre Chusmy disponía de más dinero que el noble señorito Julián. Eso no te gustaba que lo mencionara ni en broma, ponías una cara de vinagre que echabas para atrás, aunque no te importaba que hubiera aportado el noventa por ciento de nuestro modesto capital, primera piedra de un anhelado sueño. De vuelta a casa, buscando siempre la sombra, caminábamos cogidos tiernamente de la mano, vislumbrando el futuro, saboreando el presente.

»La segunda quincena del mes de julio fue deliciosa. Los sábados nos remojábamos y tomábamos el sol en Piscinas Sevilla. Al menos tres noches a la semana comíamos pipas disfrutando, muy abrazados, de la película del cine de verano. Deambulábamos refrescados por el aire acondicionado de El Corte Inglés soñando juegos de café o ropa de cama que algún día darían calor y color a nuestro hogar. Paseábamos al atardecer mis zapatillas planas junto a tus Castellano relucientes por la Gran Plaza sorbiendo un polo de limón. Cervecitas hasta las tantas contemplando las estrellas en los veladores del bar de Matías.

»El día primero de agosto, como todas las tardes, bajé a la cabina para telefonarte y quedar contigo. Tu madre me comunicó que te habías ido a Madrid con tus amigos, no sabía cuándo ibas a volver. Me quedé muy sorprendida, intranquila, no entendía que no me lo hubieras comentado. Angustiada, me pasaba las mañanas y las tardes sentada junto al góndola esperando a que sonara. El silencio persistía en mi soledad, ¿habrías sufrido algún accidente?, llamaba a tu casa a diario muy preocupada, tu madre contestaba con su voz indefinida en tonos grises: «Nada de nada, no ha telefoneado, no sabemos dónde se aloja».

»Pasó una semana entera, no sabía nada de ti. Me traspasó una corazonada como una punzada en mi sentimiento, fui a comprobar si habías sacado algún dinero de nuestra cuenta. Los minutos se me hacían horas en la cola de la ventanilla del banco para poner al día la cartilla. La desazón me comía, me daban ganas de arañarme por pensar mal de ti, pero tenía que confrontar aquello que mi corazón estaba martilleando en mi mente. Paso a paso, me acercaba a la dichosa ventanilla deseosa de descansar o dispuesta para morir. La cajera, cuarentona de pelo teñido de rubio aprestado en perfume sofocante, con movimientos y palabras de desgana me dio la noticia que nunca hubiera querido escuchar: lo habías sacado todo, la cuenta estaba a cero. La ansiedad se me subió al pecho, no podía respirar. «¿Desea algo más?», preguntó insinuante la desidia pintarrajeada sin darse cuenta del puñal que me estaba atravesando el alma en ese momento. Reaccioné, pude retirarme de la ventanilla para dejar paso a otra persona que comenzaba a protestar, me senté en un banco de la sucursal para ver si se apagaba el fuego que me quemaba en el pecho, en el cuello, en la cara.

»No sabía qué hacer. Llamé histérica a tu casa, seguían asegurándome que no sabían cuándo ibas a volver ni el lugar donde te alojabas. Puedes imaginarte cómo sufrí aquellos días, lloraba a solas en

mi habitación atenazada por la incertidumbre. No podía desahogarme con mis padres porque no sabían que seguía contigo. Si se hubieran enterado de que me habías robado cincuenta mil pesetas, no sé qué hubieran hecho. No podía darles ese disgusto, a mis amigas tampoco les había contado nada porque me daba vergüenza, pues no paraban de prevenirme que tuviera cuidado, que no eras trigo limpio. Casi no salía, decidí pasar con mis amigas las últimas semanas del mes de agosto en los Caños de Meca para olvidar mi desasosiego. Me marché con la esperanza de que aparecieras a primero de septiembre y me dieras una explicación convincente.

»De nuevo, como hiciera con los Rolling, necesitaba desprender tu recuerdo de mi piel, liberarme de esa mente rancia más propia de los años de posguerra. Necesitaba reconciliarme conmigo misma. ¿En pelotas?, ¡pues en pelotas! Mi cuerpo reposaba en la playa tal como mi madre me trajo al mundo, custodiado a ambos lados por los excelentes pechos y las curvilíneas caderas de mis amigas. Hoy, tan delgadita, encajaría en el ideal de belleza de la gente joven, pero en los ochenta no, a los hombres no os atraían los huesos, os volvíais locos por las tetas y los culos entraditos en carnes. No me importaba que las miradas no se posaran en mí, allí estaba yo remojando, dorando al sol tórrido mi escasez de todo, sintiéndome en armonía con la naturaleza, libre.

»Al anochecer, después de cenar en el chulé de Encarni, compuestas con collares y sandalias hippies las tres, salíamos a pasarlo bien en el Trafa entre cañizos, tablones de madera y música en naranjas, amarillos y verdes lima. Peinadas a lo Bo Derek, vestidas con colores claros para que resaltara nuestro bronceado de una semana, no perdonábamos cargarnos, entre risas, varios cubatas cada una. Sonaba Bob Marley cuando me presentaron a Fede, un trianero del barrio León guapísimo. El Negrita con naranja se me atragantó cuando lo vi, parecía

tontita, casi no me salían las palabras de la campanilla. Me enamoré al momento de sus cabellos rubios, sus ojos azules, su piel morena. ¡No te pongas celoso, que te conozco! Se notaba que a mis amigas también les había hecho tilín.

»Quedamos para vernos al día siguiente en la cala nudista, junto al acantilado. Lo vimos de lejos acercarse con la mochila en la mano, cada paso que avanzaba sobre la arena su cuerpo desnudo me robaba aliento. Cuando se encontraba a dos metros exclamó sonriendo: «¡Hola!». En ese momento, ya me había prendado de otra cosa que no te quiero nombrar. ¡Madre mía, qué manguera! Fede era dulce, delicado, correcto, amable, educado. Mira por dónde se fijó en esta escuálida poquita cosa. Se pasó toda la mañana sentado en la toalla de Snoopy a mi lado contándome cosas de su vida, queriendo saber de mí. Guárdame el secreto: creo que en aquella ocasión mis amigas sintieron envidia de mi suerte. Nunca lo hemos comentado, y ya ves, las quiero más que a mí misma, pero está claro que no les sentó nada bien que me llevara al macho perfecto. Aquella misma noche en el Trafa, me dio un primer beso de menta que me dejó temblandita de las piernas. Si a eso le unes que ya sabía qué número calzaba, imagínate el calor violento que sentí en el centro de mi cuerpo.

»Los días siguientes corríamos a la cala a despelotarnos, por las mañanas su piel y su boca sabían a agua de mar. Por las tardes, dábamos paseos hasta el faro del cabo de Trafalgar para comprobar cómo se enfurecían las olas en un sinfín de torbellinos con golpes de espuma que contrastaban con la serenidad de mi alma. El mundo era quietud abrazada por su cariño suave cuando escuchaba el graznido de las gaviotas y el retumbar del mar enfadado. En los crepúsculos, contemplaba las doradas puestas de sol entre sus brazos de bronce.

»Aquella atracción que me hacía llorar de gozo se consumó en el asiento trasero de su Seat 127 rojo descolorido una noche calurosa entre pinos, aroma de romero y cantos de grillos. Nos hicimos novios, el final de aquel verano loco me obsequió con una nueva pasión de mujer plena. No te enfades, tengo que confesar que ningún hombre me ha atraído tanto como Fede, ni siquiera tú. Espero no herir tu autoestima.

»A primeros de septiembre volví a casa. Fede venía a recogerme todas las tardes con su cascaja optimista de cuatro ruedas a la que teníamos que amarrar con una cuerda fina la puerta del conductor para que no se abriera cuando el coche estaba en movimiento. La mayoría de los días, presumía de novio en Triana tomando salchichas en el Akela o pavías en San Jacinto. Otras tardes, les ponía los dientes largos a las conocidas del Polígono paseando cogida de su mano por la avenida de Pedro Romero.

»Estaba muy ilusionada, a la semana le presenté a Fede a mis padres. ¡Encandilados con él! Se les notaba en la cara. Para conocerlo, mi madre se vistió con una sonrisa amable, sus mejores joyas y el perfume más caro. No te lo he comentado antes, mi nuevo novio estudiaba arquitectura, así que a mis papis les brillaban más los ojos que a mí. No me acordaba para nada de tu persona, daba por muy bien empleadas las cincuenta mil pesetas, porque si no hubieras perpetrado tamaña trastada contra mi autoestima, no hubiera viajado a Los Caños, no lo hubiera conocido. Te había borrado en poco tiempo de mi vida, de mi sentimiento.

»Era como si no existieras o nunca hubieses existido, pero tu sombra volvió a aparecer. El 20 de septiembre sonó el teléfono, eras tú. Como quien no quiere la cosa, como si no hubiera ocurrido nada, lloriqueaste: «Ha muerto Grace Kelly en un accidente de coche». Colgué

inmediatamente con un golpetazo, por poco me cargo el góndola. No podía creer que, después de tanto tiempo sin saber de tus andanzas, las primeras palabras que escuchara de tu boca fueran esas, parecía que llamabas para que te consolara en tu infinita desgracia por la muerte de una madre. A veces, me parecía que delirabas creyendo que formabas parte de cualquier familia real europea. Reanudó su sonar el teléfono al instante, no quise descolgarlo, para mí habías muerto.

»Por la tarde, arregladita para verme con Fede, ceñida en mis vaqueros y en mi camiseta de algodón suave blanco cascabel, salí del portal de mi casa. Te encontré de sopetón allí, plantado en medio de la calle, esperándome, aunque no sabías ni siquiera si iba a salir o no. «Estoy aquí porque quiero que me perdones», rogaste poniendo cara de cordero. Eché a andar hacia la parada del autobús sin dirigirte la palabra, caminabas a mi vera. Te pusiste muy pesado, repetías sin cesar que querías que volviera contigo, te ignoraba mirando hacia otro lado o poniéndome bien mis horquillas de mariposa. En esa ocasión no te hubiera servido disfrazarte de árbol, ni el Amazonas entero me hubiera hecho cambiar de opinión. La pereza e indiferencia experimentadas al verte me aclararon el desprecio que sentía hacia ti. Insistías, querías pedirme disculpas, devolverme el dinero, explicarme qué pasó, cómo te habías dejado llevar por tus amigos. Lo único que me interesaba era que desaparecieras, todo lo demás me daba igual, estaba enamorada de otra persona, mi relación contigo ya era historia y así te lo hice saber. Recuerdo perfectamente cómo quedaron tus ojos bobos en estúpida expresión cuando te aclaré que tenía novio. Te dejé allí clavado con la boca abierta, me subí al autobús. Ni siquiera me molesté en mirar a través de los cristales si permanecías como un botarate observando cómo me alejaba o si te habías marchado.

»Aquella tarde fui con Fede a ver el estreno de la película *Poltergeist*. Me gustó mucho, aunque todavía hoy, casi cuarenta años después, sigo rumiando, como si fuera una inculta supersticiosa, que aquello me traspasó una maldición o un mal de ojo de esos que afirman que cayeron sobre la película, porque no se pueden explicar con razonamiento la cantidad de sucesos extraños acaecidos en mi vida a partir de aquella tarde dorada y templada del mes de septiembre.

Violeta se levantará para rebuscar con sus dedos entre su colección de discos uno que le apetezca escuchar. Mientras lo hace, seguirá hablando:

—No volví a verte hasta dos semanas después. Apareciste en una fiesta de principio de curso. La celebrábamos en un local de Nervión los estudiantes de biología con la intención de reunir fondos para el viaje paso del Ecuador. Sabía por algunas compañeras que habías estado rondando por la facultad para buscarme. Te habrías enterado de la fiesta, habrías supuesto que estaría allí echando una mano. Acertaste, me encargaba del guardarropa, o sea, de una mesa plegable y una barra niquelada de la que colgaban cincuenta perchas de plástico. Fede no acudiría esa tarde porque tenía que estudiar, además se suponía que yo iba a estar muy atareada. Primero percibí tu perfume, luego observé desde mi rincón de cemento cómo pagabas en la entrada y te ponían, con tinta verde, un sello en el dorso de la mano. Te acercaste sonriendo, atravesando el bochornoso vaho del ambiente. Me mostrabas el sello como diciendo: «Mira, he pagado para venir a verte». Desde el primer momento te colocaste frente a mí, al otro lado de la mesa plegable. Apenas te hablaba, intentaba mirar para cualquier rincón o hacia el suelo de terrazo de aquel diáfano local antes de verte la cara. Habla chucho que no te escucho. Insistías en asegurarme que ibas a buscar un trabajo como camarero para pagarme el dinero robado.

»El guardarropa era una tontería, un esnobismo, porque a principios del mes de octubre todavía andábamos en manga corta sudando como pollos. No se acercó ni una sola persona, ni siquiera una Rebequita. Me aburría. Permaneciste una hora dándome la matraca, después te acercaste a la barra Cruzcampo de chapa que servían las compañeras de clase, pediste dos cubatas. Me trajiste uno en un vaso de plástico con un solo hielo, estaba muy cargado. Tonta de mí, me dio lástima de que te hubieras gastado el dinero, lo acepté, le daba sorbos intentando acompañar mis bostezos y tu persistente «quiero que seamos amigos». Insistías en que bailáramos juntos, te contestaba que no podía quitarme de allí. Como siempre, te las ingeniaste para buscar a una compañera que quisiera relevarme, lo conseguiste. Me sentía segura, sabía que no iba a volver contigo, Fede me gustaba infinitamente más que tú, solo una canción para que te callaras y se acabó. Bailamos agarrado casi desde lejos combatiendo el húmedo sofoco, con las espaldas pegadas a las parejas soldadas a nuestro alrededor, asfixiados por la atmósfera picante de humo de tabaco.

»Fin de la dichosa canción, volví a mi puesto en el guardarropa para disfrutar del aire fresco de un abanico. Al rato volviste con otro cubata igual de cargado. No sé si sería por la sed o por el nerviosismo, el caso es que me lo tomé más rápido de lo habitual. Pronto comencé a sentirme mal. Mientras en el bajo retumbante martilleaba el *Maquillaje* de Mecano, mi maquillaje se desteñía en un barro sudoroso, se revolvía con el tiovivo desbocado que en mi cabeza comenzaba a dar vueltas. La blusa empapada, los sonidos me alcanzaban amplificadas aporreando en las sienes acaloradas, del estómago subían arcadas, amenazaban con explotar apartando mis manos que intentaban taparme la boca. Mis ojos medio cerrados solo distinguían suelo sucio, zapatos, líquidos

derramados. Pude articular la lengua con dificultad para pronunciar torpemente un «sácame de aquí».

»En el exterior, ¡aire!, avanzaba agarrada de tu brazo con la cara apoyada sobre el cocodrilo de tu Lacoste rojo guinda, mis ojos sellados se protegían de las luces de las farolas, me servías de Lazarillo. Con un caminar pesado, no podía con mi cuerpo, alcanzamos tu coche. Creía que me ibas a llevar a casa, pero te dirigiste directamente al polvódromo. Susurrabas a mi oído que querías que habláramos. ¿Hablar?, ¡si no podía articular palabra, en ese momento no era yo, solo una marioneta muerta de carne y hueso! Me tratabas con mucho cariño, me acariciabas, me mimabas, me besabas mientras me desnudabas.

»Ocurrió lo inevitable cuando el alcohol anestesia las voluntades y ronda sobre la carroña un buitre como el que has sido siempre. Al menos esa noche, después de vestirme con torpeza, me acompañaste hasta la misma puerta de mi casa, llamaste al timbre, corriste escaleras abajo mientras yo me sostenía aferrada al pomo, con las piernas en forma de equis y la cara escondida bajo los flequillos sudados. Abrió mi madre, entré arrastrando el bolso, chocándome en ambos quicios de la puerta.

»Por la mañana me dolía muchísimo la cabeza. Mis padres estaban muy enfadados conmigo por el estado en que llegué a casa. Había hecho tres visitas al inodoro para descargar mis vómitos, después no tenía fuerzas para volver a la cama, y allí que iba mi madre con el cubo y la fregona para restablecer la limpieza en un cuarto de baño mancillado por la fuente en la que se había convertido mi boca. Les dije la verdad: que había comido muy poco, que hacía mucho calor en el local, que dos cubatas un poco cargados me habían sentado muy mal. Por supuesto no añadí que acabé en el asiento trasero de tu coche enredada en tu desnudez.

»A las cinco de la tarde pude tomarme dos aspirinas, un caldito de pollo caliente y un café cargado. A esa hora, Fede ya había llamado dos veces. «Está durmiendo porque no se siente bien, en cuanto se despierte le digo que has llamado». No sabía qué hacer con mi desgracia, confesarle lo ocurrido arriesgándome a perderlo u ocultárselo cobardemente y hacer más grande de esa manera la traición. No tuve que decidirlo, lo hiciste tú por mí. La noche anterior, aprovechándote de mi embriaguez encontraste el número de Fede buscando en el listín telefónico que sabías llevaba siempre en el bolso, ese bolso que insistías en que era propio de los indios con tanto fleco de cuero y tanta piedrecita cosida en colores hueso y turquesa. Cuando Fede telefoneó por tercera vez pude ponerme, aunque casi no me quedaban energías para levantar el auricular. «Tenemos que hablar, nos vemos mañana en La Mina», dijo con una actitud seria, seca. Él sabía lo que había pasado, me lo anunciaba un tono en sus palabras que nunca le había oído. Supe días después que aquella misma mañana lo habías llamado y se lo habías contado dándole pelos y señales. Si hubiera sido otro te hubiera roto la cabeza por tu chulería, pero Fede tan solo quería saber la verdad. Al día siguiente la escuchó de mis propios labios, no quiso comprender que había sido un percance ni atendió a mis súplicas ni a mis lágrimas que caían al suelo. Me quedé con la Coca Cola en la mano observando cómo sus cabellos rubios y su espalda ancha se perdían por la Cuesta del Rosario abajo camino del Salvador. La tarde dorada de otoño lo engulló, no quiso volver a saber de mí.

»Me sentía muy deprimida, el mal de amores estaba destrozándome por dentro, una batidora removía mis vísceras en un paté dolorido aderezado de cabellos sucios y uñas mordidas. El curso había comenzado, no asistía a clase, no podía levantarme de una cama en la que me tapaba la cabeza tal como la esconde un avestruz. No

aceptaba el haber perdido a Fede, pero la realidad se hacía más intransigente a medida que transcurrían las semanas. Anhelaba que sonara el teléfono, cuando lo hacía surgía una esperanza que se derrumbaba de inmediato en un daño punzante cuando no era su voz la que hablaba al otro lado del hilo. Yo sabía que, cuando no la veía, mi madre lloraba en su habitación por mi estado. Se esmeraba en traerme del supermercado todos los mimos y caprichos que tanto me gustaban. Ni el chocolate negro con avellanas alegraba mis tardes de llanto y tila. A veces me levantaba con la bata pegada al pijama, me hacía un ovillo en un rincón del sofá desde donde veía desfilar los programas en la televisión, lo mismo *La Clave* que Gabi y Miliki, daba igual. Mientras aburría mi pesar con la tele, esperaba el ring del teléfono colocado sobre mis muslos.

»Mi madre perdió los nervios y la paciencia un sábado por la tarde, elevó su voz chillona y la persiana de mi habitación hasta incrustarlas en el techo, tiró de la colcha dejando mi postura de gestante al descubierto. Me obligó a ducharme, me vistió, me pintó ella misma. Mis amigas habían acudido a su llamada, me llevaron custodiada, obligada por sus brazos a dar un paseo y a tomar algo en el bar de Matías. Aquella tarde gris se hizo interminable, la lluvia ennegrecía mi calvario, el viento doblegaba paraguas e ilusiones, el olor a tierra mojada se adhería a mis mocasines. Rosa y Encarni parecían desconocidas, no me interesaban sus conversaciones insulsas, mi mente se lamentaba en algún lugar lejos de sus palabras. El bar era un mausoleo, la cerveza sabía más amarga, no me pasaba la ensaladilla, el soniquete de las máquinas tragaperras agravaban el sufrimiento.

»Volví a casa antes de tiempo, sola. Por el camino no pude evitar la tentación, entré en una cabina, llamé a Fede para suplicarle que volviera conmigo. Su pétreo «no quiero saber nada de ti, no vuelvas a

llamar» me hizo desplomar sentada sobre el suelo metálico en el que varias colillas y papeles arrugados parecían contemplar con compasión mi frente llorosa apoyada en el cristal. Quedaban algunas monedas en mi mano, las mismas que, ingenua, había destinado a hablar con él. Logré levantarme, sacudirme. Sin pensar marqué tu número de teléfono, inusualmente estabas en casa. Una hora más tarde me encontraba de nuevo desnuda en el asiento trasero de tu coche, enjugando mis lágrimas sobre tu pecho. Me abrazaste con delicadeza, prometiste una vez más que ibas a buscar un trabajo de fin de semana para devolverme el dinero, me acompañaste a casa. De nuevo atrapada en un laberinto del que era incapaz de salir, el de mi relación maldita contigo.

»Mis heridas comenzaban a cicatrizar a tu lado. Tu padre te encontró un trabajo: todos los sábados a descargar camiones y colocar la mercancía en los anaqueles de un almacén de papelería al por mayor del polígono Store. Volvías tan agotado que apenas podías moverte, solo querías estar sentadito en el bar. ¿Quieres creer que me dabas pena? A punto estuve de perdonarte la deuda con tal de no verte tan cansado. Mantenía la ilusión de que hubieras cambiado, el hecho de que estuvieras esforzándote para pagarme el dinero me transmitía esperanza. Lo de Fede se había acabado para siempre, acepté la realidad, el color retornó poco a poco a mis mejillas, pronto volví a la facultad.

»El mundo también mejoraba, a mi novelista favorito, Gabriel García Márquez, le acababan de otorgar el premio Nobel de literatura. El P.S.O.E. había arrasado en las elecciones. ¡Un partido socialista gobernando en España por primera vez desde la República! Daba saltos de alegría sobre el sofá como si fuera una niña, asomaba mis oídos a la ventana para escuchar el claxon entusiasta de los coches, sentía que un

aire fresco aireaba cada rincón podrido de este país. Quise correr a celebrar la victoria de Felipe González con mis amigas, pero lo prohibiste rotundo: «¡Ni se te ocurra!». Maldecías no sé qué de romper España y de una próxima guerra civil. No tuve fuerzas para oponerme, decidí quedarme en casa soportando las miradas asesinas de Rosa y Encarni, que ya sabes lo mucho que te querían.

»En noviembre el Papa visitó Sevilla. No entendía que tuvieras tanto interés en asistir cuando habías viajado con tus amigos a Madrid a verlo hacía solo dos días al estadio Bernabéu en el encuentro con la juventud. Me rogaste que te acompañara al acto de beatificación de sor Ángela. No me apetecía nada, pero no me importó, entrarían por un oído y me saldrían por el otro las estupideces que el Wojtyla se inventara. El campo de la feria estaba completo, no concebía cómo podía pastar tanto borrego por el mundo. Trascurrieron horas de espera sentados sobre el albero, cercados con vallas como buen rebaño, sofocada por un ambiente en el que no me sentía cómoda, escuchando cánticos mojigatos que no iban conmigo. Hacía mucho calor, no había comido lo suficiente, ocurrió lo inevitable: me dio una lipotimia. La culpa fue mía, no debí asistir sabiendo que soy alérgica a todo lo religioso. Desperté tumbada bocarriba, con mis piernas alzadas sujetas por varias manos y la cara dolorida de recibir tortazos. Rescataste mi cuerpo pálido de la marabunta, lo montaste en un taxi, metiste en mi bolso trescientas pesetas para pagar al taxista, después volviste al redil con tus amigos y sus novias.

»Pronto supe por qué habías ido a Madrid a ver al Papa si en dos días iba a venir a Sevilla. Fuiste a verlo y a aprovechar el viaje para darte un buen revolcón con alguien que no era yo. Una tarde sonó el teléfono, una voz femenina preguntaba por Violeta. En cuanto contesté que era yo, aquella voz comenzó a gritar llamándome puta,

ordenándome me alejara de su novio Julián o vendría a Sevilla para rajarme y desparramar mis tripas por el suelo. No pude reaccionar, no pronuncié palabra, solo colgué. Cuando más tarde te vi, al menos tuviste la decencia de confesar quién era: una prima de tu amigo Vicente. Sin levantar la mirada del suelo, me contabas cómo durante vuestras correrías de verano en Madrid, mientras os gastabais mi dinero, Los Halcones salíais con un grupo de chicas amigas de esa prima y te habías liado con ella. Cuando en septiembre apareciste y no quise saber nada de ti, corriste a declararle a la chica que eras tú quien habías roto nuestra relación, que ya no te atraía porque estabas enamorado de ella. ¡Mira que has sido siempre falso! Os hicisteis novios incluso con miras de casaros en un futuro, hasta le compraste un anillo de compromiso. Cuando volví contigo, le aseguraste a Vicente que no era nada, solo querías aprovecharte y reírte de mí, pero cuando comprobó que lo nuestro continuaba en serio, se enfadó, le fue con el cuento a la prima, le dio mi número de teléfono y me llamó la moza en un tono iracundo, barriobajero. Nunca has sido muy listo, hijo. ¿Qué pretendías, mantener dos engaños siendo un amigo íntimo primo de una de tus novias? Jamás advertí un mínimo reflejo de inteligencia ni en tus opiniones ni en tus conductas.

Violeta extraerá un vinilo de Michael Jackson, lo pinchará en el tocadiscos, después se volverá a sentar junto a Julián con la carátula entre las manos.

—Era la tercera vez que te dejaba «definitivamente y sin posibilidad de marcha atrás». Hubiera vuelto contigo de nuevo conociendo mi falta de amor propio y mi dependencia de tu vileza, pero ocurrió algo que cambió nuestra historia de golpe y me dio arrestos para no verte más. Eran días de frío, me consolaba de la pérdida de Fede y de tu infidelidad yendo al cine con Rosa y Encarni. Recuerdo que una

de las películas que vimos fue *ET el extraterrestre* y que Michel Jackson estrenó por aquel tiempo su *Thriller*. Así, como un alienígena o un zombi me sentía una noche de diciembre en la que tomaba, o más bien calentaba entre mis dedos olvidados, un vinito de naranja en la calle Mateos Gago después de ir a ver *Acorralado*. Acorralada por mis circunstancias, mi pensamiento volaba muy lejos de aquel bar. Mis amigas se dieron cuenta, comenzaron a presionarme para que les contara qué era lo que me pasaba, rompí a llorar. Me faltaba la regla desde hacía casi dos meses, a mí, que era un reloj.

»Al día siguiente, en casa de Encarni, aquel puntito rosa en el Predictor me preñó de terror. No por albergar una flor en mi vientre, eso me ilusionaba, sino porque esa criatura te padeciera a ti como padre. Algo sacudió mi cuerpo entero, algo me agarró por el cuello, me gritó fuerte en el entendimiento que no debía consentirlo, que no emponzoñarías con el veneno de tu maldad su existencia, que no la maltratarías como hiciste conmigo. Una personita inocente era portadora de tus genes, pero eso no lo conocerías jamás. No lo permitiría, aquel ser amado que se formaba en mi seno no me encadenaría a ti de por vida. ¡No!

»En ningún momento se me pasó por la cabeza abortar. El instinto materno se despertó en mí absorbiendo cada emoción, cada pensamiento, cada deseo, haciéndose dueño de mi voluntad. La vida había dado un vuelco de saltimbanqui hacia una nueva esperanza capaz de olvidar y acabar con todo mi universo anterior, romper con el pasado hacia un presente joven, inesperado e insospechado. Puedes imaginarte la cara de mis padres cuando les informé de mi estado y de quién era el padre. Se mantuvieron serenos en un gesto que les agradeceré mientras me queden recuerdos en la memoria. Apoyaban la idea de tener al bebé, la ilusión se reflejaba en el brillo de sus ojos. Más reacios se mostraron

cuando les comunicué el deseo de huir de Sevilla inmediatamente para residir en cualquier otro lugar del planeta, para no volver más, para alejarme de ti y negarte para siempre una paternidad inmerecida. Me costó un día entero de discusiones soportando un dolor de cabeza que comprimía las sienes como una prensa de hierro. Conseguí que aceptaran mi voluntad con la condición de que no emigrara demasiado lejos. La excesiva distancia supondría un castigo para ellos: la ausencia de su única hija y de su futuro nieto o nieta. Lo comprendí, lo acaté gustosa.

»Un frío amanecer, se escuchaban villancicos a través de la ventana, escapé de Sevilla en autobús hacia Trujillo, donde me esperaban mis tíos. Todas mis humildes prendas cabían en una sola maleta. El abrigo, la bufanda y los guantes los llevaba puestos. Los zapatos de tacón, las minifaldas, los brillos, las hombreras; todo quedó sentenciado en bolsas que mi madre donaría a Cáritas. Con cada metro que el autobús le ganaba al asfalto, experimentaba un alivio que sanaba en cicatrices las heridas abiertas. La contemplación de los campos verdes de encinas me adormecía en un sopor dulce, mi espíritu era una dehesa nueva, fresca, sana, unido a la naturaleza para siempre. Sevilla se fue haciendo más pequeña hasta desaparecer en la línea del pasado. Mirada al frente puesta en el horizonte, un sol claro de invierno brillaba sobre la mañana azul.

»Me quedé a vivir con tía Aurelia, hermana de mi madre, con su marido y el primo Juan Pedro, varios años más pequeño que yo. Me sentí acogida, querida como en casa desde el primer día. Aunque ellos no exigían dinero e insistían en que siguiera estudiando, quise buscar un trabajo. Cuando el bebé estuviera en el mundo necesitaría cuidados que sospechaba serían costosos en lo económico. Ni por parte de mis padres ni de mis tíos le iba a faltar de nada, pero prefería ganar yo el

dinero, no depender de nadie. ¡Soy así de cabezota!, además, acariciaba el proyecto de alquilar un piso e independizarme cuando el bebé tuviera un añito. Papá y mamá ponían casi todos los días una conferencia para hablar conmigo. Casi les dio un ataque al corazón cuando les llegó el primer recibo del teléfono. Tuvieron que pedir un crédito para pagar el recibo y el cardiólogo. Esto último es una exageración, no me eches cuenta. Venían a verme un fin de semana al mes cargados de regalos, hasta que la ancianidad fue retrasando paulatinamente sus visitas.

»Rosa y Encarni se reunían todos los sábados por la tarde para escribirme. No existía semana en la que no recibiera su carta donde contaban todito lo que ocurría. De sus palabras, supe cómo rondabas por casa y por la universidad preguntando extrañado dónde estaba. Se me había tragado la tierra de un día para otro, mis padres te colgaban el teléfono, mis amigas se reían de ti asegurándote que estaba en Nueva Zelanda casada con un inglés. Cuando me fui, hacía más de un mes que había cortado contigo, pero seguías erre que erre intentando dar con mi paradero. Pronto, las cartas dejaron de hablar de tu pesadez, imagino que te habrías cansado y aceptado el hecho de no volver a saber jamás de mí. Llegó un momento que no tuve más noticias sobre tu persona, no sabía si habías terminado la carrera de medicina, si habías hecho alguna especialidad, si te habías casado, si tenías hijos. Nada.

»Mi tío me procuró un trabajo como dependienta en una tienda de alimentación especializada en productos extremeños. Se encontraba cerca de la Plaza Mayor, estaba orientada a la venta a turistas. Aquellos primeros meses en Trujillo los recuerdo tranquilos. De la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Me acariciaba el vientre cada noche, notaba cómo iba creciendo día tras día a la par que la ilusión. Le hablaba, le cantaba, le contaba historias de bosques longevos, amigos, protectores de los humanos. Si niño Olmo, si niña Margarita.

»Mi flor se abrió al mundo a mediados del mes de junio de 1983. No tardó en salir, parecía tener prisas, ya avisaba de lo que me esperaba con ella. Era pequeña, muy sonrosada, su piel reflejaba el mismo tono que el coral. Margarita se convirtió en la razón de mi existencia. Mi tiempo, mi esfuerzo, mi cuerpo los dediqué íntegramente a ella, porque ha dado problemas desde ese preciso instante que vino al mundo. Fue durante la adolescencia cuando se desataron todos los diablos que habitan en su mente. Comencé un peregrinar por el desierto de especialista en especialista hasta lograr diagnosticarla. No creas que cambió ya de mujer adulta, todo lo contrario. Nuestra insufrible relación mejoró cuando se fue a estudiar bellas artes a Sevilla, el no tratarnos diariamente contribuyó a esa mejoría. Pinta unas acuarelas primorosas, se las quitan de las manos, y no es pasión de madre, es la realidad, puedes creerlo.

»Ella preguntaba a menudo quién era su padre, nunca lo supo. No quise hablarle de ti, me mantuve firme ante su insistencia infantil, juvenil y adulta. No comprendí su sufrimiento. Me aterraba la idea de que quisiera conocerte, pero nos ha salido el tiro por la culata. Margarita no conocía quién eras, tú no podías sospechar que tenías una hija perdida por el mundo. Ahora la culpa me devora, deambulo de aquí para allá atormentada por la duda, no soporto el cuestionarme si hice bien negándole a ella la figura de un padre y a ti el derecho a disfrutar de una hija. Despierto a media noche asustada, víctima de constantes pesadillas, me flagelo de día contemplando tu cuerpo reseco, se me clavan cristales en los ojos de tanto llorar al ver a mi hija tras la reja fría de la prisión. Estoy obligada a cuidarte porque yo he tenido la culpa de lo ocurrido. La vida nos ha castigado a los dos, nos ha condenado con esta broma tan macabra.

»Cuando papá murió, llevé a mamá a vivir con nosotras hasta que ella también se nos fue hace dos años. En Trujillo he sido feliz, después de tantos años la considero mi tierra, mi casa. Me siento a admirar sus torres al atardecer, entonces percibo mi corazón en paz, en comunión con la tierra, el aire limpio, las cigüeñas, las piedras, la historia. Nunca terminé la carrera de biología, no conseguí realizar el sueño de ser botánica. ¿Quién sabe?, tal vez esté a tiempo todavía, no creas que no lo considero. Mi triunfo personal ha sido establecer, cuidar, mantener el herbolario, donde he podido reflejar esta personalidad de color violeta y un amor profundo por las plantas. He disfrutado de alguna pareja, aunque no han durado mucho los romances, Margarita los espantaba cuando la espinosa realidad se imponía a la atracción y al amor. Pensaba que Eduardo, el único pretendiente que no huyó, iba a convertirse en el hombre definitivo de mi historia, sin embargo, aquí estoy, otra vez sola a tu lado. Ahora comprendo que jamás esquivaré tu sombra helada, ni siquiera después de tu muerte.

Manuel Bobis Reinoso

**23:50 h del martes 1 de enero de 2019.**

Violeta duerme abrazada al pecho de Eduardo. Está cansada, su reposo es tranquilo y placentero. Sueña con bosques frondosos de árboles con copas de color de rosa y troncos azules.

## 2

# Verde pálido

11:00 h del viernes 4 de enero de 2019.

Los hechos que provocarían que en el próximo mes de noviembre Julián reciba dos balazos comienzan hoy en el vagón número 6 del AVE que viaja desde Madrid a Sevilla. El día se hace más frío cada hora, Silvestre observa a través de la ventanilla semiempañada los pájaros muertos que motean los campos. «¡Pobrecitos, caen al suelo, fallecen por el frío tan intenso que está haciendo!» Solo abandona su contemplación de la tierra escarchada, endurecida, para mirar, una y otra vez, su reloj de pulsera Omega Seamaster Planet Ocean. Rosa, su mujer, se lo regaló por las bodas de plata. Fue abrir la pesada caja cúbica de piel verde tinieblas que albergaba al reloj y sentir un estremecimiento afilado. La cuchillada de hielo le recorrió su escasa, delgada estatura desde la calva hasta las zapatillas desgastadas, atravesando garganta, pijama, estómago, zona testiculoanal... La carcasa, la esfera y la correa eran negras. Los números y algunos adornos, del color de la naranja. Las manecillas cromadas tenían forma de flecha. A Silvestre le recordó una lámina de un libro de religión que aterrizó su infancia. Ilustraba las tentaciones de Jesús, a Lucifer lo representaban de negro, envuelto en unas llamaradas rojoanaranjadas, con cuernos, dientes puntiagudos, uñas largas, cola terminada en forma de flecha. ¡Negro, naranja, punta de flecha!, ¡aquel era el reloj del Diablo!, ¡Satanás penetraría en su alma para poseerla a

través de él! No quiso ponérselo, sudaba, palpitaba loco el corazón si se encontraba cerca de aquel artefacto surgido de lo más profundo del mal. Le costó un dineral la caja de plomo donde lo guardó. Lo condenó al rincón más inaccesible del desván. De aquella cárcel en forma de caja fuerte no escaparían aquellos seres diabólicos capaces de arrastrarlo al averno más oscuro.

Dos meses después de recibir tan maléfico regalo, vio en la televisión un documental sobre Alzheimer precoz. De pronto, cayó en la cuenta: no recordaba dónde había dejado las gafas ni qué había almorzado tres días antes. Buscó en la página web de su seguro médico, pidió cita para que lo reconociera el neurólogo. «¿Qué comí el sábado pasado?, ¿qué ropa me puse?, ¿qué película vi en la televisión hace tres domingos?». Los sudores fríos le empapaban la camisa cuando se convencía de que la espantosa enfermedad estaba corroyendo sus neuronas. El miedo al Alzheimer había sacado de su obsesión a Satanás para reemplazarlo. Silvestre recuperó el reloj del desván, había borrado de su pensamiento el terror que le causaba, se lo puso, ya no se lo quitó ni para ducharse, para eso era sumergible a seiscientos metros.

«¡Este AVE avanza tan despacio!». Cada vez que asienta sus ojos en las manecillas desea que hubieran transcurrido diez minutos desde el último vistazo, pero el puto minuterero en forma de rabo del Diablo tan solo ha adelantado un paso. «¡Qué pesado camina el tiempo cuando estamos pendientes de él!». Ayer salió de casa por la tarde. «¡Parece que hace un siglo!». Viajó a Madrid para regalarle a su hija un ejemplar, dedicado con cariño, de la novela que él ha escrito y autopublicado. Trata sobre animales que encarnan distintas emociones y actitudes del ser humano, se llama *El bosque infinito*. En la portada, un lobo acecha a un cordero que pasta distraído. También llevaba los reyes para su nieta.

Esta mañana, hace solo unas horas, su hija le rogó que se quedara un día más en Madrid:

—Nunca que aparesces para vernos te quedas más de una noche. Llegas por la tarde, te vas a la mañana siguiente, es una paliza de viajar tremenda. Hasta Marina acaba llorando porque su abuelito se marcha. Le gusta que pases tiempo con ella y le cuentes historias de perritos.

—No puedo quedarme —objetó Silvestre mientras se abrochaba el abrigo, enrollaba la bufanda alrededor de su cuello con urgencia e ignoraba cómo su nieta berreaba y pataleaba.

Besos a las dos, aunque la pequeña Marina, ceño fruncido, retiraba la cara refunfuñando bajo lágrimas que resbalaban por unos pómulos rosados buscando boca, barbilla, suelo.

—¡Abuelito quédate!

Silvestre franqueó la puerta sin mirar atrás, no llamó al ascensor. «Por la escalera se llega antes a la calle para tomar un taxi».

—¡Papá, no bajes tan rápido, te vas a matar!

«Te vas a matar», esas palabras aún rechinan en sus oídos. «Voy a tomar algo en el vagón cafetería, a ver si así el tiempo se despabila y acelera un poquito más». Una cerveza más un paquete de patatas. Da sorbos al vaso de plástico, saborea un crujir agradable en su boca, observa a través de la ventanilla a una chica montada en bicicleta que levanta el polvo de un camino cercano a las vías. Junto a ella corretea, brinca, ladra un cachorrillo feliz. «¿Es un labrador?, es posible». La memoria se escapa como un globo de gas hacia el cielo, el recuerdo se detiene en Lily, en el bendito momento que llegó a casa, diez años atrás, metida en una caja de zapatos agujereada.

A Silvestre siempre le han fascinado los animales, sus dos primeras mascotas fueron dos pollitos. Se los compraron sus padres en la Feria de Abril cuando tenía ocho años. Uno azul, otro rojo tirando a

fucsia, aunque pronto recobraron su tono amarillo natural. En una caja de zapatos le dispensaba cuidados tiernos y caricias con las que percibía el calor de sus cuerpos. Les colocaba alpiste y migajas mojadas de leche en el platillo donde el abuelo Roque, cuando aún estaba en vida, depositaba la dentadura postiza mientras dormía. Un incesante pjar despertaba las mañanas de aquel verano alegre e infantil. Los pollos corrían sobre las losas de terrazo para encajarse en el cobijo que componía Silvestre con su cuerpo. De rodillas, hecho un ovillo sobre sí mismo, dejando abierta una compuerta formada con las manos donde las aves absorbían, ojos semicerrados, el aliento cálido exhalado de unos labios puestos en forma de silbido, dirigido hacia la pelusa nimia, pretenciosa de ser plumaje.

Crecieron, en el otoño le buscó una caja más grande: la de un ventilador comprado en primavera. Llegó el momento temido, una madrugada lanzaron su quiquiriquí hacia el estupor del vecindario que despertó desconcertado. No dejaron de cantar cada día cuando regresaba el alba. Los residentes en el bloque, indignados, aporreaban la puerta cada amanecida para quejarse ante sus padres. Una mañana, al levantarse, Silvestre se encontró la caja de cartón vacía. Buscó y buscó debajo de las camas, de los muebles, intentando aferrarse a una esperanza engañosa, porque él sabía bien que se los habían llevado al huerto de un tío mientras dormía. No los volvió a ver, a acariciar, a oler. Buscando alivio en su desconsuelo, su inocencia creyó que allí serían felices engullendo lombrices de tierra, picoteándose el uno al otro. De mayor, no le cabía duda de que habían finalizado sus días cocinados en salsa o con arroz.

Pichi era un canario que brincaba alborotado y cantaba de contento cuando Silvestre le introducía hojas de lechuga entre los barrotes de la jaula. El muchacho tuvo una muy mala idea: para hacer

sitio, colgó la jaula de una ventosa adherida a la pared. La ventosa cedió, la jaula cayó al suelo desde una altura de dos metros y medio, se estrelló contra el suelo con gran estruendo metálico. A Silvestre solo le dio tiempo de sacar el cuerpo de Pichi para que abriera el pico tres veces y cerrara los ojos entre las manos, junto a su pecho. Se sintió culpable, desolado, responsable de su muerte. Atormentado, enterró el cuerpecito frío en un parterre, en un hoyo cavado en la tierra con una pala amarilla de playa. Sobre el lugar, asentó un canto plano sobre el que escribió con rotulador negro: «Pichi, perdóname». Acompañó el solemne sepelio con una ceremonia en la que, levantando la mano derecha mientras mantenía la izquierda sobre el corazón, en honor a Pichi, juró amar y cuidar siempre a los animales.

Con doce años, crío dos carpas en la bañera. Se las regaló un pescador sonriente, que en vez de volverlas al río las introdujo en una bolsa con agua y se las ofreció al chico, quien lo observaba interesado. Silvestre corrió a casa en calle Castilla, cuando llegó, casi había desaparecido toda el agua, los peces boqueaban medio asfixiados. Los alimentaba con pequeños insectos que atrapaba y con camarones crudos comprados en el mercado con la paga de la semana. Durante varios meses, sus padres tuvieron que asearse en el lavabo soportando el asco, el hedor con que los peces apestaban la casa y el bloque. Llevaba, orgulloso, a sus amigos a casa para presentarles sus criaturas. Los chiquillos salían corriendo forzados por una gran repugnancia cuando descubrían los dos monstruos criados por Silvestre. Un día funesto, al igual que los pollos, también desaparecieron las carpas, aunque el tufo dejado en el cuarto de baño seguía provocando arcadas en un vecindario que no acertaba a averiguar de dónde provenía aquel mal olor.

Le daba de comer hasta a las hormigas. Comía pipas junto a un hormiguero para esparcirles cáscaras y frutos cerca del agujero de entrada. Con el paso de los años, fueron aterrizando en su vida un gato detrás de otro, hasta que llegó Lily. La idea fue de Rosa. «¿Compramos una perrita?». Nunca habían disfrutado de un amigo canino. «¡Qué ilusión!». Bucearon con ansia en internet. «¿Qué raza?, ¿dónde la podemos adquirir?». En una tienda de animales de Nervión. No era más que una adorable, suave bolita de pelo que los observaba con ojos de súplica. Ya desde cachorrita, Lily, una *border collie* preciosa, le entretenía las noches cuando llegaba a casa agotado por el trabajo en el bar. Al oír la cerradura, se acercaba con ladridos entusiasmados y sacudidas excitadas de la cola para no apartarse de su lado hasta el día siguiente. «¡Diez años de felicidad junto a ella!». Recordándola, siente la necesidad urgente de hacer una videollamada de WhatsApp a su mujer. Rosa asoma a la pantalla del móvil con su pelambreira canosa, ojeras ennegrecidas, desgana cetrina. Silvestre ruega:

— ¡Pónmela un poco, que la quiero ver!

Faltan cinco minutos para que el AVE alcance la estación de Santa Justa. Silvestre está preparado junto a la puerta del vagón. Es el primero en precipitarse a un andén que se le presenta ante sus ojos como una vía interminable perdida en el horizonte. Los pies lo propulsan lo más rápido que permiten sus años. Toma un taxi, el ambientador de automóvil es dulce igual que los metros avanzados que lo acercan a su hogar. Mira a través de la ventanilla, los edificios y los árboles le sonríen. A la hora de pagar, varias monedas ruedan por el suelo desde sus manos temblorosas, no se para a recogerlas. En el bloque, un matrimonio y su hijo esperan el ascensor.

— ¡Buenas tardes!

Silvestre no escucha el saludo. «¡Al carajo el ascensor!». Sube los escalones de dos en dos, el momento anhelado minuto a minuto desde que saliera de casa el día anterior es inminente. El timbre repiquetea imperativo, urgente, varias veces. Siempre abre con su llave, pero antes llama para que Lily sepa que está allí y se prepare para la fiesta. Al abrir la puerta, perra y hombre se lanzan una contra otro fundiéndose en un solo ser hecho de lágrimas, ladridos, piel humana, pelaje blanco y negro, palabras cariñosas, lametones, besos, abrazos.

—¡Lily, Lily, Lily! ¿Cómo estás, linda mía?

Ojos inundados, sonrisa ilusionada, Silvestre saca de una bolsa de plástico varios paquetes de papel de estraza:

—Mira Lily qué te traigo: medio kilo de jamón ibérico de bellota, un buen trozo de solomillo de ternera, varios filetes de hígado.

El animal olisquea excitado, saliva, brinca sobre las cuatro patas, ladra. Vuelta a los abrazos, besos, lametones.

Diez minutos de reencuentro después, Rosa se acerca temerosa para dar un beso a su marido. El animal la aparta interponiendo su cuerpo, golpea las piernas de la mujer con el cuello mientras emite un gruñido amenazante de colmillos prominentes y pelo erizado.

Rosa, apática, sirve el almuerzo. Silvestre está sentado a la mesa del salón en penumbra, Lily echada a sus pies. No pasan tres minutos sin que se acoplen sus bocas en un centrifugado de labios humanos y lengua canina. «¡Ay que te como!». Cuando la mujer; alta, consumida, reseca, ojerosa, camión gris desánimo; se acerca portando un humeante plato de albóndigas en salsa amarilla que huelen a gloria, el animal no gruñe. Sabe que su dueña posará el plato sobre la mesa y retrocederá hasta la cocina donde almorzará sola. En la sobremesa, hombre y perra permanecen abrazados en el sofá frente al televisor. Rosa, sentada en una silla a tres metros de ellos, quiere conversar con su marido:

—¿No has querido quedarte con tu hija y con tu nieta unos días?

—No, ya sabes que no puedo. ¿Lily ha comido?

—Si no eres tú quien le da de comer, no consiente en probar bocado. ¿Te ha costado mucho el jamón, el solomillo y los filetes de hígado?

—¡Han costado lo que han costado!, ella se merece todo.

—Todavía estamos pagando, con mucho esfuerzo, el préstamo que pediste para pagar al veterinario por la operación, pero le compras jamón y solomillo de ternera.

Silvestre masculla por lo bajo haciendo una mueca de desagrado. Se retira a dormir la siesta. «¡Así no te veo esa cara de amargada!». Acostado, contempla el techo mientras acaricia a Lily. Seguro que le darán las tantas deslizado su mano por el pelo del animal. Hace tiempo que le cuesta dormir. La preocupación que atormenta su existencia está remachada en su mente, aparece con puntualidad fantasmal en cuanto su cabeza roza la almohada: «¡La perra ya tiene diez años, no tardará en fallecer!». No, no, no lo acepta, se desvive, padece, los ojos fijos en la lámpara del techo. Cuando cae rendido por el sueño se despierta al momento, de golpe, sobresaltado, sudando, víctima de la pesadilla que le aterra: su animal muerto, inerte, yaciendo sobre sus brazos impotentes.

Ya tiene planificado cómo se quitará la vida cuando Lily no exista. Tres meses atrás le había preguntado a un cliente del bar; matón de esquina, proxeneta, traficante y lenguarón al que todos llaman el Gurrapo; dónde comprar una pistola. Hace ya cinco años que el Gurrapo asoma diariamente su melena de rizos negra, brillante, a eso de la una de la tarde por el bar para pedir el primer cubata. Se marcha a las cuatro y media dejando una buena propina, con ocho Tanqueray con Coca Cola y tres tapas de cocina en el cuerpo. Se jacta de sus hazañas en

voz alta, que todos lo oigan, por eso Silvestre no tuvo reparos en preguntarle por la pistola.

—¡Yo te la vendo, carajo! Una Glock 43X Black Slimline de nueve milímetros. Junto con la munición, tres mil quinientos pavos. Eso por ser *pa* ti, que te quiero mucho *so* mamona —respondió con voz aguardentosa aquel hombre de traje color hueso, camisa negra y manos ensortijadas.

—De acuerdo, te lo pago, pero tú me guardas la pistola. Cuando yo te diga me la traes.

—¿A quién te quieres cepillar?

—Eso no te lo puedo decir.

—¡Si tú no matas ni a una mosca! Deja algo *pa* los profesionales —dejó caer el Gurrapo.

Silvestre tiene planificado en su itinerario mental que cuando Lily fallezca le pedirá al Gurrapo que le entregue la pistola y la munición. Está decidido a suicidarse junto a la tumba de la perra. Esparcirá sus sesos sobre aquella tierra santa para que todo el mundo comprenda su pasión propia del romanticismo.

Se levanta de la cama. Sentado en el escritorio, revisa el proyecto de mausoleo de Lily: de mármol, custodiado por cuatro ángeles, con su nombre labrado en letras doradas, sobre una columna corintia de cuatro metros de alto por uno y medio de diámetro. Lo ha diseñado para que nadie pueda permanecer nunca por encima de donde ella repose para siempre. Para proyectarlo permaneció dos meses sin acudir a trabajar en el bar, dibujando, trazando, «este no me gusta», partía el papel, partía otro papel. Se alimentaba gracias a los bocadillos que Rosa le acercaba al escritorio. Se meaba caliente, húmedo, en la silla con tal de no ir al cuarto de baño, después el orín se tornaba frío empapando sus pantalones y ropa interior. En una ocasión, le dejó a su mujer un

recuerdo pastoso y maloliente sobre los calzoncillos. Fue la primera vez que Rosa habló con don Antonio, el médico de cabecera, para que lo derivara al psiquiatra. Aquella aventura del diseño del mausoleo remató cuando se quedó agarrotado. No se podía mover, sus rodillas y caderas se habían oxidado. Tuvo que acudir una ambulancia. Los operarios lo llevaron al hospital porque había quedado en forma de silla, parecía de cartón piedra, imposible que estirara las piernas. Al cruzar la puerta del centro sanitario se alegraba:

—Afortunadamente, ya he acabado el proyecto.

Observa el boceto. Las lágrimas caen sobre el dibujo lineal poniendo lunares transparentes sobre el grueso papel. No puede sobrellevar el imaginarse su vida sin ella. Vacío, sin ilusión. «¿Para qué ir a pasear sin Lily?, ¿a quién le compraré regalos?, ¿trabajar?, ¿para qué servirá el dinero?, ¿ya no pinto nada aquí!, ¿qué sentido tiene la existencia si ella no está? Quisiera evaporarme yo antes, pero no la quiero dejar con nadie». El dolor en el pecho se hace más agudo, insoportable, tiene que hacer algo para dejar de sufrir.

Ve, entre las rendijas de la persiana, cómo el atardecer deja escapar la luz. Son las seis de la tarde, telefona a Luisa, compañera del grupo de lectura:

—He pensado en acudir a un especialista para tratarme esta ansiedad que me asfixia, tengo entendido que tu marido es psiquiatra.

—Sí, pero no te lo aconsejo, tiene un carácter bastante raro, por no utilizar otros adjetivos más contundentes.

—¡No seas exagerada mujer!, me parece feo acudir a otro profesional estando tu marido ahí.

—Como quieras, tú mismo, te facilito el número, pero que conste que yo te he prevenido.

—¡Qué dramática eres!

Acuarela para un padre ausente

Silvestre Toma cita, se la dan para el jueves 10 de enero.

**18:30h del viernes 4 de enero de 2019.**

Ya tiene cita con el psiquiatra. Solo con eso se siente un poco más reconfortado, la presión en el pecho se ha desinflado, se diría que ha presionado la válvula para dejar escapar la tensión. «Le voy a regalar al terapeuta un ejemplar de mi novela, así me conocerá mejor». Silvestre se anima, se ha sentado a escribir, Lily echada entre sus piernas. Su nueva obra también tratará sobre animales, será la segunda de una trilogía. Si la primera se tituló *El bosque infinito*, esta será *El bosque arrasado*.

### *Capítulo 1*

#### *De cómo el ciervo Alibú penetró en la cueva del oso Grafón*

Nada de ordenador, el bolígrafo Bic azul sin capuchón mordisqueado en el extremo garabatea las primeras palabras sobre un folio. Sí, se siente mejor, pronto comenzará la terapia, el 10 de enero.

El jueves 10 de enero habrá amanecido tan frío como los días anteriores. Julián Barrera Funes, el psiquiatra que dentro de diez meses recibirá dos balazos, observará a través del ventanal de su consulta cómo la mañana plomiza descarga su chorro helado contra los brillantes adoquines de la calle. Los neumáticos de unos automóviles que mantienen los faros encendidos iluminarán el blanco de la mañana gélida. Personas refugiadas bajo densos abrigos aligerarán el paso sorteando con saltitos los pájaros muertos sobre la acera. Aprisionada contra los cristales, la escarcha parecerá querer colarse dentro de la estancia. La calefacción recién encendida combatirá la humedad y el frío, las lamparillas proyectarán a la sala una luz sombreada. Una varilla encendida de lavanda suavizará el ambiente.

El timbre coceará con la desgana propia del primer día de trabajo después de unas vacaciones. «¡Otra vez a escuchar problemas!». Son ya tantos los años de profesión que pesan como elefantes sobre una vocación que nunca existió. Julián quiso ser cardiólogo, como su padre. Era muy mal estudiante, no porque no fuera inteligente, pues todos aseguraban que si hubiera querido hubiera sido un alumno de matrículas de honor, sino porque le gustaba el cachondeo demasiado. La constancia, la planificación, la responsabilidad y el trabajo no figuraban en su exiguo inventario de virtudes. Lo suyo eran las artes marciales y el gimnasio en un local de mala muerte de San José Obrero, al que acudía puntualmente todas las tardes. Nada le satisfacía más que admirar sus tensados músculos frente al espejo y levantar el pie casi a la altura de la lámpara a lo Bruce Lee. Tampoco faltaba a los ensayos de la cuadrilla de costaleros de la hermandad. Su *papaíto* le había concedido todos los caprichos, hasta le había comprado un flamante Talbot Horizon de color rojo irresistible nada más sacarse el carnet de conducir, pero se negó a costearle una especialidad privada para que hiciera cardiología. «¡Yo no mantengo a flojos!». Las calificaciones del M.I.R. no le alcanzaban más que para psiquiatría. Lo aceptó, se lo tomó como un equivocado sucedáneo de su verdadera vocación médica, aunque esa vocación apuntaba más a un presumir engreído de fonendo colgado al cuello que a un anhelo de servicio a la humanidad.

— ¡Guillermina, el timbre!

Unos zapatos relucientes empujarán la apatía de Julián, sus cincuenta y nueve años, la nuez prominente, el metro ochenta y cinco hacia el sillón. Sabe que detrás de la puerta aparecerá la jeta de un desconocido ansioso de confesar sus miserias. Él verá languidecer, por el rabillo del ojo, cada segundo de una interminable sesión en la pantalla de su ordenador. «La gente no sabe lo largo que es un minuto. ¡Vamos

allá!». Guillermina abrirá la puerta con diligencia. El hombre surgido de las tinieblas del descansillo aparentará unos cincuenta años, calvo de la cabeza, peludo en la cara de una barba canosa y desarreglada de dos días. Sus ojos claros apagados apuntarán al suelo. Se limpiará los zapatos desgastados en el felpudo. Guillermina, olfato femenino, percibirá al instante el olor a tabaco y a sudor consolidado.

—Encantado, pase por favor, puede poner el abrigo en la percha.

—¡Vaya frío que está haciendo!

El paciente se quitará un abrigo de color confuso. La rebecca, verde barato, dejará sobresalir los vellos del pecho a través de unos botones de camisa de franela desabrochados en pleno invierno.

—Silvestre, ¿verdad?, firmeme el documento de protección de datos.

Silvestre firmará sin leer el documento. Guillermina:

—Acompáñeme, es usted el primer paciente del día.

La mujer recorrerá un pasillo, abrirá una puerta a la izquierda, sonriendo le indicará con la mano a Silvestre que pase. En el interior de la consulta:

—Pase por favor, siéntese —invitará Julián señalando con la mano el sillón de confidente.

Silvestre se sentará.

—Es la primera vez que vengo al psiquiatra, estoy un poco nervioso.

—No se preocupe, yo estoy aquí para ayudarle, relájese, cuénteme.

Julián, repanchigado contra el sillón de piel, acomodará su fastidio, sus oídos, sus bostezos disimulados mientras se acaricia la frondosa cabellera plateada. Ni siquiera se habrá preocupado de quitar

el capuchón a una pluma Watherman laqueada en azul pavo con plumín de oro que dormitará sobre un folio en blanco aposentado en la mesa de madera de ébano. La mesa hace juego con una colosal librería atestada de ejemplares de libros de psiquiatría, de manuales, de pruebas.

Silvestre, tenso como la madera, tieso sobre la silla, ceño fruncido, manos temblorosas, mirada hundida en la mesa, comenzará a hablar:

—En primer lugar, quería regalarle un ejemplar de mi primera novela, se llama *El bosque infinito*. Es una prueba gráfica que me ayuda a explicarle el amor que siento por los animales.

—Muchas gracias.

Julián no se moverá, ni siquiera tocará el libro, lo dejará en el mismo punto de la mesa donde lo ha depositado Silvestre.

—Tengo una perra que se llama Lily...

Cuando Silvestre acabe de narrar lo que le ocurre, Julián extraerá un folio de un cajón, lo pondrá sobre la mesa. También un lápiz, una goma de borrar y un sacapuntas.

—Dibújeme una persona bajo la lluvia.

Silvestre cogerá el lápiz, comenzará a realizar líneas entrecortadas con un vaivén rítmico de mano levantando el grafito del papel, una y otra vez, para volver a posarlo de nuevo en un ras ras continuo. Cuando concluya, Julián tomará el dibujo, lo examinará con expresión de extrañeza. En él aparecerán un hombre, un perro y un paraguas tan enlazados que parecerá que se fusionan. No se adivinará dónde empieza y termina el hombre, el perro, el paraguas. La lluvia dibujada será tormentosa, con gotas en forma de lágrimas. Los ojos de las figuras se redondearán como puntos negros, gruesos, muy

remarcados. La presión del trazo casi rasgará el papel. Julián no comentará nada.

—Ahora vamos a hacer unos test de ansiedad, depresión y autoestima.

Silvestre irá colocando cruces en aquellas frases que mejor reflejen su turbación. Resultado: depresión moderada, ansiedad extrema, autoestima inexistente.

¿Autoestima? Silvestre había completado su colección de complejos nada más asomarse a la adolescencia: de bajito, de delgado, de lacio, de feo e incluso de tonto. «El niño este es tonto». ¡Cuántas veces lo había escuchado en su infancia! Para colmo, una fimosis estrangulante que sus padres nunca quisieron operar le había dejado el pene pequeño y delgado. Se casó con una mujer que no le atraía, pero fue la única que accedió a ser su novia. Lo había pretendido antes con otras catorce muchachas, todas le habían dado calabazas. Su matrimonio duró muy poco, otro fracaso más en su vida, aunque le había legado el triunfo de una hija que lo adoraba. Después apareció Rosa en su existencia, una inercia más, ni fu ni fa.

Su gran logro en la vida fue abrir el bar de Sevilla Este. Al principio él solo, sin cocina, únicamente montaditos, chacinas, aliños y conservas. Con mucho esfuerzo, gracias a la irrechazable mediación del Gurrapo, logró que los vecinos toleraran una salida de humos y pudo instalar la cocina. Contrató al Pedro como cocinero y a la Fea como camarera. Por primera vez se había sentido orgulloso en la vida: por haber creado dos puestos de trabajo y haber sabido seleccionar a los empleados. El Pedro cocinaba unas tapas muy grasientas y sabrosas, muy del gusto de los parroquianos. La Fea cautivaba a los trabajadores de varios kilómetros a la redonda que acudían a contemplar

embelesados y pollierechos su cara, sus pechos, los muslos, las nalgas, la sonrisa coquetona de rojo carmín.

Silvestre sabe muy bien que su autoestima se arrastra por el suelo como las culebras, no hará falta que se lo verifique un profesional, solo esperará que Julián, amablemente, le presente un diagnóstico, le explique en qué va a consistir la terapia, le prescriba algún medicamento. El psiquiatra, parapetado en su perfume caro y su corbata de seda, espetará con desprecio:

— ¡Es usted un estúpido!

Silvestre quedará con la boca y los ojos muy abiertos.

— ¿Cómo dice?

— Que es usted un estúpido, un majadero, un mentecato, un necio, un memo, un mostrenco, un pánfilo, un imbécil. Puede salir cuando quiera de mi consulta. No vuelva más.

Silvestre no podrá creer lo que estará oyendo. Bloqueado, atónito, solo sabrá tartamudear:

— ¡No pretenderá que le pague!

— Usted no tiene dinero suficiente para indemnizarme por el poco tiempo que he tenido que aguantarle.

— ¡Lo voy a denunciar al colegio de médicos!

— Haga lo que quiera, pero salga pronto por la puerta.

Silvestre se levantará, permanecerá unos segundos atravesando a Julián con su mirada de odio. Humillado, dará media vuelta, se encaminará a la puerta con los puños apretados y el paso ligero avivado por la indignación que sentirá. Desde el dintel gritará colérico:

— ¡Esto no va a quedar así!

— ¡Váyase usted a la mierda!, coja su abrigo piojoso, si es que ha traído, pero no robe nada de la entrada —replicará Julián, quien no levantará su cuerpo bronceado de máquina del sillón.

Silvestre pasará veloz delante del recibidor de madera desde donde Gertrudis lo mirará con ojos suplicantes: «¡Otra vez no!». El portazo retumbará en todo el bloque con tal estruendo que algún vecino intentará huir escaleras abajo, en pijama, creyendo que se trata de un terremoto.

20:00 h del viernes 4 de enero de 2019.

Silvestre ha acabado el primer capítulo, ha surgido de su bolígrafo casi sin pensar, las manos se han movido solas, las palabras han fluido desde su verbo al papel en una corriente continua, imparable, inacabable. Está inspirado, es el momento único que no se debe romper. Seguir, seguir, seguir mientras no se agote el torrente de ideas nuevas proyectadas en su mente por una ametralladora, mientras no se cansen las energías, aunque las horas transcurran a la velocidad de una locomotora. Lily sigue tumbada entre sus pies al calor de la calefacción. Tras los cristales, el invierno sigue congelando árboles y cuerpos. El desorden de la habitación contempla la espalda de Silvestre sentado al escritorio de cara a la pared, sabe que no se va a levantar ni para orinar. No hay que parar.

### *Capítulo 2*

*De cómo el ciervo Alibú intentó curarse de las heridas producidas por el ataque del oso Grafón*

Absorto, enfocada su atención en el centímetro de papel, no puede ni imaginar que el primer día de marzo irá y vendrá de un costado a otro de esa misma habitación como el péndulo de un reloj. Sus ojos medio cerrados de lobo obsesivo permanecerán inmóviles. Una autoestima aniquilada moverá sus labios finos en murmuraciones calladas, amenazantes. En su recuerdo irrumpirán como martillazos las palabras pérfidas del psiquiatra: «¡Es usted un estúpido!» Habrá transcurrido un mes y medio desde el enojoso encuentro con Julián, desde ese funesto día no habrá salido de su habitación decadente nada más que para ir al baño. La perrita Lily mantendrá las orejas abatidas hacia atrás, la cola

caída, mirará con esa expresión de tristeza que solo los perros son capaces de alcanzar, llorará con un quejido lastimero procurando no separarse de las piernas de su amo intentando prestarle consuelo.

Rosa, la esposa de Silvestre, se sentirá alarmada. «¡Por Dios!, pero ¿qué le pasa a este hombre?». Desayuno, almuerzo, merienda y cena se los tendrá que acercar en una bandeja que retirará una hora después sin haber sido tocados con la cuchara o el tenedor. De la puerta a la cama, de la cama a la puerta en un tránsito inagotable de brazos desplomados a lo largo del cuerpo. Comenzarán a desgastarse las losas de mármol blanco veteadas en gris, pisadas una y otra vez, único camino libre entre cajas, libros, papeles, restos de comida. No contestará a las preguntas que le hará su esposa, tan solo el bisbiseo incesante de sus labios susurrará una continua letanía de maldiciones. Recibirá la visita de un psiquiatra de pago que cobrará trescientos euros por la consulta a domicilio. Se limitará a extender recetas de unos medicamentos que Silvestre no consentirá en tomar. Rosa, desesperada, llamará a urgencias para que su marido pueda ser ingresado en Salud Mental. La ambulancia se estará encaminando hacia el domicilio cuando Silvestre, de pronto, reaccione y exclame:

—¡Hoy es viernes, primero tengo que ir a trabajar, después quiero asistir a la reunión del grupo de lectura, me voy!

Las fuerzas habrán regresado vigorizadas. Será hora de actuar, ni un minuto más revolcándose, sumergiéndose en su propia mortificación humillada. No importará la barba abandonada de muchos días ni el cuerpo condimentado de sudor solidificado. Se colocará su chándal marca Adaliada encima del pijama, cambiará las babuchas por deportivas. «Estas mismas están bien». cogerá el abrigo, saldrá del piso dando un portazo que retumbará en el extenuado desánimo de Rosa.

En la calle, al mirar hacia el cielo blanquecino, recibirá en la cara una sorpresa. «¡Nieva!». Verá cómo los primeros copos comenzarán a caer, cuajarán, el suelo cambiará de color, la ciudad se convertirá en una postal navideña. «¡Precioso!». Los limpiaparabrisas harán arcos sobre los faros encendidos, los coches se pararán a la derecha, escupirán gente risueña y saltarina. Los impermeables que saltarán a la calle desde los bloques abiertos, como si una campana loca hubiera convocado a los habitantes a jugar, serán amarillos alegría, rojos regocijo, turquesas felicidad. «¿Todo el mundo se siente feliz como yo?». Las bolas de nieve sobrevolarán las risas para impactar sobre el alborozo hecho humanidad. Silvestre caminará sobre un suelo que ya dejará impresa cada pisada. El día no podrá ser mejor.

En el bar Silver Street olerá a albóndigas en salsa. La Fea le estará sirviendo al Gurrapo el tercer cubata de la tarde cuando advierta a través de los cristales que el cielo se desprende y cae al suelo en forma de copos.

— ¡Está nevando! —pregonará entusiasmada.

— ¡Nevando en Sevilla! —exclamarán las bocas sabor de café de los sorprendidos clientes.

Tras un arrastrar de sillas y mesas magnitud seis en la escala Richter, correrán todos al exterior para presentar la cara al cielo mientras abren las manos con las palmas hacia arriba. Solo permanecerán dentro del bar la Fea, el Gurrapo, el Pedro y un parroquiano que continuará inmutable introduciendo monedas de euro en el tintineo de la máquina tragaperras. Las alegrías nunca vienen solas, Silvestre entrará por la puerta del local semivacío en ese mismo instante. El rostro redondito de la Fea se embellecerá con una sonrisa de oreja a oreja, en su cristalino se reflejará con regocijo la luz tranquila de la tarde blanca. Gozosa, saldrá

de detrás del mostrador de acero inoxidable, galopará para abrazar a su jefe, sus pechos rebotarán incontrolados en la carrera.

—¡Por Dios, qué alegría, es que no me puedo creer que estés aquí! —gritará desbocada la Fea con un chillido estridente.

Silvestre se hundirá en la mujer rotunda sintiendo un placentero calorcito. Será abrazado y besuqueado hasta quedar su cara estampada de labios de carmín. La Fea suele pintarse los labios cada hora frente al espejo de una vitrina expositora.

—¡Pedro!, ¡está aquí el jefe!

El Pedro saldrá de la cocina. Al ver la escena, de sus ojos se escapará una lágrima que tardará en caer porque una legaña del tamaño de una nuez se lo impedirá. Emocionado, alisará sus propios cabellos pringosos con las medias lunas negras de sus uñas.

—¡La Virgen! —exclamará mientras se acerca a dónde Silvestre estará siendo engullido por las carnes de la Fea.

Estrechará a la mole compuesta por mujer y hombre, tendrá que abrir mucho los brazos para abarcar a las dos personas. Su camisa, que algún remoto día fuera blanca, se pegará a la espalda de su compañera transfundiéndole parte de sus aceites al uniforme de ella. Tampoco perderá la oportunidad de ponerle un disimulado rabo. «¡Qué buena está la hija puta!»

—¡Canijo, no llores coño, hoy es día de alegría! —berreará el Gurrapo al Pedro a dos centímetros de su cara—. Invito a todo lo que los señores están ingiriendo en este estricto momento. Niña, dime cuánto es la *adisión*.

Sacará del bolsillo del pantalón un fajo de billetes prendidos por una gomilla plana de color verde.

—¡Gracias, Gurrapo!, al que nace con categoría se le nota —agradecerá uno de los pocos clientes que han vuelto del exterior nevado.

En un extremo de la barra, una vez recobrada la calma, sentados sobre taburetes rojos de polipiel, Silvestre contará al Gurrapo y a la Fea la causa por la que ha estado tanto tiempo sin poder acudir al trabajo: lo ocurrido en su visita al psiquiatra, lo mucho que le ha afectado. El Gurrapo demandará con voz ronca:

— ¡Niña!, tráeme lápiz y papel. Voy a registrar el nombre y la dirección del psiquiatra ese.

— ¿Para qué? —preguntará Silvestre.

— A lo *mejón* le realizo una visita para ver si me cura de la mala leche que me está ingresando. El gachón que le hace algo a alguien que yo reverencio es como si me lo perjudicara a mí o a mis niños.

El Gurrapo tardará diez minutos en escribir, sacando la punta de la lengua, mordiéndola: nombre, dirección de la consulta y horarios de Julián. Después guardará el papel amarillento en el bolsillo corazón de su chaqueta rosa palo.

— ¡Niña!, *porme* otro pelotazo, pero no le añadas mucho hielo, está el día *mu* gélido.

Una hora de charla reconfortante después, aliviado, escuchado, comprendido, «¡es que el Gurrapo y la Fea son para comérselos!», Silvestre se marchará exultante del bar para asistir a la reunión del grupo de lectura.

No llevará paraguas, no le hará falta, caminará sobre el suelo todavía inmaculado, bajo el blanco puro, suave, ligero como plumas que cae del cielo. Tomará el autobús, en el interior nadie callará en conversaciones de todos con todos. «¡Está nevando en Sevilla!». Al bajar, contemplará una Plaza Nueva de Helsinki. «Creía que el autobús no llegaría, espero que el servicio se mantenga para la vuelta». Antes de entrar en la cafetería del hotel Inglaterra, Silvestre alcanzará a ver, a través del vaho acumulado en las amplias cristaleras que sirven de

pared, la mesa donde está reunido el grupo. «¡Ahí están!». Entrará sonriente. Tazas de té, cafés, Coca Colas, trozos de tarta y una copa de brandy exhalarán su sabor dulzón al ambiente cargado con murmullo de conversaciones. Las componentes del grupo: Luisa, Flora, Amaranta y Margarita, lo recibirán con alborozo.

— ¡Silvestre!, ¡qué alegría verte por aquí! — gritará entusiasmada Margarita—. Hoy sorpresa doble, primero la nieve y después tú.

— ¿Cómo estás? — preguntará Flora.

— Mal, muy afectado, pero hoy me he animado, he querido asistir a la reunión para no perderme la lectura ni las actividades. Además, quiero comentar y compartir con vosotras esta indignación que me está envenenando. Ya sabéis por el grupo de WhatsApp lo que me ocurrió en la consulta del psiquiatra.

— Te aconsejé que no acudieras a mi marido, lo conozco muy bien, sé de lo que hablo, pero no me escuchaste — recordará Luisa.

— No imaginé que pudiera ser así. Creí que eras una exagerada.

Margarita sorprenderá a todos:

— Yo también estoy en tratamiento con Julián.

Los cuatro pares de ojos incrédulos se incrustarán en el semblante sorprendido de Margarita.

— No he creído oportuno comentarlo en el grupo de WhatsApp. Lo hago ahora porque ha surgido la conversación.

— ¿Y cómo te ha ido con el psicópata? — preguntará Flora desde su cuerpo hombruno de caderas estrechas, tórax voluminoso, cabellos de color morado.

«Dios le da pan a quien no tiene hambre». Margarita no concibe que Flora se refiera así a su propio padre. Contestará confusa:

— Muy bien, hasta ahora estoy encantada con él, me trata de una manera exquisita, mejoro claramente con su terapia, la prueba la tenéis

en que estoy hoy aquí. Durante el mes de enero no he podido asistir ni a una sola de las reuniones.

En un segundo, se escapará todo el alivio del pecho a Silvestre. Comenzará a temblarle el cuerpo, de sus comisuras asomará una saliva espumada. Mascullará repetidamente:

— ¿Por qué a mí, por qué a mí, por qué a mí?, ¿por qué a ti no, por qué a ti no, por qué a ti no?

Retornará a la calma sosegado por las manos complacientes de Amaranta, quien lo abrazará envolviéndolo en su intenso perfume, le acariciará la cara. Luisa:

— No es contigo solo, mi marido lleva toda la vida excretando su chulería sobre la humanidad. Le estás dando demasiadas vueltas a algo que solo es una bravuconada de alguien que no conoce, ni ha conocido nunca, lo que significa el respeto.

— ¡No sabes cuánto me está perturbando! —lloriqueará Silvestre. Su cuerpo agarrotado comenzará a temblar de nuevo. Las manos amorosas, femeninas de Amaranta, adornadas de largas uñas de cerámica color fucsia, intentarán nuevamente aliviar su padecer.

Pasado un cuarto de hora, Silvestre se habrá tranquilizado lo suficiente para que pueda dar comienzo la reunión.

— Como ya sabéis, la novela que estamos comentando es *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez. En la sesión anterior estudiamos a su autor, ahora vamos a analizarla casi palabra a palabra, nos deleitaremos con ella, vamos a sumergirnos en las personalidades de los personajes, incluso jugaremos a ser ellos. Es una novela corta, publicada en 1981, está inspirada en un hecho real ocurrido en 1951 en el departamento de Sucre, Colombia. Un narrador en primera persona, años después del suceso, reconstruye cada instante de un día fatídico adentrándose en sus recuerdos y entrevistando a

personas que fueron testigos de un horrendo asesinato —explicará Flora. Acto seguido comenzará a leer:

*—El día que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo. Había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros.*

En ese instante, preciso como punta de alfiler, una obsesión quedará impresa de manera indeleble en la intención de Silvestre: «El día que lo iban a matar, el día que lo iban a matar, el día que lo iban a matar». Flora seguirá leyendo:

*—«Siempre soñaba con árboles», me dijo Plácida Lineros, su madre, evocando 27 años después los pormenores de aquel lunes ingrato».*

Silvestre se pondrá de pie con la celeridad de un cohete. Se encenderá su rostro como una aparición celestial, milagrosa. Sus manos se abrirán al cielo dando las gracias. Parecerá que su cuerpo quisiera levitar, alzarse sobre los presentes en busca de la Gloria. Habrá encontrado el remedio a su desdicha. Descansando sus ojos entreabiertos en un horizonte imaginario, proclamará solemne, en voz alta:

—Solo podré sanar de este sufrimiento si mato a Julián.

Saldrá de la cafetería atropellado, sin despedirse. Dejará el café casi entero. Las cuatro mujeres dirigirán sus expresiones de asombro hacia la puerta de cristales por donde Silvestre habrá salido disparado un segundo antes.

Varios días después de que Silvestre salga de la reunión decidido a matar a Julián, Lily lloriqueará constantemente, no querrá comer. Rosa, compadecida, le comprará el hígado de ternera que a ella tanto le gusta, pero ni así consentirá en probar bocado. El animal no se

levantará del sofá para nada. Saldrá dos veces al día a la calle acompañada de su dueña. Hará sus necesidades, volverá a su lecho de tristeza. Cuando camine su figura será caída, vencida, arrastrada. Hará ya tres meses que su dueño no le regala un cariño, una palabra, un arrumaco, como si ella no existiese. Silvestre solo mirará por la ventana. No verá la calle nevada, los paraguas, los impermeables, solo buceará en su obsesión sin salir a la superficie para respirar un poco de realidad. Del bar a la ventana de su habitación, de la ventana de su habitación, sin dormir, sin comer ni asearse, al bar.

El lunes 4 de marzo de 2019, Silvestre abandonará la ventana. Comenzará la operación que él habrá dado en llamar «Liberación». Liberación de un escarnio, de una malvada injusticia, de un padecer diario. Se pondrá el chándal marca Adaliada verde botella con sus tres franjas blancas intermitentes que le recorren los costados. Las franjas, ya agotadas por baratas, se habrán despegado en varios tramos. «Es preciso vestir cómodo y deportivo, no se sabe los esfuerzos físicos que la operación va a exigir». No tendrá frío, aunque el suelo continuará nevado. Los nervios le impedirán sentir. Sabrá que Julián sale de su domicilio ya montado en su automóvil, lo habrá estado observando agazapado junto al chalet durante varios días. También conocerá, fruto de su espionaje aprendido en las películas, que Julián llega al garaje de la consulta sin necesidad de bajar en ningún momento del coche. «¡Malditos mandos a distancia!». Guillermina, la enfermera, le comentó el día que tomó cita, que Julián se reserva un hueco entre las diez y media y las once y media de mañana para desayunar, dato que también habrá comprobado con sus propios ojos y habrá apuntado en su libreta de cuadritos. «Ese será el momento».

Silvestre colocará su Citroën Xsara en doble fila a treinta metros de la entrada al bloque donde se encuentra la consulta. Esperará a que salga a desayunar, comprobará si cruza la avenida de Luis Montoto o se queda en un bar de la misma acera. Sabe que normalmente cruza la avenida. Si se quedara en la misma acera, tendría que elaborar un nuevo plan, si cruzara, lo atropellaría con el coche cuando estuviera atravesando por el semáforo. A su vez, en caso de que cruzara, se deberían dar dos circunstancias: la primera, que no se le pusiera ningún coche delante parado en el semáforo, la segunda, que cuando estuviera cruzando se encontrara solo, que no hubiera ninguna persona cerca. «Yo no soy un asesino indiscriminado, tengo un porqué, no quiero dañar a alguien inocente». Si no se dieran las circunstancias favorables, volvería un día sí y otro también, hasta el fin de sus días si hiciera falta, hasta conseguirlo.

Pasará mucha gente por la acera, por los retrovisores verá un enjambre de zapatos que se saludarán. Por el semáforo, es el que cruza hacia El Corte Inglés, transitarán sin mirarse cabezas de todos los colores y formas: calvas, con sombrero, con moño, con capucha... Resonarán con dos toques unos nudillos en el cristal. Una chica le dirá por señas que va a salir. «¡Joder! Silvestre adelantará un poco el coche, no mucho porque se metería en la parada del autobús. «No importa, sigo viendo bien el portal». Las manos comenzarán a temblar agarrando la palanca de cambios, sudarán, no le quedarán uñas. Se abrirá el portal, no será él, una mujer de pelo largo y rubio llevará a una niña de la mano. «¡Uff!». Un sentimiento áspero y esférico aprisionará la garganta, secará la boca, escocerá en los ojos. Un coche azul metalizado aparcará en el hueco dejado por el anterior. Se acercará un coche de la policía municipal. «A ver si me van a decir que circule». Pasarán de largo. Se abrirá de nuevo el pesado portal, será Julián quien salga del bloque. Caminará hacia la

derecha, «¡bien!». Se parará en el semáforo, «¡estupendo!». Semáforo en ámbar, Silvestre arrancará el coche, el rugido del motor estremecerá su cuerpo liviano, los vellos de punta. Se colocará el primero dejando cinco metros por delante para acelerar. «¡Todo perfecto!». Semáforo en rojo para los automóviles. Julián emprenderá la marcha, sus zapatos brillantes pasarán del acerado al asfalto. Estará solo, nadie cerca. Silvestre meterá primera, temblará la palanca de cambios. Julián se encontrará justo delante del coche, enfocado en el centro de la mirilla del francotirador. El corazón estará a punto de estallar, la camisa estará empapada, el pie derecho firme esperando caer sobre el acelerador. Julián pasará de largo sin percatarse del peligro, cruzará, entrará en la cafetería Selene. «¡Mierda!». Silvestre no se habrá atrevido, bajará la cabeza hasta clavarse la barbilla en el pecho, las manos incrustadas en el volante. El semáforo se pondrá en verde, un pitido impaciente lo devolverá a la cobarde realidad. Yo estaré allí observando la escena por si tuviera que intervenir. No tendré que hacerlo.

A mediodía, el bar Silver Street estará animado. El Gurrapo ya estará sentado en su taburete. La Fea servirá tantas cervezas como cafés. «¡La hora más rara del día!». Silvestre entrará, seguirá cabizbajo, parecerá que quisiera esconder su cabeza en su propio pecho, se sentará al lado del Gurrapo.

— ¿Qué te pasa Silver?, tienes más mala cara que los pollos de Simago.

Silvestre empezará a llorar con llanto ahogado, tardará en responder:

— No me he atrevido.

Nuevamente, querrá esconder su cabeza, esta vez sobre sus brazos apoyados en el mostrador.

— ¿A qué no te has atrevido, carajo?

Silvestre contestará con voz susurrada por lo bajini, desesperado, enfadado consigo mismo:

— ¡A matar al psiquiatra!

El Gurrapo quedará perplejo. Medio minuto después, cuando reaccione, le echará el brazo por encima a Silvestre. Le dirá al oído.

— Ahora viene cuando tú desarrollas la temática para que mis pabellones auriculares comprendan.

Silvestre contará lo ocurrido entre gimoteos y sonadas de mocos. El Gurrapo:

— ¡Pero, si yo te estoy custodiando una pistola que ya tienes abonada!, ¿qué carajo haces con eso del coche?

— Tampoco me atrevería con la pistola.

— Ahora tú nos vas a permitir a los profesionales cualificados mostrarte cómo se realiza un trabajo bien hecho.

— ¿Y eso cuánto me va a costar? —preguntará Silvestre abriendo los ojos a lo grande a la vez que frunce el ceño.

— Por eso no te preocupes, me lo vas a poder reembolsar sin grandes esfuerzos pecuniarios. ¡Niña,  *pornos* aquí un pelotazo a cada uno!

Silvestre parecerá reconfortado, todavía no se atreverá a sonreír, su pulso y su respiración, cansados de tanta tensión, calmarán su tono. El Gurrapo se pondrá las gafas doradas del cerca que extraerá de un bolsillo de la americana. Sacará un papel de una cartera de piel depositada sin temor, nadie osará robarla, sobre el mostrador junto al cubata, al tabaco y las llaves del Audi. En ese papel estarán apuntados los datos de Julián. Marcará en su teléfono iPhone con funda de leopardo el número de la consulta. Tomará cita.

El Gurrapo no ha matado a nadie. Su maldad se limita a explotar a dos prostitutas de baja categoría a las que quiere como si fueran sus hijas y

a trapicheo con marihuana, hachís y cocaína en el ámbito del barrio. Sabe dónde conseguir armas, aunque solo lo ha hecho en dos ocasiones: cuando adquirió su pistola, a la que nunca ha disparado, y cuando compró la de Silvestre. Le apasionan las series sobre narcos sudamericanos. No pierde la ocasión de dejar caer, así como si fuera algo muy natural, lo despiadado que es con los enemigos y lo cariñoso con los amigos.

Dos días después de que Silvestre no se atreva a atropellar a Julián, la nieve seguirá cuajada, hará buen tiempo. El Gurrapo se habrá puesto un traje grueso de lana color de cielo. Las camisas, desde lo de su Vane, siempre son negras. Corbatas no usa, que entonces no se aprecian los dos gruesos cordones de oro que cuelgan de su cuello. La raya del pantalón perfectamente esculpida, calcetines blancos, zapatos color ceniza. Todavía no habrá decidido qué clase de escarmiento le dará al «psiquiatra psicótico ese». Por supuesto que no lo va a matar, «eso son *chalaúras* del Silver, pero un buen susto sí que se va a llevar el cabrón». Dudará entre lanzarle un puñetazo nada más que abra o pasar, sentarse, poner la pistola sobre la mesa y decirle, para que se cague por las patas abajo, que le quedan pocos días de vida, que su gente ya tiene el encargo de liquidarlo. La «gente» del Gurrapo se limita a su sobrino Manuel, que de vez en cuando va con la furgoneta a comprar algún colchón nuevo para el pisito que les tiene alquilado a las «niñas» o a comprar un poco de mercancía cuando esta escasea. En el pisito es donde viven y ejercen la Juani y la Elizabeth, cuyos nombres artísticos son Silvia y Lidia. El Gurrapo les paga el alquiler y les ofrece protección a cambio de la mitad de sus honorarios.

Comprobará en el espejo de ocho focos la dureza de su mirada. No sabrá todavía cómo actuará, lo decidirá sobre la marcha y según le

coja el cuerpo. «¡Vamos allá!» Meterá la pistola en el bolsillo del pantalón. Saldrá de su casa.

El Gurrapo llamará al timbre de la consulta de Julián. Dentro se oirán pasos que se acercarán a la puerta. Escuchará el abrir de la llave. La puerta se irá quejando lentamente hasta que deje ver la figura de Guillermina, sonriente, con la mano izquierda sujetando la puerta y la derecha en ademán de invitar al Gurrapo para que pase:

—Buenos días, pase, por favor.

—Buenos días nos dé el Señor.

El Gurrapo se limpiará las suelas de los zapatos en el felpudo. «No está bonito, con esto de la nieve, ponerle a esta señorita toda la consulta perdida».

—Siéntese por favor. Enseguida le paso.

Dentro del despacho, Julián lo recibirá de pie, sonriente, con su mano tendida invitándolo a sentarse. Tomará asiento. No ocurrirá eso del puñetazo sin mediar palabra. «Es que arrimar candela a un señor a quien se acaba de conocer y que se presenta con una sonrisa acogedora no es fácil». Se sentirá muy cómodo en el amplio sillón de piel verde inglés, sonará una música relajante.

—Juan José, ¿verdad?

—Sí señor, para servirle.

El Gurrapo se llama realmente Juan José, el resto de los datos que facilitará serán todos falsos, pero con el propio nombre no se miente, que luego trae mal fario.

—Muy bien Juan José, ¿cuál es el motivo de su consulta?

El Gurrapo mirará fijamente hacia un punto de la mesa del despacho. Silencio. Su cuerpo comenzará a temblar. Meterá una mano en el bolsillo del pantalón. Sus ojos habrán comenzado a humedecerse,

brillarán tras un cristal de lamentos. La mano sacará un pañuelo con el que se limpiará las primeras lágrimas.

—¡Usted perdone! —se disculpará el Gurrapo con voz entrecortada.

—No se preocupe, estoy acostumbrado, tómese el tiempo que sea necesario, yo estoy para eso.

La amabilidad de Julián provocará que el Gurrapo explote en un llanto profundamente dolorido que emergerá de lo más desconsolado y recóndito de su alma. La cabeza caerá entre las manos, doblará el tronco hacia la mesa, comenzará a ahogar alaridos, los reprimirá para no escandalizar.

—¡Tranquilo!, desahóguese.

El pañuelo de tela llevará bordadas las iniciales JJHV. Se empapará, habrá agotado su capacidad de absorción. Julián le acercará un paquete de Clínex que habrá sacado del cajón central de su mesa de despacho. El Gurrapo, sin dejar de llorar, sacará lentamente la cartera del bolsillo de la chaqueta, rebuscará con la punta de los dedos entre papeles, extraerá la fotografía de una joven, la enseñará al psiquiatra.

—¿Es su hija? —preguntará Julián.

El Gurrapo asentirá con la cabeza, volverá a sumirse en un sollozo amargo, se diría que un estilete le atravesara el corazón en una punzada aguda de dolor insoportable. Mirará hacia al techo, aunque sus ojos estarán cerrados. Tomará aire por la boca, aullará silenciosamente como un lobo ronco. Sacará fuerzas para pronunciar unas palabras que le costarán un gran esfuerzo articular.

—¡Era mi Vane! Se la llevó Dios a su lado.

Silencio. Julián es un maestro manejando los silencios. Más silencio. En el momento preciso preguntará:

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco años hará el mes que viene.

—¿Qué edad tenía?

—Veinte recién cumplidos.

—Cuénteme, yo le escucho.

Silencio. El Gurrapo se mirará las manos apoyadas sobre el regazo. Se sentirá más calmado, se animará a hablar:

—Dos policías, dos ángeles de Dios, la encontraron una noche tumbada en un banco. Cuando vieron en el estado en el que se encontraba la traspusieron a urgencias, pero ya era tarde. Los señores galenos me participaron que se había metido más coca de la cuenta. No pudieron hacer nada para salvarla. Ascendió a los cielos.

—¿Se drogaba?

—Y todo por mi culpa, por el ambiente que ha vivido, en el que se ha criado, por el que yo me he movido. Usted ya me entiende.

—¿Se siente culpable?

Nueva explosión de llanto. Pañuelos de papel. Nuevas contorsiones del rostro y del tronco.

—¡Claro!, por tolerar que se dedicara a lo mismo que yo. ¡No advertí el peligro! ¡Qué maligno es el dinero fácil!

—¿Siente que le falló, que no estuvo para ayudarla, que no pudo despedirse de ella?

—Sí, cada minuto de cada jornada. Intento disimular, pero mi biografía se ha consumido. El día que ocurrió, reñimos porque andaba de novieteo con un muchacho que a mí no me hacía mucha gracia, le dije que era una meretriz, se fue de casa *jaland*o un portazo. No me lo perdonaré nunca. Ya no la retorné a ver con vida. ¿Sabe usted lo que es tener que reconocer el cadáver de una hija? Dios y María santísima lo libren de ese trance.

Silencio.

— ¿Acepta la realidad?

— No, ese es mi problema. Le pego puñetazos a las paredes, me rebelo contra algo que no tiene remedio.

— En su caso concurren todos los agravantes. Sufre usted un duelo patológico.

Silencio.

— ¿Le gustaría comenzar el tratamiento? Profundizaríamos en su dolor, le ayudaría a aceptar la realidad, a sentir a su hija viva en sus propios actos.

— Sí. El día que usted considere relevante. Quiero pedirle disculpas.

— ¿Por qué?

— Yo no había venido hoy a narrarle nada de mi persona, solo quería reconvenirle lo que un paciente suyo, Silvestre, dice que usted le obró. Venía a afearle su conducta poco cristiana, pero me he sentido cómodo y confiado gracias a su amabilidad y al ambiente relajado de esta consulta. Me ha aliviado sacar fuera de mis entrañas, contarle a alguien todo este dolor tan infinito que siento, que me guardo para mí solo. Es como si me diera encogimiento hablar de esto con otras personas.

— ¿Lo ha enviado Silvestre?

— Sí.

— ¿Solo para recriminarme o para hacerme daño?

— Solo para recriminarle, se lo juro por el Niño Jesús.

Durante el trayecto en coche entre la consulta de Julián y el bar Silver Street, el Gurrapo le dará vueltas a la cabeza para encontrar la manera de explicarle a Silvestre qué es lo que ha ocurrido. Antes de aparcar ya lo habrá decidido: mentirá. En su memoria habrá registrado las palabras que va a utilizar: «Este primer acercamiento técnico ha sido

Manuel Bobis Reinoso

solo de inspección del terreno. Me ha servido la logística para escoger el método, lugar y momento adecuados para ejecutar la labor contratada. Se consumará el trabajo mediante pistola en la próxima cita concertada en la consulta dentro de quince días». Al bajar del Audi, verá cómo Silvestre lo espera fuera del bar fumando compulsivamente, dando paseítos de pasos apresurados hasta la esquina y vuelta a la puerta.

21:32 h del viernes 4 de enero de 2019.

Suenan nudillos llamando a la puerta de la habitación. Silvestre despierta de su escribir obsesivo. «¡Joder!». Se levanta del escritorio, abre.

—Te traigo la cena —se excusa Rosa.

—Pon la bandeja sobre el escritorio. Cenaré mientras escribo, no puedo parar ahora.

Rosa sale de la habitación, la puerta es cerrada tras ella sin un «gracias». Silvestre corre a sentarse de nuevo frente al folio en blanco, Lily salta para acurrucarse bajo sus piernas. «¿Por dónde iba?, ah, sí».

### Capítulo 3

*De cómo los osos del valle Gatama se reunieron en la guarida del oso Grafón para planear un ataque conjunto al ciervo Alibú*

Refriega nuevos lametones con el hocico y la lengua de la perra para agradecer y rogar que las musas lo sigan acompañando en esta noche febril. Se siente activo, le ha venido bien tomar cita con el marido de Luisa.

El próximo sábado 9 de marzo, Luisa no se encontrará en su casa. Se habrá marchado el viernes para pasar el fin de semana con sus dos amigas, Ana y Puri, a una casita que habrán alquilado en Grazalema. Le vendrá bien relajarse, respirar un poco de aire puro, diluirse en risotadas femeninas, aceptar una buena ración de «mira que te lo dijimos, que no era trigo limpio, lo veíamos todas menos tú». Julián no abandonará la casa hasta que el juez lo ordene, y eso tardará un tiempo. No dará el brazo a torcer hasta que una fuerza superior se lo aplaste contra la mesa. Intentará poner todas las piedras en el camino,

todos los palos en las ruedas. Hasta entonces, Luisa pasará los días procurando no verle la cara en ningún momento. Por la mañana, no saldrá de su habitación hasta que él se marche al trabajo. Visitará a su madre a mediodía para atenderla en sus necesidades y comer con ella. Podría quedarse allí a vivir, pero no se fiará de dejar la casa a merced de Julián. Por la noche, cuando su marido vuelva, ya estará metida en la cama disfrutando de la lectura de un buen libro, ese será el mejor momento del día. Desaparecerá los fines de semana a mediodía del viernes para volver cuando el domingo esté a punto de terminar. Si encuentra a alguien que la acompañe en su escapada mejor, pero si tuviera que marchar sola, pues sola que se plantará en cualquier ciudad. No le hará falta nadie para empaparse hasta los huesos de la oferta cultural de cada ciudad. Nada le divierte más que una visita a un buen museo, pero tampoco le hace ascos a una cervecita en una terraza o a una ensalada de langostinos con aguacate en un restaurante.

Julián aprovechará la ausencia de su mujer para organizar una fiesta barbacoa en el jardín con sus amigos Los Halcones para celebrar su inminente divorcio. Por supuesto, sin mujeres. Quitará con una pala la nieve que recubre el césped para colocar la mesa y las sillas, no hará demasiado frío. El carbón estará bien encendido, el «*pringao*» de Ignacio llevará hora y media poniendo pastillas de encendido entre los tizones y aventando con un fuelle que habrá tomado de la chimenea. «Esto está ya a punto». Julián tendrá preparadas y sazonadas en varias bandejas los trozos de carne de cerdo ibérico, chorizos blancos argentinos y morcillas. Cayetano se encargará de las bebidas, irá y vendrá del frigorífico constantemente para reponer de vasos de plástico y botellas de litro de Cruzcampo la mesa del jardín. Vicente seleccionará la música: sevillanas, rumbas, bulerías y marchas de cornetas y tambores. La habrá traído en un *pendrive* que sonará en el jardín gracias a un

altavoz pequeñito conectado por *Bluetooth* a un ordenador portátil que se encontrará en el salón. «¡Coño!, ¡qué bien suena esta cosa tan chica!». El sol de las 14:00 h brillará sobre un cielo azul rabioso en el que no se contempla ni se espera una sola nube, se tendrán que poner crema para las quemaduras. El blanco de la nieve deslumbrará.

Cerveza a cerveza, tinto a tinto, la carne caerá entera al igual que los choricitos argentinos, la morcilla y una hogaza de pan. Al día siguiente acudirá una marmota a recogerlo todo y dejarlo limpio como la patena por diez euros la hora. Después de unos pastelillos variados será el momento de los cubatas. Las primeras rayas de coca estarán haciendo su efecto en los cerebros. Las lenguas se soltarán más confiadas, los ánimos volarán más libres, lo canalla se desinhibirá.

— ¿Cuándo fue la última vez que cabalgamos los cuatro juntos?  
— preguntará Cayetano mientras toquetea con su dedo índice la pantalla del móvil.

— Cuando las guarras *machupichus* — contestará Julián.

— Las tías suponían que íbamos a abandonar a nuestras mujeres por semejantes tiparracas. Es que las muertas de hambre se creen cualquier promesa. Lo único que recibieron fueron pollazos inmisericordes en todos los agujeros de sus cuerpos — comentará Vicente.

— La verdad es que las busconas de marido estaban bastante buenas. Ya va siendo hora de que lo volvamos a hacer, que está uno un poco desentrenado — propondrá Ignacio. Julián:

— Por cierto, no os lo vais a creer. ¿Sabéis que un carajote me ha mandado un matón a la consulta?

— ¿Cómo? — preguntarán al unísono, como un coro de querubines canosos, los amigos de Julián.

— Sí, lo que oís, un matón.

—¡Cuenta, cuenta! —Las tres gafas de sol Ray-Ban, los tres jerséis Lacoste, los tres pantalones claros se orientarán hacia Julián sintonizando sus oídos y calentando su apetencia pecaminosa.

—En el mes de enero pasado se me presenta en la consulta un chusma que lo primero que hace es regalarme un libro autopublicado. El prenda decía, más o menos, que estaba enamorado de su perra y que estaba muy agobiado con la idea de que ella muriera. Lo mandé al carajo, se fue dando un portazo, no volví a saber de él, pero el otro día me visita otro *chalao* con pinta de narcotraficante y al final me suelta, así como el que no quiere la cosa, que había venido para darme un escarmiento. ¡Manda cojones! Y todo esto acaba con que el matón va a acudir a consulta para recibir tratamiento psicológico —reirán todos.

Todavía con la guasa en la boca y en los ojos preguntará Cayetano:

—¿Recordáis aquella película francesa que vimos que se llamaba *La cena de los idiotas*?

—Sí, un grupo que se lo pasaba bien cachondeándose de capullos como ese —responderá Vicente.

—Y recordáis que nos pareció una idea de puta madre.

—Sí.

—Pues tal vez es el momento en el que Los Halcones vuelvan a volar dando un escarmiento al *locopajares* ese.

—Pues sí, eso no estaría nada mal —apuntillará Julián.

—Empezamos a prepararlo ya, en este mismo momento. Así que ¡Venga, ideas! —propondrá entusiasmado Ignacio.

—¿Dónde trabaja el carajote? —preguntará Vicente.

—Es el dueño de un bar por ahí por Sevilla Este o por el Parque Alcosa. El tío se llama Silvestre, pero le ha puesto al bar Silver Street porque suena parecido. ¡Es que no se puede ser más imbécil!

—¿Tienes el libro que te regaló?

—Sí, lo puse en la estantería.

—A nosotros tres no nos conoce el tal Silvestre ese, podemos hacerle una visita graciosa al bar —sugerirá Ignacio mientras levanta con un salto vehemente su escasa estatura, su cuerpo flaco y su calva sudada y brillante.

—Eso no estaría nada mal.

—Bien.

—Sí

A todos les habrá parecido la idea «de puta madre». Ignacio proseguirá:

—Julián, saca la cámara de fotos...

Diez minutos más tarde, la Nikon digital habrá tomado una fotografía por disparo retardado en la que los cuatro halcones sonreirán mientras dan un corte de mangas con dedo corazón estirado. El fondo nevado proporcionará a la fotografía un aspecto engañosamente simpático.

**23:00h del viernes 4 de enero de 2019.**

«¡Que me meo!». Al arrastrar la silla para saltar del escritorio, Silvestre despierta a Lily. Corre por el pasillo echándose ambas manos a la entrepierna. Mientras orina descansado, agradado, da vueltas en su imaginación a la manera de cerrar el capítulo 3. «¡Ya lo tengo!». Varias sacudidas a las gotas más remolonas. En el pasillo de vuelta está a punto de resbalar. Ya está sentado de nuevo en el escritorio, pone fin al capítulo anterior, comienza otro.

#### *Capítulo 4*

*De cómo el ciervo Alibú cayó en la trampa urdida por los osos del valle de Gatama mientras el águila Zafrat vigilaba desde los cielos*

Silvestre considera que es el momento de introducir un personaje/animal que encarne los valores de la policía. «¡El águila poderosa, la que todo lo ve!».

A principio del mes de mayo, el inspector de policía Antonio Cruz entrará, sacudiendo sus ropajes, junto con dos agentes uniformados en el bar Silver Street. Sus zapatos y chaquetas estarán semicubiertos por un polvo sahariano que pintará el cielo de rojo. El deshielo habrá castigado a la ciudad untándola de suciedad, después será reemplazada por el barro que cae del cielo. Al llegar a la barra, sus ojos de pasado se cruzarán con los del Gurrapo. «¡Vaya por Dios!, ¡qué pequeño es el mundo!». Un calor sofocante le subirá al inspector desde el pecho, le pondrá las orejas de color rojo infierno. Disimulará que le falta el aire, que se ahoga. La tez irá perdiendo el color hasta quedar lívida, su cuerpo entero temblará, no reaccionará, será el Gurrapo quien comience a hablar.

— ¡Coño, pero si es el señor don Antonio!

El Gurrapo se levantará de su taburete, se acercará decidido a Antonio, le dará un fuerte abrazo que lo dejará sin aliento. Con la mano todavía descansada sobre el hombro de su abrazado, afirmará en voz alta, dirigiéndose al distinguido público que se encontrará degustando las primeras cervezas:

— ¡Señores!, este agente que ustedes ven aquí es un héroe, un ángel de Dios que atendió a mi Vane en sus últimos estertores de existencia. Un hombre cabal de los que no pueden faltar en esta humanidad tan alejada del Altísimo.

Sonarán algunos aplausos ridículos. A Antonio le seguirá faltando el aire y el ánimo. El Gurrapo querrá invitar a comer a los tres policías.

— Muchas gracias, no podemos, estamos de servicio, es temprano para nuestro almuerzo.

— Pero al menos un pelotazo sí que me van a aceptar.

— Agua mineral, no podemos tomar alcohol.

— Niña, *porles* a estos señores la mejor agua mineral que tengas.

El Gurrapo querrá charlar. Antonio, incómodo, se tomará de dos tragos el agua, que pasarán por su garganta como disolvente. Tendrá prisa excitada por dejar de hablar con aquel hombre. Preguntará por Silvestre.

— Niña, dile al Silver que aquí hay un caballero servidor del orden que quiere verlo —ordenará el Gurrapo.

La Fea moverá sus pechos hacia un despachito grasiento situado al final de la cocina. Cuando vuelva:

— Dice don Silvestre que puede pasar.

Cuando atraviese la cocina, el olor a fritanga le provocará arcadas que disimulará para no herir la pringosa autoestima del Pedro.

La puerta del despacho es estrecha y baja, al inspector le costará meter su cuerpo, hinchado por el alcohol, por aquel mínimo hueco.

—Siéntese por favor —rogará Silvestre.

La silla de confidente no será silla, sino taburete bajito de plástico rosa apropiado para un cuarto de baño. Para sentarse en él, Antonio tendrá que despejarlo de un montón de facturas amarillentas que ocupaba el asiento.

—No se preocupe, démelas a mí que yo las guardo.

Una vez sentado, la mesa metálica que sirve de despacho le quedará a la altura de los ojos y de las rodillas. Tendrá una perspectiva perfecta para admirar clips, grapadora, rotuladores secos, calculadora, papeles. No quedará un centímetro por donde adivinar el color de la tapa de la mesa.

—Le doy las gracias por atenderme. Voy a tardar muy poco. Vengo a visitarle porque tengo entendido que conoce a un hombre llamado Julián Barrera Funes.

—Sí, es un psiquiatra, marido de una compañera del grupo de lectura.

—¿Lo conoce personalmente?

—Sí, aunque solo lo he visto una vez que acudí a la consulta en enero de este año.

—¿No lo ha vuelto a ver más?

—No.

—Tengo entendido que en esa consulta no se encontró muy cómodo.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Luisa, la esposa, me lo ha dicho. ¿Qué hizo el pasado martes 30 de abril entre las diez y las doce de la mañana?

—Estuve aquí en el bar trabajando.

— ¿Podría presentar testigos?

— Creo que sí, hay clientes que vienen todos los días a desayunar. ¿Ha ocurrido algo?

— Ese día por el que le he preguntado, Julián recibió una enorme paliza que a punto estuvo de matarlo. Tuvo que ser operado, ahora está estabilizado e ingresado en Traumatología. Estoy investigando quién ha sido el agresor.

Silvestre calla. Prosigue el inspector:

— No le robo más su tiempo. Como le he asegurado anteriormente, mi visita ha sido breve. Contacte con algún testigo que acredite que ese día a esa hora estuvo usted aquí por si lo volvemos a llamar.

— No dude en volver cuando quiera, estoy a su disposición.

— Gracias. No se preocupe, supongo que no tendré que volver.

El mini interrogatorio no servirá más que para cubrir expediente obligatorio. Antonio Cruz sabe que Silvestre no es culpable, ya conoce quién es el autor de los hechos, varias unidades policiales estarán intentando detenerlo en ese momento. Después de que el inspector se desencajone y pueda llegar de nuevo a la barra, Silvestre quedará pensativo, sorprendido, admirado, mirando a la bombilla huérfana de lámpara que cuelga del techo. «¡El Gurrapo ha actuado!, después de aplazarla una y otra vez ha cumplido su promesa. Ya había perdido la esperanza, aunque no me ha dicho nada, imagino que no me quiere cobrar el trabajo. Seré prudente, no le preguntaré». Sus labios sonreirán.

Antes de salir a las sucias calles rojipolvorientas, el Gurrapo, lágrima inminente que asoma, volverá a abrazar a Antonio, quien retrocederá para palidecer como si me hubiera visto a mí.

El mes de junio se presentará tan deslumbrante que hasta el propio sol usará gafas de sol. A mediodía del lunes 3, una clara alegría se reflejará en cada arista del plateado bar Silver Street. Silvestre, aliviado en su recuerdo, charlará con el Gurrapo en la esquina de la barra que sirve de cuartel general, oficina y despacho al traficante. Las puertas se abrirán para que entren dos hombres de chaqueta, corbata y maletín. Uno de ellos llevará un libro en la mano.

—¿Don Silvestre Gómez Martínez?

La fea avisará a Silvestre, que se acercará a la zona de barra donde se habrán sentado Ignacio y Vicente.

—¿Sí?

—¿Es usted don Silvestre?

Los caballeros sacarán sendas tarjetas de los bolsillos corazón de las chaquetas, las entregarán a Silvestre, quien las mirará sujetándolas con la mano izquierda mientras alarga la derecha para apretar las manos tendidas de sus interlocutores.

—¡Encantado!

—Somos José María Luna y Luis Aranzadi, dueños de la editorial Espíritu Natural. Editamos libros sobre zoología, biología y botánica, así como novelas y cuentos sobre árboles o animales. Por casualidad ha llegado a nuestras manos un ejemplar de *El bosque infinito*, obra escrita y autoeditada por usted.

—Sí, encargué cien ejemplares que he regalado a familiares, amigos y clientes.

—Queremos comunicarle nuestro deseo de editar su novela. Hemos disfrutado muchísimo con su lectura, además refleja perfectamente los principios y valores de nuestra editorial. Hemos pensado en una primera tirada de diez mil ejemplares, por lo que le

pagaríamos cuarenta mil euros en concepto de derechos de autor — Silvestre tragará saliva—. ¿Estaría interesado?

—Sí, claro.

—Tenemos como costumbre que la firma del contrato y la entrega del talón nominativo formen parte del acto de presentación, evento al que damos importancia capital. En primer lugar, lo presentaremos a usted, para lo que nos debe enviar una breve biografía, después un afamado o afamada novelista presentará la obra. Se cerrará el acto con la firma del contrato, entrega del talón, apertura de las cajas y venta de ejemplares. ¿Qué le parece?, ¿estaría de acuerdo?

—Sí. ¿Dónde sería la presentación?

—Nos gusta que sea en algún sitio especial para el autor. Usted propone, nosotros realizaremos las gestiones pertinentes.

—¿Sería posible aquí, en mi bar?

—Es muy amplio, habría que sacar las mesas y alquilar ciento cincuenta sillas. Un poco justo, pero sí, sí se puede.

—De lo de las sillas me encargo yo. ¿Podría pasar canapés y cervezas?

—Como usted quiera, pero eso corre por su cuenta. De la nuestra el que estén presentes la prensa y varias figuras reconocidas de las letras españolas.

—No hay problema.

—Muy bien. En la tarjeta puede encontrar nuestra página web y la dirección de correo electrónico a donde nos debe enviar el manuscrito. Muy pronto, vendremos con un fotógrafo para hacerle una foto para la contraportada y sugerirle distintos diseños de portada. Calculamos que la presentación la podremos hacer ya a finales de este mes. En cuanto sepamos la fecha se la comunicaremos para que vaya preparando el evento.

—¿Para cuándo cree que estará el libro impreso?

—Esa es otra sorpresa que nos gusta guardar para la presentación. Ese mismo día, por la mañana, llegarán cajas con grandes lazos que contendrán los ejemplares, también amplios carteles que colgarán de las paredes. La apertura de cajas es parte del protocolo.

—Muy bien, estamos en contacto. Estoy escribiendo otra novela, por si le interesara editarla cuando esté terminada.

—Claro que sí. Esperamos que este sea el comienzo de una fructífera sociedad. Estamos encantados de conocerle y de trabajar con usted.

—Igualmente.

Las manos se volverán a estrechar. Cuando los caballeros se marchen, Silvestre se desparramará dando abrazos a empleados y clientes.

—¡Lo he conseguido, lo he conseguido! Mi sueño de ser un escritor conocido, leído y reconocido se ha hecho realidad.

Nuevos abrazos, Silvestre invitará a todos, incluido el Gurrapo.

Una semana más tarde, Cayetano acudirá al bar con su cámara para fotografiar a Silvestre, quien estará vestido con traje y corbata porque Ignacio lo habrá llamado antes para anunciar la visita del fotógrafo. Un flash contra una pared blanca. La barba bien arreglada, el escaso cabello recién cortado, en sus ojos se reflejará la ilusión de un nuevo camino profesional. Seguro de sí mismo, hablará y hablará con todos en una soltura impensable un mes antes, cuando era puro retraimiento. Tan seguro que se atreverá a darle un cachete en el culo a la Fea, incluso empezará a mirar a los clientes un poquito por encima del hombro. Llegará el momento de elegir portada. La habrá diseñado el halcón Vicente, que es informático y tiene una empresa de artes gráficas.

— ¡Esta, esta es preciosa!

La luna llena alumbra el claro de un bosque en grises, azules pavo y verdes alegres. Nada que ver con la portada sosa que le diseñaron en la editorial de autopublicación.

— Pues esta me parece a mí más apropiada —replicará el Gurrapo.

— ¡Pero, si tú no has leído mi novela!

— No importa, mi psicología congénita me transfiere palpitaciones.

— No, la de la luna llena —impondrá Silvestre.

Antes no se hubiera atrevido a contradecir al Gurrapo. Sonará el móvil, hablará el halcón Ignacio detrás del aparato.

— Sí, don José María, dígame —dirá Silvestre al descolgar la llamada.

— ¿Le parece bien que celebremos la presentación el jueves 27 de junio a las ocho de la tarde?

«¡El 27 de junio!» Apenas quedarán quince días. Mandará a imprimir y entregará invitaciones, «la letra que sea inglesa», alquilará las ciento cincuenta sillas, se las entregarán un día antes, «no me fallarán, ¿verdad?», comprará género del mejor para los canapés, no faltará bebida, abrillantaré el suelo de terrazo, pintaré las paredes del bar que estaban muy grasientas, contrataré a una empresa de limpieza para que esa bendita tarde esté todo como la patena, a un cuarteto de cuerda para amenizar, «¡coño, qué caro!», a un fotógrafo para el reportaje gráfico, dos camareros que ayuden a la Fea a servir, no se olvidará de comprarles uniformes, una empresa de sonido se encargará del micrófono, «¿quién será el escritor famoso que se sienta a mi lado en sillas forradas de tela burdeos?», será un secreto. «¡Ah, y las flores, hasta diez grandes centros!».

La mañana del día 27 amanecerá más deslumbrante que ninguna. A las diez de la mañana, un camión mediano descargará diez grandes y bellas cajas cerradas y anudadas con un lazo. También unos tubos que, imaginará Silvestre, contendrán los carteles que vestirán las paredes de bar Silver Street. Varios clientes habituales que habrán sido invitados al desayuno ayudarán a colocar las sillas. Las flores llegarán a media mañana.

—Hay que dejar sitio para el cuarteto de cuerda —recordará Silvestre.

Durante la comida, los nervios se meterán en el estómago, Silvestre casi no probará bocado. A las seis llegarán los camareros contratados.

—Don Silvestre, ¿Dónde nos cambiamos?

A la Fea le quedará el uniforme demasiado ceñido. A las siete aparecerán los componentes del cuarteto de cuerda con sus grandes embalajes en forma de curvas de mujer.

—Este es el lugar que les hemos reservado.

El Pedro se afanará en la cocina preparando canapés de paté con pepinillo, medias noches de roquefort, tostaditas de queso con berberechos.

—Silver, tienes que vestirte ya —alertará el Gurrapo vestido con traje blanco, zapatos blancos, calcetines blancos, sombrero blanco, camisa negra por lo de su Vane.

Margarita será la primera en llegar, tomará asiento. En su bloc de papel Guarro dibujará líneas casi imperceptibles con un lapicero de punta fina. Querrá plasmar sobre el papel la mesa, las flores, las primeras filas de sillas. Tendrá la intención de pintar sobre esas líneas, ya en casa y con tranquilidad, una acuarela para regalar a Silvestre como recuerdo de tan grata jornada.

—¿Habéis probado el micrófono? —preguntará un cliente de camisa remangada.

Hará su entrada el fotógrafo contratado. Ya se habrán sentado hasta diez personas. Luisa, Flora y Amaranta, las compañeras del grupo de lectura de Silvestre, llegarán al local.

—Mira, ahí está Margarita, nos ha reservado asientos a su lado.

La mesa estará revestida, sobre ella estarán ya colocadas botellas de agua, vasos y unas tijeras doradas que Silvestre habrá comprado por Internet en Toledo. Servirán para abrir solemnemente las cajas de libros que estarán ya preparadas con sus grandes lazos plateados a un lado de la escena. «Ahí quedan muy bien». Hasta que no lleguen los editores, no se podrá abrir los cilindros que guardan los carteles. Sus soportes, diez en total, estarán preparados y colocados estratégicamente en el local. Se ocuparán todas las sillas, habrá personas de pie, funcionará el aire acondicionado, se abrirán las puertas del local porque habrá gente hasta en la calle que no podrá entrar. Silvestre ya estará sentado tras el micrófono. Los relojes darán las ocho de la tarde. Hora de comienzo. «¡Qué raro que no hayan llegado ya los editores!» Silvestre mirará el reloj, repetirá continuamente un tic estirando el cuello.

—¿Qué pasa Silvestre, se retrasan?

El móvil de Silvestre sonará.

—Silvestre, soy José María luna, estamos atrapados en un atasco. Están conmigo Luis Aranzadi y el novelista. No le quiero decir todavía quién es para que le dé una sorpresa cuando entre por las puertas. Calculo que tardaremos unos veinte minutos en llegar, para ir adelantando puede abrir los cilindros que contienen los carteles e irlos colocando en los soportes.

—Muy bien, así lo haré.

Silvestre cortará el precinto de un cilindro con una navaja de bandolero que le prestará el Gurrapo. El tic del cuello se exacerbará, comenzará a desenrollar uno, en sus manos sentirá la suavidad satinada del cartel, lo desplegará por completo, olerá a imprenta, el tiempo se detendrá en ese instante, el momento esperado llegó, por fin lo verá.

La cara, las orejas, la calva, las manos se encenderán en rojo vergüenza tan rápido que levantará un «¡ohhh!», del público. Parecerá que va a estallar, que los ojos saldrán disparados para estrellarse en las cristaleras. Temblará, de la boca comenzará a brotar una espuma blanquecina. El Gurrapo y los componentes del grupo de lectura correrán a sostenerlo antes de que caiga al suelo. Luisa, espantada, comprobará que en el cartel aparecen los cuatro halcones dando un corte de mangas con peineta incluida y cara de chulería burlesca. Debajo de la fotografía una sola palabra impresa en grandes letras rojas, enmarcada entre exclamaciones: «¡Estúpido!».

Los asistentes no entenderán qué ha ocurrido, un murmullo se apoderará de la sala, Silvestre convulsionará hundido en los brazos y los pechos de la Fea. Flora tomará las tijeras doradas, se huele lo peor, cortará los lazos de las cajas, extraerá de su interior periódicos y revistas antiguas, así como libros desgastados, rotos, sin tapa, de escasísimo valor, de esos que los humanos guardáis en los trasteros solo porque os da pereza tirarlos a la basura. «¡La última del psicópata y sus amigotes!». Al ver el triste contenido, Silvestre empeorará de las convulsiones.

Poco a poco, con sus brazos abiertos como dirigiendo gallinas, el Gurrapo rogará a los presentes que salgan. El local se irá vaciando de gentes. Los parroquianos caminarán despacio sin dejar de mirar atrás, no querrán perderse el espectáculo. Pronto se oirá la sirena de la ambulancia. El Pedro contemplará desolado los quinientos canapés, ya

preparados en bandejas, que serán olvidados en la cocina del Silver Street.

—Pero, ¿cómo ha podido ocurrir esto?, ¿cómo no se ha dado cuenta de que era una burla? —se preguntarán unos a otros.

—¡La editorial tiene una página web absolutamente creíble en la que aparecen hasta trescientos títulos publicados, los editores se han presentado con tarjetas de visita, números de teléfono! —se contestarán unos a otros.

—¿Y una oficina?

—Lo desconocemos, todas las diligencias se han ejecutado en el bar —responderá el Gurrapo.

Luisa y Flora saben muy bien de lo que son capaces de trabajar Los Halcones cuando se trata de despreciar y hacer escarnio de un «chusma».

**23:40 h del viernes 4 de enero de 2019.**

Silvestre quiere seguir escribiendo, sus ojos no, desean cerrarse, sucumbir al sueño contra el que luchan en una batalla que comienza a estar perdida. «Solo un poco más, a las doce me acuesto».

### *Capítulo 5*

*De cómo el ciervo Alibú vagó malherido y solo por el Bosque del Olvido*

Malherido por la burla sufrida, Silvestre volverá a recluirse en su propia habitación. Solo recibirá, de vez en cuando, las visitas del Gurrapo, de Luisa y de Flora. «¿Por qué no vienen ni Amaranta ni Margarita? Apenas contestan a mis wasaps». Tendrá colgado en la pared el cartel en el que aquellos cuatro «malnacidos» aparecían dándole un corte de magas. Habrá cortado y retirado el ofensivo «¡Estúpido!», que tanto daño le hizo en la autoestima y pundonor. «¡Hijos de puta, burlarse de mí en presencia de tantos amigos!». Sabrá cuál es el verdadero nombre de cada uno, dónde viven y a qué se dedican; Luisa y Flora no habrán vacilado en informarle. Además del cartel, tendrá pinchadas en una plancha de corcho enmarcada en madera de pino que compró en el Leroy Merlín distintas fotografías de los «criminales». Las habrá conseguido en las distintas redes sociales de los «cabrones». Tan fácil como un «guardar imagen como» para recluirlas en la carpeta de escritorio llamada «Muerte». Imprimir, pinchar con alfileres de cabeza de bolitas de colores y ya está. «Caerán uno detrás de otro».

Lily, olvidada por su dueño, se quedará en puros huesos y pellejo. Rosa hará todo lo posible por alegrar al animal, será ella quien la saque a pasear, quien la cuide, quien le compre las golosinas por las que antes protestaba a Silvestre. Los esfuerzos de la mujer no obtendrán

resultado, la perra arrastrará su melancolía de orejas, cola y ojos caídos. No permitiré que el animal sufra, el miércoles 17 de julio, justo cuando el metal de las farolas comience a fundirse con el sol de la tarde para formar charcos de plomo y cristales sobre las aceras ardientes, estaré en la casa de Silvestre para llevarme a Lily conmigo, para pasarla al otro lado de las existencias. Silvestre no derramará una lágrima por ella, su mente estará enfocada con la precisión de un francotirador en el «¡hijos de puta, burlarse de mí en presencia de tantos amigos!». Rosa se encargará de incinerarla humildemente como a todo perro de vecino. Los pergaminos que soportaban el proyecto de mausoleo dormirán para siempre en algún cajón olvidado.

El día primero de agosto, sonará el timbre de la casa de Silvestre, abrirá Rosa. El Gurrapo aparecerá jadeante tras la puerta, con el rostro encendido, en la camisa blanca humedad se dibujarán dos grandes círculos en la zona de las axilas, por donde pise irá dejando huellas de sudor que se evaporarán al instante.

—¡Qué bien se está aquí con el aire acondicionado! Rosa, ¿te importaría proporcionarme un vaso de agua para extinguir las calores de la canícula?

Ya en la habitación de Silvestre, a solas con él:

—Silver, te he traído la pistola y la munición como me pediste por teléfono.

—No cumpliste tu palabra, ni siquiera fuiste tú quien le pegó la paliza.

El Gurrapo mirará al suelo. Suave, dulce, proseguirá sin cruzar su mirada con la de Silvestre:

—Te voy a instruir en cómo funciona. Mira, primero tienes que incluir las balas en el cargador como yo lo estoy obrando. —El pulgar presionará los proyectiles, que irán empujando el muelle hacia abajo—.

Después introduces el cargador aquí, en el intrínseco de la empuñadura con un golpecito de la palma de la mano hasta que oigas un clic. Inmediatamente, le pones el seguro, que es esta palanquita pequeña, que tiene que estar en esta posición. Cuando quieras tirotear, debes de quitarle el seguro poniendo la palanquita en esta otra posición. ¿Has entendido?

Silvestre repetirá:

—No cumpliste tu palabra, ni siquiera fuiste tú quien le pegó la paliza.

El Gurrapo dejará la pistola y cuatro cajas de balas sobre la mesa. Se despedirá:

—Me tengo que ir, reapareceré para visitarte la semana que viene.

—No cumpliste tu palabra, ni siquiera fuiste tú quien le pegó la paliza.

Rosa despedirá al Gurrapo, quien al salir al descansillo se le pondrán los bellos de punta del calor. «¡La hostia, vaya cómo pega el Lorenzo!».

Cuando Silvestre se quede solo, guardará la pistola y la munición en una caja que tiene forma de libro, con su lomo negro en el que se lee en letras doradas el título: *La Biblia*. Los costados imitan las hojas de un libro cerrado. Intercalará la caja entre cientos de novelas que atestan su librería, será imposible distinguirla de otras obras encuadernadas. Desde ese momento, no se apartará de la ventana ni para ir a dormir, repitiendo en su mente la letanía: «¡Hijos de puta, burlarse de mí en presencia de tantos amigos, caerán uno detrás de otro!».

A finales de agosto, el calor no será tan intenso, pero se volverá pegajoso. Las moscas zumbarán oscureciendo el cielo, las camisas se

pegarán tanto a los cuerpos que provocarán dolor al quitarlas como si de esparadrapos se tratara, cualquier objeto parecerá bañado en jugos de fruta con miel. Silvestre seguirá mirando por la ventana, repitiendo sus maldiciones, proyectando su venganza, apenas habrá dormido.

En la noche del 28 se oirán gritos que llegarán a los oídos del todo el barrio. Rosa correrá a la habitación, al abrir la puerta se encontrará a Silvestre mirando con ojos desencajados el collage que formó con las fotografías de sus odiados burladores. La tez aparecerá verde confusión, de su garganta brotarán gritos monstruosos imposibles de ser producidos por una voz humana:

— ¡Quieren quemar mi librería, quieren robar todas mis novelas!

— ¿Qué librería?, ¿quién te quiere robar? —preguntará Rosa alarmada.

— ¡El psiquiatra Julián y sus amigos!

Silvestre escapará de la habitación, saldrá escaleras abajo a la calle, correteará descalzo por el acerado en pantalón de pijama fino y camiseta interior de tirantas. Rosa lo llamará desde la ventana:

— ¡Silvestre, Silvestre!

Perderá su visión al final de la avenida. Los dedos temblorosos marcarán en el teléfono el número de la policía y de urgencias. Lily gemirá, orejas y rabo plegados, escondida bajo la cama. En la puerta, todavía abierta después de la escapada de Silvestre, se agolparán los vecinos.

— ¿Qué ha pasado Rosa?

Silvestre llegará trotando hasta el bar, que estará a punto de cerrar. No entrará, se quedará mirando el local, gritando:

— ¡Mi librería no, hijos de puta! ¡Mi librería no!

La Fea saldrá para ver qué le ocurre a Silvestre, quien seguirá sacando cabezas, brazos y torsos de curiosos en camisetas de tirantas a las ventanas.

—¡Gorda cabrona!, ¿qué estás haciendo con mis libros?

La Fea entrará de nuevo, cerrará la puerta de cristales. «¡Ay por Dios, ay por Dios!». Llamará llorando a Rosa. En menos de media hora, las sirenas de la policía y de una ambulancia alertarán definitivamente a un vecindario que contemplará desde los balcones, a algunos solo les faltarán las palomitas de maíz, cómo dos gorilas vestidos de blanco reducen con maestría el leve y sudoroso cuerpo de Silvestre. Esa noche, y siete más, las pasará ingresado en psiquiatría del hospital de San Lázaro. No correrá peligro, no se me ocurrirá aparecer por allí.

Último día de octubre. Margarita entrará conduciendo su coche a una velocidad excesiva en la calle en la que se encuentra la clínica de salud mental Nuestra Señora del Carmen. Frenará bruscamente al ver un hueco para aparcar, casi se comerá el unicornio peluchito en colores fantasía que cuelga del retrovisor. Encajará el automóvil a lo James Bond. Ya fuera del coche, «¡coño, qué viento hace!», le costará andar los cincuenta metros que le restan hasta la clínica, el ciclón en contra no la dejará avanzar un paso empeñado en robarle disparado el sombrerito naranja inconformismo. Una mano mantendrá el abrigo cerrado a la altura del cuello, la otra sujetará el sombrerito pegado a sus finos cabellos trigueños. Frente a la cancela de hierro forjado que hace de primer guardián de la clínica, tocará en el botón del videoportero:

—Buenas tardes, tengo cita para visitar a Silvestre.

Un celador con pijama sanitario blanco saldrá del caserón con un juego de llaves de mansión encantada en la mano para abrir la cancela. Dará una carrerita porque la ventolera le revolverá la cabellera

y lanzará al aire en remolino alguna hojilla de papel de apuntar que lleva en el bolsillo corazón. En la sala de televisión olerá a café y a horas vacías, Margarita esperará a que Silvestre baje de la habitación. A pocos metros de ella roncará, con el cuello torcido, una señora mayor aparcada en una silla de ruedas frente al programa de Juan Imedio. Un poco más allá, un hombre de mediana edad con una rapada y enorme cabeza en proporción al cuerpo irá y vendrá de una esquina a la otra de la sala mascullando un bisbiseo inteligible. Más lejos, un goterón de baba se balanceará hacia el vacío colgado de la boca abierta de una muchacha gordita, cejuda y de escasos cabellos pegados a su cara. «¡Así voy a acabar yo!». El olor del ambiente cambiará a caldo de puchero, orines y crema hidratante. Silvestre aparecerá en la sala acompañado de unas lagrimitas de agradecimiento. Abrazará a Margarita:

— ¡Qué alegría de verte! ¿Estás ya totalmente restablecida?

— Sí, ya estoy bien.

— Quise ir a visitarte al hospital, pero no me dejan salir de la loquería.

— No te preocupes.

— ¿Por qué lo hiciste? — preguntará Silvestre.

— Ni siquiera yo lo sé. ¡He intentado tantas veces el suicidio!, imagino que es que me odio a mí misma. Pero bueno, que aquí lo importante es cómo te encuentras tú.

— Bien, tengo una habitación para mí solo, la comida es estupenda y riquísima, me siento cuidado por el personal que es muy profesional, realizo actividades con los que están menos *chalaos*: gimnasia, pintura y teatro. La medicina me baja mucho, me quita fuerzas, pero dice el médico que es imprescindible que me la tome para evitar que vuelva a darme un brote.

— ¿Piensas ahora con más claridad?

—La mente la tengo un poco embotada por las medicinas, pero ya no pienso las barbaridades que se me metían en la cabeza. ¿Por qué no fuiste a verme después de la fallida presentación de mi novela?, ¿por qué no contestabas a mis llamadas ni a mis wasaps?

—Tengo que pedirte perdón, estaba muy perdida, confundida, no acerté a ver la maldad de Julián.

—¿Has seguido acudiendo a su consulta?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Fatal, a mí también me ha humillado. No te puedes imaginar lo que me ha hecho, pero, por favor, no me pidas que te lo cuente, es demasiado duro.

—Es un malnacido. ¿Puedo confesarte algo? —preguntó Silvestre.

—Sí, claro.

—Sigo teniendo la intención de matar a Julián. No estoy tan obsesionado como antes de medicarme, pero estoy resuelto a hacerlo, el problema es que no me dejan salir. No debería haberte dicho esto, solo con saberlo ya te he involucrado, olvídalo, no te he dicho nada.

—¿Puedo confesarte algo yo a ti?

—Dime.

—Yo también quiero asesinar a Julián, destrozarlo, borrarlo de la tierra, hacer que desaparezca hasta su memoria.

Silvestre quedará asombrado, mirará a Margarita atónito, no podrá creer lo que sus oídos perciben.

—Te hablo muy en serio, estoy decidida a ello, te lo comento a ti porque compartes ese mismo deseo. ¿Cómo tenías pensado hacerlo?

—Compré una pistola y munición. Las tengo guardadas en mi dormitorio. No estoy seguro de que cuando llegue el momento tenga el

valor de acometerlo, ya en una ocasión lo tuve todo preparado, pero en el momento preciso no fui capaz. No fue con la pistola, ya la tenía comprada, me la guardaba un amigo, pensé que tendría más valor atropellándolo y dándome a la fuga que disparándole.

—Yo sí me atrevería.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

— Puedo decirle a Rosa que te deje pasar a mi habitación a coger unos libros para el club de lectura. Ella no pasará, se quedará en la cocina como siempre. La pistola y las balas se encuentran en una caja con forma de libro. El lomo es negro, en las letras pone «*La Biblia*». Está en la estantería de los libros, en el tercer estante comenzando por arriba.

—Puedes telefonar ya a Rosa, porque antes de una semana me presento en tu casa.

—No puedo creer lo que me dices.

—¡Pues créetelo!

—Ya en una ocasión, otra persona me prometió lo mismo. No lo hizo. Ese hombre tiene algo, un aura que lo protege.

—Lo haré porque yo tengo más razones que nadie. Te lo aseguro. No me faltará el valor.

Al salir, Margarita será acompañada por un celador. En el exterior, el viento doblará a los árboles encorvándolos hasta que toquen el suelo con sus ramas más altas. «Hoy no es día ni de sombreros ni de peluquerías».

El jueves 5 de diciembre lloverá tan en vertical que la visión no alcanzará más allá de metro y medio. El cielo, negro diluvio, se reflejará a través de las cristalerías en la sala de televisión de la clínica de salud mental. Silvestre estará esperando la visita de Rosa. Junto a él se encontrará sentada Antonia, una mujer de cuarenta y cinco años que lo

mirará absorta, sin mover un músculo de su rostro ni de su cuerpo. Estará convencida de que es un famoso actor de Hollywood, ya se habrá enamorado de él. Varios empleados estarán preparando los adornos de Navidad, colocarán cadenas plateadas entre columna y columna subidos en escaleras plegables de aluminio. Un interno cantará una y otra vez, incansable, el villancico del tamborilero.

Rosa entrará en la sala con paso rápido, habrá dejado atrás en su carrera al celador encargado de acompañarla a la sala, parecerá haber olvidado su eterna apatía de perezoso, respirará excitada. Llevará puesta la misma gabardina color nada que compró veinticinco años atrás. Al ver a Silvestre, varios metros antes de llegar a su beso de labios caídos, exclamará:

—¡Han disparado en la cabeza a Julián, no ha muerto, pero está muy malherido!

Silvestre girará el cuello para llevar su mirada más allá de las cristaleras, donde el agua caerá a la tierra en columnas de metacrilato frío. Después de unos segundos de inexpresión, sonreirá reconfortado.

**23:58 h del viernes 4 de enero de 2019.**

Silvestre está agotado. Sus ojos se cierran sin pedirle permiso, el bolígrafo se le cae de la mano muerta. «Será mejor que nos acostemos ya, vamos Lily cariño». Nuevos besuqueos de morro, lengua, labios, bigote. La luz la ha apagado, bajo el edredón descansa tranquilo, soñará con gorriones. «El jueves que viene tengo cita con el psiquiatra, estoy seguro de que podrá ayudarme».



### 3

## Blanco inmaculado

09:00 h del domingo 6 de enero de 2019.

Luisa se dice a sí misma: «¡Arriba, arriba!». Ilusionada, se levanta de la cama de un salto. Ella misma colocó anoche bajo el árbol de Navidad, junto a la chimenea, sus zapatos de tacón, los deportivos de su hija y las zapatillas Givenchy de Julián, su marido. El día más hermoso del año ha amanecido. Le sigue corriendo por el estómago el mismo cosquilleo que sentía cuando aún creía que Gaspar, Melchor y Baltasar iban a atestar con su magia los dos metros cuadrados que rodeaban sus zapatos de vestidos, muñecas, pinturillas, cocinitas y diabólos. Evoca aquel glorioso día, cuando tenía diez años, en el que le echaron la Nancy. Después llegaría el armario de la Nancy, la coqueta de la Nancy, el baúl de la Nancy y la cama y vestidos y zapatos y bolsos de la Nancy. La enorme caja de los Juegos Reunidos Geyper de 50, mucho mayor que la de su amiga Marisa, que tan solo era de 25. Aunque se hizo esperar más de lo deseado, años más tarde también amaneció un día de Reyes en el que la suspirada bicicleta BH de color rojo se apareció en el salón de su casa como un ensueño divino.

Primero saborear, deleitarse con el aroma de un cafelito en la cocina. «¡Qué nervios, cincuenta y tantos y parezco una niña!». Hasta tiembla la taza en su mano. «¡Yo no voy a esperar a que Julián y Flora se despierten, me pueden dar las doce!». Abre la puerta corredera del

salón, sus ojos desolados advierten que junto a sus zapatos solo espera un paquete. Otro, que ella misma había envuelto el día anterior, reposa sobre las zapatillas de su marido y otro, también envuelto por sus manos, sobre los deportivos de su hija. «¡Tendrían que ser dos regalos para cada uno!, ¡otro año igual!». ¿De qué se sorprende? Julián jamás se ha implicado en la festividad de Reyes, ni siquiera cuando Flora era una niña. Año tras año, sola, recorría las tiendas de juguetes batallando con otros padres igual de aguerridos por conseguir todo aquello que su hija había pedido en la carta. Nunca la acompañó, no sabía ni cuáles eran los deseos de Flora. Tan solo le hizo a Luisa un regalo el primer año de casados, después todo eran excusas y olvidos, pero bien que le gustaba abrir el suyo. Cuanto más caro más lo apreciaba, más contento se ponía.

«¡Tendrían que ser dos regalos para cada uno!». Una lágrima cae desde su mejilla. De una caja blanca extrae un bolso de piel precioso. Se lo lleva al olfato y al tacto, huele a caro, suave de calidad. «¡Muchas gracias, hija, me encanta!». No sabe qué es lo más hiriente, que Julián no se haya acordado, una vez más, ni de ella ni de su hija o que Flora no haya querido obsequiar nada a su padre. Aunque a ella la comprende. De muchachita, cuando ya sabía que los reyes eran demasiado magos, la chiquilla le componía a Julián, ilusionada, trabajos manuales que él no valoraba, incluso le buscaba el mínimo fallo para criticárselo. En una ocasión, Flora estuvo ahorrando para comprarle unos guantes baratos propios de los ahorros y de la inocencia de una niña de trece años. Como siempre acabó llorando. Para Luisa siempre guardó su hija algún detalle: corazones coloreados en purpurina con un «mamá te quiero», zapatillas de conejito del chino o algún bolso de plástico imitación a piel.

«Mejor será que vaya preparando la mesa para el desayuno». Rescata la mantelería de hilo que usa una vez al año. También el juego de café de La Cartuja, el de los días especiales. Abre el cajón donde

reserva la cubertería buena: tenedores y cucharillas de desayuno. Coloca sobre la mesa el candelabro de metacrilato con su vela roja adornada con hojas y fruto de acebo. «¡Que no se olvide el centro de flores!». Del frigorífico saca el roscón de Reyes relleno de crema de trufa que había comprado el día anterior.

Ayer cumplió con su ritual de soledad: por la mañana peluquería, por la tarde, muy arregladita, ir a comprar el roscón a La Campana, tomarse un cafelito y ver la cabalgata. «¿Qué hace una mujer sola contemplando de lejos la cabalgata con la caja de un roscón de Reyes colgando de la mano?». Si se le hubiera arrimado algún maduro seductor, le hubiera mantenido la conversación. Tal vez ese era su deseo, aunque no lo reconociera en su interior.

El roscón, a ella le gusta llamarlo roscón, le recuerda el cero que la vida le ha plantado en el examen de amor. Como todos los años, le tocará el haba y la figura. Julián ni lo probará, Flora solo un trozo pequeño, «que después se va a la cintura y a los muslos». Será ella quien desayunará y merendará roscón durante tres días. En sus ojos pesa la enorme, la atormentada haba que la fortuna ha querido hasta ahora que le corresponda en su matrimonio. «¿La fortuna o mi genio apocado y quimérico?». Toda la vida aguardando a un hombre que nunca ha sido suyo. Mira en el espejo su pelo moreno y corto recién teñido del día anterior, sus labios y sus ojos ya pintados a las nueve de la mañana. Se ha puesto la ropa interior en lencería de fantasía. Espera el último tren perfumada con Chanel 5. Ha vuelto a soñar de una manera ingenua.

Un bostezo descomunal y unos brazos que se desperezan se acercan por el pasillo. Flora, en pijama, con su cuerpo hombruno de hombros anchos y caderas estrechas, entra en el salón. Ha pasado todas las Navidades conduciendo el camión. Que si a Zamora, que si a La Coruña, que si a Oviedo. Cada trabajo tiene lo suyo, y el de Flora, unas

fiestas agotadoras. Al menos ya está en casa. El sueño y el cansancio todavía están colgados de sus hombros, pero sabe que Luisa espera con ilusión a que aparezca por allí.

—¿Ya lo has abierto?, ¿te gusta? —pregunta al ver que Luisa ha desenvuelto su regalo.

—¡Me encanta!, pero hija, es muy bueno, debe de haberte costado mucho dinero.

—Para un solo regalo que te hago, al menos que sea de calidad. Además, me hace ilusión que te pongas guapa, que seas una persona puto normal. Veo que el psicópata cero coma cero, como siempre.

—¡No llames así a tu padre! Sí, parece que no ha comprado nada, ni para ti ni para mí.

—¡Mejor! Reventaría del asco si tuviera que abrir un regalo del nota.

—Tú tampoco tienes nada para él.

—¿Yo?, ¡antes tiro el dinero a la alcantarilla!, me lo gasto mejor en comprarme un billete para Australia solo de ida.

—¡Te lo puedes meter en ese culo de tío que tienes, o gastártelo en colutorios para quitarte la peste a coño que sale de tu boca! —grita Julián. Acaba de entrar y ha oído lo que vomitaba Flora.

—¡Vete a la mierda, hijo de puta! —replica Flora.

—Entonces me quedo contigo, porque la mierda está en tu pelo morado, tus *piercings*, tus tatuajes.

—¡El día que te destripe me voy a quedar muy a gusto! —amenaza Flora.

—¡Fuerza para hacerlo tienes como si fueras un tío, camionera!

Flora sale del salón para desaparecer camino de su habitación. Luisa Comienza a llorar de nuevo. Julián, sin decir palabra, toma entre sus manos el paquete colocado junto a sus zapatillas, lo desenvuelve.

—¿Otro bote de colonia, tan mal huelo?! Por lo menos es de Loewe.

Una campanita suena desde el WhatsApp de Julián, quien saca el móvil del bolsillo del pijama, lo mira y lo vuelve a guardar. Una indisimulada sonrisa se ha esbozado en su cara. Se atornilla en el cuarto de baño para ducharse y afeitarse. Luisa lo oye cantar desde el sillón donde pena su renovada frustración.

En la habitación, Flora comprueba que en el WhatsApp le han entrado cuarenta y tantos mensajes. Del grupo de lectura, de Pili, de Macarena, de Vanessa... Tirada en la cama, envuelta en mensajes, fotos, chistes y cachondeo, manipula el móvil que humea incandescente entre sus dedos. Los mensajes juguetean sobreponiéndose unos a otros, fotos de los regalos recibidos aparecen una tras otra. Ella aún no ha abierto el suyo, que permanece junto a sus «poco femeninos» zapatos en el salón. Está quedando con las amigas para acudir esta noche a darse un buen homenaje en una discoteca del ambiente que a ellas tanto les gusta. Eso la alegra. «¡A ver si ligo y me llevo a la cama alguna niña mona!».

A la una de la tarde, Luisa permanece sentada en el sofá, como esperando un milagro. Julián desfila por su lado sin dirigirle ni la palabra ni la mirada. Lleva puesto el último traje de Armani y el abrigo de paño. Abre la cristalera que da al jardín. «¡Coño, qué frío hace!, ¿qué estamos por debajo de cero? Está todo el jardín lleno de asquerosos pájaros muertos». Desde lejos y de espaldas pregona:

—¡Pues sí que huele bien esta colonia!

Se dirige al garaje, arranca su Jaguar color verde inglés, se marcha alardeando de coche. Un vaho blanquecino cortante propio de un congelador entra en la casa. Luisa cierra y observa desde detrás de la cristalera cómo se aleja el automóvil. «¡Si la gente supiera que para comprar el dichoso carro tuve que rehipotecar el pisito de La Macarena

que mis padres me dejaron en herencia! A ti nadie te concedía crédito alguno». Sospecha dónde va, «¡han sido ya tantas veces!». En el preciso momento en el que la puerta del garaje se cierra, toma la decisión.

Sobre la mesa quedan los cubiertos buenos, el mantel, las servilletas de hilo, el juego de café frío de La Cartuja, el roscón de Reyes intacto. Flora reaparece con pasitos atropellados, sonriendo por el largo pasillo, sus ojos chispean. Nerviosa, abre su regalo: un abrigo unisex amplio, gris, de pata de gallo, con grandes botones negros.

—¡Es divino! —Se abraza fuertemente a su madre, se la come a besos.

—Ahora que estamos las dos solas, aunque sea ya tarde, nos tomamos un cafelito nuevo y un trocito de roscón. Tengo que darte una noticia importante —anuncia Luisa.

—¿Cuál?

— ¡Voy a separarme de tu padre!

Flora salta celebrándolo como si su equipo hubiera marcado el gol de la victoria en el último minuto de partido.

—¡Mamá, esa es la mejor noticia que me podrías dar! Quiero que sepas que estoy contigo, que te apoyaré en cada paso que des. Ya era hora de que decidieras perder de vista a este mostrenco.

17:00 h del domingo 6 de enero de 2019.

Luisa y Flora han almorzado de picoteo: conservas, quesos y patés variados. De postre se han acabado entre las dos el roscón. «¡Un día es un día, además había que celebrar lo del divorcio!». Hace quince minutos que Flora se ha marchado para pasar la tarde con las amigas. Ahora, Luisa se ha sentado al amor de la chimenea encendida, le apetece pasar la tarde hojeando álbumes de foto. «La familia es lo más importante». No se ha pasado, ni se pasará nunca a la fotografía digital. Sigue utilizando su Olympus y llevando a revelar los carretes. Eso sí, necesita una estantería de tres metros de largo por dos de alto para guardar los cincuenta y tantos álbumes, uno por cada año de su vida. La afición a la fotografía le viene de su padre, él fue quien hizo las que componen los primeros tomos, hasta que le regalaron su primera Kodak cuando asomaba la primera adolescencia. Los tiene ordenados por años. Toma el de 1984, al abrirlo posa su mirada en una foto. «¡Antonio!».

Cuando febrero amenace a vuestros cuerpos con intensificar el frío que ya está haciendo, la pistola de Antonio, cargada y con el seguro quitado, esperará sobre la mesa junto al ordenador portátil. Será posible que ese día se emplee para desparramar sus sesos por toda la habitación semivacía donde el eco amplifica los sonidos de la noche. Viernes, la soledad y la oscuridad del piso aletargarán al policía, tan solo la luz de la pantalla dará una pincelada de vida en su aburrimiento. En un cenicero de latón, humeará el enésimo cigarrillo. Cada objeto de la casa habrá embebido de olor a humo, teñido de un amarillo nicotina.

«¿En qué estás pensando Antonio?», le preguntará Facebook.

—Pues que en esta red social cada loco se complace con su tema —responderá desganado, entre dientes, en voz baja, mientras da un sorbo del café negro con whisky.

«Hoy es el cumpleaños de fulanito, siete personas han escrito en la biografía de menganito, confirma la solicitud de amistad de Zutanito». Leerá, con desinterés, una frase sentenciadora de viejo rancio alardeando de enseñar a las nuevas generaciones cómo se vivía sin Internet, sin móviles, sin YouTube, sin Instagram, con fortaleza, con austeridad, con decencia. «¡Nos metíamos siete en un 600 en pleno agosto a las cinco de la tarde, sin aire acondicionado!». Comentaré alguien orgulloso de hazañas pretéritas. «¿Por qué los viejos creen que los jóvenes nos van a admirar solo porque conocimos otros tiempos? Cuando estemos bajo tierra o hechos cenizas, ellos conocerán acontecimientos y tecnologías que nosotros ni siquiera podemos imaginar». La campanita le indicará doce notificaciones. Se dará un viajecito por «Personas que quizás conozcas». «¡Pues no conozco a nadie!». Observará la foto de una trasera de un paso de palio. En el grupo Sevilla Antigua se colgará una foto de La Encarnación de finales del XIX, los comentarios habrán acabado en una trifulca en la que varias personas se habrán tachado unas a otras de comunistas o fascistas. Contemplará, indiferente, el video tomado con un móvil: varias personas en la aldea del Rocío tocan la guitarra y cantan. No faltarán primeros planos de caras de honestos que le pregonan al mundo que siempre van de frente. Varias poesías brotadas entre nenúfares y amaneceres lo empalagarán. El Diván de la Psiquiatría hablará de madres tóxicas, cómo detectarlas y tratarlas. «Considero muy chocante que nadie se considere a sí mismo como tóxico, envidioso o mala persona; siempre es el vecino el que lo es. Ese mismo vecino también califica a otros como tóxicos, envidiosos o malas personas», considerará Antonio en su pensamiento. Fotos de gentes haciendo esto y lo otro mientras ponen posturitas, otras gentes declarando lo guapa o guapo que están los de las posturitas mientras clican en «Me gusta» y estampan

varios corazones rojo caramelo en el comentario. Nueva proclama estúpida: «Digan presente los que estén orgullosos de pertenecer a este grupo». Hasta diecinueve humanos-borregos han escrito el esperado «¡Presente!».

Antonio acariciará la cache en baquelita negra de la pistola. Le gusta dispararla, cuando lo hace la adrenalina da un respiro en su abandono. No le pondrá el seguro. Retirá la mesita de formica de los años setenta que compró su madre cuando él era todavía un niño. Levantará su cuerpo hinchado del sillón de orejas desculado. Ya tendrá puesto el pijama gris vacío desgastado en los codos, sudado de veinte noches. «No puedo soportar más el hastío, me voy a la cama, tal vez me atreva y ponga punto final».

Observaré a Antonio. Él no sabrá que estoy en la estancia porque los humanos no podéis verme, aunque a veces intuís mi presencia, entonces el pánico se apodera de vuestras mentes y cuerpos. El mundo es un escenario, un infinito teatro en el que miles de millones de seres interpretan una obra sin director en la que no existe un guion establecido ni un fin concretado, en la que los actores no han aprendido previamente un papel, improvisan. Observo desde la lejanía astral y desde una cercanía tan íntima que me cuelo, como si fuera una bacteria, en una caries. Desde fuera y desde dentro, desde arriba y desde abajo, aquí y allí. Observo antes, ahora y después, pues el tiempo es arcilla en mis manos que modelo a mi antojo. Observo en masa, en grupo, en pareja y a un solo ser. Observo con la vista, el olfato, el gusto, el tacto, el oído y el sentimiento. Observo y actúo cuando me viene en gana, cuando mi eterno capricho se despierta sin que exista una razón ni un porqué. Entonces, cuando entro en acción, os llevo conmigo, os traslado al espacio de los muertos sin que tengáis en ello ni voz ni voto.

Su ratón lánguido estará a punto de picar en el aspa de cierre, pero habré decidido que salte una nueva notificación: «Luisa Hernández le solicita amistad». «¿Luisa?, ¿Luisa Hernández, la que fue mi novia?». En el reflejo de la pantalla del portátil podrá observar su propia expresión híbrida de sorpresa e ilusión. «¡Acepto!». Se sumergirá en el pasado a través de Internet, habrán pasado cuarenta años. En las fotografías colgadas en el muro de Luisa descubrirá cómo ha cambiado aquella a la que tanto había amado. Casi no parecerá la misma, aunque seguirá siendo igual de atractiva como siempre. «¿Cuánto habré cambiado yo?, tanto como ella, imagino». Le remontará por el cuerpo un calor placentero, un cosquilleo de mariposas, se le habrá quitado el sueño. Se levantará, alcanzará de una estantería un álbum de fotos, buscará en los años ochenta. Confrontará su imagen en el espejo con unas fotografías a las que el tiempo han apagado el color. «¡Madre mía, qué cambio!». No conserva ninguna de Luisa. Su exmujer, de novios, lo obligó a quemarlas en un aquelarre siniestro.

Saltará un mensaje por privado, será Luisa: «¿Te puedo llamar?». La sangre se precipitará, se agolpará en el estómago y la garganta, casi no podrá tragar saliva, el corazón se disparará. Antonio le devolverá el mensaje con su número de móvil. La llamada sonará como la *Primavera* de Vivaldi. Habrá descolgado antes de que se termine la primera nota:

— ¿Sí? — contestará con una voz que casi no le saldrá del cuerpo.

— Hola, ¿cómo estás?

— Bien, ¡qué sorpresa!

— He buscado tu nombre en internet, encontré tu página en Facebook. No me atrevía a ponerte en contacto contigo, pero esta noche me he cargado de valor para hacerlo, espero no molestarte.

—No me molestas, me hace mucha ilusión hablar contigo, no me creo que esto esté pasando.

—¿Estás casado? Te lo pregunto así de sopetón porque no quiero causarte problemas.

—Divorciado desde hace muchos años, tengo dos hijos, pero es como si no los tuviera. No tengo pareja. ¿Y tú?

—Me casé con Julián. —Luisa no querrá preguntar por lo de los hijos, le dará un poco de apuro.

—Eso ya lo sabía.

—Ya, ¡qué tonta! Sigo casada, tengo una hija. No soy feliz, no me fío de él. Mira qué rápido te he hecho un resumen de lo que es mi vida.

Algo se estremecerá dentro de Antonio con agrado. Luisa preguntará:

—¿Dónde vives?

—En Sevilla, en San Jerónimo. Conseguí el traslado definitivo hace diez años.

—No nos hemos encontrado por la calle en todo este tiempo.

—No, y mira que he estado atento. ¡He creído verte en tantas mujeres!

Luisa callará, le costarán las palabras, tardarán en llegar a sus labios. Proseguirá:

—Supongo que sigues siendo policía. ¿Estás en activo?

—Sí. Aún me quedan cinco años para la jubilación.

—¿Haces trabajos privados de detective?

—Lo tenemos prohibido. ¿Por qué?

—Sé que mi marido me engaña. No es la primera vez, pero ya me he decidido. Voy a pedir el divorcio, aunque no quiero hacerlo sin pruebas. Necesito quedarme tranquila conmigo misma, con las familias

y con el mundo. Esas pruebas significarían un aval para tranquilizar mi conciencia. Supongo que es una tontería, no necesito justificarme ante nadie, pero yo soy así. He decidido contratar a un detective privado, me he acordado de ti, algo me ha impulsado a buscarte, no sé por qué. Quizá haya sido una locura. Pensé que tal vez podrías hacerme un favor.

—¡Me gustaría tanto verte!, si te parece podríamos charlar sobre esa cuestión—contestará Antonio. No respirará, un ardor en su cara lo mortificará mientras espera la respuesta de Luisa, parecerá que tarda un año.

—Te vas a llevar una desilusión cuando veas lo vaca que me he puesto y los cabellos de estropajo que me han quedado. ¿Podrías mañana?

Las campanas de la esperanza repicarán frenéticas.

—Sí, dime el sitio y la hora, allí estaré.

—¿Te parece a las cinco en la cafetería de El Corte Inglés del Duque?

—¡Claro!, mañana nos vemos.

Antonio pasará la noche entera sin dormir, inspeccionando a la bombilla sin lámpara del techo, fumando sin cesar. «Un día voy a provocar un incendio al quemar la ropa de cama». Su cerebro jubiloso repetirá una y otra vez: «¡Luisa, Luisa, Luisa!». Bajo un edredón fino de guata que enfría más que caliente, celebrará excitado que el pasado haya llamado a su timbre, se haya presentado en su existencia de sopetón, tal vez como un ángel liberador. No imaginará que esa noche, agarrado del brazo del pasado, habrá comparecido también el futuro. Dentro de unos meses estará siendo investigado por homicidio.

El sábado amanecerá para Antonio en magenta y turquesa, aunque tras los cristales solo se apreciará un gris congelación. Si lo hubiera anunciado un gallo, lo habría hecho con un canto encumbrado

de gorgoritos dorados. La, otros días, desagradable musiquita de alarma de su móvil habrá sonado como Michael Spyres interpretando *Je crois entendre encoré* de *Los pescadores de perlas*. Saltará de la cama de muelles hundidos como si tuviera dieciocho años. Canturreará mientras se duche, canturreará mientras se afeite, canturreará mientras baje la escalera. Carmela, la vecina del bajo, se cruzará con él en el portal, se extrañará de verlo tan animado.

— ¿Te ha tocado la lotería?

— Sí.

No suele hacerlo, pero desayunará en el bar tostada de aceite, jamón y tomate con un café solo. No querrá pedir la copa de brandy con la que suele acabar los desayunos. Se pasará toda la mañana de tienda en tienda dando saltitos para sortear los pájaros que yacen muertos y combatir el intenso frío. También irá al peluquero. Francis, el fígaro que barre los cabellos caídos al suelo cada cinco minutos y ordena los botes por colores, tijera y peine en mano exclamará:

— ¡¿Un corte moderno?!, ¿ya no quieres ese rapado al uno que sueles perpetrar contra ti mismo? ¡Aleluya, que repiquen las campanas de la Giralda! — Moverá su amaneramiento delgado hacia la puerta de la peluquería para pregonar al barrio la buena nueva.

Después de que Francis se sorprenda definitivamente al recibir una suculenta propina, Antonio paseará su nuevo peinado a lo *garçon*. No se habrá atrevido a más, es demasiado viejo para ciertos cortes de pelo. En la perfumería Aromas, comprará un bote de Hugo Boss, será la primera vez que entre en el establecimiento, eso de oler bien le ha importado muy poco desde hace tres décadas. A las tres y media, ya estará almorzado y vestido con la camisa *beige* marfil, la corbata azul cielo, el traje gris marengo, los zapatos negros y el abrigo de pata de gallo recién comprados. Se habrá gastado una fortuna, le da igual.

«¿Cuántos años hacía que no me compraba ropa?». Los compañeros lo llaman el Christian Dior, por aquello de sus chaquetas viejas de más de veinte años. A todo le habrá tenido que quitar la etiqueta, hasta los calcetines. «¡Ojalá no se me olvide ninguna!».

Estará sentado en la cafetería a las cinco menos veinte, mirará repetidamente hacia la puerta. «¿La reconoceré, y ella a mí? ¡Sin duda, qué tontería!». Tragará saliva, no se le quitará el nudo de la garganta, hará calor, le temblarán las manos y las piernas, los camareros irán y vendrán entre tintineos de tazas y cucharillas. El descafeinado se lo terminará de dos tragos, le dejará un sabor dulzón en el paladar. «¿Es esa? ¡No, gilipollas, esa es mucho más alta, no se parece en nada!». A las cinco menos tres minutos, Luisa atravesará la puerta mirando a un lado y otro, buscando posar sus ojos en el hombre que la espera. «Es ella», no tendrá dudas. El corazón descansará. Antonio le hará una señal con la mano temblorosa mientras se pone en pie para recibirla, Luisa se acercará con su pelo corto, sus enormes ojos castaños almendrados, sus pendientes de perlas, su figura bien torneada. Los tacones resonarán en el piso de mármol. «Sigue vistiendo clásico». El abrigo abierto dejará ver un traje de chaqueta. «¿Cuántos tiene?». Ese será rojo granate con botones grandes imitación a madera. De su hombro izquierdo colgará un bolso de piel marrón chocolate. «¡Guapísima!». Dos sonrisas se cruzarán, se darán dos besos, dos brillos de ojos se clavarán el uno en el otro, cuatro manos se entrelazarán. Luisa huele igual de bien que cuando era joven. Sigue utilizando Chanel 5.

Se contarán la vida entre Coca Colas y trozos de tarta de arándanos. Recordarán anécdotas de su noviazgo:

—Sentados en aquel banco te dije muy serio: «¿Quieres ser mi novia?».

—Y yo te contesté: «Me lo tengo que pensar». ¿Pero qué tenía que pensar si estaba loca por salir contigo? Eso no lo entienden los jóvenes de ahora. Pero es que estaba feo no hacerse de rogar un poco.

—Los nervios que pasé cuando tuve que subir a hablar con tu padre para que me diera permiso para salir contigo.

—Estabas blanco como las paredes de cal, que hasta mi madre se asustó y quiso hacerte un café cargado.

—Las Nochebuenas en tu casa, las uvas en la mía. Las fiestas en cualquier garaje en las que más de una vez nos llamaron la atención por besuquearnos mientras bailábamos *agarrao*. Veranos en la playa, en la que tenía que dormir en las literas con tus hermanos entre efluvios de pies sudados.

—¡Pobrecito mío! Y no te quejabas. Me acuerdo muy bien del primer regalo que me hiciste, un anillo de latón que compraste en los hippies y que te costaría dos pesetas.

—Las locuras sexuales que hacíamos en la salita de tu casa cuando tus padres dormían la siesta.

—Ahora es que no me lo creo, ¿cómo podíamos arriesgarnos de esa manera? Si nos coge mi padre nos mata allí mismo.

También hablarán de los hijos, Luisa, con entusiasmo de Flora. Antonio preferirá no decir nada, solo comentará los nombres, la edad, a qué se dedican. Habrán dado las siete, el tiempo volará. Ella:

—Te hice mucho daño, te dejé de mala manera porque me había enamorado de Julián, no sabes cuánto me he arrepentido.

—No tuviste la culpa, fue él quien rompió nuestra pareja con malas artes. No te guardo rencor, pero a él lo he odiado siempre. Fue muy humillante lo que me hizo. He soñado con aquello un día sí y otro también. Unas veces se me representa de una manera, otras veces de otra, pero el sueño se ha repetido en mi exiguo descanso continuamente.

—¡Lo siento! No entiendo cómo he podido tener la desvergüenza de ponerme en contacto contigo.

—No lo sientas. Desde que me llamaste ayer, no he dejado de pensar. He decidido ayudarte. Estoy a punto de jubilarme, ¿qué me podría pasar? Investigaré a Julián, aunque no sé si me podré sujetar cuando lo tenga en mi campo de visión.

—No quiero que ocurra nada malo, ni a él ni a ti, solo quiero saber con quién me engaña y conseguir pruebas gráficas. Si crees que no vas a poder sujetarte lo dejamos. Yo te lo agradezco igual. Vuelvo a repetirte que no entiendo cómo no he contratado a un detective privado.

—No te preocupes. Ni me verá. Debes proporcionarme algunos datos para comenzar el trabajo.

Antonio apuntará en una libreta el nombre completo de Julián, direcciones de casa y de la consulta, números de teléfono, dirección de correo electrónico, redes sociales, horarios. Mientras escriba, parecerá que el bolígrafo le dé calambre con solo apuntar el nombre completo del más odiado. Hablarán de lo que han sido sus vidas separados, ninguno ha sido feliz, al menos, Luisa tiene a Flora.

Darán las diez de la noche. El establecimiento se preparará para el cierre. Los camareros, indisimuladamente, limpiarán las mesas contiguas y apilarán sillas. A Luisa y Antonio les costará levantarse de la mesa. La curiosidad, la atracción y seis Coca Colas los habrán mantenido pegados al asiento durante cinco horas que habrán pasado como un suspiro. Antonio la acompañará a tomar un taxi.

—Estamos en contacto.

—Siempre que quieras me puedes llamar —contestará Luisa.

La noche será extremadamente fría, pero despejada. Cuando el auto se aleje, Luisa le sonreirá, le lanzará un beso suspirado sobre sus dedos índice y anular a través de la ventanilla.

Antonio preparará minuciosamente el caso. A las nueve menos cuarto de la noche del 8 de marzo, habrá estacionado su automóvil cerca de la consulta de Julián. Nevará. Ya solo le quedarán algunos detalles por corroborar. El limpiaparabrisas dibujará arcos estridentes, acuosos, escupiendo la nevada persistente. «¡Parece que estamos en Suecia, lleva toda la tarde así! Menos mal que las calzadas las mantienen despejadas». Veterano, sabrá cómo espiar: lo suficientemente lejos para no ser visto, lo suficientemente cerca para ver. Luisa le informó de los horarios profesionales del marido, la dirección de la consulta, el número de móvil, la dirección de correo electrónico. En esa fecha, ya se habrá encargado de obtener acceso a todas las redes sociales de Julián. Lo habrá visto en fotografías. «¡Qué poco has cambiado, cabrón, sigues delgado, sin arrugas, y qué buena mata de pelo!». Se examinará las entradas en el retrovisor del coche, sus manos reposarán sobre la barriga cervicera. Solo podrá dedicar una o dos horas al día a seguir a Julián, pero a Luisa no le importa el tiempo, lo quiere saber todo, aunque tarde meses: con quién la engaña, cuándo y dónde.

Comenzará la espera, está acostumbrado a pasar horas entre papeles de aluminio arrugados y botellas de plástico rodantes que residen perennes sobre las alfombrillas polvorientas del coche. Acompañado de su paquete de tabaco, su tableta de chocolate, su petaca de brandy, escuchará los programas deportivos de la radio mientras vigila el portal de la consulta y la salida del garaje. «¡A ver si hay suerte!».

El portón del garaje se abrirá a las nueve y cinco en un quejido. El Jaguar de Julián emergerá como una sombra oscura iluminando con sus faros la nieve acumulada en las aceras. Antonio arrancará el coche para seguirlo. Veinticinco minutos más tarde, llegarán a un hotel junto

a la carretera. Julián entrará, al poco rato llegará una mujer rubia. El policía lo fotografiará todo con su móvil. A las once y media, mientras espera, Julián escuchará en la radio del coche un programa deportivo. Habrá liquidado la petaca de brandy. «Menos mal que soy policía y no voy a tener problemas si me paran». La rubia saldrá por la puerta del hotelito de carretera. Antonio tomará nota, volverá a fotografiarla con su móvil. Poco después, desembocará Julián en el aparcamiento. Arreciará la nevada.

18:15 h del domingo 6 de enero de 2019.

A Luisa se le ha ido el santo al recuerdo mirando varias fotografías de Antonio. Ha podido conservarlas porque Julián jamás se interesó por su colección de fotos, nunca abrió ni un solo álbum. Es tiempo de un cafelito. Degustado el *ristreto descafeinado*, coge otro tomo, se vuelve a sentar en el sillón de orejas frente al fuego. Su mirada se entristece. «Mira qué joven, guapo y sexi está mi marido en esta foto, ojalá hubiera sido tan buena persona como atractivo». Ahora se ha acabado todo, por mucho que le atraiga el sexo con él, pero no le impedirá que la monte hasta que no tenga pruebas de su infidelidad.

Hace tiempo que Julián apenas mantiene relaciones sexuales con Luisa. La busca de higo a breva, aunque de vez en vez, cuando a él le apetece, se monta encima, se alivia y se retira como impulsado por un resorte sin más juegos ni consideraciones. No malgasta ni una sola caricia, ni un solo beso, ni una sola palabra de cariño, ni siquiera una cochinada susurrada al oído que la encienda. Luisa es muy recta, fue estudiante de sobresalientes, hija entregada y amorosa, orgullo de sus padres, responsable hasta el extremo, madre intachable. Quien no la conoce apostaría a que en el sexo no pasa de la postura del misionero. Se equivocaría, perdería lo apostado. Le encanta que mientras Julián le hace el amor le diga al oído que le va a comer esto o lo otro, que la va a follar fuerte como si fuera una puta, que se va a relamer con su semen. Se excita hasta la taquicardia, él sabe perfectamente qué frases emplear y la intensidad del susurro emitido mientras sus labios rozan el pabellón auditivo de Luisa para que se estremezca húmeda y entregada. Hace años que eso ha dejado de ocurrir. Ya se le ha olvidado cuándo experimentó su último orgasmo. Ahora, Julián se vacía como quien pone gasolina. Después, ella se levanta y se mete en la ducha donde se

limpia de fluidos y deseos con el chorro potente y cálido que sale de la alcachofa. Cuando vuelve a la cama, él ya ronca como una sierra.

A finales de marzo, en uno de esos escasos encuentros, Luisa comenzará a sentir dolor. Tendrá una secreción de flujo anormal con un olor muy fuerte que le desagradará, también sufrirá de ardor al orinar. Sentirá dolor en el vientre, le subirá la fiebre, tendrá náuseas y se le habrán inflamado algunas articulaciones. Flora, como de costumbre, conducirá por el norte su camión. Se diría que cuanto más lejos mejor, parece que escoge las rutas más alejadas con tal de no verle la cara a su padre. Al menos no sale al extranjero. Luisa está sola, porque convivir con Julián es como estar sola. No le apetecerá ir al ginecólogo sin compañía, nunca le ha gustado. «Imagino que son manías». Si le pide a él que la acompañe ya sabe lo que le va a contestar.

Sus mejores amigas se llaman Ana y Puri. Se conocen desde primero de BUP que estudiaron en el instituto Velázquez. Desde entonces no se han separado, ni siquiera ha podido con su unión el profundo desprecio que le han guardado siempre a Julián. «No queremos que te ofendas, contigo, al fin del mundo, pero a tu marido no lo queremos ni ver». Ambas son funcionarias de la Junta de Andalucía, tienen las tardes libres, pero no podrán acompañarla, estarán ocupadas con ciertos ajetreos culturales que las tienen profundamente estresadas, tanto que han tenido que acudir al psicólogo. Sus maridos dicen que como no tienen ningún problema se lo inventan ellas. A Luisa solo le quedará el recurso de las compañeras del grupo de lectura. Llamará por teléfono. «El WhatsApp no es adecuado para estas cosas tan delicadas». Margarita contestará:

—No puedo cariño, esta tarde expongo mis acuarelas en CaixaForum, es la inauguración, no puedo faltar. ¿No te acuerdas?, lo he comentado en el grupo de WhatsApp del club de lectura. Lo siento

mucho, me encantaría acompañarte. ¡Aiiin, qué mal me siento, para una vez que me pides un favor!

Amaranta recibirá la llamada:

—Perdona que te moleste, esta tarde tengo cita con el ginecólogo a las seis porque tengo molestias y dolores. He llamado a unas amigas y a Margarita, pero no puede acompañarme ninguna. Me preguntaba si tú podrías venir conmigo. Te parecerá una tontería, pero es que me impone mucho ir sola, siempre me ha pasado, y ya sabes que mi marido no está nunca para nada.

El primer impulso de Amaranta será decirle que no puede. «Esto no está bien, acompañar al ginecólogo a la mujer de mi amante me parece bastante raro». En el fondo no sabe decir no, es como si tuviera una doble vida: la de la mentira constante y la de persona entregada a los demás. «¿Padezco personalidad múltiple?». Se pregunta en numerosas ocasiones. A veces se mira al espejo entrecerrando un poco los ojos para ver si descubre a otra persona. Amaranta es buena, cariñosa, entregada, amable. Se convierte en un místico Hyde, un monstruo sexual en cuanto huele un perfume de varón o recibe el impacto de una sonrisa seductora. Lo último que ella desea es hacer daño a nadie, aunque ofenda tanto a su querido marido Abdón y cause tantas heridas de cuernos arrancados de cuajo en la frente de decenas de amorosas e ilusionadas esposas. No se ríe de ellas, en el fondo se compadece de sí misma y llora y se arranca los cabellos a mechones con las manos. Está segura que arderá en los infiernos sin perdón posible.

—Sí, yo puedo, ¿te recojo a las cinco? —contestará Amaranta.

La consulta del ginecólogo es muy moderna, las paredes están pintadas en verde menta, los sillones presumen de un tono blanco nieve, la mesa es azul cobalto. Luisa observará a su alrededor. «Nunca he visto una mesa de este color, no sé dónde vamos a parar, con lo bonita y noble

que es la madera». La pantalla y el teclado del ordenador, blanco nacarado, son Apple. El ginecólogo estará ataviado con una bata blanca tiza inmaculada, reluciente, con sus iniciales bordadas en el bolsillo corazón. Debajo viste con camisa celeste superior, corbata azul marino con una tira con los colores de la bandera de España que la cruza en oblicuo. Su afeitado será de un rasurado impecable de loción cara. Amaranta disimulará, nadie se dará cuenta, pero le hará tilín el galeno, algo llamará a su centro con la atracción de lo inevitablemente prohibido. Andrés es el ginecólogo de Luisa, amigo de Julián de toda la vida, estudiaron juntos en el colegio Portaceli. Él fue quien atendió el parto de Flora.

Avisará a Paqui, la ayudante que siempre sonrío de una manera desproporcionada a la situación. En marzo ya estará a punto de jubilarse. Paqui es soltera, sigue viviendo con su anciana madre, nunca ha tenido novio, lleva cuarenta años enamorada de su jefe, desde que fue contratada siendo una muchacha. Sus pechos, sus cabellos y las bolsas de sus ojos han ido cayendo con el transcurrir de los años, al igual que su esperanza, pero sigue sonriendo como si le hubiera tocado la lotería. Paqui ayudará a Luisa, quien como casi siempre quedará despatarrada, secuestrada por un artefacto de tortura metálico, frío. Tantos años y aún no se acostumbra a que alguien que no sea su marido se le asomé ahí, le sigue dando vergüenza, hasta se le suben los colores. Amaranta sentirá un poco de envidia, esa postura le resulta familiar, cómoda y agradable, y encima manipulada por las manos de un bello espécimen de humano macho. El doctor tomará con un hisopo una muestra vaginal que Luisa tendrá que llevar al laboratorio junto con una muestra de orina.

Paqui las acompañará a la puerta, mientras las despide seguirá sonriendo. Luisa aún se sentirá ruborizada, el cuello, la cara y las palmas

de las manos se pondrán rojas como su traje de chaqueta. Amaranta habrá sabido disimular y contener sus impulsos, aunque se marchará de la consulta muy preocupada, ciertos fantasmas del pasado volverán a revolotear como buitres acechando a su presente.

Luisa invitará a merendar a Amaranta, le estará muy agradecida.

—¿Vendrás conmigo cuando le entregue los resultados de la analítica? —preguntará Luisa.

Amaranta callará, quisiera decirle que no. «¡Por favor no me hagas esto!», ruega en su interior, pero acaba asintiendo con la cabeza.

Días después, Luisa acudirá a la consulta del ginecólogo con los resultados de la analítica. Amaranta la acompañará de nuevo, intentará disimular, pero un miedo intenso la paralizará. Ni siquiera se acordará de haberse sentido atraída por el médico, su obsesión estará fijada en sus temores.

La corbata del galeno habrá cambiado a verde oliva, la bandera de España dejará de estar en oblicuo para alcanzar una horizontalidad perfecta. El ginecólogo abrirá el sobre, leerá, se acariciará la barbilla, fruncirá el ceño.

—Lo que te voy a decir es algo delicado. ¿Quieres quedarte sola?

—No, prefiero que mi amiga permanezca a mi lado.

Amaranta se imaginará lo que le va a comentar, querrá taparse los oídos, pero mantendrá su columna recta, las piernas cruzadas, la expresión en expectativa.

—Bien, como tú quieras. Padeces una infección por clamidia.

Luisa quedará cabizbaja, no sabrá qué pensar, no entenderá qué le dice. Hasta que reaccione, abrirá los ojos como un búho, después comprenderá de qué se trata.

—¿Cómo he podido contraerla?

—Es una enfermedad de transmisión sexual... —El médico subirá, arqueará las cejas.

—Pero yo solo me acuesto con mi marido.

—Pues entonces...

Luisa no dirá nada más, el médico, prudente, no hará ningún comentario. Amaranta querrá salir corriendo de allí.

—Normalmente, remite con el tratamiento antibiótico, esperemos que estemos a tiempo y que no se haya propagado al útero y se cronifique el dolor. Tienes que terminar el tratamiento y hacerte nuevas pruebas a los tres meses.

La sonrisa hierática, blanca hipocresía de Paqui las acompañará a la puerta. Al salir de la consulta, en la farmacia, Luisa, que nunca ha sido persona histriónica, necesitará el contacto humano, se derrumbará llorando sobre el hombro de Amaranta, quien mirará al infinito con ojos llorosos mientras acaricia los cabellos de Luisa. Los días anteriores de espera de los resultados, Amaranta, en su interior, habrá estado rogando al cielo. «¡Por favor, otra vez no!». No serán escuchadas sus plegarias a la diosa Venus. Ella también habrá sentido molestias, dudará si ir al médico u ocultarse en su temor. Las mujeres se despedirán en la parada del autobús. Luisa estará muy sorprendida con Amaranta, no sabía ni se imaginaba que era tan empática, «ha llorado casi tanto como yo». Se alegrará de conocerla mejor.

Una vez en casa sonará el teléfono, será Flora:

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Tengo una infección por clamidia. Es una enfermedad venérea, ya te puedes imaginar quién me la ha contagiado.

—¡No se ha producido un *poltergeist!* ¿Quién va a ser?, el psicópata, ya quisiera yo que te comieras un roscó por ahí. La culpa la

tienes tú, si tienes decidido divorciarte desde enero por qué dejas que te meta la polla. Esto huele a marrón, pero tú te quedas con cara de poema.

—No hables así. Tienes razón, pero sabes muy bien cómo soy. Parece que si no tengo una prueba clara e irrefutable no tengo derecho a sospechar. Ya no me hace falta esperar al informe de Antonio, la prueba la estoy padeciendo en mi propio cuerpo.

—A ver si es verdad, ya va siendo hora de que despabiles. Mañana saldré para Sevilla para estar contigo, aunque esto me pone de los nervios y te vas a tener que comer mi cara de mierda.

—No hace falta hija, ya he comenzado el tratamiento.

—No se hable más, pasado mañana temprano estoy allí, y punto. Si al hippie de tu marido no le gusta que se joda o que se peine de comunión.

Cuando Julián llegue de noche a casa, Luisa no le dirá que debe ir al médico. «Si te pudres me da igual». Antes de que se quite la chaqueta le soltará de sopetón, intentando herir como un puñal, con una rabia impropia de su templanza:

—Mañana comienzo a preparar los papeles del divorcio.

Julián quedará sorprendido, no lo esperará, su gesto pasmado reflejará incredulidad.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Luisa sonreirá con tristeza ante tamaño cinismo. Irá a la habitación para coger la maleta que ya tendrá preparada, tendrá la intención de dormir en casa de su madre. Cruzará el jardín, las ruedas de la maleta golpearán cada llaga del enlosado al compás de los latidos de su corazón. El color de su traje de chaqueta será gris aceptación. Parará junto a la calle, pronto llegará un Cabify.

Amaranta llamará a Julián esa misma noche. Antes de escuchar lo que le quiere decir, el hombre espetará:

—¡Luisa me ha pedido el divorcio, no me ha querido dar explicaciones!

—Se ha contagiado de clamidia. Lo sé porque la he acompañado al ginecólogo. Sabe que la engañas, imagino que esa es la razón. Ahora somos nosotros los que tenemos que acudir al médico.

—¿Has acompañado a Luisa?!, ¡No me lo puedo creer! Esto solo pasa en las novelas.

—Lo siento, sé que no he debido, que no está bien, ¡pero es que no sé decir que no!

—¿Cuándo te follas a un cliente en cualquier hotelucho de carretera no te proteges?

—Suelo hacerlo, pero cuando surge sin estar preparados no sé contenerme. Yo no puedo tener hijos, precisamente la puta clamidia fue la que me dejó inservible cuando solo tenía veinticinco años. A ti tampoco te gusta ponerte condón, te has aprovechado igualmente. ¿Tienes algún síntoma?

—He sentido un poco de ardor al orinar, picazón y en algún momento se me ha inflamado un poco un testículo. No le he dado más importancia. Tu marido también se habrá contagiado.

—¡Uff! Abdón es tan bruto que ni se da cuenta. Por ahí no se va a enterar de lo nuestro, te lo aseguro.

—Esto me pasa por liarme con putones verbeneros *desorejaos* como tú. Parece mentira que un tío con estudios caiga en esto, nunca me he parecido más a la chusma.

Amaranta colgará el teléfono sin despedirse. Esa noche, después de vaciarse en llantos y arañarse la cara con sus uñas de porcelana turquesa con lunares en fucsia, recopilará todas las cajas de pastillas que encuentre en el mueblecito del cuarto de baño. No tendrá que trabajar, no me apetecerá, al tercer comprimido ingerido se asustará, se meterá

## Acuarela para un padre ausente

los dedos hasta la campanilla, vomitará. Al día siguiente acudirán al médico por separado. En una semana, el diagnóstico se confirmará en ambos, comenzarán el tratamiento entre temores: los de Amaranta a la enfermedad y los de Julián al divorcio.

**19:30 h del domingo 6 de enero de 2019.**

Luisa detiene su mirada en una foto de grupo tomada en la cafetería del hotel Inglaterra. Flora, Margarita, Amaranta, Silvestre y ella misma sonríen a la cámara. La tomó un camarero joven con la Olympus, recuerda que tuvo que explicarle cómo se disparaba. Piensa que fue una buena idea formar el grupo, ha disfrutado con las lecturas y las actividades, además de haber hecho buenos amigos. «Tres años, parece que fue ayer la primera vez que nos reunimos». Cuatro locos de la lectura reunidos gracias a las redes sociales. También le agradó que Flora quisiera unirse a una actividad en la que participaba ella. «No es normal, los jóvenes suelen salir huyendo de todo lo que huele a padres». Fue crear la página de Facebook y conseguir el grupo enseguida. «El primer día nos reunimos doce personas, el segundo ocho, el tercero ya quedamos los cinco realmente interesados, los hartibles». Todos los viernes a las seis y media de la tarde en la cafetería del hotel Inglaterra. Se convino así porque los viernes por la tarde Flora ya ha soltado el camión en las instalaciones de la compañía de transporte y puede asistir a las sesiones. Sí, ha sido una buena idea, de eso no tiene dudas, aunque el futuro se empeñe en lo contrario. ¿Dudas?, en este día, toda ella es temor, vacilaciones que se tornarán fortalezas en el mes de abril cuando Antonio haya completado el informe que ella le habrá encargado.

Luisa entrará por la puerta de la cafetería Ochoa, donde se habrá citado con Antonio. Llevará puesto un traje de chaqueta azul primavera, lo sacudirá con ambas manos nada más cruzar el dintel. «¡Está cayendo polvo rojo del cielo!». El olor a dulce tentará a su fortaleza. Se acercará al policía, dos besos, se sentará. El nerviosismo anidará en su estómago. «Un batido casero de caramelo, un día es un día». Se dará cuenta de que dice demasiadas veces eso de un día es un día, pero la ansiedad desde

que decidió divorciarse... A través de un canal de paz abierto en el murmullo del ambiente cafetero, Antonio comenzará a hablar:

—Como te he informado en nuestra conversación telefónica, ya tengo terminado el informe.

—Quiero agradecerte que te hayas prestado a ello. A veces me he arrepentido de habértelo pedido. No tenía derecho, no debería haber permitido que te jugaras tu carrera por mí.

—¿Mi carrera? ¡Si me voy a jubilar ya! Tu llamada ha significado la mayor alegría en cuarenta años.

—¡Exagerado!

—No exagero, los buenos momentos en mi vida los puedo contar con los dedos de una mano, y me sobran tres.

—¡Hala!, pero hombre, al menos habrás disfrutado de tus hijos.

Antonio quedará mirando el té, su mente se perderá en recuerdos dolorosos. Dirá en voz demasiado baja:

—No quiero contarte tristezas, no necesitas eso ahora precisamente.

Luisa, conmovida, ojos vidriosos, le cogerá las dos manos sobre la mesa. No dirá nada, con su mirada dejará caer un culpabilizado «lo siento».

—¿Te parece que vayamos al informe? —propondrá Antonio intentando huir del cenagal de amargura que le dejan los recuerdos de sus hijos.

—Sí.

Antonio extraerá una *tablet* de una cartera de cuero.

—He tardado en tener completo el informe, hiciste mucho hincapié en que te lo entregara cuando hubiera conseguido un reportaje gráfico extenso y la investigación fuera certera y concluyente. Casi cien fotos he incluido en el informe, así como los días en los que las he

conseguido y las horas. Solo existe una mujer con la que tu marido mantiene relaciones sexuales, al menos yo solo he podido localizar una. La he fotografiado en numerosas ocasiones. Se ven dos veces en semana en un hotelito de carretera cerca de San José de la Rinconada. Se citan allí, entra primero Julián, toma la llave, sube a la habitación, espera a que llegue ella. Entran y salen con un máximo de media hora de diferencia entre uno y otro, nunca juntos. Al principio me costó saber quién era la amante, pero comprobé, a base de seguirlo hasta el hotel, que la misma mujer salía un poco antes o un poco después de que él lo hiciera. Han sido demasiadas casualidades, indudablemente es ella.

Mira, esta es la mujer

—¡Amaranta!

—¿La conoces?

—Es una amiga, compañera del grupo de lectura. No podía ni imaginarlo.

Antonio sacará de la cartera el informe encuadernado con gusanillo con tapa en PVC transparente de color azul profesional.

—Como te he dicho, aquí tienes apuntadas las fechas y las horas acompañadas de las fotografías del día correspondiente, para que no haya duda y sepas hasta la ropa que llevaban puesta.

La cara de Luisa se transformará, no sabrá qué experimenta su sentimiento, ¿dolor, rabia, tranquilidad? «¡¿Amaranta?!». Silencio. La palabra se resistirá, con esfuerzo afirmará:

—Yo lo sabía, han sido muchas veces. Ya no lo quiero, ya no es mi marido, estamos en proceso de separación, pero sigue doliendo muchísimo.

—Lo entiendo. Sé que ahora no tienes cuerpo para seguir charlando.

—No es eso, me apetece hablar contigo. Ha sido una sorpresa muy grande lo de Amaranta. ¿Qué más da una mujer u otra? Casi debería agradecerle que me haya empujado a dar el paso definitivo, ese al que nunca me atreví.

—¿Le vas a decir a ella que lo sabes?

—No. Ya te digo, no le guardo rencor. No quiero que se rompa el grupo de lectura.

—¿Y Flora?

—¡Uf!, si se entera, le pone un monumento a Amaranta.

Antonio reirá. Luisa preguntará:

—¿Te ha costado mucho contenerse con Julián?

—No te preocupes, el trabajo lo he realizado con mucho placer, me ha devuelto tu amistad. Cierto es que he tenido que luchar contra el odio que me subía por el pecho hasta los ojos. Alguna vez me han entrado ganas de atropellarlo con el coche, pero me he contenido. Me ha venido bien el ejercicio.

«No podía dejar de recordar cómo mi vida casi dejó de existir en el momento que me cambiaste por él poco antes de la fecha de nuestra boda», pensará Antonio. No se lo dirá a Luisa, no querrá que se sienta culpable. Sí le propondrá:

—No sé si es momento para decirte que me gustaría que siguiéramos viéndonos.

—¡Claro, me encantaría!

Dos horas después, el abrazo de despedida será prolongado y sentido. «Huele igual que cuando tenía veinte años».

19:50 h del domingo 6 de enero de 2019.

Julián sonríe desde una cama de hospital, tiene una pierna escayolada. A su lado, una Flora adolescente y una Luisa sumisa miran al objetivo con desgana. La foto la tomó la madre de él. «¿Cómo se partió la pierna? Un misterio nunca descifrado, dicen las malas lenguas que huía de algún cornudo furioso». Luisa recuerda que durante los tres días que estuvo hospitalizado no lo dejó solo ni un momento.

Serán las cinco de la tarde. Luisa se encontrará limpiando el jardín del barro inacabable depositado en cada metro cuadrado de terreno por un cielo enrojecido, inmisericorde. Advertirá a través de las rejas que un coche de policía aparcará junto a la casa. Dos agentes uniformados bajarán del automóvil, se aproximarán a la cancela, tocarán la campana. Ella se acercará para saber qué es lo que desean.

— ¿Es usted la esposa de Julián Barrera Funes?

Un escalofrío, un estremecimiento, un sobresalto recorrerá el cuerpo de Luisa.

— Sí, soy yo — contestará temerosa y expectante.

— Sentimos informarle que su marido ha sido agredido esta mañana. Su estado es grave, aunque no se teme por su vida. Ahora está ingresado en Traumatología.

«¡Dios mío!». Las manos de Luisa temblarán intentando vestirla y peinarla. «¿Qué hago?», el llanto le mojará la cara, se moverá loca en carreras de un lado a otro para meter en la bolsa de mano lo indispensable, «¿qué me llevo?». Volará en un taxi al hospital. Cuando llegue, le informarán que Julián ha ingresado en observación. «No me voy a casa, paso la noche en la sala de espera». Una sala vacía, las horas en un tic tac interminable, el cansancio, la madrugada, la mañana con su nuevo trajín.

A mediodía, a Julián le habrán realizado todo tipo de pruebas. Descartadas lesiones cerebrales, decidirán operarlo para fijarle pómulo y mandíbula y reconstruirle los huesos de la nariz.

Hora del café. A Luisa le habrán indicado que aguarde en una sala repleta de desconocidos. Esperará con la única compañía de una pantalla donde irá apareciendo en qué momento se encuentra JBF, las iniciales de su marido. Las tiras de asientos están casi todas ocupadas. Muy cerca, una mujer beberá agua de una botella de litro sacada de una bolsa enorme que ocupa un asiento. Más allá, varias personas estarán charlando, se nota que son familia. Un Señor quisiera tumbarse a dormir, se lo impedirán los brazos de los asientos. Rostros de aburrimiento, de cansancio, de «cuándo va a terminar esto». Los ojos de Luisa observarán la pantalla cada minuto para comprobar que nada ha cambiado. Al fondo de la sala se encontrarán los servicios. La ventanilla de atención a los familiares y una máquina dispensadora de bebidas darán vida al pasillo de vidrieras junto a la entrada del hospital.

Apenas habrá dormido la noche anterior. Sus ojos permanecerán rojos, morados de sueño y llanto. Mirará el reloj. «Espero que Flora llegue pronto». Echará la cabeza hacia atrás, cerrará los ojos, no podrá evitar que le venga al recuerdo aquel año de juventud en el que conoció a Julián. Luisa acababa de terminar la carrera de historia con itinerario curricular en historia del arte. Estaba muy interesada en la obra de Bartolomé Esteban Murillo, su sueño era convertirse en una especialista reconocida sobre su admirado pintor. Mantenía un noviazgo con Antonio, que se encontraba en la academia de policía de Ávila, donde acabaría en el mes de junio. Cuando destinaran a Antonio se casarían, ella iría a vivir a la ciudad de destino, buscaría allí trabajo. Luisa estaba reuniendo el ajuar: mantelerías bordadas con una A y una L entrelazadas, juegos de sábanas, de toallas, un edredón. Le encantaba

que su madre la acompañara a comprar trapitos para su futuro hogar. Otras veces se hacía acompañar de su suegra y sus dos cuñadas, con quien gustaba de pasar las tardes de los viernes y los sábados que Antonio no podía viajar a Sevilla.

«¡Ya era hora!». Aparecerán las iniciales en la pantalla: «JBF preparado para quirófano».

Querrá dormir, no podrá, en la sala se mantendrá un murmullo constante de charlas y pitidos o campanitas de móviles. Saldrá a la puerta a respirar, se sentirá triste al contemplar las ambulancias, los pijamas que van y vienen. La tarde roja de primeros de mayo invitará más a un paseo por el campo que a una espera en una sala de hospital. Respirará hondo. «¿Qué voy a hacer?, ¿qué es lo correcto?, no lo sé, no existe una guía de buen comportamiento». Volverá a la sala, mirará el reloj. «Flora ni viene ni llama». Se sentará, volverá a cerrar los ojos.

Conoció a Julián en el mes de mayo de 1985, una noche en la que celebraba el cumpleaños de su amiga Ana en La Recua, en los jardines junto a la piscina. El joven, muy bien vestido, se le acercó para charlar con ella. Inmediatamente, como un resorte mental que se disparaba en cuanto olía a hombre, le dijo que tenía novio. Julián le soltó el consabido y manoseado «yo no soy celoso». Tan guapo, le gustó desde el primer momento. Ella hizo algo no acorde con su código moral: le dio su número de teléfono. Lo hizo porque sabía que aquello no era más que una tontería, un juego. En cuanto llamara le colgaría, se resistiría, no había peligro porque se casaría dentro de poco con Antonio. Julián se encaprichó de ella. Romper con su irresistible encanto una pareja que estaba a punto de casarse, nada más excitante para él. «No va a pasar nada si nos vemos un día», se decía a sí misma. Solo una semana después, sus cuerpos desnudos se entrelazaron por primera vez en una habitación del hotel Los Lebreros.

Luisa se acercará a la máquina dispensadora, querrá comprar una botella de agua, la garganta la sentirá seca igual que su ánimo y sus ojos, que mirarán constantemente a la pantalla donde ha saltado un cambio: «JBF en quirófano».

Luisa irá a tomar un café. «Ya que no puedo conciliar ni el más breve y ligero sueño, mejor estar un poco más entonada». Moverá el azúcar con la cucharilla, la espiral de café la sumergirá en su memoria. Recordará, con profundo dolor, cómo lloraba Antonio cuando rompió con él. «Esa fue la primera vez que vi algo raro en Julián. Solo por lo que le hizo a Antonio debí dejarlo al momento, pero seguí hechizada por sus ojos de brujo».

A las ocho de la tarde, volverá a cambiar la pantalla: «JBF en despertar». «Ya queda menos». Luisa no habrá comido apenas en todo el día, su estómago no le admitirá nada. Seguirá recordando con los ojos cerrados.

Los padres de Julián la aceptaron encantados, ella era de «buena familia», hija de un alto cargo de RENFE. Les pareció muy bien, hicieron todo lo posible por casar al hijo pensando que así se reformaría. Julián acababa de abrir la consulta con la ayuda de sus padres en el sitio de moda de Sevilla, frente al nuevo Corte Inglés de Nervión. La boda se celebró con abundancia de lujos, la ceremonia en El Salvador, la celebración en la finca de un amigo del padre de Julián. Vivirían en un chalet en Santa Clara, cerca del de sus padres. Luisa no tardó en darse cuenta de que no pintaba mucho en su vida, pero mantenía la ilusión de que su marido algún día cambiara. A los tres años nació Flora. Él siempre antepuso sus actividades a su familia. Nunca permitió que Luisa trabajara. «Lo acepté sin más. Ahora no me entra en la cabeza que pudiera ser tan estúpida y obediente».

Iría a la ventanilla, preguntará:

—Por favor, mi marido ya está en el despertar, ¿sabe si en la pantalla me indica cuándo lo suben a la habitación?

—Dígame el nombre.

— Julián Barrera Funes.

La funcionaria tecleará, mirará en la pantalla.

—Ya tiene asignada habitación, es la 407, si quiere puede subir y esperarlo allí, estará más cómoda.

La habitación del hospital olerá a desinfectante. Las paredes están pintadas en un celeste que tira a verde agua. Junto al ventanal se encontrará una cama donde un motorista lucirá un vendaje abultado en una pierna. En la cara, se marcarán pequeñas heridas cubiertas de sangre seca. A su lado, una mujer sentada en la butaca leerá una revista. «Flora todavía no ha llegado. ¿Será capaz de no venir?, sí, esta niña es capaz de todo».

Un rodar metálico avisará que una cama se acerca por el pasillo. Embocará la puerta de la habitación golpeando a ambos lados del quicio. Julián; una momia a quien solo se le verán los ojos inflamados, morados, cerrados; hará un gesto de dolor. La cama será colocada en su lugar. El camillero, pijama del mismo color que las paredes, se marchará. Luisa, de pie junto a la cama, llorará mientras coge de la mano a Julián, quien solo podrá emitir quejidos nasales ahogados. No podrá ver, no podrá oler, su boca descompuesta no podrá gustar. Solo oirá y palpará.

—¿Le importa que ponga la televisión? —preguntará la mujer del motorista.

—No, en absoluto.

La mujer sacará un euro de un monederito de abuela, de esos de clic, estampado en flores rojas y verdes. Lo introducirá en la ranura de un extraño artefacto blanco, sonará el ruido inconfundible que

anuncia que la moneda ha cumplido su misión. Se hará la luz en la pantalla. El telediario recordará cómo Notre Dame de París ardió sin remedio como una tea entre arcos de agua un mes antes. «De la misma manera, yo voy a quedar en ruinas. Dolor, sufrimiento y cenizas en la misma habitación en la que me encuentro. ¡Qué perfecta metáfora para ilustrar lo que ha sido mi vida con Julián!».

La noche se sufrirá entre sueño, quejidos, intensos dolores, paseos al control para avisar a la enfermera de guardia. En la tarde del día siguiente, Flora no habrá aparecido todavía. Cuando su madre la llama le pone excusas relacionadas con el trabajo. Luisa tan solo habrá abandonado el hospital para ir a asearse y cambiarse de ropa. Sus ojeras serán visibles a treinta metros de distancia. Antonio irá a visitarla, se encontrarán los dos en la cafetería del hospital.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo me encuentro?, muerta, agotada, desgraciada, insegura. Todas las fuerzas reunidas para separarme de él se han evaporado. Ahora no sé cuál es el camino correcto que debo tomar. Me siento obligada a cuidarlo.

A Antonio le subirá un calor por las vísceras, desembocará en las sienas ardientes. La idea de que Luisa no prosiga en su proceso de divorcio lo mortificará. No esperará más para darle la noticia:

—Debo decirte algo: me han adjudicado la búsqueda de la persona que ha agredido a Julián.

—¿Qué vas a hacer?

—Cumplir con mi obligación.

—¿No pueden relevarte del caso?

—He pensado en solicitarlo, tendría que explicar por qué. Eso no estoy dispuesto a hacerlo, me tragaré todo mi odio, buscaré a quien

lo ha hecho como si hubiera sido yo el agredido. La vida es así de caprichosa.

Luisa cogerá las manos de Antonio, le gusta hacerlo, a él le gusta que lo haga. Lo mirará con ternura.

—¿Sospechas quién puede haber sido? —preguntará Antonio.

—Julián no se pasea por la vida haciendo amigos. Ahora mismo solo se me ocurre una persona, un compañero del grupo de lectura que se llama Silvestre. Tuvo un incidente con él, un día se presentó en la reunión diciendo que lo quería matar, pero es un hombre pequeño, delgado, no puede haberle hecho eso.

—Los testigos describen al agresor como calvo, de mediana estatura, muy fuerte, con un parche en un ojo.

—Ni idea.

—He estado investigando en los archivos, el marido de Amaranta ha sido encarcelado por agresiones en alguna ocasión, se ajusta físicamente a lo descrito por los testigos.

Luisa arqueará las cejas, los ojos se le habrán puesto mate.

—No lo conozco —responderá la mujer.

—Ahora debo presentarme a Julián. Hoy no voy a hacerle apenas preguntas debido a su estado. ¿Crees que se acordará de mí?

—No lo sé. Él te vio solo cuando viniste a Sevilla a darle el susto que le diste ya siendo policía.

—No me lo recuerdes, entonces fui yo quien actuó mal. Además, al presentarme debo darle mi nombre, ese sí que lo conoce bien.

—¿Quieres que subamos juntos?

—Lo preferiría.

En la habitación:

—Buenas tardes, mi nombre es Antonio Cruz Obrador, soy inspector de policía. Estoy designado para investigar y apresar a su agresor. ¿Sabe usted quién es?

Julián negará con la cabeza en un gesto que le dolerá en todo el cuerpo. No querrá que Luisa sepa que su amante es Amaranta, aún no sabrá que ella conoce su aventura.

—No lo molesto más, le voy a poner vigilancia mientras se encuentre en el hospital —dirá comprensivo Antonio.

Luisa sonreirá en un gesto de agradecimiento. Julián hará señas con su mano derecha, señalará una pizarra magnética que una enfermera le habrá procurado por la mañana. Luisa se la acercará. Julián escribirá con el punzón de plástico en un interminable sufrimiento: «Siento lo de la carta».

Comenzará la investigación. Antonio tocará el timbre por segunda vez. A su espalda, dos policías de uniforme ocuparán el descansillo de la escalera. Un ojo azul incertidumbre mirará por la mirilla desde el interior.

—¿Sí?

—Policía, abra por favor.

Se oirá la cerradura, la puerta medio se abrirá, tras ella aparecerán unas clavículas, un cuello y un rostro de mujer.

—Disculpe señora, queremos hablar con Abdón Coronado Verges.

—No está.

—¿Sabe cuándo estará en casa?

—No sé nada de él desde ayer por la mañana. Lo llamo, pero no puedo contactar, tiene el teléfono apagado. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Conoce a un hombre llamado Julián Barrera Funes?

—Sí, es mi psiquiatra.

Los tres policías se mirarán unos a otros intentando esconder una sonrisa maliciosa.

—Este señor ha sido golpeado y malherido, se encuentra hospitalizado, tenemos sospechas de que el agresor ha podido ser su marido —comentará Antonio.

Amaranta caerá de rodillas, desplomada, se tirará de los cabellos rubios, llorará, gritará. Los policías pasarán a la entrada del piso, levantarán a la mujer. La llevarán al salón donde la acomodarán en un sillón. Ella no parará de aullar con los ojos perdidos en el pánico:

—¡Otra vez no, tengo muchísimo miedo!

Será el momento de visitar a Silvestre. Antonio entrará junto con los policías uniformados en el bar Silver Street. Al llegar a la barra, sus ojos de pasado se cruzarán horrorizados con los del Gurrapo.

20:30 h del domingo 6 de enero de 2019.

Luisa acaricia entre sus manos el álbum de fotos de su boda. Es de color blanco, aunque el tiempo ha amarilleado su pureza. Las letras y las páginas interiores son doradas, como el futuro que se les suponía a los recién casados. No siente un cariño especial por estas fotos, las hizo el profesional contratado para cubrir el evento, un «tío» largo de al menos dos metros que jamás sonrió en la vida. El álbum pesa como pesan los años desperdiciados. Ahí está ella, vestida de novia. Mangas abombadas, jazmines en el pelo, zarcillos de plata que cegaban con su brillo al sacerdote que ofició la boda. El padre Augusto entrecerraba sus ojillos de rata mientras adoctrinaba a los presentes sobre la virtud que las esposas debían mostrar siendo sumisas al marido. «¡Qué guapa!». Delgadita, «no como ahora», espalda recta, brillo en la mirada. Al lado de la novia, su madre mantiene un rostro serio, alargado, formal como el traje de chaqueta de cuatro botones que viste. Se diría que el pretendido día más feliz de la vida de su hija no representa para ella nada especial. No dijo nada en la ceremonia, no pronunció palabra en la celebración, se mantuvo callada en el aeropuerto cuando despedían a los recién casados antes de partir a disfrutar su luna de miel en la República Dominicana.

—¡Mamá!» —exclama Luisa en voz alta contemplando la fotografía.

A su madre no le gustó nunca Julián, se enfadó muchísimo cuando Luisa dejó a Antonio. Los gritos se oyeron en las provincias colindantes, algo nada acorde con la compostura y el saber estar que doña Clara, que así se llama la madre de Luisa, siempre supo guardar. «¿Una corazonada?, tal vez». Todo empeoró cuando conoció al pretendiente «impostor» en la cena que Luisa organizó para presentar a

Julián a sus padres. Fue abrir la boca el futuro yerno, y llegarle a la futura suegra un tufillo a mal que apestaba todo el Nostradamus femenino. Ni el bogavante ni el cava ni el sorbete de limón pudieron con el mal sabor de boca que se le quedó a doña clara aquella noche. «¡Mamá tenía un pesquis!». Lo caló desde el primer momento, porque más sabe la Diabla por vieja que por Diabla. Ahora, la señora está ya muy mayor, necesita de cuidados continuos, aunque no deja de repetirle a su hija todos los días: «Mira que yo te previne, pero nadie escarmienta en cabeza ajena».

Luisa sabe que su madre tiene razón, pero ella era muy joven, su atracción por Julián le puso una venda en los ojos, «el amor hace invisibles los defectos del amado». Ya es hora de lanzar la venda muy lejos, ver muy claro. Ella está convencida, ¿o tal vez no?

El sol brillará con tanta intensidad que se habrán agotado las gafas de sol en todas las ópticas de la ciudad. La luz revoloteará en amarillo salvaje por la habitación del hospital. Finales de mayo, Luisa tendrá preparadas y bien cerradas dos enormes bolsas de mano. Estará esperando que el médico les entregue el alta de Julián. Será hora de irse a casa, habrá pasado más de un mes desde que fuera ingresado. Julián ya podrá hablar, casi no se le notará la cirugía, tan solo una leve desviación de la mandíbula. La inflamación habrá bajado, un tono violáceo en su rostro y alguna cicatriz recordarán el trauma sufrido. Estará vestido con un pantalón azul marino, un polo blanco alivio y unos náuticos deseosos de volver a pisar la libertad. El señor que estará acostado en la otra cama de la habitación es de Bormujos. Tiene la cara tostada por una vida entera trabajando al sol. Cuando habla apenas se le entiende, su voz gutural a la que le faltan varios dientes convierte las eses en jotas. Tendrá una pierna rota consecuencia de una caída de

escalera producida mientras pintaba la fachada de su casa. Cantará sevillanas a la virgen del Rocío. La mujer, morena y redondita, de pelo lacio y largo, le reirá las gracias en risotadas subiditas de decibelios. Julián se lamentará por última vez de que lo hayan llevado a la seguridad social, habrá sido un tormento aguantar a los «mostrencos de la chusma asquerosa» que han desfilado por la habitación. «Con lo bueno que es mi seguro médico privado».

Sobre el mediodía, Margarita entrará en la habitación vestida con un vestido de flores. Portará una sonrisa ilusionada colgada de su expresión que hará juego con sus zapatillas y su bolso naranja radiante. Besos apresurados a Luisa, inmediatamente alargará su brazo resorte ofreciendo un presente a Julián:

— Esto es para ti, espero que te guste, una tontería para celebrar que te vas a casa.

Julián, sentado en el sillón, rasgará sobre su regazo el papel de regalo. De una caja extraerá un reloj Longines Hidro Conquest.

— ¡Qué maravilla!, pero, muchísimas gracias, tiene que haberte costado una fortuna. — Margarita pondrá en su cara ese gesto tontorrón de «¡bah!, no tiene importancia, bueno, sí, me ha costado una pasta, pero tú te lo mereces».

Luisa no se sorprenderá al verla, será la cuarta vez que su amiga lo visite desde el ingreso en el hospital, aunque pondrá mala cara ante el regalo. Seguirá sin gustarle que otras mujeres tengan detalles con su marido. Margarita exultante, dirigiéndose al señor de Bormujos y a su esposa, dirá en tono entusiasmo:

— Es un gran profesional, desde que comencé la terapia con él me siento estupendamente, lo considero mi ángel de la guardia, una luz que ilumina en el túnel de mi vida, el norte que tanto he...

Luisa saldrá de la habitación expulsada por la declaración de idolatría que Margarita recitará en público. En el pasillo, será la hora del tránsito. Carritos chirriantes con sábanas se cruzarán con otros cargados de medicamentos y artefactos metálicos. Limpiadoras, auxiliares, enfermeros y médicos deambulan de habitación en habitación. Luisa asentará su espalda sobre la pared, cerrará los ojos, el olor a desinfectantes no se le habrá quitado del olfato, será persistente desde el primer al último día. «Lo mejor de volver a casa es olvidarme de este olor tan intenso al que no me acostumbro». La hospitalización de Julián se le habrá hecho muy larga, en mes y medio se habrá consumido como en un lustro. Cuando recuerde que ese mismo día tendrá que hablar con Flora, la ansiedad se le aferrará a la garganta. Al abrir los ojos verá acercarse al médico, a la una de la tarde ya tendrá en sus manos el alta. De nuevo en la habitación insinuará a Margarita que debe marcharse:

—Flora está a punto de llegar. En cuanto aparezca nos vamos a casa.

Margarita fingirá no enterarse, mantendrá un mechón de su pelo trigueño mordido por sus propios labios, seguirá con la mano de Julián cogida con la suya, embelesada, disfrutando de sentirse alguien, multiplicando en su interior los colores vivos de su indumentaria. Flora irrumpirá en la habitación haciendo círculos con la llave del jaguar enlazada en su dedo índice que apuntará al cielo. Exclamará:

—¡Venga, que nos vamos!

Será hora de marcharse. Margarita repartirá besos a todos, incluidos los señores de Bormujos. Recordará a Julián que la primera cita que dé cuando se incorpore al trabajo debe ser la suya. Nuevas loas al psiquiatra y nuevos besos a todos que acabarán con la paciencia de Flora, quien tocará las palmas dos veces.

— ¡*Quilla*, que es para hoy! Deja de estar *in love*, ya sabemos que la vida es bella — dirá Flora dirigiendo a Margarita hacia la puerta como si fuera una gallina pita pita.

En el automóvil se hará un silencio tenso, denso, incómodo. Mientras conduce, Flora no querrá mirar a su padre ni por el retrovisor del Jaguar, se hace a la idea de que no existe. Cuando lleguen a la casa, Julián, cansado, se sentará en el sofá a ver canales de deporte en la televisión. La salud tardará aún en restablecerse. Mientras van colocando ropa en el armario, Luisa le dirá a una Flora intrigada que quiere hablar con ella. Después del almuerzo se sentarán en las sillas de mimbre del porche, al resguardo de un sol cegador que brillará en cada arista, que convertirá el agua de la piscina en un espejo radiante. Luisa comenzará a hablar con voz temblorosa:

—No tengo claro el divorciarme de tu padre. Sé que es una tontería, pero me siento en la obligación de cuidarlo. No sé qué es lo que va a ser de este hombre sin mí. Ya ves que es un desastre, en los líos que se mete. Un día lo van a matar. Estoy hecha un lío, no me aclaro, deseo separarme, pero no lo quiero abandonar.

Flora, airada, en voz demasiado alta que hará que los gorriones que dormitan en el plátano de sombra del jardín echen a volar, espetará:

—Tú esto no lo pillas, ¿verdad? ¿Se te ha ido la pinza o eres medio lerda? Parece que ya no te acuerdas de la enfermedad venérea que te pegó el hippie, que te gusta ir por ahí dando cornadas a diestro y siniestro diciendo: «Mira qué bien me sientan estos cuernos *flowers*». ¿Obligada? A mí este tío es que me la pela, janda y que se extinga!

—No hables así de tu padre.

—Es que me quedo *toa* loca con lo que me estás diciendo. Haz lo que te salga del papo, pero quiero que sepas que mientras estés con él te vas a comer mi cara de mierda perpetua. Me pones de mala hostia.

Muy bien, agáchate e hinca la cabeza, ahógate en vómitos, cómprate un manual de autoayuda o vete a peinarte de comunión. Conmigo no cuentas.

—Yo sé que tienes razón, pero algo en mi interior me exige que permanezca junto a él. De lo contrario, no estaría tranquila.

—Ya ha vuelto la siempre obediente, la siempre entregada a los demás, la olvidada de sí misma, la sufridora, la...

Julián aparecerá por la puerta cristalera que da al jardín, se pondrá las gafas de sol, se acercará despacio a Luisa y Flora, dirá:

—Mañana mismo me voy de casa. Voy a preparar mi ropa y mis cosas para llevármelas. Retira la demanda de divorcio, no hará falta. Dile a tu abogado que el divorcio será exprés, de mutuo acuerdo. Dile que redacte el convenio regulador para presentarlo junto con la escritura de divorcio ante el notario. Podrás seguir viviendo en la casa, te pasaré la pensión que solicitas. Firmaré.

—Pero, ¿dónde vas a ir? —preguntará Luisa.

—Eso a ti no te importa. Cuanto antes me vaya mejor para todos.

Julián dará media vuelta, se volverá a meter en la casa a la velocidad de una tortuga. A la mañana siguiente, se marchará en su Jaguar cargado hasta los cristales de pertenencias.

La cafetería del hotel Inglaterra bullirá sumergida en un rumor continuo. «Esto está más lleno que nunca». Viernes, último día del mes de mayo. Los componentes del grupo de lectura pedirán sus consumiciones antes de comenzar la reunión. Será de las pocas veces que estén presentes todos los integrantes. Charlarán animados, cierto contento jugará de boca en boca sostenido por el brillo de los ojos. Silvestre hará un avión de papel con un folio, lo lanzará al ambiente

cargado y dulzón de la tarde para que sobrevuele sobre cabezas y cafés. «¡Coño!, ¡qué bien vuela!, ¡qué bien hecho está!». El planeo será coreado por los presentes y sentenciado por la cara de pocos amigos que pondrá el camarero. El avioncito aterrizará al pie de la puerta del servicio de señoras. Aplausos, la cara de Luisa cambiará a un tono rojo vergüenza intenso. Amaranta, Margarita y Flora reirán a carcajadas.

Luisa observará a Amaranta por el rabillo del ojo con esa mirada circular que solo las mujeres poseen. Sabe de su aventura con Julián, pero no le guardará rencor, casi le agradece que haya provocado la ruptura, aunque le siga hiriendo que su marido enamore a otras mujeres. La escaneará centímetro a centímetro. Cuando pose su mirada oblicua en las largas uñas *fashion* de Amaranta, no podrá dejar de imaginar esas manos acariciando, recorriendo el cuerpo de él; la melena rubia cayendo sobre el rostro de él, los carnosos labios fucsia delirio besando su boca. «Me escuece, pero no voy a decir nada, ella no tiene la culpa, la tiene él, siempre ha sido mujeriego». Amaranta descargará risotadas ante una ocurrencia de Flora. No sabe que Luisa lo sabe todo. Una vez apaciguado de la hilaridad causada por la travesura, el grupo seguirá comentando *Crónica de una muerte anunciada*. Flora leerá:

*Fue ella quien arrasó con la virginidad de mi generación. Nos enseñó mucho más de lo que debíamos aprender, pero nos enseñaba sobre todo que ningún lugar de la vida es más triste que una cama vacía. Santiago Nasar perdió el sentido desde que la vio por primera vez. Yo lo previene: halcón que se atreve con garza guerrera, peligros espera. Pero él no me oyó, aturdido por los silbos quiméricos de María Alejandrina Cervantes. Ella fue su pasión desquiciada, su maestra de lágrimas a los quince años, hasta que Ibrahim Nasar se lo quitó de la cama a correazos y lo encerró más de un año en El Divino Rostro.*

Manuel Bobis Reinoso

El escáner raballo ocular de Luisa se encontrará examinando el desbocado escote con profundo canalillo de Amaranta cuando vibre un WhatsApp de Antonio:

Necesito verte.

¿Cuándo?

Esta misma tarde,  
es importante.

Estoy en la reunión  
del grupo de lectura.

¿Podemos vernos para cenar?  
Yo invito.

De acuerdo,  
¿a qué hora y dónde?

¿Te viene bien a las nueve?

Sí.

Voy a reservar. En cuanto lo haya hecho  
te digo el nombre del restaurante.

Vale.

Flora se dará cuenta de que su madre habrá estado escribiendo en el móvil. No le gusta que no se le preste atención mientras lee. Dirá:

- ¡A quien no me atiende le doy un galletazo con una chancla!
- Ha sido un momento hija. Era importante. Venga, sigue.

Luisa entrará en el restaurante de comida marroquí. Es pequeño, acogedor, las paredes están revestidas de una tela rojiza tornasolada. Apenas dispone de nueve mesas. Huele a especias. Antonio ya estará sentado en la esquina de la derecha, junto a la ventana de las mil y una

noches. Le encanta cómo va vestida Luisa, con su traje de chaqueta verde agua primaveral.

—Estás muy guapa, como siempre.

—Muchas gracias. Tú también.

—Gracias por venir, así, tan de improviso.

—Dices que tienes algo importante que comunicarme, pues bien, ya me tienes aquí.

—Hoy mismo hemos detenido al marido de Amaranta.

—¡Por Dios, qué alivio! —Luisa tomará aire, llenará toda la cavidad torácica para exhalar un desinflado y largo suspiro.

—Julián y Amaranta ya lo saben. He creído justo y necesario que tú también lo supieras.

—¡Pues claro! No sabes cuánto te lo agradezco. Ya te dije que Julián se fue de casa el martes pasado. No estamos juntos, el divorcio sigue adelante, pero me quedo tranquila con la noticia.

El divorcio sigue adelante. Sonarán campanas de júbilo en la esperanza de Antonio.

—¿Está en la cárcel ese hombre?

—Se llama Abdón. Sí, el juez ha dictado prisión incondicional sin fianza. Tiene antecedentes por agresiones.

—Y dices que Amaranta lo sabe.

—¿Ha estado en la reunión del grupo de lectura?

—Sí, no ha dicho nada, ella no sabe que yo estoy enterada de su aventura con Julián.

—Ahora están viviendo los dos en el piso de Amaranta.

—¿Cómo? —Un calor de piel enrojecida y escozor le remontará a Luisa por la garganta buscando la cara.

—El mismo día que se fue de tu casa apareció en la de Amaranta con las maletas. Al parecer, ella lo acogió encantada.

—No sabía dónde estaba Julián, no quiso decirme dónde iba.  
Me da igual, ya no es mi marido, que haga con su vida lo que quiera.

—Estos eran los hechos que quería comunicarte.

—Podías haberme llamado por teléfono, no tenías que haberte molestado en invitarme a cenar.

—Me gusta verte, además quería preguntarte algo.

—¿Qué?

—¿Estás segura de seguir con lo del divorcio?

—Totalmente. Ahora no tengo ninguna duda.

—Otra pregunta.

—Dime.

Silencio, Antonio tragará saliva. Aunque la nuez hace mucho que se sumergió bajo la grasa etílica de su cuello, se le notará subir y bajar.

—Si te gustaría que saliéramos a menudo.

—Me lo tengo que pensar.

Silencio, nuevo ascenso y descenso de nuez.

—Lo entiendo.

—¡Que no, tonto!, ya no soy una adolescente —exclamará Luisa soltando una efímera carcajada que reprimirá inmediatamente tapándose la boca con la servilleta

—¿Entonces?

—Me encantaría.

Varios ángeles músicos vestidos de cielo que tocan arpas plateadas elevarán a Antonio por encima del techo y del edificio hasta llevarlo junto a las estrellas para contemplar, allí abajo, el bellissimo planeta azul. Será capaz de contener las lágrimas.

Degustarán la pastela de ave rociada con su azúcar y su canela, cordero a la miel, pastelillos marroquíes de piñones, pistacho y

almendras. «Hoy me he pasado, le he enviado un millón de kilocalorías a mis caderas temblorosas. Mañana lechuga». Luisa cogerá con dos dedos el vasito dorado del té, exclamará apartando la mano, sacudiéndola al aire:

— ¡Jolín, esto quema!

Al llegar a casa, Luisa se encontrará a Flora tumbadoaburrida en el sofá engullendo palomitas, viendo a Tom Cruise en *Misión imposible*.

— Siéntate bien, hazme sitio en el sofá que te quiero comentar algo — dirá Luisa.

Flora advertirá que a su madre le brillan los ojos. Tomará el mando del televisor, pulsará el botón de pausa, Tom Cruise quedará suspenso en el aire saltando de un tejado a otro. Asentará el bol de palomitas sobre la mesa baja de metacrilato, se sentará como una niña buena, impaciente, toda oídos.

— Voy a empezar a salir con un hombre.

— ¿No se llamará puto Julián?, que tú últimamente estás un poco *flipá* de la mente.

— Que no, que no es tu padre.

— ¡Ay, que me vuelvo loca del coño!, dime, ¿quién es tu príncipe Kent?

Luisa contará a Flora quién es Antonio. No le dará detalles, «demasiado odia ya a su padre», pero sí le hará saber que fue su novio antes de conocer a Julián, que estuvieron a punto de casarse. Flora se subirá de pie en el sofá para dar saltos de alegría mientras eleva ambos puños cerrados hacia el techo. Luisa increpará:

— ¿Estás loca?, ¡el sofá!

Luisa y Antonio saldrán a menudo en el mes de junio. Los días entre semana para ir de compras y disfrutar después de unas cervezas con caracoles. Las noches de viernes y sábados a cenar para acabar tomando una copa en un local ideal para gente madurita. «Me encanta la música de los ochenta». Domingos de paseos por el parque y arroz en el quiosco de Abilio escuchando el gorjeo de los pájaros. Se sentirán muy a gusto uno junto al otro. No pasarán de ir cogidos de la mano, besos en la boca más cariñosos que de tornillo, algún cachete bobo, sonriente en el culo cuando Luisa baja del coche de Antonio antes de entrar en el barrio de Santa Clara. «¡Que no me vean los vecinos!». ¿Recuperar el tiempo perdido? Nunca es tarde.

El calor tórrido de julio sucederá a la primavera recién olvidada. Antonio y Luisa tomarán una habitación de hotel para pasar un fin de semana de playa en Almuñécar.

—¿Prefieres que sean dos habitaciones individuales? — preguntará Antonio sentado delante de la pantalla del ordenador con la página de Booking.com abierta.

—No, quiero que sea una habitación doble. A ser posible con cama de matrimonio —contestará Luisa. A Antonio se le alegrarán, disimuladamente, sus interiores.

Viernes noche, después de una cena en un restaurante de la playa a base de mariscos, pescado a la brasa, albariño, crujiente semifrío de chocolate con vainilla y cubatas de Beefeater con cola *light*; Luisa y Antonio se encontrarán en la habitación del hotel de pie, frente a frente, junto a la cama de dos metros por dos. Los besos se atornillarán más que nunca, las manos se atreverán a alcanzar fronteras prohibidas, las leves prendas de verano que los cubren pronto serán colocadas por Luisa en el galán de noche. Antonio sigue usando los calzoncillos Abanderado blancos años setenta de algodón, pero para esa ocasión se habrá

comprado unos eslips gris seducción que le marcan bastante el paquete y llevan escrito en el muy ancho elástico la marca: Calvin Klein. «Al modelo de la foto le quedaba mucho más sexi». El sujetador y las bragas de Luisa son color carne, sin pretensiones, solo algún encajito juguetón. De pie uno frente a otro, la ropa interior habrá desaparecido, bien ordenadita sobre algún mueble, para dejar ver el paso del tiempo. Los pechos de Luisa, más voluminosos que aquellos que alegraban cuando la juventud, aparecen un poco caídos, pero no tanto como esperaba Antonio. Siguen turgentes, aún deseables, apenas alguna estría traicionera, ella se cuidó mucho de que no parecieran durante el embarazo y lactancia de Flora. El contorno de las caderas sí ha ganado algunos centímetros. De pie, uno frente al otro, Antonio estrechará el cuerpo de Luisa contra su barriga de luna llena. El pene, erecto, habrá perdido algo de longitud bajo los pliegues de grasa que adornan el pubis. El tiempo lo habrá arqueado un poco, la firmeza no será la misma de antaño. «¡Con el enorme y duro pollón que yo tenía, que era capaz de partir piñones con él!». En la cama, consumarán su vuelta al amor.

Las lamparillas japonesas, que habrán permanecido encendidas mientras disfrutaban del sexo, se apagarán. Hombre y mujer permanecerán abrazados. Antonio maldecirá en silencio el tiempo perdido, Luisa asumirá que su antiguo/nuevo amante no es un fiero en la cama. Recordará que Julián le susurraba al oído las guarradas que a ella tanto la excitaban. Cómo le transitaba, inspirado, el cuerpo con sus manos y su boca procurándole intensos y repetidos orgasmos. Sí, Antonio no es en la cama como Julián, pero Luisa no cambiará por nada en el mundo el dormirse abrazada, respetada y querida. «¡Total, hacía un siglo que mi marido no me tocaba!, ¡qué más da!». Un sueño tranquilo, de respiración profunda, acunará a la pareja.

Volverán al mismo hotel a finales de julio. Antonio; frente a dos copas de cava fin de fiesta de una cena demasiado cara para su bolsillo. «Un día es un día, la ocasión lo merece»; propondrá:

—Quiero que nos casemos.

Luisa tardará en reaccionar, varios minutos de silencio resecarán el ambiente, acallarán la música de piano que un ucraniano rubio con esmoquin regala a los comensales del dorado restaurante Gran Gala. Logrará pronunciar palabra:

—Lo tengo que pensar, pero esta vez no es ni una niñería ni una broma, lo tengo que pensar de veras.

—Lo entiendo —dirá Antonio sereno, tranquilo, poniendo en sus labios una leve y triste sonrisa, amoroso.

El piano verterá sobre el aire las notas de una canción de Julio Iglesias, Luisa se sabe alguna estrofa que repetirá en su memoria al compás de la música:

*«El potro da tiempo al tiempo  
porque le sobra la edad.  
Caballo viejo no puede  
perder la flor que le dan  
porque después de esta vida  
no hay otra oportunidad».*

Amanecerán días de vértigo y sudores ansiosos. Luisa consultará con su madre, con Flora y con sus amigas Ana y Puri. Doña Clara le dirá:

—Era muy buen muchacho, yo lo quería mucho, me encantaría que te casaras con él, pero con la condición de que la boda se celebre en primavera porque el vestido que me voy a comprar lo quiero de color malva clarito.

Flora le aconsejará:

—Haz lo que te salga del papo, es la película de tu vida, tú sabrás de tus pasiones internas. Si el nota te gusta y te parece una fantasía, te casas *in love* y el resto del planeta que se extinga. No te quiero sobreviviendo a nivel planta».

Ana y Puri le advertirán al unísono imitando un armónico dúo:

—Niña, es que es muy pronto. Han pasado muchos años, ya no lo conoces. ¡Con la de perturbado que anda suelto! No te la juegues, trátalo como un folliamigo de estos que se llevan ahora y ya está, así te quitas de problemas de dinero y de herencias con los hijos.

Luisa también consultará con ella misma, se responderá: «¿Folliamigo? Eso no va con mi persona, llámame antigua, pero yo necesito comprometerme, demostrarle al hombre que me quiere que voy de frente y sin dudas. Si no hay compromiso, no hay nada. Las dudas matan al amor». Le costará sacarse la alianza de la boda con Julián que todavía llevará puesta. Utilizará bastante jabón cremoso para conseguirlo. En algún momento temerá que tendrá que acudir al joyero para que la corte, pero saldrá ovacionada por pompas de jabón brillantes. En el dedo anular quedará un surco hundido en la carne mucho más claro que el moreno de playa que luce el dorso de la mano. Le picará, se rascará, «¡qué alivio!». Esa misma noche, la del sábado 27 de julio, el surco será abrazado por un anillo de compromiso de oro, zafiro y diamantes que Antonio habrá comprado en la calle Sierpes. El policía tendrá que pedir un préstamo de carita feliz en La Caixa para pagarlo.

El domingo amanecerá ardiente. A mediodía, en el chalet de Santa Clara solo se podrá permanecer en el interior gracias al aire acondicionado. El mantel y las servilletas sobre la mesa del comedor serán de hilo de Flandes. Vajilla y cubertería: las buenas, las que se

guardan tras la cristalera y en los cajones del mueble aparador de caoba. De primero tomarán sopa de marisco y pescado, de segundo carne al horno con su salsa de zanahoria, de postre helado de limón sin azúcar con arándanos, frambuesas y moras. A la una y media de la tarde, estará todo perfectamente preparado en la cocina, listo para servir. Luisa y Flora esperarán inquietas a que suene la campana de la cancela. Tendrá que tintinear dos veces. Primero, Antonio la tañerá fuerte y clara.

—Hija, te presento a Antonio.

Diez minutos más tarde, volverá a sonar casi imperceptible para unos oídos que no estén atentos, pero Flora mirará cada diez segundos hacia la entrada y escuchará hasta el revolotear de los pájaros. Tras la cancela aguardará una chica delgadita, de vestido corto floreado, zapatos blancos veraniegos de tirillas con su poquito de tacón, a juego con el bolso. Luce una media melenita morena que brilla con el sol. Los ojos, los labios y las uñas de manos y pies, pintados de rosa señorita. Flora, nada más verla, correrá hacia la cancela. Después de abrir, tomará a la muchacha de la mano y la hará pasar a la casa.

—Mamá, te presento a mi novia, Esther. Esther, esta es mi madre y este es Antonio, su futuro marido al que yo también acabo de conocer. —Reirá nerviosa.

Durante el almuerzo, Luisa pondrá su foco, nada de rabillo del ojo, en Esther. La primera impresión no podrá ser mejor. «¡Me encanta!, qué femenina, qué saber estar, qué sonrisa, se nota que tiene cultura, y veintidós añitos, ¡quién los cogiera!». Flora, encantada con la vida, no observará a Antonio, pero el hombre le caerá «mejor que el monstruo de colores, por fin una persona puto normal para mi madre». Proyectos futuros revolotearán como mariposas ilusionadas en las conversaciones. Antonio vendrá a vivir al chalet, Flora y Esther también tienen la intención de casarse y buscar un hijo por fecundación asistida. La idea

de tener un nieto emociona tanto a Luisa y a Antonio que casi dejan escapar una lagrimita. También hablarán de aspiraciones personales y laborales para Luisa, piensan que tal vez no sea demasiado tarde. La sobremesa de charlas, juegos de mesa y risas se convertirá en hora para la cena. «Lo que tengas, unos huevos con patatas y ya está». La cena tornará en cubatas en el jardín hasta las tres de la madrugada. Los cubatas se transformarán en quedarse los invitados a dormir. En dos habitaciones diferentes, ambas parejas saborearán su recién estrenada libertad. Luisa se sorprenderá de ella misma, «no me ha dado vergüenza de dormir bajo el mismo techo de Flora con un hombre que no es su padre». Por la mañana, madre e hija coincidirán en la cocina para preparar el café y las tostadas. El buenos días consistirá en un fortísimo abrazo en el que se fundirán ambas mujeres.

En las próximas semanas, Luisa y Flora, entusiasmadas, planearán realizar más actividades juntas. El viernes llevarán a Esther a la reunión del grupo de lectura, ella es también una gran lectora, le hará ilusión. «Esta niña es un encanto». Antonio no querrá asistir, le aburre la literatura. La tarde del 9 de agosto aplomará sobre Sevilla con un cielo naranja llamarada. Cada vez que se abra la puerta cristalera de la cafetería del hotel Inglaterra, un coro de protestas cantará con una sola voz: «¡Cierren esa puerta, por Dios!» No les gustará que el infierno entre a bocanadas en el local.

Luisa, Flora, Esther y Amaranta, «encantada de conocerse», esperarán la llegada de Margarita para continuar con el análisis posterior a la lectura de *Crónica de una muerte anunciada*. Silvestre no acudirá, permanecerá en su habitación murmurando amenazas: «¡Hijos de puta!, ¡burlarse de mí delante de todos mis amigos y clientes, caeréis uno detrás de otro!».

La puerta cristalera se abrirá de golpe como si un huracán la empujara. No dará tiempo a los presentes a protestar cuando Margarita, sudorosa, habrá alcanzado gritando «¡puta!», la mesa donde se encuentran los componentes del grupo de lectura. Antes que los ojos redondos sean capaces de comprender qué está ocurriendo, Margarita agarrará de los pelos a Amaranta, la zarandeará sin dejar de gritarle que es una puta asquerosa. Amaranta intentará zafarse de las dos garras que se aferran a sus cabellos, caerá al suelo empujada por una fuerza impropia de los delgados brazos de Margarita, será golpeada por puños y pies. Luisa, Flora y dos señores que tomaban café con hielo en la mesa de al lado, conseguirán rescatar a Amaranta de la furia imparable que se ha apoderado del cuerpo y del cerebro de Margarita. Varios móviles llamarán a la policía. En media hora, dos agentes se llevarán a la agresora. Esther temblará en una esquina abrazada por Flora, Amaranta no dejará de llorar sentada en una silla, rodeada de cuidados y de una tila con hielo que le habrá llevado el camarero. En la ambulancia le procurarán las primeras curas en las amplias calvas en la cabeza, en el cuero cabelludo ensangrentado, en la cara arañada. Llevará un ojo inflamado, las largas uñas de porcelana destrozadas. Cuando la policía le pregunte, declinará poner denuncia contra Margarita. Lo que menos le dolerá en esos momentos serán las heridas.

20:50 h del domingo 6 de enero de 2019.

Luisa se levanta del sofá, siente acorchados el trasero y el espíritu. Se dirige al final del pasillo a tientas, al rincón más oscuro y olvidado donde tiene colgada la foto de la orla. En ese rincón amontona el cubo, la fregona y las escobas. Enciende la luz, huele a naftalina, a humedad. Mira su foto. «¡Qué joven y guapa!, después de tantos años, me sigue sorprendiendo la ambición que irradiaban mis ojos y mi sonrisa». La expresión de nostalgia cambia a amargura sin marcha atrás al recordar el tiempo perdido. Le hacía ilusión trabajar en un museo, lo tenía claro desde el instituto. Cuando otros adolescentes solo pensaban en comprarse un Pulligan, ella hojeaba enciclopedias de arte que su padre le compraba con cierto esfuerzo pecuniario. «Ese dinero lo doy besado», afirmaba orgulloso al comprobar el disfrute de su hija. Hubiera tenido que oponer, no se acobardaba por eso. Siempre fue muy buena estudiante, de sobresaliente, con un notable decretaba un funeral en su habitación, de la que no salía en tres días penando, velando el cadáver de su competencia. Después resucitaba, como Lázaro, su tesón. Volvía a hincar los codos hasta hacerle dos hoyos de golf a la mesa de madera. Hubiera aprobado, seguro, las oposiciones. Su capacidad y su tenacidad la elevarían, más pronto que tarde, a disfrutar de su sueño. Intentaría conseguir plaza en el museo de Bellas Artes de Sevilla. «Murillo, mi gran anhelo, lo hubiera conseguido». Siente añoranzas por una vida profesional arrojada a una basura maloliente repleta de esperanzas y deseos semipodridos. Julián nunca le permitió trabajar, ejercer su profesión. La ahogó en las aguas calmas de una ama de casa de clase media-alta.

Ahora fantasea con una nueva vida: liberada, sin sentirse alienada. Es tarde en lo profesional, para ese duelo ya no quedan

lágrimas, pero no para la libertad, a la que defenderá erguida en feroz combate de colmillos apretados cuando el próximo 31 de agosto le suene el móvil con el timbre repugnante que le adjudicó al número de Julián.

—¿Qué quieres? —preguntará seca Luisa.

—Saber de ti, cómo te va la vida, si me echas de menos — responderá Julián en un tono suave, amable.

—Estamos separados, eso ya no te importa.

—Me importa mi familia, no sé de vosotras desde el mes de mayo. No he querido llamar para no molestarte. Flora me tiene bloqueado en todos los sitios.

—Es mayor de edad, es su decisión. En cuanto a mí, no quiero que vuelvas a llamar. Nuestro único vínculo es Flora. Ella ya te ha demostrado claramente su aborrecimiento.

—¡Aborrecimiento!, qué palabra más cruel utilizas.

—La adecuada.

—Aunque estemos separados, nada impide que nos llevemos bien y nos veamos alguna vez para tomar algo y charlar de nuestras cosas.

—Eso ahora es imposible, estoy comprometida con Antonio, nos casaremos el año que viene. Por cierto, no estás invitado a la boda. Ni a la mía ni a la de Flora.

—¿Tiene novio?

—Sigues sin aceptar la realidad. Su «novio» se llama Esther, es una chica maravillosa.

Julián colgará.

Primeros de septiembre, el calor no apretará tan intenso como en los meses anteriores, pero se habrá vuelto pegajoso. Cada objeto, cada ser, dormitará cubierto de un sudado que se adhiere a los dedos formando

babas alargadas. Las prendas se agarrarán obstinadas a la piel, costará quitarse una camiseta. A las doce del mediodía, Luisa, con el pelo descuidado propio de andar por casa, se encontrará arreglando las plantas del jardín. «Regaré al atardecer, para que no se quemen». Olerá a hierba tostada, su frente sudará en gotas amarillas. Las begonias, como su pasado, se le habrán agostado; en cambio, los rosales futuros lucirán lozanos, fuertes, brillantes de verde intenso en las hojas. Tintinearé la campana de la cancela, Luisa se acercará para comprobar, inquieta, que es Julián quien se encuentra tras los hierros.

— ¿Qué haces aquí?, ¿no tendrías que estar trabajando?

— He cancelado todas las consultas para venir a verte.

— Estamos divorciados. No quiero que nos veamos, te lo dije por teléfono. Estoy prometida, no quiero saber nada de ti.

— Solo quiero que hablemos, una vez, después desapareceré de tu vida y de la de Flora.

— Está bien, habla.

— ¿Aquí?, este no es un lugar adecuado.

Luisa callará, cavilará mirando al suelo, fruncirá el ceño, dudará, sacará un manojito de llaves del bolsillo del pantalón del chándal gastado en apagado roce que se pone para arreglar las plantas. Abrirá la cancela. El chirrido la angustiará, desde el estómago le trepará la ansiedad hasta la garganta.

— Pasa.

En el salón, sentados uno frente al otro en el sofá, Luisa esperará a que Julián comience a hablar desde su corbata engolada. Permanecerá echada hacia atrás, su postura pretenderá expresar desgana, sus ojos malestar, no mienten. «Suelta lo que quieras decir, acaba pronto y márchate». Julián:

— Sé que no he sido ni un marido ni un padre excelente. Me he dado cuenta en estos meses alejado de vosotras. Os echo de menos. Todo el mundo merece una segunda oportunidad. Sé que me quieres, me gustaría intentarlo de nuevo.

— ¿Cómo está Amaranta?, ¿qué tal vuestra convivencia?

Julián, sorprendido, callará. No sabe que Luisa conoce dónde y con quién está viviendo. Proseguirá.

— Lo dejaré todo por volver aquí, a tu lado, a mi hogar. Nada vale la pena sin vosotras.

— Firmaste ante notario, el divorcio no tiene marcha atrás. Ya no te amo, adoro a Antonio, soy muy feliz junto a él. Flora no quiere ni escuchar tu nombre. Mi familia ahora la componen cinco personas, tú no eres una de ellas. Mi madre, Flora, Antonio, Esther y yo formamos un núcleo unido. El cariño verdadero es la argamasa que nos une. Antonio vendrá a finales de septiembre aquí, a vivir conmigo. En la primavera del año próximo nos casaremos. Mi respuesta es muy clara, por favor, vete.

Julián se pondrá de pie de golpe. Su semblante, antes respetuoso, suplicante, tornará en una congestión roja de ira y amenaza. Gritará:

— No lo voy a permitir, en mi cama no se acuesta ningún tío para follarse a mi mujer. ¡Qué pronto te has buscado la vida, mosquita muerta! Si no dejas a ese tío, te mato, ¿me oyes?, te mato.

— ¡Vete de la casa inmediatamente o llamo a la policía! — exigirá Luisa muy asustada en un volumen mortecino, ronco, gutural, tragando saliva.

Julián se lanzará contra la mujer con las palmas de las manos abiertas en ademán de golpearla. Luisa se protegerá la cara con ambos brazos, él la asirá de las muñecas.

— ¡Me haces daño!, ¡suéltame! —rogará Luisa.

— ¡Eres un putón verbenero!

Julián descargará dos bofetadas sobre las mejillas de Luisa, resonarán fuerte con un plas doloroso. Dos explosiones contra su dignidad, dos cargas de profundidad que harán saltar su esencia de mujer en fragmentos tan pequeños como su autoestima. Luisa se tumbará en el sofá sollozando, en posición fetal para refugiar su rostro. Julián le meterá la mano en el bolsillo del chándal, sacará el manojito de llaves, le quitará el móvil, que reposa sobre la mesita. «¡Hija de puta!». Se dirigirá rápido, enérgico, a la puerta de entrada para echar la llave. Cuando vuelva, Luisa permanecerá sobre el sofá, ahogándose en llanto, cubriéndose la cara con las manos. Julián:

— Me has obligado tú a pegarte. No se le refriega a un hombre lo a gusto que estás con otro. Ahora nadie nos molestará. La puerta está cerrada con llave, imagino que Flora estará por ahí con ese camión de mierda, yo tengo tu móvil. Vamos a nuestra habitación, te voy a recordar por qué me quieres. ¡Vamos a la habitación! —gritará.

Luisa no se moverá de la misma postura gimiente.

— Si no te mueves, te fuerzo aquí mismo. Te lo aseguro, vas a volver a recordar lo que es un hombre.

Silbará un WhatsApp en el móvil de Luisa.

Antonio:

Hola, ¿qué tal la mañana?

Julián abrirá el teléfono trazando con el dedo sobre la pantalla.

Dirá:

— ¿Todavía no has cambiado el patrón de desbloqueo?, ¡desde luego, no se puede ser más tonta y confiada!

Escribirá en el WhatsApp:

Luisa:

Mejor imposible, estoy follando con mi marido.

¿Cómo?

Es fácil de entender,  
me tiene loca de gusto.  
Ahora me la tiene metida enterita.  
Me corro una y otra vez.

El WhatsApp dejará de responder. Rugirá en el móvil de Luisa la llamada de Antonio. Julián no descolgará.

—Mejor será que me marche. Si no cortas con este tío, te mato. Estás advertida. Me llevo las llaves y tu móvil. Cierro por fuera, aquí te quedas cautiva e incomunicada.

Julián desconectará los cables del rúter, introducirá el aparato en una bolsa de plástico que encontrará en la cocina, saldrá por la puerta con la bolsa en la mano, cerrará por fuera. Con la cancela hará lo mismo. «¡No voy a perder a mi familia!» El traje claro se encajará en el Jaguar, el Jaguar se perderá al final de la calle declarándose poderoso. Las llamadas de Antonio no dejarán de sonar en un rin rin continuo. Julián no descolgará.

Luisa permanecerá tumbada de lado en el sofá sin dejar de empapar en lágrimas el asiento. Media hora más tarde, la campana de la cancela repiqueteará insistente, nerviosa. Luisa se asomará a la cristalera del jardín, apartará los gruesos cortinajes de terciopelo

caramelo, «también está cerrada». Distinguirá tras la cancela a Antonio, le hará señas de que no tiene ni llaves ni teléfono. Antonio abrirá con la suya, hace poco Luisa se la entregó en señal de «esta es tu casa, con amor y confianza». Cuando entre en el chalet se abrazarán, Luisa seguirá llorando, no le saldrán las palabras, su mejilla izquierda aparecerá roja, la derecha comenzará a amoratarse, en el paladar percibirá el sabor a sangre bajada a su boca desde la nariz en fino hilo.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntará alarmado Antonio.

— Ha sido Julián, me ha abofeteado, me ha quitado el móvil, me ha amenazado, me ha dejado encerrada.

— ¿Por qué ha estado Julián aquí?

— He sido muy tonta, decía que quería que hablásemos, lo dejé pasar.

En el sentimiento de Antonio se removerán furias y calores de antaño. Advertirá con rostro muy serio:

— No entiendo que lo hayas dejado pasar.

— He sido estúpida, lo sé.

— ¿Os habéis acostado?

— ¿Cómo?, ¿cómo te atreves a preguntarme eso?, ¿no ves mi cara inflamada?

Antonio callará.

— ¿No me crees? —preguntará Luisa.

— Vamos.

— ¿A dónde?

— Primero a que te curen la cara, después a poner la denuncia.

— No, no quiero poner ninguna denuncia.

— Pero, ¡si te ha agredido!

— Es el padre de mi hija, no quiero denunciarlo.

— No te entiendo.

—Me tomo un antiinflamatorio y en paz. No voy a ir a ningún sitio.

—Si no quieres denunciar, no lo hagas. Pero te advierto, esto lo arreglaré yo a mi manera —contestará un Antonio sombrío. Su mirada de lobo penetrará a través de las pupilas de Luisa intentando descubrir la verdad.

La verdad la mostrará el tiempo. El otoño se manifestará de pronto, dando portazos, harto de las atmósferas pringosas del membrillo. Arrancará a levantarse un viento tímido que enfriará la mañana sudorosa del sábado. Un camión pequeño de Industrias Cárnicas Carrión habrá estacionado frente a la cancela de entrada al chalet de Santa Clara. Conduce Flora, a su lado viajará sentado Antonio. Ambos en ropa de faena, ambos en cuerpo de regocijo, ambos con alma de júbilo.

—Dale las gracias a tu jefe por prestarnos el camión para la mudanza —reiterará Antonio.

—Que sí, no te preocupes. El nota es una fantasía. Más básico que una camiseta blanca, pero eso sí, siempre está ahí, dando calor *happy flowers* —contestará Flora.

No habrá mucho que descargar: varias maletas compradas en el año setenta y algún mueble polvoriento imprescindible por su valor sentimental. Cuando Luisa vea esos muebles, se le caerá el aliento al subsuelo. Aleteará en el jardín un afán sincero por trasladar las maletas al interior. «¡Pesán más que un mulo *ajogao!*, ¿qué llevará aquí?». Flora, «buena jamelga soy yo», cargará, ella solita, con la coqueta de tenebroso barniz, hendida tapa de mármol y espejo que solo refleja por el centro. Las zonas anexas al marco quedaron ciegas hace cincuenta años.

—Era de mi madre —se excusará Antonio ante los desolados ojos de Luisa.

La mesa para la fiesta de bienvenida esperará en el jardín ya preparada. Nada de platos ni vasos de plástico; mantel, cristalería, vajilla inglesa y cubiertos escogidos. 28 de septiembre, será el día en el que Antonio se quede a vivir con Luisa y Flora. Esther se hallará presente, aligerará de un lado a otro dando saltitos de gorrión, intentando ayudar. Se siente igual de entusiasmada que su novia y su suegra con la llegada de Antonio.

A la hora del almuerzo, brindarán por el futuro de las dos parejas con tintineos de buen vino.

—Hay que mirarse a los ojos y beber —recalcará Esther.

Antonio y Luisa, más unidos que nunca, se sonreirán cogidos por la cintura. Las chacinas, el marisco y las ensaladas deleitarán a los gozosos paladares. Los platos se apretarán contra la mesa para no ser despedidos en un golpe de viento.

—¡Tira, tira más! —Una cinta blanca en la que colgará la palabra «FAMILIA» estampada con letras negras se desplegará tensa, de parte a parte, en la entrada al chalet por la cristalera del salón. Descorcharán el cava, Luisa cortará la cinta, le ofrecerá un trocito a Flora, otro a Esther, otro a Antonio, otro a doña Clara, quien aplaudirá sentada en un sillón de mimbre sin soltar el bastón. Tras el postre, llegará el momento inesperado, sorpresa, de los regalos. Antonio obsequiará a las presentes con sendas cadenas de oro de las que penden chapitas con las figuras de un hombre y cuatro mujeres.

—El mismo día que tengáis a vuestro hijo, le añadiremos otra chapita —propondrá Antonio dirigiéndose a Flora y Esther.

Flora contestará, ojos brillantes, mientras se abraza a Antonio y le da un beso en la mejilla:

—¡Gracias, papá!

—De nada, hija.

La noche descenderá serena y placentera sobre los juegos de mesa. «Hace todavía calor para encender la chimenea, ¡qué lástima!».

Pronto regresará el tiempo de encender el hogar. Primero el viento y después la lluvia avivarán el gusto de Luisa de sentarse junto al fuego para percibir el calor entrañable que asciende por las piernas hasta alcanzar un confort de ojos cerrados y espíritu relajado. Olor a leña de encina, momentos de abrigo. Para entonces, disfrutará de días apacibles de sincero cariño, familia unida y actividades en el museo. Ya dispondrá de su móvil porque Antonio lo habrá recuperado de las zarpas de Julián y se lo habrá devuelto. El incidente con su exmarido será olvidado, el psiquiatra no volverá a molestar. Sosiego en cada minuto de sus días.

El jueves 5 de diciembre, a las cinco de la tarde, Esther, Flora y Luisa se distraerán en el salón del chalet saboreando un café con pastas y adornando con bolas rojas de cristal el imponente árbol de Navidad que casi roza el techo con la estrella. En el ordenador, suena hora y media de la mejor música navideña orquestada. Esther le conferirá a cada lazo, a cada adorno, una pincelada femenina de finura y buen gusto. Tras la cristalera, la lluvia cerrada y persistente volverá borrosa la caída de la tarde oscura. El móvil rescatado del secuestro vibrará frenético. Al otro lado del aparato, Antonio declarará en tono grave:

—Julián ha recibido dos disparos, uno de ellos en la cabeza. Está aquí, junto a mis pies, tirado en el suelo.

El cielo se desgarrará en ríos de fuego sobre el pecho de Luisa, quien lanzará un grito agudo, exclamará consternada:

—¡Flora, han disparado a tu padre!

## Acuarela para un padre ausente

Flora redondeará los ojos con estupor, después se derrumbará al suelo retorciéndose, arrancándose los cabellos a puñados con ambas manos, lamentándose, aullando de dolor:

— ¡He sido yo quien lo ha matado, es mi culpa! ¡La culpa es mía, he sido yo, he sido yo, he sido yo!

**21:00 h del domingo 6 de enero de 2019.**

La tarde se ha hecho noche. Es preciso echar más leña a la chimenea. El penetrante frío provoca que el hogar devore troncos con rapidez. Luisa extrae de un cestón de mimbre dos buenos ejemplares dignos del más regio palacio. Los asienta sobre las brasas para que prendan tal como le gustaría que ardiese su pasado con Julián. Reflexiona, si no se hubiese casado con él, no existiría la mayor de sus satisfacciones, su razón de ser. Se dirige a la estantería para cambiar el álbum por otro. Se sienta para abrir el nuevo álbum por la primera página, por la primera foto: ella, en el hospital recién parida, apuntando con sus ojos tiernamente al objetivo de la cámara de su padre, con la pequeña Flora en los brazos y Julián, radiante, a su lado. La expresión se le ha iluminado, duda. «¡No!». Vigila el reloj de pared. Su marido se fue por la mañana, todavía no ha vuelto, tiene el teléfono apagado. No sabe si esperarlo a cenar o no. «Será mejor que me vaya preparando la cena para mí sola. ¿Dónde se habrá metido en un día de Reyes? Esto no puede seguir así». La decisión de divorciarse es firme.

4

## Azul oscuro

20:00 h del lunes 7 de enero de 2019.

Antonio bosteza en su casa de San Jerónimo. Desmonta la pistola para limpiarla bajo un foco que alivia la oscuridad de la habitación. Pieza a pieza, la irá separando, alineando sobre la mesa. Es un rito, procede siempre de la misma manera, colocando en el mismo lugar cada una de las partes. Tiene ya dispuestos los utensilios de limpieza. Mientras procede, su pensamiento se pierde recordando momentos tensos vividos junto a ella, su compañera fiel, sin la que su autoestima no existiría. La llama Trueno. Cuando la empuña se siente invencible ante el universo, es alguien. Extrae el cargador, comprueba que la recámara está vacía. Primero trabaja sobre el cañón con la baqueta, siempre limpiando desde la recámara hacia la boca con el cepillo de bronce fósforo embebido en solvente Hoppes N.º 9. Luego utiliza el pasatrapos, rocía de lubricante en aerosol la corredera, limpia el percutor con la gamuza amarilla. Mientras trabaja se pregunta, una y otra vez, cómo ha podido enterrarse en esta soledad que lo convierte en nada. Sus hijos no le hablan, para ellos es como si no existiera. Ahora, enluce el resorte de recuperación y la guía de la corredera con un cepillo de dientes y un trapo bien aceitado. Antes de armar la pistola engrasa todas las piezas. «Ya está nuevamente montada, es el momento de lubricar el exterior». Ella y el alcohol han sido sus inseparables, fidelísimos confidentes,

conocen todas sus miserias inconfesables. Sabe que un día pondrá fin a su existencia vacía, será su queridísima Trueno la que le ayude a abandonar este mundo. Solo hace falta tener valor para hacerlo. «¡Casi nada!, mientras tanto pasan los meses y los meses sin que me atreva».

A principios del próximo octubre, Trueno viajará en el bolsillo derecho del pantalón de Antonio cuando el policía llame al timbre de la consulta de Julián. Abrirá Guillermina, siempre amable y sonriente.

— Benjamín López Contreras, ¿verdad?

— Sí.

— Muy bien Benjamín, fírmeme el documento de protección de datos. — Antonio firmará.

— Ahora pase a la sala de espera, por favor.

«Es guapa la enfermera, tiene una cara muy bonita, unos ojos preciosos». La imaginación de Antonio inventará historias sobre las «guarrerías que el cabrón hijo de puta del Julián le habrá hecho al bombón que me ha abierto la puerta». Visualiza a la mujer despatarrada sobre la mesa del despacho o practicándole a su jefe felaciones diarias como obligada despedida de una feliz jornada laboral. No sabe que Julián solo tocó a Guillermina en una ocasión. Se acercó a ella por detrás cuando la chica, jovencita y recién contratada, buscaba una historia en el archivo. Pegó su zona genital erecta al «culito respingón», la mano derecha empujaba el vientre de la chica hacia atrás, la izquierda le acariciaba un pecho, los labios besaban el cuello suave, perfumado, desnudo bajo un moño. Guillermina se revolvió como expelida por un explosivo. Sin pretenderlo, le acertó un codazo en el estómago que convirtió a Julián en una alcayata dolorida, corrió para cambiarse de ropa, escapó de la consulta dando un portazo. Hacía solo dos semanas que la muchacha, veinte años recién cumplidos, había comenzado su trabajo. En tan poco espacio de tiempo, había demostrado una

diligencia, dedicación y eficiencia difícil de encontrar en alguien tan joven. Julián llamó e insistió hasta conseguir que Guillermina consintiera en hablar con él. Cuando lo consiguió, le rogó que volviera, le prometió que jamás volvería a suceder. La muchacha se reincorporó al trabajo, desde entonces administra la consulta con el perfeccionismo propio de su personalidad. Julián no la volvió a tocar jamás.

«¡Cabrón!, seguro que se la beneficia». La sala de espera es cómoda: mármol color turrón en el suelo, sillones amplios blancos de piel, lamparillas de plata. «¿Qué coño es eso? Hoy pinta cualquiera».

—Pase por favor —indicará Guillermina con su voz acariciante.

La mujer caminará por el largo pasillo seguida por Antonio, «¡culito más rico!», girará el pomo de la puerta del despacho, abrirá e invitará con la palma de la mano extendida a que pase. Antonio penetrará en la estancia, la puerta se cerrará detrás de él. «¿Qué coño?!». Al verlo, Julián se levantará alarmado del sillón. Antonio se meterá la mano derecha en el bolsillo derecho, con la izquierda hará señas para que se siente. Julián distinguirá, por encima del pantalón, que está empuñando la pistola.

—Siéntate y permanece callado —amenazará Antonio.

Julián titubeará, sentará su pavor lentamente.

—¿Qué quieres?

Antonio tomará asiento. Sacará la pistola, le quitará el seguro, «Trueno, si se pone chulo, escupe por esa boquita», la pondrá sobre la mesa, muy cerca de su mano derecha. Hablará:

—Atiendes todos los días a lo que te cuentan tus pacientes. Sí, tu labor es escuchar, diagnosticar e instaurar tratamientos farmacológicos. Bien, no hace falta que diagnostiques, sé muy bien qué es lo que me ocurre. Tampoco te pediré que me recetes, pero sí que

escuches la historia que te quiero relatar. Te agradecería que me interrumpieras lo menos posible.

Julián tragará saliva. No dejará de vigilar la pistola por el rabillo del ojo. Antonio proseguirá:

—Conocí a Luisa en el instituto Martínez Montañés. Llegó para hacer el C.O.U. Había estudiado el B.U.P. en un colegio privado. Me enamoré de sus bellos ojos tristes nada más conocerla. ¡Bingo!, resulta que yo a ella también le hacía tilín. Una noche, en una fiesta que se organizó en el bar del instituto, bailamos sin parar. Salimos a respirar un poco de aire. En un banco le pregunté si quería salir conmigo, me contestó que lo tenía que pensar. El lunes, en la hora del bocadillo, me dijo que sí. La acompañé a su casa al terminar las clases de la tarde. La besé por primera vez en su portal.

»Un noviazgo feliz con la mujer perfecta: suave, cariñosa, dulce. Años únicos en mi vida, plenitud. Aprobé las oposiciones para ingresar en la academia de policía. Aquel tiempo de separación fue para mí un martirio. Bajaba a Sevilla una vez al mes para pasar el fin de semana con ella, mi economía no permitía más. Martirio suavizado por los preparativos de boda. Faltaban solo unas semanas para que acabara en la academia, igual que en otras ocasiones había bajado a Sevilla para pasar el fin de semana junto a mi novia. El domingo por la tarde, me monté en el tren para volver a Ávila roto, marchito, afónico, seco. Ambos llorábamos; yo asomado a la ventanilla del vagón, ella en el andén; mientras el tren se alejaba hacia un nunca más. Ya sabes, el consabido no sé qué me pasa, necesito espacio, no eres tú, soy yo.

Antonio sacará del bolsillo interior de la americana un sobre amarillento de cuarenta años. De su interior extraerá unas cuartillas, las desplegará, se las acercará a Julián deslizándolas sobre la mesa con los dedos índice y corazón.

— ¿Todavía la guardas? — preguntará Julián desconcertado.

— En aquellos días; los peores de mi vida, de intensísimo dolor, de no comprender qué había pasado, en el que mi vida se derrumbó en un instante; recibí esto.

Julián contemplará el dibujo. Hará un esfuerzo por no reír. «Contente, no es el momento más apropiado». Recuerda perfectamente cómo, junto a Los Halcones, en una tarde de alcohol y cachondeo, le escribió a Antonio esa carta sin remite. Dibujaron en el papel un monigote con cuernos y ojos de búho que observaba cómo otro monigote penetraba a una monigote hembra colocada a cuatro patas. Debajo de cada personaje aparecía un nombre: Antonio, Luisa, Julián. El policía alcanzará una de las cuartillas, la acercará a sus ojos con gafas, leerá en voz alta el breve contenido de la carta:

— Estimado cabrón de cuernos superlativos, te escribo para comunicarte que tu novia sabe ahora lo que es un hombre de verdad. No te puedes ni imaginar cómo gemía y se retorció de gusto conmigo mientras tú, gilipollas, creías que preparaba el ajuar y te esperaba fiel. Te aconsejo que aprendas a follar. Dice Luisa que eres un desastre, que nunca ha sentido nada contigo. Ella no te lo ha dicho, pero te ha dejado por mí. En cuanto ha probado las mieles de una polla satisfactoria te ha mandado al carajo. Por cierto, sigue juntando el ajuar, pero ahora lo hace para casarse conmigo. Ahora mismo, mientras te escribo, está aquí. La tengo loca, arrodillada entre mis piernas, dice que te dé recuerdos. Firma: Julián, el monigote follador.

Antonio parará de leer. Preguntará:

— ¿Cómo conseguiste mi nombre y la dirección de la academia?

— Luisa es bastante cándida. Ella me dio tus datos. No recuerdo qué fue lo que le conté para convencerla. Algo de conversación educada entre caballeros o algo así.

—Esta carta es propia de un chulo malnacido.

—Ya te pedí disculpas en el hospital.

—¿Sabes que enloquecí, que estuve a punto de viajar sin permiso a Sevilla para investigar quién eras y matarte? Hubiera tirado mi carrera y mi vida a la basura en un solo día. Afortunadamente, mis compañeros me quitaron la idea de la cabeza. Sí, eres la chulería andante, pero bien que te cagaste en los pantalones cuando, en la puerta de tu chalet de niño pijo, te puse la boca de la pistola en las carnes aquella noche de verano. Ya era policía destinado en Madrid. Bajé en vacaciones. Llamé a Luisa, quería verla y hablar con ella, presentarme y encandilarla como flamante inspector de policía, pero rehusó el verme. No me fue difícil saber quién eras y dónde vivías. Te esperé aquella noche. Cuando sentiste en el cuello el frío metálico del cañón de mi pistola, te echaste a temblar. Te puedo asegurar que estuve a punto de apretar el gatillo. Después de todo, tengo que agradecerte que no lo contaras a nadie. Imagino que la plasta en los calzoncillos te avergonzó lo suficiente como para no decir palabra. Sé que a Luisa le contaste lo de la pistola, pero no lo de tu cobardía propia de una niña de primaria.

Julián guardará silencio, Antonio proseguirá hablando:

—Dos años después de perder a Luisa por tu culpa, cuando ya estaba destinado en Madrid, conocí a Anabel. Después de un noviazgo corto que ni fu ni fa, nos casamos en una ceremonia sombría a la que asistieron muy pocos invitados. Durante los dos primeros años tuvimos dos hijos: Ricardo y Lucía. Esa mujer no me quiso nunca, simplemente me utilizó para ser madre. En cuanto nació la niña comenzaron las obsesiones, la ansiedad, los terrores de mi esposa, los desprecios, las broncas cobradas por lo más insignificante. Su familia era perfecta, cuando cagaban olía a dama de noche, sin embargo, yoapestaba a

mierda, aunque me perfumara con Yves Saint Laurent. Un tormento saldado inevitablemente con un divorcio.

»Después de la separación, mi mujer quiso extirparme de su vida y la de mis hijos. Ya no le servía para nada. Todo comenzó porque empezó a tomar decisiones importantes sobre la educación o la salud de los niños de manera unilateral, sin consultarme. Dejó de entregármelos los días que me correspondían. Sufrí un año sin verlos hasta que mis demandas la obligaron a confiármelos. Lloraban si venían conmigo, yo no me explicaba por qué, pues me desvivía por ellos, los mimaba, les compraba lo que querían, íbamos a donde les apetecía. Su madre le llenaba la mente de mentiras sobre mi persona. ¡A unos niños! Aprovechaba que dormía con los dos para llenarles la cabeza de mentiras. De mayores, seguían los tres durmiendo en la misma cama. Cuando Ricardo tenía diez años y Lucía ocho, se comportaban como si me tuvieran odio, yo era malo siempre, en todo, hiciera lo que hiciera. No solo yo, también mis amigos y mi familia. Si veníamos de vacaciones a Sevilla, los abuelos eran presa de sus rencores. Mi madre era algo así como una bruja, mi padre un monstruo. ¡Mis padres!, ¡pero si más buenos no podían ser!

»Rechazaban todo lo que oliera a mí. Mantenían en secreto las actividades que realizaban, no podía enterarme de nada. Yo les compraba por Reyes los regalos que más ansiaban, pero los desvalorizaban y despreciaban. Su madre se negaba a pasarle las llamadas. Comenzó a organizar actividades placenteras para ellos justo los días que me tocaba a mí tenerlos. Lo peor fue que me acusó ante la justicia de abuso sexual hacia mi hija. Eso significó para mí la puntilla. Aunque el juez acabó dándome la razón en la sentencia, antes me tuvo crucificado dos años con una orden de alejamiento de mis hijos. Volví a verlos, pero habían cambiado a peor. Hablaban descaradamente delante

de mí refiriéndose a papá cuando hablaban de un novio que se había echado mi exmujer. En los libros y cuadernos escribían el apellido del tío ese, no el mío. Con quince años el niño y la niña trece, se negaron a venir conmigo. El juez consideró que ya tenían edad para decidir por sí mismos. No los he vuelto a ver, solo desde lejos cuando los he buscado. No quieren saber nada de mí. No existo. Ahora no sé nada de ellos.

»Conseguí, por fin, el destino en Sevilla. Mis hijos, ya mayores, seguían sin querer mantener contacto alguno conmigo. No se debía a la distancia, en Madrid tampoco los podía ver. Desde entonces, los pensamientos de suicidio no me han abandonado. No soporto la soledad, aunque no soy persona muy sociable. Las redes sociales no me interesan, soy un hombre solitario, raro, melancólico. Así es muy difícil conocer a alguien. En una ocasión, decidí registrarme en Meetic para ver si encontraba a una mujer con la que rehacer mi vida. Al momento recibí numerosas peticiones de contacto. «¡Qué maravilla!», pensé. La primera mujer con la que me cité en una cafetería del Nervión Plaza era más fea que Picio. No tenía nada que ver con las fotografías recibidas. Me sentía incómodo, deseaba escapar para refugiarme en mi clausura, en el fútbol y en el alcohol. «¡Intenta al menos conocerla, el físico no lo es todo!», me decía a mí mismo. ¡Imposible!, sería engañarme. Apuré mi *gin tonic*, me disculpé, inventé la excusa desgastada de que tenía trabajo. Dejé a la señora remojando su pelo recién teñido, su frustración y la autoestima destrozada en la infusión de menta poleo.

»La segunda dama era bastante atractiva. «¿Habré acertado?». Salí con ella la noche de un sábado de primavera. Nos habíamos citado a las nueve en La Encarnación. Paseo, cenar y copas en un bar. En el transcurso de cuatro horas Pili, que así se llamaba la madura señorita, me había declarado su amor, había planificado la boda, se había sentido muy ofendida por alguna palabra pronunciada por mí, se había

reconciliado, había fantaseado entusiasmada sobre nuestro amoroso porvenir como pareja, había pretendido que compráramos una casa juntos, se había vuelto a ofender por algo que yo no alcanzaba a entender, me había montado una escandalera a base de gritos que ahogaban la música de los ochenta y había desaparecido del bar de copas corriendo y llorando. Al día siguiente, me borré de la página de contactos.

»Mi vida amorosa no nació yerma, la culpa de lo ocurrido la tienes tú, así que puedes imaginarte el asco y el odio que te tengo. Luisa era la mujer perfecta. Mi noviazgo fue puro hasta que apareciste. Después, tan solo me he unido eróticamente con el vacío de mi matrimonio, la soledad, el fútbol, el alcohol. Pero, una noche que estaba a punto de autoliquidarme, Luisa se puso en contacto conmigo. Facebook obró el milagro, ¿quién me lo iba a decir a mí?, ¡tan poco amante de las redes sociales! Mi vida dio un vuelco en el espacio, un giro absoluto, un renacer al futuro. Recibí una transfusión de alegría a mis venas reseca de amargura, un abrir ventanas de par en par, el aire renovaba el ambiente cargado de mi supervivencia. Ahora soy absolutamente feliz, vuelvo a ser novio de la mujer a la que siempre amé, nos casaremos el año que viene, eso creo que ya lo sabes. Y por si te pareciera poco todo esto que te cuento, resulta que también tengo una familia, porque tu hija y su novia me adoran. Me llaman papá, yo las considero mis hijas. Esto creo que no lo sabes, tal vez te duela, pero me da igual.

»Reapareciste un día en el terror de Luisa. ¡Siempre dando por culo a los demás! ¿Cómo lo haces, se nace así o se entrena? La abofeteaste cobardemente. Ahora sufre una gran ansiedad. No entiendo por qué te dejó entrar. Tengo que confesarte que me atormenta el pensar que os pudierais haber acostado.

—No ocurrió nada de eso.

—Me alegro de oírlo, aunque no sé si me lo creo. Lo cierto es que no voy a consentir que esta vida plena que me sonríe se malogre, que el gordo de esta lotería del final de mi vida no se cobre. No quiero volver al pozo oscuro de la soledad. No tengo nada que perder, ¡he pensado en quitarme la vida tantas veces! Te aseguro que, si lo tengo que hacer, no me iré al otro mundo solo, te llevaré conmigo de la manera más dolorosa que puedas imaginar.

»No me conoces. Te voy a contar una historia para que comprendas, tú que eres psiquiatra, lo loco y desesperado que estoy. Hace ahora cinco años, estábamos investigando a una chica joven que traficaba con cocaína. Se llamaba Vanesa, más conocida por La Vane, hija de otro traficante de medio pelo al que dejábamos trapichear porque no pasaba del menudeo. La hija era otra cosa, mucho más activa e inteligente que el padre, estaba en contacto con las organizaciones del Campo de Gibraltar. Una noche que la estábamos esperando cerca del piso donde vivía sola, le dimos el alto para detenerla. Se resistió, hubo que inmovilizarla, pero en la maniobra no dejé de aplastar con mi brazo su cuello. Mi compañero me hacía señas de que parara, yo seguía apretando, no sé qué extraña locura me hacía ver en su rostro el de mi hija, una fuerza desconocida me hacía querer acabar con aquella vida, quería en ese momento vengar tantos años de desprecio de mis hijos. Era a mi hija, Lucía, a la que apretaba el cuello sin aflojar. Mi compañero comenzó a gritarme que la dejará, incluso tuvo que retirarme de ella a la fuerza. Ya era tarde, la chica yacía con los ojos vueltos, había dejado de respirar tras un último estertor. La montamos en el coche, la llevamos a urgencias donde ingresó cadáver.

»Mis superiores movieron rápidamente los hilos, en la autopsia amañada se certificaba la causa de la muerte: sobredosis de cocaína. No

me ocurrió nada, se echó sobre el suceso unas buenas paladas de tierra y el caso pasó al olvido. Una traficante menos, todos contentos. Lo más dramático a la vez que irrisorio de esta historia es que el padre de La Vane nos considera héroes, cree que la encontramos tirada en un banco, que la llevamos inmediatamente a urgencias. Dice que somos «ángeles de Dios», ¡manda cojones!

»Te preguntará por qué te cuento esto. Para que seas consciente de lo loco que estoy. No temo a nada, me da igual que conozcas el secreto más íntimo que guardo, el que solo conocen mi compañero y mis superiores. No vas a contar nada a nadie porque si lo haces, te mato. De la misma manera que vas a dejar a Luisa y a Flora tranquilas, porque si no lo haces, te mato. Ah, que no se me olvide, quiero que me entregues el móvil de Luisa.

Julián abrirá un cajón de la mesa, sacará un móvil apagado, alargará el brazo para entregárselo a Antonio.

—Me alegro de que lo tengas aquí mismo, estaba dispuesto a acompañarte a dónde lo tuvieras guardado. ¿He dejado claro qué te ocurrirá si cuentas algo o no dejas tranquilas a Luisa y Flora? —recalcará Antonio.

—Sí, me ha quedado claro. No me interesan para nada tus miserias anteriores por muy criminales que sean. Te sorprenderá saber que sé quién es el padre de La Vane. Le llaman Gurrapo, ¿verdad? — Antonio callará, sus ojos delatarán asombro—. Pero no te preocupes, no me mires así, no contaré nada. Comprendo que Luisa ya no es mi mujer, es libre, puede hacer de su futuro lo que quiera. La dejaré en paz. Lo que no estoy dispuesto a consentir es que me robes a mi hija. No desapareceré de su vida, de eso puedes estar seguro.

—Entonces, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Antonio se levantará, se guardará la pistola en el bolsillo, saldrá del despacho. En el recibidor, con la agenda abierta en la pantalla del ordenador, la sonrisa de Guillermina preguntará:

—Benjamín, ¿cuándo le ha dicho el doctor que debe volver?

—Sería mejor para todos que no tuviera que pisar la consulta de nuevo.

Guillermina se extrañará por la respuesta. Despedirá en la puerta a Antonio.

20:45 h del lunes 7 de enero de 2019.

Antonio acaba de limpiar la pistola. Introduce las balas una a una en el cargador. El día 5 de diciembre, falta casi un año, se encontrará de pie junto al cuerpo ensangrentado de Julián, quien yacerá sobre el asfalto desangrándose. Tomará el móvil, llamará a Luisa, cuando descuelgue dirá:

— Julián ha recibido dos disparos, uno de ellos en la cabeza.



5

## Amarillo Ácido

16:00 h del martes 8 de enero de 2019.

Último día de vacaciones de Navidad. La cama ejerce una atracción gravitatoria insalvable. Flora es engullida por un colchón hambriento, imantado. No tiene ganas de almorzar, «café bien cargado y dos lingotazos de paracetamol». La noche ha resultado rabiosa, en la disco Lesbos conoció a alguien que le atrae «montón». «¡Me encanta esta niña, me tiene veryenamorada!». Solo le apetece manosear el teléfono. Las exiguas energías que ha logrado recuperar las concentra en los pulgares. El WhatsApp:

Flora:

*Illa, ¿estás despierta?*

Esther:

Sí, ya he almorzado, echada en el sofá.

Yo en la cama, puto tirado, no puedo con mi alma.

Ha sido una noche muy linda.

¿No te di demasiada matraca contándote cosas de mis viejos?

Me gustó que te abrieras conmigo.

Y a mí que me escucharas, estuve muy a gusto,  
flipando de la mente.  
Me alegro de que no te resultara un marrón.

¿Cómo está tu madre?

Como el monstruo de colores.  
La veo segura del paso que va a dar.  
El psicópata le ha hecho de todo.  
La pobre se ha comido ya toda la mierda de mi padre.  
¿Qué más puede temer?

A finales de marzo, Flora se enterará de que su madre ha contraído una enfermedad venérea. «¡La voy a estampar contra la pared, me voy a volver loca y voy a decir hasta luego Mari Carmen!». Decidirá pasar unos días libres con ella para acompañarla en su enfermedad y animarla a que comience con los trámites de divorcio.

La noche del 29, Flora cenará en un descomunal bar de carretera muy cerca de Mérida. En el salón podrían caber dos canchas de baloncesto. La barra, atendida por diez camareros, es kilométrica, bulliciosa, de un ir y venir constante de platos humeantes que vuelven sucios soñando con el lavavajillas. Será preciso cargarse de paciencia y darse previamente un masaje en las piernas para viajar hasta el servicio. En el aparcamiento infinito, hasta catorce camiones en batería descansarán sobre los últimos restos de nieve. Disfrutará de una carne con tomate exquisita sentada con un compañero camionero con el que suele coincidir en esa ruta. A esa hora, ya se podrá tomar unas cervecitas porque de allí irá a desplomarse rendida en la cama. Charlarán de esto

220

y de aquello, del precio del gasoil, de algún cotilleo de su mundillo, de las familias. Habrán transcurrido ya varios días desde que se celebró el día del padre. Flora preguntará al compañero:

— ¿Tu padre vive?

— Sí, está el tío mejor que yo, no tiene ni un achaque.

— ¿Lo felicistaste por San José?

— Lo primerito que hice ese día. Y su buen regalo que le compré, que eso no le falta nunca.

— ¿Quieres a tu padre?

Plácido; un hombre puro, de cara sonrosada y redonda como una hogaza de pan, hijo de la tierra aceitera de Baena; contestará sin comprender el espíritu de la pregunta.

— ¡*Cucha!*, ¿que si quiero a mi padre?, mi padre y mi madre son lo más grande *pa* mí. ¡No me irás a decir que tú no quieres al tuyo!

— ¡Lo odio, me peta el cerebro, con él se me cuela el demonio en el cuerpo, por mí que se extinga!

A Plácido no le entrará en la cabeza lo que estará oyendo.

— ¡Pero mujer!, ¿qué estás diciendo? Yo no te quiero ofender, pero qué quieres que te diga, para mí eso es de malnacidos. Por muy mal que se haya portado, un padre siempre es un padre.

— ¿Quieres que te cuente cómo fue la película de mi infancia? No sé por qué me encuentro un poco llorando por las esquinas esta noche. Tal vez necesite liberar mis mierdas.

— Yo *encantao*, se pasa uno muchas horas en el camión sin hablar con nadie. Venga, suelta por esa boca, yo te escucho.

— Uno de los primeros recuerdos que se me vienen a la perola es el de mi madre diciéndome que no tocara unas tacitas que guardaba en un mueble bar. Le daba miedo que yo hurgara por allí porque era el lugar donde mi padre guardaba la coca. Ahora hace ya más de

veinticinco años que el hippie no trafica, pero, cuando yo era pequeña, se dedicaba al menudeo, aunque no le hacía falta trapichear porque la posición económica de la familia siempre ha sido *happy flower*. Imagino que siempre le ha excitado lo prohibido, el mal como un sentimiento primigenio en su lóbrego corazón. Los notas se acercaban a la reja que delimita nuestro jardín, tocaban la campana, el tío salía y hacía el intercambio a través de los barrotes.

—¿Tú veías cómo lo hacía?

—Afirmativo.

—Pues eso es una cosa muy fea por su parte. ¿Y tu madre dónde andaba?

—Su vida ha sido un cuadro. Mi madre es una mujer que hace muchísimo tiempo desapareció para diluirse en otra persona. Sobrevive a nivel planta, encefalograma plano. Ahora, a su edad, después de haber tirado a la basura su propia existencia, parece que comienza a reaccionar. Estoy muy contenta, loquita del coño.

—Que una niña vea eso está muy mal, pero un padre es un padre.

—Esa frase te la has aprendido bien. ¡Mira que eres heterobásico!, más simple que una piedra. Siempre fui una niña muy intranquila. A los siete meses estuve llorando día y noche durante treinta y siete días. No me ocurría nada, simplemente lloraba. Con dos años prendí fuego a la cama de mi madre. Ella me dejó en la cuna para ducharse y ponerse el pijama, empujé la cuna con fuerza, salté a la cama, corrí a la cocina a buscar una caja de cerillas que yo había visto antes. Abrí el último cajón, me permitió auparme hasta la encimera y desde allí alcanzar las cerillas que estaban guardadas en un mueble superior. Yo sé que esto que cuento parece mentira, pero no lo es. ¡Con dos años! Afortunadamente, mi madre me sorprendió cuando la colcha de su

cama ya había sufrido alguna quemadura. Mis manos de bebé habían salido milagrosamente indemnes de aquella aventura. ¡Una fantasía de niña!

—Eso es porque eras muy traviesa. Dos cates fuertes en el culo, un rato bueno de llanto con sus buenos mocos que lleguen al suelo y a *juí*, ¡remedio santo! Sin castigar ni *na*, que eso de castigar a un niño es una cosa muy triste. El problema es que hoy con los mocosos somos demasiado *milindris*. Lo que hay que hacer es quererlos de verdad y dejarse de tonterías.

—¡Qué mostrenco! ¡Otro iluminado!

—No pasa *na*. Cuando me *escantillaba*, mi padre se quitaba la correa y me dejaba el verdugón en la cacha. ¡Lo que pica eso! Y mírame, más lo quiero. ¡Eso son *tontás*!

—¡Me la pela lo que pienses! Sigo: siempre he sido diferente, incluso desde esa edad. Se me ocurrían cosas que nadie hubiera supuesto jamás. Con cuatro años desmontaba un sacapuntas con un tenedor, con la cuchilla cortaba sillones, maderas, paredes, cortinas, tapicerías... Volví loca del coño a mi madre, quien se preguntaba dónde guardaba yo la cuchilla y cómo era posible que no me cortara. Me miraba los dedos uno a uno, buscaba incluso en mi boca. La cuchilla, cuando ella reparaba en los desastres en forma de cortes con los que yo le obsequiaba, ya estaba repuesta en el sacapuntas. Yo sabía que me iba a caer una bronca buena cuando mi madre se lo dijera a mi padre y formara el *pifostio*, sin embargo, lo hacía. No sé si era para decirle a él de esa manera que yo estaba allí, que me echara cuenta. A veces creo que buscaba el correctivo, que quería castigarme yo sola. Te quedas *flipao*, *impactao*, ¿verdad?

—Mi vecina llevó a la niña de cuatro años al psicólogo porque les pegaba a ella y al marido. Le dijo que lo hacía para llamar la atención,

que un niño prefiera que se le riña o castigue a que no se le eche cuenta. Debían ignorarla cuando pegara y echarle mucha cuenta cuando hiciera algo bien. Por lo visto les funcionó.

—Los mejores recuerdos los tengo con mi abuela materna. Me recogía en el colegio para llevarme luego a su casa. Me contaba historias, aprendía mucho de ella, me gustaba verla en la cocina elaborando roscos de vino, pasteles, guisos. Yo le ayudaba, a su lado me sentía tranquila. Cuando me daban las vacaciones me iba con ella y con el abuelo a viajar por España, siempre en tren porque abuelito había sido empleado de RENFE. Visitábamos familiares aquí y allá. Madrid, Barcelona, Valencia. Lo pasaba muy bien, ese era el mejor mes del año. Después de morir abuelito seguí viajando con mi abuela. Desde entonces se me ha quedado grabado en la memoria la adoración que siento por el mes de julio. Lo malo era el resto del año, aguantando a mi padre machista hasta el extremo. Si iban a salir, mi madre debía pasar el test Julián: que si la blusa se transparenta, que si el canalillo, que si la falda demasiado corta... ¡Penoso!, decía que era de puta cómo vestía, ¡ya ves, mi madre!, que se arregla de la manera más neutra y recatada que pueda imaginarse. ¡Un burro! Me va a dar un microinfarto de recordar esto.

»Yo deseaba que él me llevara al fútbol, pero decía que no eran cosas de niña. A veces, mi madre dejaba de ser ameaba, se enfadaba, le obligaba a sacarme, pero lo que el monstruo hacía era que me llevaba a las tres mil viviendas, al Polígono Norte o a San Juan. Me hacía bombita de humo, me dejaba con alguno de sus colegas al lado del coche mientras él se dedicaba a comprar sus mierdas. Yo lo pasaba mal, pero al menos, estando al lado del coche, sabía que no se iba a ir sin mí. En una ocasión, uno de sus colegas, alto, negrucio, muy de barrio *reventaillo*, me llevó a comprarme chucherías. Me cagué y me meé de

miedo al alejarme del coche. En el viaje de vuelta, el psicópata me aleccionaba sobre lo que tenía que decir: «¡Y no te equivoques porque te arranco la cabeza!». Mi madre me preguntaba, le decía lo que él me había grabado en la memoria con el fuego del miedo. Me taladraba con la mirada mientras yo contestaba. Se pasaba tres kilos de terror Boris Karloff. Una niña con el corazón sobrecogido todo el tiempo, aunque el auténtico infierno comenzó con la adolescencia. La sufrí ahogada en vómitos, un viaje de traumas, pero eso ya te lo contaré otro día, que me está entrando mucho sueño.

— ¡Eso, ahora me dejas a medias!

— ¡Cotilla! Te he dejado *to loco*, ¿eh?

— ¡Pero si has sido tú la que me lo has querido contar!

Al día siguiente Flora llegará a Sevilla, se comerá a besos a Luisa.

— ¿Te estás tomando puntualmente la medicación?

Insultará a Julián, con quien casi llegará a las manos.

— ¡Te vas a comer mi cara de mierda, puto trastornado, medio lerdo, mojonero, para mí eres la tabla del cero, vete a cazar Pokémons!

Contactará con un abogado de familia que le ha aconsejado su amiga Lourdes, animará a su madre a comenzar a tramitar la separación.

— Mamá, este abogado es *verygiëno*.

Los últimos restos de la nevada se resistirán, no querrán perecer bajo el sol nuevo de primavera. Una semana después de aparecer por casa, Flora volverá a la carretera con su camión.



17:10 h del martes 8 de enero de 2019.

Esther:

¿Vas a menudo por el Lesbos?

Flora:

Bueno, súper *random*.

Con mi grupo de amigas.

De vez en cuando.

¿Sueles ligar como hiciste ayer conmigo?

No, sería comparar el choped con el bistec.

Es cierto que hay bastantes niñas bonitas.

Pero lo tuyo ha sido distinto.

Fue verte y quedárseme cara de poema.

No pude aguantarme las ganas de conocerte.

Aunque solo hablé de mí y del psicópata de mi padre.

No pasa nada.

Estabas nerviosa por lo que te ocurrió en Reyes con él.

El próximo día te cuento yo cosas sobre mí.

El viernes, en el mismo sitio, a la misma hora.

¡Hecho!

Vendré por la carretera a doscientos.

Ten precaución.

A ver si ahora que te he conocido te voy a perder.

¿Has visto a tu padre?

No.

El *jipi* me pone de mala hostia.

Tengo las mismas ganas de verlo que de meterme un palo por un ojo.

¡Vaya pereza!

12 de mayo, Flora asentará su mocasín verde lagarto en el primer peldaño de la escalera del parking de la ciudad sanitaria Virgen del Rocío. Cada paso que la acerque a su padre acrecentará su odio, su asco, su desprecio. En ese momento sostendrá la ansiedad en los tobillos. Lo habrá pensado mucho, le habrá costado acceder a visitarlo y cuidar de él. Lo hace solo por darle descanso a su madre. «¿No has ido a ver a tu padre?», le preguntarán constantemente amigos, vecinos, conocidos.

Último peldaño, saldrá por la puerta orlada de grafitis al exterior. La ansiedad le habrá ascendido de los tobillos a la pantorrilla. El calor de la tarde se pegará a su camisa hawaiana, el polvo rojo asentado sobre el mundo proyectará en la ciudad un aspecto marciano. En un banco de los jardines, una familia, se nota que son de pueblo por su manera de hablar, estará apurando el último trozo de una tortilla de patatas que reposa sobre una fiambarrera transparente. Al otro lado de la calle, los gorrillas harán señas a los conductores que buscan aparcamiento. Delante de ella pasearán dos muchachas cogidas de la mano. «¡Qué distinta ha sido mi película!».

De pequeña, no comprendía qué era lo que le ocurría. Le gustaban los juegos rudos de niños, el fútbol, los deportes más

accidentados. Se aburría con las niñas, se notaba distinta. Sintió la necesidad, el impulso de cortarse el pelo con unas tijeras después de la primera comunión. No soportaba aquella melena. «La que formé, mis padres alucinaban en colores cuando me vieron». Si pasaba una muchacha guapa, la miraba. A los chavales los consideraba como amigos. Había tenido tonterías con alguno, algún beso de labio contra labio, pero fue sobre todo por probar y mantener las apariencias.

Con quince años, Flora le confesó a su madre que le gustaban las mujeres. «¡Menos mal, ya te has dado cuenta!», contestó Luisa. Julián sentenciaba que prefería un hijo drogadicto a uno maricón. «No tienes hijos, pero en la hija te ha caído el gordo». Cuando se enteró de que su hija era lesbiana, se llevó un mes sin hablarle, solo insultos descarnados a diario. Se lo hizo pasar muy mal. Espantaba a las amigas que llevaba a casa. «¡Pero, si son amigas!». Obligaba a Luisa a comprarle vestidos, no dejaba salir a Flora si no se los ponía. Prohibidos los pantalones y la ropa hombruna, sin embargo, la muchacha necesitaba salir para no pudrirse entre las cuatro paredes de su habitación. Accedió a ponerse los vestidos. Se consideraba un esperpento con la ropa de mujer cuando se miraba al espejo. Las anchas y encorvadas espaldas, la cadera estrecha, el pelo podado a trasquilones en señal de rebeldía no armonizaba con los tacones, solo las gotas en turquesa que usaba de pendientes agregaban un toque femenino en su imagen.

«Vercogiditas de la mano, ¡qué ilu!». A Flora le cuesta el contacto físico, sobre todo con hombres. No tiene amigas que no sean lesbianas, solo las componentes del grupo de lectura. Con veinte años conoció a su primera novia, se llamaba Conchi. Le rogaba que cuando se dirigiera a ella lo hiciera en tercera persona: «¿Qué le pasa a Flora?, ¿Flora quiere darme un beso?, ¿a Flora le gustaría que fuéramos al

cine?». Le resultaba más fácil expresar sus sentimientos de esa manera, como si no fuera ella misma quien hablara.

Conchi estaba estudiando, iba a examinarse de selectividad, después quería cursar una carrera. Sus calificaciones empeoraron desde que comenzó la relación. Flora creía que la frenaba, que era un lastre para ella. Se le metió en la cabeza que no era buena compañía para su novia. Se inventó una historia:

—Flora te ha puesto los cuernos.

—No creo lo que Flora me está diciendo.

—Flora te deja, le gusta más la otra. Te pide perdón y te ruega que no la llares y la olvides.

Consideraba que la forma más fácil de ejecutar la ruptura era que Conchi la aborreciera. Cuanto antes cortara, menos dolería. Conchi lloró océanos de lágrimas, Flora también. Años después, se encontraron casualmente durante una visita que Conchi realizó a Sevilla. Vivía en Londres con una pareja, había terminado la carrera, estaba muy bien colocada en una empresa de informática. Tocaba la guitarra en un grupo, la misma guitarra que Flora le compró, su primera acústica.

Acabaron en la cama. Recordaron suavidades, caricias, fluidos, esencias que nunca fueron olvidadas. También reaparecieron las lágrimas.

—Sé que Flora me mintió, no me engañó con nadie.

—Es cierto, lo hizo por tu bien. Nunca sabrá si acertó o no.

—Si Flora me lo pidiera, no cogería el avión de regreso, no volvería con mi pareja, me quedaría aquí con ella para siempre.

Flora entendió que no era justo que, después de tantos años, le pusiera la vida patas arriba a esa chica a la que tanto quería. Si Conchi hubiera decidido no coger el avión, lo hubiera aceptado, pero no quiso contraer la responsabilidad de pedirle que se quedara.

Frente a ella se alzaría el hospital de traumatología como un gigante que quisiera atraparla y devorarla. Las puertas de cristales se abrirán movidas por un mago invisible, la angustia ya se habrá apoderado de sus genitales y de sus intestinos. Sus pasos se harán más lentos, perezosos, igual que cuando acudía desganada a estudiar psicología en la facultad. Aprobaba las asignaturas gracias a su gran capacidad, aunque no estudiaba porque no le interesaba. Aprobó distintos carnets de conducir en secreto, se los pagaba ella con el dinero que ganaba sirviendo copas en un bar brasileño viernes y sábados por la tarde-noche. Mientras no encontrara trabajo seguiría estudiando, pero en cuanto... Vio cómo se le abría la puerta celestial de la libertad en una empresa pequeña de transportes, después llegarían las industrias cárnicas del cerdo y la Vía de la Plata. El mismo día que encontró trabajo se tiñó el pelo de morado y se ilustró la piel con su primer tatuaje: la cara de su abuela en la pantorrilla. También se mandó perforar el primer *piercing*. «¡Lo siento, la vida es bella!». El ascensor tardará en abrir sus puertas metalizadas. Ella no tardó. «Este chaval va a morir». Ese mismo día, con el pelo morado rebeldía y la pantorrilla izquierda todavía inflamada, le puso las cartas sobre la mesa a su padre. Ya era mayor de edad. No volvería atrás. No se iba de casa por no dejar a su madre «sola con el monstruo», aunque pasaba gran tiempo fuera. Se marchaba el lunes de madrugada, volvía el viernes a mediodía. Insistía a su madre para que se separara, pero Luisa siempre mantuvo esperanzas de que Julián cambiara.

Las puertas del ascensor se abrirán, entrará junto a cuatro hombres, varios dedos se cruzarán en el aire como abejas, apretarán distintos botones. El tormento habrá remontado hasta su pecho, se recreará en su corazón, jugará con su falta de aire. «¡Entre hombres! Nadie se puede imaginar lo duro que es ser mujer camionera en un

mundo machista». El ascensor abrirá sus puertas de nuevo, Flora caminará por el pasillo, la rabia rebosará en la garganta y en los ojos. «Cuarta puerta a la derecha». Entrará, no mirará a su padre momia envuelto en vendajes, dará dos besos a Luisa.

—¡Saluda a tu padre!

Mirando hacia el ventanal, Flora dejará caer con desgana un saludo:

—¡Hola!

Luisa recogerá sus cosas, ultimaré los últimos cuidados a Julián, dará dos nuevos besos a Flora. Sus ojeras cansadas saldrán por la puerta de la habitación encorvadas, arrastrando los pies. Flora sacará un libro del bolsillo que su pantalón verde maniobra dispone en el costado a la altura del muslo. Se sentará, comenzará a leer.

18:30 h del martes 8 de enero de 2019.

Flora:

¿Te llevas bien con tu padre?

Esther:

Bueno, lo normal, se quiere meter en todo.

Alguna bronca de vez en cuando.

Pero bien.

Ya me gustaría a mí tener un padre.

Lo tienes.

No, al psicópata no lo considero mi padre.

No pierdo la esperanza de encontrar otro.

¿Y eso cómo se hace?

«Ocho del ocho, más chula que un ocho, me pica el chocho que lo tengo *mu* girocho y hoy cumplo veintiocho». El cumpleaños de Flora anochececerá escuchando el tintineo de los brindis con Albariño. Todavía se distinguirá a través de las amplias cristaleras del restaurante del hotel Mediterráneo un mar que se vuelve azul oscuro y negro con el transcurrir de los minutos. En el centro de la mesa circular, un ramillete de clavellinas dispuestas en un jarroncito de cristal y un farolito de hierro que contiene una vela encendida le otorgarán a la cena un aire formal. El mantel y las servilletas presumen de un algodón grueso,

pesado. Los platos dibujan formas muy raras, los cubiertos se adornan con ribetes dorados.

—¿Qué va a tomar la señora? —preguntará el camarero.

—Ensalada festival —responderá Luisa.

Luisa luce radiante, por fin disfruta de un auténtico compañero después de un matrimonio en soledad. Percibe a su hija feliz, sabe que se lleva muy bien con Antonio, la nota libre, disfrutando de su orientación sexual. «¿Y yo? Ahora me toca a mí reconocermé a mí misma». Abriga en su voluntad proyectos ilusionantes, aspira a ingresar como miembro de la asociación de amigos del museo de Bellas Artes. Explicará el contenido a grupos, tanto la exposición permanente como las temporales. No cobrará, «pero eso es lo de menos».

Esther, con la familia de Flora, se muestra menos encorsetada por ese nudo de timidez que la ahoga y le impide decir palabra. Charla más suelta y confiada. «No me creo ni yo lo parlanchina que estoy. Incluso soy capaz de darle un beso en la mejilla a Antonio. No me conozco». Desde que sufriera abusos en la infancia por parte de un tío materno, no soporta que un hombre se le acerque.

—¿Qué va a tomar? —volverá a preguntar el camarero mirando, sonriendo a Esther, a quien se le pondrá la cara bermellón en tono quiero desaparecer. No contestará, bajará la mirada hacia la servilleta que le cubre las piernas.

—¿Qué lleva la sopa boba? —preguntará Flora.

—Verduras variadas y fideos.

Esther asentirá con la cabeza sin dejar de mirar la servilleta.

—A ella le va a poner una sopa boba, a mí duelos y quebrantos.

—Yo tomaré la olla podrida —indicará Antonio.

—¿La señora? —Doña Clara señalará con su dedo índice la carta. Casi no puede andar, se traslada en silla de ruedas, pero su vista se conserva igual que cuando tenía catorce años.

—Mi madre tomará patatas a la importancia —responderá Luisa.

La cena transcurrirá entre risas y bromas. El postre tomará forma de rueda de camión, sobre ella arderán veintiocho velas. Flora, en secreto, siempre anheló ser camionera, desde pequeñita, ese mundo la fascinaba. «Viajar como lo hacía con los abuelitos, ver paisajes, conducir, huir del enfermo de mi padre». Después de soplar las velas y cortar los neumáticos semifríos cubiertos de chocolate negro, sonreirá a su madre. La ve mucho más tranquila. Eso le gusta. Darán fin al semifrío de chocolate en pocos minutos. «¡Qué bueno está esto!».

—Señorita, nuestro hotel tiene el placer de invitarla a una copa a usted y a su familia en el salón Amistad. ¿Quiere seguirme?, por favor —insistirá un señor vestido de traje y corbata. Flora acompañará al señor, junto a ella, muy pegada, caminará Esther. Antonio y Luisa cerrarán el cortejo empujando la silla de ruedas donde viaja doña Clara. Al llegar a la puerta cerrada del salón Amistad, el hombre de traje oscuro indicará a Flora con la palma de su mano que puede entrar. La muchacha empujará la puerta, que se abrirá dando paso a un salón donde se escuchará como un trueno:

—¡¡Sorpresa!!

Una orquesta de seis miembros comenzará a tocar el Cumpleaños feliz. Diez mujeres se lanzarán hacia Flora, labios en ristre, para abrazarla y besarla. Hundida en el torbellino de brazos, pechos apretujados y perfumes; podrá elevar, de vez en cuando, su cara por encima de la melé para poder respirar. Cuando recobre el resuello, dará

saltitos como una niña de ocho años cogida de varias manos amigas también saltarinas. Entre grititos:

— ¡Ay, que me meo *toa!* No me lo puedo creer, pero, ¿qué hacéis todas aquí? ¡Hijas de *puti*, felicitándome por WhatsApp! ¡Me peta el cerebro! ¿Esto es súper *random* o lo ha organizado alguien?

Todas las miradas enfocarán a Antonio, quien sonreirá pleno de satisfacción. Durante la fiesta, las amigas le contarán a Flora cómo contactó con ellas con la complicidad de Esther y de Luisa, que les ha pagado el transporte y las habitaciones del hotel, cómo ha removido todo lo que se ha cruzado en el camino para conseguir que esa noche estén todas presentes y no falte ninguna. «¡Me como a este Richard Gere!». Flora se abrazará llorando a Antonio, quien empapará la muestra de cariño con un alma reseca de treinta años. La absorberá a través de la piel, le impregnará de almíbar huesos y músculos, recorrerá las vísceras más recónditas hasta llegar al corazón. Lágrimas dulces sucumbirán en los ojos de un hombre necesitado.

— ¿La hora de los regalos?, ahora sí me da un microinfarto. Esta paisana va a morir — gritará Flora entusiasmada.

Flora jamás usa faldas ni vestidos, su pelo morado no supera el rapado en la nuca con tupé, pero nunca la veréis sin unos pendientes. De oro, de perla, una piedra preciosa. Durante la cena, para disimular, la familia le regaló algunos pendientes de esos discretos que tanto le gustan. El plato fuerte aflorará durante la fiesta. Más pendientes, «¿pongo una tienda?», alguna broma erótica, unos vaqueros blancos preciosos, un muñequito juguetero para colgar del retrovisor del camión y las llaves de un Mini. Antonio volverá a ser el foco de la atención admirada de los presentes. Han sido muchos los cumpleaños reprimidos de sus hijos, abortados, ahogados en vasos de whisky con hielo. El 8 de agosto, se concentrarán todos los sinsabores soportados en

## Acuarela para un padre ausente

soledad para explotar como fuegos artificiales en una fiesta sorpresa y en un Mini azul con franjas plateadas.

Manuel Bobis Reinoso

19:15 h del martes 8 de enero de 2019.

Los pulgares comienzan a doler. Flora se levanta de la cama para prepararse un café. Carga bien la cazoleta de la cafetera exprés doméstica de un solo brazo. El aroma reconfortante le estimula el cuerpo cansado. Sobre la encimera de la cocina, granito del bueno, se deleita despacio, acompañando cada sorbo con trocitos de chocolate negro. Después se sienta en el sofá, el WhatsApp danza saltarín entre las manos:

Flora:

¿Cuándo te voy a presentar a mi familia?

Esther:

¡Uy!, mucho corres tú.

Yo soy muy tímida.

Nos conocemos de un día.

De un día maravilloso.

Me has gustado mucho.

Me veo demasiado reina.

Tiempo al tiempo, poquito a poco.

Era broma, no te asustes.

Ya lo sé.

Es que yo con esto de las parejas soy complicada.

238

A primeros de octubre, el aire castigará de costado el camión Mercedes Benz Actros que conduce Flora por tierras de Salamanca. A ella la enamora contemplar los paisajes de dehesa en primavera, sobre todo cuando la hierba adquiere un tono esmeralda relax. Durante el otoño, el campo permanecerá todavía seco, se repone de un verano tórrido que habrá calcinado tierra y cuerpos. «No sé qué coño es peor, si el calorazo o este puto viento que me va a romper los brazos». Transporta productos cárnicos porcinos a través de un paraíso natural para el cerdo ibérico. «El mundo está en encefalograma plano. Mientras me paguen, me canta soprano el papo por la Caballé. ¡Ellos sabrán!». Sonará el móvil, en la pantalla iluminará un número no agendado, Flora descolgará con la voz el manos libres.

— ¿Sí?

— Flora, soy tu padre.

Flora tendrá bloqueado a Julián, pero la llamada se produce desde el móvil de un amigo. Se encenderán las alarmas físicas que advierten de una ansiedad inminente. La primera gota de sudor asomará en la frente.

— ¿Qué quieres?

— Que hablemos, pedirte disculpas.

— ¿Tú pidiendo disculpas?, alucino en colores.

— Sí. No soporto el no verte ni saber nada de ti. Me gustaría que reanudáramos nuestras relaciones con tranquilidad, practicando el perdón, sin mirar al pasado.

Flora no creará lo que oye, se pondrá muy nerviosa, «este *jipi* no es mi padre», jamás había escuchado ese tipo de palabras en sus labios.

— La verdad, no sé qué decirte — contestará Flora.

— Me gustaría invitarte de vez en cuando a cenar. En un futuro, tal vez podríamos pasar algunos días de vacaciones juntos.

—Déjame pensarlo.

—Quiero que sepas que por fin te comprendo, que acepto tu condición. Sé que mantienes relaciones con una chica, me encantaría conocerla. ¿Cómo se llama?

—Esther.

—Un nombre muy bonito.

—Ya te llamo y te contesto.

—De acuerdo, pero llámame tanto si es para sí como si es para no, por favor. Si no quieres, yo lo comprenderé.

Fin de llamada. Flora intentará concentrarse en la conducción, le temblarán las manos y la línea de los labios. «Te va a creer Frasquita la del pueblo. No te hagas ilusiones, ¿eres tonta? Será siempre el mismo. Mira a la carretera, que no se te vaya el santo al cielo. No, no me lo creo, pero, ¿y si son ciertas sus buenas intenciones? Quizá la vida me da una segunda oportunidad, la de recuperar a mi padre verdadero. Cierto es que en Antonio he encontrado la figura que nunca tuve. ¿Será verdad que ese al que yo llamo psicópata; de quien llevo toda mi vida anhelando un gesto de cariño, un mimo, una caricia; ha cambiado en su actitud hacia mi persona? Por probar no pierdo nada. ¡Me hace tanta ilusión que Esther lo conozca!, que vea lo alto, lo guapo, lo elegante que es. Ojalá, por primera vez, pueda decir también que ha conocido lo amble que es. ¿Se comportará como un abuelo mimoso con mi futuro hijo? Nada se pierde por probar».

A la hora del almuerzo, frente a una tortilla de champiñones con ensalada y una Coca Cola, Flora llamará a Luisa para comentarle lo ocurrido.

—Es tu padre, nada me haría más feliz que os llevarais bien. Creo que haces lo correcto intentándolo.

Flora sonreirá con la candidez de una niña de siete años, desbloqueará a Julián. Marcará su número.

—Dime cariño —contestará Julián.

—Papá, he decidido presentarte a Esther.

Esther vestirá un conjunto muy femenino de otoño en colores tierra temblorosa. Flora, unos pantalones beige ambiguo, camisa del mismo color y un jersey verde oliva a juego con sus pendientes de esmeralda. El restaurante no tiene nada de especial, es un bar con un pequeño comedor al que se accede por una escalera de siete peldaños. Julián no habrá llegado.

—¿Tienen reserva?

—Sí, debe estar a nombre de Julián Barrera —contestará Flora.

—Esta es su mesa —señalará el camarero mientras consulta una libreta de bolsillo.

La pareja se sentará. Las manos entrelazadas presentarán palpitations y temblores en las palmas húmedas de las manos. Las gargantas tragarán saliva.

—¿Les voy poniendo la bebida?

—No, gracias, preferimos aguardar a que llegue la persona que esperamos.

Julián se retrasa quince minutos. Flora comentará:

—Ya sabes cómo está el tráfico, y aparcar en el centro...

Julián se retrasa media hora.

—Me siento incómoda sin pedir nada —dirá Esther.

—Camarero, por favor, una cerveza para mí y una Coca Cola cero para ella —pedirá Flora.

Un intenso olor a perfume masculino pregonará la inminente entrada triunfal. Julián subirá las escaleras sonriente, abriendo las

manos en señal de ven aquí que te como. Viste traje gris marengo, zapatos negros lustrosos, camisa blanca con gemelos de oro, corbata azul celeste especial. El fuerte viento que soplará en el exterior no habrá podido trincar su peinado impecable. Las muchachas se pondrán de pie, firmes para recibir al general. El caballero imponente dará dos besos a Flora.

—Papá, esta es Esther. — Esther saludará con la cabeza al estilo japonés mientras despliega en su boca y en sus ojos una mueca asustada.

Los entrantes discurrirán amenos, relajados, amables. Julián se interesará por Esther: ¿qué edad tiene, dónde vive, dónde trabaja, horarios? Flora intentará mostrar cierta preocupación por su padre:

—Papá, ¿dónde vives ahora?

—En un piso alquilado. Lo comparto con Ignacio y Vicente. No es solo una razón económica, nos hacemos compañía, los tres estamos separados. Cayetano sigue casado con Cati, pero pasa más tiempo con nosotros que en su casa. ¡Los Halcones volvemos a volar! —reirá.

La sonrisa ilusionada de niña pequeña dibujada en el rostro de Flora mudará en una línea paralela al suelo, las cejas fruncirán en uve. Regresará a su recuerdo la presentación del libro de Silvestre. «¡Venga!, no empieces, vamos a intentar estar de buen rollito».

—Me he enterado de que os queréis casar.

—Sí, papá, el año que viene.

—Pero, lleváis muy poco tiempo de relación.

—Estamos completamente seguras —contestará Flora.

—Igual que tu madre, también se quiere casar.

Flora callará. Un nuevo recuerdo intruso asaltará su memoria: Julián abofeteó a Luisa hace poco más de un mes. «Tranqui, si mamá no le guarda rencor y me ha recomendado que venga, no voy a ser yo quién lo estropee».

—Papá, nos haría mucha ilusión que vinieras a la boda. Todavía no tenemos fecha, nos gustaría que se celebrara en primavera.

—Claro que sí cariño. ¿Cómo no voy a estar presente en la boda de mi única hija? Contad con ello.

—Gracias, sin ti no sería lo mismo, faltaría algo importante.

—Como te dije por teléfono, voy a respetarte en tu naturaleza. Solo quiero que estés completamente segura de tus decisiones.

—Lo estoy.

—Quiero proponerte algo que te podría aclarar las ideas. Opino que existe la posibilidad de que estés confundida en tus emociones. Después podrás decidir si sigues adelante o no, pero con la seguridad de que realmente eres lesbiana. No quiero que des pasos en falso.

—No entiendo.

Me gustaría hablarte de una terapia de conversión de lesbianas que se realiza en una finca de Alcalá de Henares. Todo esto es secreto porque en la comunidad de Madrid, igual que en Andalucía, están prohibidos estos tipos de terapia. Está demostrado que la homosexualidad es producto de traumas infantiles y puede curarse. Utilizan la desnudez femenina para dejar de sexualizar el cuerpo, se trata de recuperar la inocencia, construir mujeres sanas, amables. Yo te pagaría toda la estancia.

—Papá, parece mentira que tú, un psiquiatra reconocido, creas en estas terapias. Pesa más en ti la ideología que la ciencia. Sabes que están denostadas por la Asociación Mundial de Psiquiatría. El daño que ocasionan es enorme, incluso se han producido suicidios. No quieres aceptar que no se trata de un desorden mental. Soy lesbiana desde que nací, ¡desde que nací! Es mi naturaleza y mi orgullo.

Silencio. Silencio persistente, tenso. Julián:

—Quiero respetar tus decisiones, si no quieres intentarlo, no tengo nada más que decir. Vamos a pedir el plato fuerte. —cogerá la carta con un latigazo de su mano—. Hay salchicha Bratvurst con dos huevos. Eso no nos apetece a ninguno de los tres, aunque a vosotras sí debería de gustaros. Pediremos almejas al vapor. Sí, nos encanta, aunque a vosotras no debería.

Flora se incorporará de golpe en un arrastrar la silla que atraerá la mirada sorprendida de otros comensales.

—¡Qué idiota he sido! ¡Creer que podrías haber cambiado! Quiero que me puto escuches. Sigues siendo el mismo psicópata de siempre, no quiero volver a verte. —Tomará a Esther de la mano, la arrancará del asiento de un tirón, se la llevará a la carrera escaleras abajo. Julián se servirá una copa de verdejo de una botella que se enfría en la champañera.

Miércoles 7 de octubre, tres días después de la cena fracasada con Julián. Flora se encontrará dentro de su camión aparcado en una estación de servicio. Sentada en el asiento del conductor, repasará diversos albaranes que guarda en una carpeta azul de gomillas. Tronará el móvil, será Luisa quien llame.

—Hija, ante todo, no te asustes, ella está bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntará Flora alarmada.

—Han intentado violar a Esther.

—¿Cómo? —gritará Flora. El corazón, frenético, se le saldrá por la boca.

—Ha sido esta mañana en el portal de su bloque. Salía para trabajar. Tres desconocidos, al parecer bastante jóvenes, la asaltaron para abusar de ella. Mientras la tocaban por todas partes, la insultaban y la llamaban machorra, bollera, puta tortillera, comecoños. Le decían

que una vez que probara una buena..., tú ya sabes, se le iba a quitar todo el mariconeo que tiene encima. Ahora está ingresada con un ataque de ansiedad. No quería que te enteraras. Su madre está con ella, Antonio y yo también estamos aquí en el hospital, he salido para llamarte.

— Pero, ¿han llegado a violarla? ¡Mira mamá que me da el malito de la taquicardia!

— No. La han manoseado por todo su cuerpo, le han roto las medias, le han quitado y se han llevado las bragas. Se fueron pronto, corriendo muy rápido. Antonio ha hablado con ella una vez que se ha calmado un poco, su experiencia como policía le dice que no intentaron violarla, pero sí darle un susto grande. Piensa que es un ataque homófobo de gente que sabe que es lesbiana.

— ¡Me cago en mi puta madre!

— ¡Hija, yo no tengo la culpa!

— Voy ahora mismo para allá.

— No corras, ella está bien. No la llames, no quiere hablar contigo, dice que le da vergüenza. Será mejor que te vea en persona.

Flora colgará. El móvil, irritado, volverá a sonar al instante.

— ¿Quién coño es ahora? — Llamará Margarita —. Dime.

— Flora, no puedo más, me quiero quitar la vida.

— Pero, ¿qué dices?, ¿qué ha pasado? Tu mente divaga. Yo estoy muy lejos. ¡Ni se te ocurra, vete a urgencias, que te pongan algo!

— Está decidido. Tu padre es un monstruo.

Se cortará la llamada, Flora insistirá en marcar, Margarita no cogerá el teléfono.

Cuando Flora se enteró de que Julián abofeteó a Luisa, tuvo el impulso de ir a buscarlo para... No lo hizo atendiendo a los ruegos de su madre. Después sufrió la humillación de las almejas. «¿Qué película es esto de Margarita y mi padre ahora? ¡Me está dando un ictus!». Desde

el incidente de la agresión a Amaranta durante la reunión del grupo de lectura, se oía que algo raro estaba ocurriendo. «Me llaman la Sherlock Holmes». No quiso preguntar, para ella lo primordial era que su madre se había separado del «psicópata». «A las demás que les den, como si se empeñan en chupar enchufes para electrocutarse». Pero después de recibir la llamada de Margarita...

—¡Te odio, hijo de puta, te mato, te juro que te mato! —gritará por la ventanilla abierta, varias veces, lo más fuerte, lo más alto que pueda, con la cara congestionada, las venas del cuello a punto de reventar. Un señor de mediana edad que se dirige al servicio de caballeros se dará media vuelta y correrá en trotecillo hasta el coche, arrancará, se alejará en busca de otra estación de servicio.

Flora conducirá a una velocidad peligrosa. Afortunadamente, había cargado en Ciudad Rodrigo mercancía que debía transportar a Sevilla. Cuando Flora aterrice con su camión volador, acudirá a ver a Esther. Se la encontrará llorando, la abrazará.

—No me mires, me da vergüenza —gimoteará Esther.

—Tranquila, ahora solo quiero que descanses, yo me quedaré contigo esta noche. —responderá Flora mientras acaricia los cabellos de su novia y le da un beso en la frente.

A Esther le darán el alta por la mañana. Irán directamente a poner la denuncia acompañadas de Antonio. Antes de salir, se atreverá a contarle a Flora qué fue lo que ocurrió:

—Eran tres chicos jóvenes con sudaderas de capuchas, gafas de sol, pantalones vaqueros, calzado deportivo.

—¿Crees que mi padre ha tenido algo que ver en esto?

—En la cena, cuando suponía que se interesaba por mí y me preguntaba, le contesté gustosa. No sé si lo hizo para sonsacarme mis datos personales, aunque hoy, con las redes sociales, tenemos nuestras

entrañas vendidas y publicadas. Cualquiera sabe de nosotras más que nosotras mismas. Uno de ellos me gritó que la próxima vez me pidiera salchicha con huevos, que me iba a encantar. Justo la expresión utilizada por tu padre. También que te dejara o la próxima vez me iban a violar por todos los agujeros de mi cuerpo. ¿Tú qué opinas?

—Estoy segura de ello. Te vio muy tímida, ha querido darte un susto para que te alejes de mí.

—Pues lo ha conseguido, estoy muerta de miedo. Me he planteado nuestra relación.

—¿Qué te has planteado?

—Nada, ningún mostrenco me va a separar de ti, pero la ansiedad me tritura. Antonio me tranquiliza, dice que él va a acabar con esto muy pronto.

Flora callará.

El teléfono de Margarita seguirá sin contestar. Por la tarde, Flora caminará hasta su casa, nadie contestará al timbre.

Manuel Bobis Reinoso

20:20 h del martes 8 de enero de 2019.

Esther:

¿No te da miedo ser camionera, moverte en un mundo de hombres?

Flora:

No, yo soy más bruta que ellos.

Me tienen miedo.

¡Venga ya!

Que sí, no me conoces.

Todo lo que tengo de cariñosa,

lo tengo de bruta.

Pero solo cuando se me cruzan los cables.

No te imagino.

¿Se te cruzan muy a menudo?

No, tranqui.

Cuando me tocan demasiado el papo.

Entonces me vuelvo loca,

me llevo por delante a quien sea.

Soy capaz de todo.

Me estás asustando.

No, no te asustes.

Contigo mis cables estarán muy ordenaditos.

Flora aparcará el Mini frente al bar Silver Street. A través de los cristales verá al Gurrapo sentado en su perpetuo taburete al final de la barra, junto a los servicios. Entrará en el local, se sentará a su lado. El bar aparecerá casi vacío, la Fea estará atendiendo una mesa al final del local. Olerá el ambiente a fritanga.

—Disculpe, ¿es usted Juan José? —Le dará vergüenza dirigirse a él por el mote.

—Sí, señorita, para servirle a usted y a Dios. Todo el mundo me frecuenta como Gurrapo. Le doy beneplácito para dirigirse a mí de esa cualidad. ¿Con quién tengo el gusto de platicar?

—Me llamo Aurora. —Se darán la mano.

—Y bien Aurora, ¿qué se le demanda?

—¿Se puede hablar aquí con *verytranqui*?

—Este terreno es una sepultura muda.

—Vale, maquillo, muchas comillas: tengo entendido que hace trabajos de corte y afeitado.

—¿Quién le ha testificado a usted eso?

—Usted, en este mismo lugar.

—¿Yo?

—Aquí se organizó la presentación de la novela de un querido amigo: el dueño de este bar.

— Sí, el Silver, veo que es camarada anexo a los dos.

—Esa presentación se puto malogró.

— Infaustamente.

—Yo estuve presente. Cuando esperaba el comienzo del acto, lo oí a usted, en tono demasiado alto, presumir ante otro señor del buen número de servicios de corte y afeitado que había realizado.

—No me extraña, convengo que soy un lenguarón. Un día me voy a llevar una contrariedad.

—Se lo pregunto desde el fondo del amor: ¿Hace ese tipo de trabajos?

—Depende.

—¿De qué?

—En primer lugar, tengo que estar convencido de que el afeitando merezca la punición. No quiero damnificar a criaturas inocentes de Dios por dinero.

—¿En segundo lugar?

—El dinero justamente. En mereciendo el afeitando, recaudando.

—¿Cuánto?

—Cinco mil, por adelantado.

«¡Coño, un sicario *low cost!*». Pensará Flora.

—De acuerdo.

—¿Quién es el futuro interfecto?

—Un psiquiatra llamado Julián Barrera. Precisamente es una de las personas que humillaron a Silvestre.

El Gurrapo quedará paralizado, asombrado, sus ojos escrutarán fijamente los de Flora. No se lo podrá creer, dudará, indagará a un lado y otro, buscará algún policía apostado o la cámara de Inocente Inocente. «Nunca me habían encomendado este tipo de transacciones y en pocos meses me comisionan dos contras la misma persona. Contra alguien que me está coadyuvando en mi duelo y al que proceso un honor especial, aunque lo del Silver estuvo muy deficiente».

—Considero que merece la punición. Me tiene que proveer todos los datos de esa persona manuscritos en un papel. El dinero lo valoro en metálico —exigirá el Gurrapo.

— ¿Cuánto tardará en realizar el servicio?

— Tengo que estudiar las condiciones logísticas, pero en un máximo de dos semanas estará realizado el cometido.

— ¿Cómo sabré que lo ha consumado? — Flora sabe muy bien que se enterará al momento, Julián es su padre, pero hay que disimular.

— Por los periódicos — contestará el Gurrapo—. Nosotros no mantendremos ningún contacto después del pago de mis honorarios que se efectuará en este exacto lugar. No le voy a suministrar mi número de teléfono ni conoceré el suyo. El más mínimo contacto telefónico o en redes sociales anula ipso facto el contrato verbal que estamos rubricando con nuestra aquiescencia.

— ¿No pasará de mi cara y después algo se muere en el alma?

— No joven, mi reputación me lo imposibilita.

— ¿No me quedaré hablando con un amigo imaginario?

— Me reproduzco en lo dicho anteriormente.

Se darán la mano estrechándola con fuerza.

Al día siguiente, en la grasienta oficina del bar, Flora entregará un sobre con cinco mil euros en billetes de quinientos junto a los datos de Julián.

Transcurrirán cuatro semanas de desazón. Flora aguardará la noticia en cada momento, en cada telediario, en cada llamada de teléfono recibida. No se producirá. «Este hippie me ha estafado. Me siento tonta, pequeña, minidosis, la hermana de Gargamet». El sábado 9 de noviembre volverá al bar Silver Street. Encontrará al Gurrapo en su lugar, quien al verla le indicará con la mano, sosegado, que se siente a su lado.

— Todavía no ha cumplido el encargo. ¿Cuánto tiempo me voy a quedar esperando su momento de gloria?

—Las condiciones medioambientales y logísticas lo han obstaculizado. Ya está todo computado, la operación se acometerá sin falta durante la semana del puente de la Inmaculada.

—Pero, falta un mes.

—Antes es inverosímil.

—Me aseguré que en dos semanas estaba terminado.

—La regularidad en otros procesos así lo marcaba, es una media aritmética, hay casos que son desiguales, en unos se tarda un día y en otros meses.

«No le voy a seguir el rollo al medio planta este, me pondré básico-trágica».

—Espero que cumpla con lo pactado. Nos jugamos la vida.

—No lo recele, mi profesionalidad y renombre así lo exigen.

—Si no lo hace tendrá que devolverme el dinero.

—Jamás he tenido que reembolsarlo, todos mis clientes me han valorizado con cinco estrellas.

—Espero no tener que venir más. ¿Me puto entiende?

— Fidedigno.

Flora saldrá del bar mirándose los mocasines. Tendrá que esperar al puente de la Inmaculada.

4 de diciembre. «¿Qué he hecho?». Un mes de pesadillas diarias, recurrentes. «¿En qué me he convertido?». Monstruos goyescos desgarrarán el sueño de Flora sumiéndola en un agotamiento de fuerzas que pondrá en peligro la conducción del camión. «¿Cómo le hago esto a mi madre?». Habrá llegado el momento, el puente de diciembre se habrá venido encima rodando como una roca gigante para triturar la paz de los corazones. «¿Sabrá Esther que soy una aberración?». El mayor de los pecados que pueda cometer un ser humano la agarra con uñas afiladas

para zarandearla y llamarla parricida. «¿Y si me paso el resto de mi vida en la cárcel?, ¡tengo que parar esto!, iré a ver al Gurrapo, le diré que se quede con el dinero, pero que no haga nada».

Al llegar a Sevilla, se dirigirá con el camión, todavía cargado, al bar Silver Street. A través de las cristalerías buscará ansiosa con la mirada la figura del Gurrapo sentado en su taburete. «¡Su puta madre, no está, me entra el escorbuto!». Empujará la puerta embistiendo con ambas manos, mirará en redondo con un mareante movimiento de cabeza. «Parezco alienígena». Correrá a la barra donde la Fea se encontrará sirviendo cañas de cerveza a dos trabajadores de la construcción que no dejan de admirar el canalillo entre sus pechos categóricos.

—Perdona, ¿sabes si este señor al que llaman Gurrapo ha venido hoy? —preguntará Flora.

—El Gurrapo está en Marbella, ha ido a pasar el puente.

—¿Estás segura?

—Claro, se fue ayer.

—¿Me puedes dar su número de teléfono?

—Eso nos lo tiene totalmente prohibido.

Flora se llevará las manos a la cabeza. «Ya me veo buscando en Ryanair vuelos solo de ida a Australia». No puede contactar con él. Las dudas aletearán sobre su inseguridad. «A ver si me aclaro con mi lógica aplastante de pura trastornada. ¿Se habrá ido de verdad a Marbella porque es un estafador y no va a cometer el asesinato?, ¿lo habrá dicho aquí para disimular su ausencia, pero no se ha marchado y sí tiene pensado llevarlo a cabo?». El puente se hará realidad con aroma a roscos de vino y panderetas, pronto serán respondidos sus interrogantes.

5 de diciembre. Tras la cristalería, la lluvia cerrada, persistente, tornará borrosa la caída de la tarde oscura. Flora hormigeará de un lado a otro

como ida, no podrá concentrarse en colgar las bolas de Navidad en el árbol. «Cuatro paredes de cara a los demás».

—¿Qué te pasa? —preguntará Esther.

—Nada. Estoy cansada.

Luisa acercará a la mesa del salón varias tazas de café y una caja de pastas surtidas. En el ordenador, sonará música navideña orquestada. Esther exhibirá su buen gusto en cada lazo, en cada adorno. El móvil de Luisa vibrará frenético.

—Dime.

Al otro lado del aparato, Antonio declarará en tono grave:

—Julián ha recibido dos disparos, uno de ellos en la cabeza. Está aquí, junto a mis pies, tirado en el suelo.

Luisa lanzará un grito agudo, exclamará consternada:

—¡Flora, han disparado a tu padre!

Flora redondeará los ojos con estupor, después se derrumbará al suelo retorciéndose, arrancándose los cabellos a puñados con ambas manos, lamentándose, aullando de dolor. Maldecirá todo el odio que le ha guardado a su padre y la ha impulsado a cometer algo que no pretendía. Lamentará, extirpándose las entrañas, no haber podido detener al Gurrapo:

—¡He sido yo quien lo ha matado, es mi culpa! ¡La culpa es mía, he sido yo, he sido yo, he sido yo!

Acuarela para un padre ausente

21:15 h del martes 8 de enero de 2019.

Flora:

Tengo que cortar ya.  
Voy a cenar y a acostarme.  
Mañana salgo temprano.

Esther:

Sí, ya me duelen los dedos.  
Nunca pensé que podía pasarme  
una tarde entera con el WhatsApp.

A mí también me duelen.  
Sarna con gusto no pica.

¡Verdad! Mañana seguimos hablando.

Hasta mañana cariño.

Hasta mañana amor.

¿Cariño, amor? Solo nos conocemos de un día.

Es suficiente.

Flora partirá muy de mañana con su camión. Cargará, después pondrá rumbo a Extremadura. Esta semana llegará hasta Asturias. Nace un nuevo año para ella. No se imagina que en el próximo mes de diciembre estará prometida con esa chica con la que se escribe en el WhatsApp.

Manuel Bobis Reinoso

Desearán tener un bebé, estarán de acuerdo en que Esther sea quien lo conciba en su vientre, se llamará Luis o Luisa. Creerá haber encontrado un padre en un novio que su madre se echará dentro de unos meses. Habrá decidido asesinar a su propio padre a quien, después de un tiroteo en el que resultará gravemente herido, no volverá a ver más en la vida.

No es muy tarde, pero está cansada. Una cena ligera y a la cama.

## 6

# Rojo fuego

10:00 h del sábado 12 de enero de 2019.

«Si Amaranta tiene que trabajar hoy, mejor me voy al taller y adelanto tarea». Los electrodos chisporrotean cuando Abdón suelda una placa a una barra de dos centímetros a la que ha dado forma por la mañana. No quiere ni oír hablar de la carpintería de aluminio, ese nicho de negocio «que se lo coma otro y le siente bien». Él es herrero artístico, igual que lo era su padre. Rejas, balcones, vallas, portones que dan gusto verlos, que embellecen Sevilla. Su labor es pura artesanía. Tiene tatuado el olor a hierro en cada poro de su piel. La cabeza; esférica, gigante, calva como una bala de cañón; la protege con el casco de soldar contra las radiaciones del arco y las salpicaduras del metal. Su único ojo sano consigue soldaduras invisibles, sus dedos gruesos obran acabados finísimos propios de manos de adolescente japonesa, sus antebrazos, tan fuertes como los de Goliat, descargan una potencia descomunal a la maza cuando es necesario doblar al hierro.

Mientras compone barra a barra una cancela, recuerda el día que conoció a Amaranta. Sentada en un banco junto a sus amigas, reían cuando él pasaba camino de la parada del autobús con la vista arrastrada por la acera. Se había enamorado al instante de aquella chica de largos cabellos rubios, ojos turquesa, caderas redondeadas. Era

igualita que Sigrid. Él, tonto *perdío*, no se hubiera atrevido a dar el paso en cinco años. Fue ella la que, preguntando en el barrio, consiguió el teléfono y el nombre de Abdón. No podía creerlo cuando su padre le gritó desde el góndola verde manzana:

—¡Abdón, ponte, es una muchacha!

¡Era ella, le preguntaba si le apetecía salir a pasear y a tomar algo! Hacía sus cuentas, calculaba que durante la quinta cita ya se atrevería a besarla. No podía ni imaginar que ese mismo anochecer, amparada en la penumbra del parque de María Luisa, Amaranta se lanzara excitada contra su boca, extrajera su erecto pene del pantalón y lo masturbara hasta explotar, extasiado, contra el troco del árbol. Bajo el leve vestido veraniego de tirantes en color rosa, sus manos de diecinueve pudieron disfrutar de los senos y las nalgas de dieciséis, e incluso pudieron sumergirse, sin impedimento, hasta el mismo centro húmedo y caliente.

La ama, es la mujer casi perfecta, siempre amable y cariñosa, dulce y sosegada, atractiva y ardiente en la cama, simpática y atenta. Junto a ella se siente absolutamente feliz. Casi perfecta. ¿Dónde está el casi? En esa impulsividad que la lanza a desaparecer empleando magistralmente la herramienta de la mentira. De novios, ya tuvo que seguirla en una ocasión para comprobar que se había citado en La Encarnación con otro joven y que entraban en una pensión. Esperó en la puerta del establecimiento, cuando horas más tarde bajaron las escaleras, la sorpresa se reflejaba en los ojos concentrados de Amaranta. Abdón proyectó su puño de herrero sobre el rostro del joven, quien cayó al suelo con la nariz rota, reventada en sangre. La muchacha salió corriendo aterrorizada. Dos días después, la había perdonado enternecido por sus llantos, súplicas, besos, caricias, no volverá a pasar y una camisa que le había comprado.

Decían las malas lenguas que en la despedida de soltera Amaranta se lo había pasado excesivamente bien, pero eran solo rumores, risitas, bromas llegadas a los oídos y a los celos de Abdón. Incluso algún malvado había dejado caer por ahí que, en el convite de su propia boda, ella había desaparecido durante media hora y se había arremangado el vestido marfil para que un antiguo novio le diera la bienvenida al mundo de los casados mientras él, sentado junto a su madre y su suegra, se acababa el trozo de tarta y la copa de cava mirando una y otra vez hacia el pasillo donde se ubicaban los servicios para ver si su esposa retornaba a la mesa.

Es muy dichoso con ella, solo ese «puto vicio» lo emponzoña todo. Revive los malos momentos: cuando supieron que no podrían tener hijos, cuando él se vació el ojo en un accidente en la herrería, cuando la sorprendía una y otra vez en infidelidades, la cárcel por agredir salvajemente a uno de sus amantes, cuando la volvía a perdonar con la esperanza de que fuera la última vez.

Abdón visita a su madre tres veces en semana. Nada le gusta más que una reunión familiar donde abraza y besa a diestro y siniestro mientras mantiene vivo el carbón de la barbacoa. Es de lágrima fácil, por eso no le gusta ver películas, le da vergüenza que los demás vean cómo se le humedecen los ojos. Sus sobrinos acuden a él cuando sus padres les niegan algún capricho. Abdón jamás les ha dado un no por respuesta, satisface sus peticiones y además se los lleva a comer al McDonald's. El día de Reyes carga su camioneta de paquetes envueltos y visita a cada una de sus tres hermanas. Es tan bonachón que ninguno de sus tres cuñados les parece idiota. Le emboba montar los castillos o barcos de Playmobil con los niños. Es el único día del año que al acostarse se entristece por no haber tenido hijos. Abdón no le haría daño a nadie, excepto cuando los celos por las infidelidades de Amaranta lo

convierten en un monstruo que se deja llevar por sus instintos agresivos de conservación de la hembra.

«Es muy raro que Amaranta haya tenido que trabajar en sábado». La desconfianza frunce el ceño de Abdón y alarga su semblante serio. Ella llegará de Aracena por la noche, después de cenar. «¿Se estará repitiendo la historia?, ¿se estará adornando mi frente con la cornamenta más irrisoria y evidente de la historia de la humanidad?».

A las dos de la tarde, Amaranta aguardará en la habitación ciento veinticinco del hotel Aracena Park. En el centro de un folio, pintará con su bolígrafo Cross de oro un 69 bien grande. Abrirá la puerta, con cinta adhesiva cubrirá el 125 en números dorados con el folio pintado. La habitación la acoge con una cama enorme de matrimonio, una pantalla panorámica de televisión a la que le inyectará porno desde el portátil por la conexión HDMI y un yacusi. El ambiente invitará a una sobremesa de pasión. Desde el balcón soleado, podrá contemplar la imagen de una Aracena dorada de invierno.

El WhatsApp revelará con un zumbido:

Julián:

Ya estoy en el restaurante del hotel.

La mujer bajará a la planta menos uno. Su melena rubia, sus caderas rotundas de mujer cuarentona, sus labios rojos, su perfume mareante, sus pechos reventones llamarán la atención de comensales y camareros. Julián, con mueca de triunfo, boca babosa mojada en lujuria, la invitará a sentarse con un gesto de la mano.

—¿Te gusta tu regalo de aniversario? —preguntará Amaranta mientras arrima el canalón de su escote al mantel.

— ¡Me ha encantado!, no te puedes ni hacer una idea de la alegría que me he llevado, ¡pasar el sábado contigo! ¿Cómo has hecho para burlar al mostrenco de tu marido?

— Le he dicho que tenía que cerrar una venta aquí, que debía ser hoy forzosamente.

— ¿En sábado? ¡Y se lo ha tragado! Todo lo que tiene de bestia lo tiene de corto.

— Esa ventaja tengo: un trabajo comercial que a veces no entiende de fines de semana y un marido simple. ¿Tú has tenido problema con tu mujer?

— ¿Luisa? Esa ni rechista, come de mi mano. Te pensaba entregar tu regalo el jueves en la consulta, pero ya que me has preparado esta sorpresa te lo doy hoy.

Amaranta rasgará el envoltorio, abrirá la caja nacarada. La pulsera de oro está compuesta con eslabones «más gruesos que las cadenas de la catedral». Las turquesas engarzadas hacen juego con los ojos de Amaranta. La cerrará alrededor de su torneada y blanquecina muñeca, hará un gesto de pay pay con la mano abierta y la sonrisa radiante, como diciendo: «¡Mira qué bien me sienta!».

Primero dos cervezas. Al servir las, un camarero intachablemente uniformado, alto, calvo, admirará por el rabillo del ojo el canal y las piernas de Amaranta. Julián se dará cuenta. Las chacinas de la tierra las servirá otro camarero, en esa ocasión bajito y melenudo al que no le sienta tan bien el uniforme. Este será menos disimulado, estará tan embelesada su imaginación buceando entre los muslos que la minifalda de napa deja ver que tirará al suelo varios cubiertos.

— ¡Disculpen los señores!, enseguida les traigo cubiertos nuevos.

Julián no dirá nada, tan solo sonreirá con aires de triunfo. Secreto ibérico con crema de paté, Ribera del Duero a cuarenta la botella, helado, café, licor de guindas, cava y cubatas de Beefeater con cola *light*. Cuando se marchen, Julián sabrá que tras ellos los camareros estarán contemplando cómo se aleja el culo de Amaranta. Asentará su mano izquierda en la cintura de ella para dejarla caer hasta palpar el sublime trasero en forma de pera. La mano derecha se la colocará detrás de la espalda simulando asir un pene mientras realiza un meneo de arriba a abajo. «¡Haceos una paja, desgraciados!».

En el ascensor, Amaranta besará la boca de Julián mientras manosea jadeante, por encima del pantalón, el rígido falo. En la puerta de la habitación:

— ¡Ja, así que suite 69! ¡Esto me huele y me sabe muy bien! — comentará Julián.

Dentro, Amaranta tardará en quedarse totalmente desnuda diez segundos. La minifalda quedará tirada en el suelo junto a la entrada al servicio, la camisa volará buscando la lámpara, los taconazos rojos habrán ido a parar debajo de la cama, las medias sobre el calentador de agua y las bolsitas de té, las bragas y el sujetador fantasía aterrizarán sobre la cara y el pecho de su amante. Esperará a Julián tumbada en la cama bocarriba exhibiendo su chorreado sexo mientras se muerde el carmín.

— Ya me he tomado el Viagra, aunque sabes que a mí no me hace falta, y menos contigo que tienes categoría tres sin sacarla, pero la ocasión lo merece.

— ¿Qué es categoría tres sin sacarla?

— Cuando éramos jóvenes, Los Halcones calificábamos a las tías según lo buenas que estaban. El número indica las veces que nos correríamos con ella en una sola sesión de sexo. Sin sacarla significa que

seríamos capaces de llegar al orgasmo más de una vez sin necesidad de descansar, sin sacar la polla del coño. Había callos a las que calificábamos como cero, también chavalas uno, dos sacándola, dos sin sacarla, tres sacándola, y el máximo de tía buena: tres sin sacarla. Tú eres un hermoso ejemplar de tres sin sacarla.

— ¿A tu edad tres?

— Sería un milagro. A ver si me ayuda la pastillita azul.

— ¡Anda, ven, juguetea un rato con todos mis agujeros!

— ¿Con los oídos y la nariz también?

— ¡Idiota!

Manuel Bobis Reinoso

**11:00 h del sábado 12 de enero de 2019.**

Abdón ha vuelto de desayunar. En el bar del polígono industrial no están acostumbrados a verlo en sábado. «Mucha faena». De nuevo delante de la reja que está componiendo. «¡Tiene cojones que el que la ha encargado quiere que entre los distintos adornos aparezca la figura del toro de Osborne!» Abdón desgarró el papel de envolver, después desenvuelve el de pompitas, extrae la figura del toro de chapa en negro zaíno. Se la han traído expresamente del Puerto de Santa María. «Más cuernos para mis pensamientos recelosos». Da las primeras puntadas de soldadura para fijar al «puto verraco» a la cancela.

Viernes 8 de marzo de 2019, la tarde se hace noche. Amaranta habrá enviado un WhatsApp para quedar con Julián en un hotelito de citas cercano a San José de la Rinconada.

Amaranta:

Tengo que comentarte algo muy importante.

¿Nos vemos en La Polvera?

A las nueve y media.

Para que me dé tiempo de estar en mi casa a medianoche.

Al instante vibrará la contestación:

Julián:

Sí.

Catorce meses atrás, en enero de 2018, durante una de las reuniones del grupo de lectura, Flora estaba leyendo un capítulo de *Cincuenta sombras de Grey* de E. L. James:

*—Me doy la vuelta al momento, sin titubear. Me desabrocha el sujetador, coge los dos tirantes y tira de ellos hacia abajo, rozándome la piel con los dedos y con las uñas de los pulgares mientras me lo quita. El contacto me produce escalofríos y despierta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Está detrás de mí, tan cerca que noto el calor que irradia de él, y me calienta, me calienta entera. Me echa el pelo hacia atrás para que me caiga todo por la espalda, me coge un mechón de la nuca y me ladea la cabeza. Recorre con la nariz mi cuello descubierto, inhalando todo el tiempo, y luego asciende de nuevo a la oreja. Los músculos de mi vientre se contraen, impulsados por el deseo. Maldita sea, apenas me ha tocado y ya lo deseo.*

De pronto, Luisa sufrió una explosión de llanto, una erupción surgida desde lo más profundo de su sufrimiento que reventó en sus ojos, su nariz, su boca. Flora, Margarita, Silvestre y Amaranta se abalanzaron a consolarla.

—¿Qué te pasa?

Una emulsión aderezada de lágrimas, mocos, babas y rímel humedecía su traje chaqueta burdeos y salpicaba en sus zapatos de medio tacón negros. El pasaje leído le recordó cómo Julián le había sido infiel varias veces con señoritas jóvenes, seductoras. Entre suspiro y suspiro, entre comentario y comentario, entre insulto e insulto, Amaranta supo que el marido de Luisa era un psiquiatra maduro muy atractivo al que bastaba con destaparle un buen canalillo en el escote o unos muslos bajo una falda corta para que se inflamara y se lanzara a la conquista. Ya en casa, su impulsividad la condujo a buscar en internet la página web de Julián para pedirle cita. ¿Qué buscaba, un especialista que la ayudara a superar su adicción al sexo y su constante

insatisfacción, o una presa fácil que la hiciera gozar del morbo de engañar a su compañera del grupo de lectura? No lo sabía. Tal vez ambas figuras, aunque fueran incompatibles. De algo sí estaba segura: no le revelaría nunca a Luisa que estaba visitando a su marido.

El día de la primera consulta se recargó de forma provocativa. Sentada en el confortable, suave, amplio sillón de cuero negro, las piernas vestidas de pantis de red estampados de rombos y corazones reposaban cruzadas bajo su escasa falda amarilla mostaza. La mano derecha subía el tirante de su top blanco que se empeñaba en caer sobre el brazo izquierdo. Un ombligo perfecto se dejaba descubrir bajo una transparencia, su perfume había colapsado cada metro cúbico de aquel despacho. Respondió a la pregunta que le hizo Julián sobre cuál era el motivo de su visita:

—Estoy casada, pero los pensamientos sobre el sexo dominan mi mente, me encuentro en un estado permanente de excitación sexual. Mi comportamiento a este respecto es compulsivo y promiscuo en una búsqueda constante de relaciones, aunque estas sean arriesgadas. Sin embargo, esos contactos no me llenan, no evitan mi insatisfacción sexual permanente que me hunde en la soledad, en la tristeza, en la vergüenza por engañar a mi marido. Me siento aislada de mi familia. No quieren saber nada de mí. En el trabajo me causa problemas, aunque también me ayuda a conseguir resultados. No encuentro sentido a mi vida. Mi pensamiento anhela ser fiel, pero mi cuerpo galopa en sentido contrario.

Julián ladeaba la cabeza, permanecía callado. Amaranta le mantuvo el silencio y la mirada.

—Dibújeme una persona bajo la lluvia.

Amaranta esbozó a una mujer de grandes pechos, caderas anchas, una gran mata de pelo en cascada hasta las corvas. No dibujó paraguas, numerosos nubarrones, aguacero torrencial.

Silencio interesado, Julián contemplaba el dibujo a la vez que los labios carnosos y el escote de Amaranta.

— ¿En qué trabaja?

— Soy representante de mobiliario y aparataje industrial para hostelería.

— Me ha dicho antes que estas prácticas sexuales le ayudan en su trabajo.

— Sí, puede imaginarse la cantidad de pedidos conseguidos gracias a mis encantos. Cuando me canso de algunos señores, retornan a mi jefe agrias quejas sobre mi comportamiento profesional. Él me aguanta porque le hago ganar sus buenos dineros.

— ¿Estos impulsos los siente por cualquier hombre?

— Tiene que ser demasiado repelente para que yo no sucumba. Si es interesante, incluso soy yo quien toma la iniciativa.

Julián se acordó de sus amigos, Los Halcones. Preguntó:

— ¿Ha estado con varios hombres a la vez?

— Hasta con cuatro.

— ¿Qué siente?

— Primero placer sexual, morbo. Después me arrepiento, me hundo en la desesperación, me siento una piltrafa.

— ¿Y su marido?

— Es un hombre muy ingenuo, casi nunca se entera de nada. Cuando me descubre, bastan algunos mimos y regalos para que se le olvide y vuelva a creer que me he reformado.

Julián, con sus dedos índice y pulgar alrededor de su barbilla, clavaba su mirada en el descaro caprichoso de Amaranta. Ella respondía voluptuosa, recogiendo el pelo en un improvisado moño, dejando ver, ofreciendo, su cuello despejado.

— ¿Tiene calor?

—Un poco, pero me resulta agradable.

—¿Cuánto de atractivo debe ser un hombre para que sea usted la que tome la iniciativa?

Amaranta quiso contener su respuesta, pero no pudo. Aquellas palabras distraídas escaparon de sus labios rojos:

—Alguien tan sensual como usted.

Silencio vacilante.

—¿Desea realizar la terapia, quiere curarse, o más bien ha venido para tomar la iniciativa?

—¿Pueden ser ambas?

El deseo asomó a los ojos de Julián. Amaranta se encendió, sus gestos se tornaron suplicantes, amorosos, su boca entreabierta dejaba ver la punta de la lengua.

Silencio perverso.

Julián se levantó del sillón, echó el pestillo de la consulta. Al volver a la mesa, se arrimaba lentamente, pie a pie hacia Amaranta. Ella permanecía sentada, excitada, fácil. Bajo el pantalón de Julián se adivinaba la forma de una violenta erección que se aproximaba centímetro a centímetro a la cara de la mujer. Aquella prominencia se encontraba milimétricamente tan cerca que Amaranta podía percibir en su cara y en su olfato el calor turgente y carnal que desprendía. Alzó la mirada, encontró los ojos lascivos de Julián, quien ya le acariciaba el pelo y la cara con ambas manos. Sonrió apetitosa.

La habitación del hotel, al que distinguen cariñosamente como La Polvera, se comprime en cuatro metros cuadrados de paredes blancas, mesita de noche clara de pino, cabezal de la cama a juego que taconeaba con un clonc en cada meneo sobre el hundido colchón. Espejito en la pared, caballo veloz en una lámina barata, servicio minúsculo,

pestilente como una cloaca. Después de hacer el amor, Amaranta prevendrá a Julián:

— El jueves pasado, en la reunión del grupo de lectura, Silvestre estuvo diciendo que lo habías tratado muy mal en la consulta.

— No aguanto a los imbéciles, nunca he podido con ellos, y ahora, a mi edad, menos.

— Te has tomado a broma su obsesión igual que te aprovechaste de la mía. La terapia que has perpetrado conmigo ha sido engancharme a ti.

— ¿No estás contenta? Ahora sabes lo que es un tío de verdad. Al carajote ese le he cambiado la obsesión de un plumazo, ahora seguro que le da igual la puta perra.

— Afirma que hasta que no te asesine no va a curarse de su mal.

— ¡Estupideces!, ese no mata ni a una mosca.

— ¿No te lo han comentado ni tu mujer ni tu hija?

— ¿Esas?, ¡son las primeras a las que les gustaría verme muerto!

— Como quieras, pero mi obligación es avisarte. Por cierto, ¡buen polvo jabato!

Julián sonreirá triunfante, complacido de sí mismo.

Amaranta se vestirá. Abdón, su marido, la estará esperando. El herrero, como todos los viernes por la tarde, habrá paseado hasta el supermercado de El Corte Inglés para comprar dos medallones de solomillo de ternera, patés finos, marisco, cervezas belgas, una botella de Albariño y otra de cava. Amaranta regresará un poco tarde para cenar, inconvenientes de su trabajo, pero la estará aguardando con la mesa puesta, las velas encendidas, la película escogida. Amaranta quiere muchísimo a Abdón, lo adora. «¡Cuánto no daría por serle fiel!, pero este vicio loco no me deja».

**12:00 h del sábado 12 de enero de 2019.**

El torito de Osborne ya está soldado a la cancela «con su puta madre». Ahora la vara de Esculapio, «o como coño se llame». El «gachón» que la ha encargado es médico y quiere que también aparezca el símbolo de la salud en la puerta de entrada a la parcela de su «pedazo» de chalet. «Esto me gusta, la salud es lo primero».

A mediados de marzo, Abdón barruntará que Amaranta mantiene una nueva aventura. ¿Por qué? Porque hace ya un año que a ese cariño y dulzura que ella pone siempre en su relación le está añadiendo un plus de atenciones. La conoce bien, cada vez que está inmersa en una de sus infidelidades, no para de hacerle regalos, procura que no falten en casa las delicias que a él le agradan. Insiste en visitar a su madre y a sus hermanas, no falta un día en el que no lo colme de caricias y mimos que lo ablandan y lo convencen de que su imaginación ve donde nada existe.

Estarán cenando, el día habrá sido largo, ambos estarán cansados, Amaranta habrá tenido que viajar a la provincia de Cádiz, habrá vendido una máquina de café, dos vitrinas expositoras y una plancha. Abdón habrá compuesto en un solo día todas las rejas que han de guardar las ventanas de un piso de Los Remedios. En el exterior, la nieve caerá en copos finos. Será un momento propicio para charlar.

—Voy a pedir cita para el urólogo —comentará Abdón.

Amaranta se alarmará. El trozo de pollo al curri que acabará de ingerir se le quedará atravesado, no querrá seguir su camino hacia el cardias. Un trago de Vichy Catalán lo empujará hacia su destino obligado. Cuando la mujer consiga respirar preguntará:

—¿Qué te ocurre?

—Desde hace un tiempo siento un gran escozor al orinar, me sale del pene como una crema mal oliente. Se me han inflamado ambos testículos, he comenzado a tener unas décimas de fiebre.

—Seguro que no tiene importancia, no vale la pena que vayas al médico para eso. Es una infección de orina, yo la tengo también, hace poco estuve en el médico, no te lo he comentado porque no tiene importancia, puedes tomarte las pastillas que yo estoy tomando.

—¿Que no tiene importancia? ¿Crees que no debo acudir al médico?

—¿Para qué? Eso va a ser seguro una infección de orina como la que estoy padeciendo yo, ahí tienes el tratamiento, te puedes tomar esta misma noche una pastilla.

—No lo entiendo. Tú, que te desvives en cuidados hacia mi persona, ¿no quieres que acuda al médico?

—Esa es la mayor prueba de que estoy tranquila. Puedes ir si quieres, estoy segura de que te va a decir lo mismo que yo te he comentado y que te va a mandar el mismo tratamiento.

—Tienes razón. No vale la pena acudir al médico, cuanto antes me trate mejor. Dime dónde están esas pastillas.

Amaranta suspirará de alivio. Cuando acabe la cena, Abdón, antes de tomarse la pastilla, desplegará el prospecto sábana, lo leerá con su único ojo sano. Amaranta observará con disimulo, no podrá dejar de dar vueltas a la taza de manzanilla que se habrá preparado. Las piernas le temblarán, las manos le sudarán.

—¡Esto se utiliza para enfermedades venéreas! —El rostro de Abdón, serio y oscuro, aterrorizará a Amaranta, quien contestará con pretendida, pero falsa seguridad:

—Y para las infecciones de orina, aunque ahí no lo ponga. Ya sabes que los prospectos no se deben leer.

Abdón se tragará la pastilla con un trago de agua, pero no acabará de tragarse lo que su esposa le cuenta.

Lunes 1 de abril de 2019. Abdón se encontrará en la consulta del urólogo, un sesentón grave de pelo largo y ondulado con perilla frondosa, todo bañado en blanco experiencia. Le aportará unas analíticas que el propio doctor le habrá mandado unos días antes. No le habrá dicho nada a Amaranta porque algo le dice que ella no quiere que acuda al médico. No acabará de quedarse tranquilo, las sospechas se clavarán en sus sienes como agujas incandescentes. Las noches en vela lo habrán convencido de que su mal nunca tendrá fin.

—Padece usted una infección por clamidia. ¿Sabe qué es lo que significa?

—Sí, lo sé muy bien, no hace falta que me lo explique.

No le cabrá duda de que Amaranta nuevamente mantiene relaciones extramatrimoniales, pero querrá saber con quién. Abdón está harto de capitanes Trueno, atractivos de mandíbula ancha y bellas facciones a cuyos encantos sucumbe, una y otra vez, su esposa. Hermosos varones que caen desplomados al primer impacto de su puño de herrero. Ya ha sufrido la cárcel en una ocasión, pero no le importaría volver, allí nadie osaba rechistarle, era alguien.

En casa, rebuscará en todos los cajones, no encontrará nada. Cuando su mujer duerma buceará en su móvil. Muchos números de teléfono de clientes y WhatsApp, demasiados nombres, ni una sola palabra de sexo o de amor. Se obsesionará con las redes sociales de ella, tiene acceso, hace tiempo que Amaranta le facilitó todas sus claves. Nada, no encuentra nada sospechoso que pueda conducirlo a conocer de quién se trata. En esa ocasión no se va a burlar de él, aunque no sabe cómo lo hace para que no se dé cuenta. Si ella piensa que es un simple

bruto, es la ocasión perfecta para demostrarle que debajo de su apariencia montaraz se esconde un saber profundo, aunque indomable.

Dos días después, no quedará un solo rincón del coqueto pisito en el que no haya buscado: cajones, jarrones, botes de la cocina, joyeros. Se habrá convencido de que no encontrará nada. Su mujer es maestra en la mentira, profesora del engaño en la universidad de la desvergüenza, experta en hacerlo sufrir. Sabe muy bien cómo llevarlo a cabo sin dejar rastro.

Como todas las noches, Abdón tendrá la cena preparada y la mesa puesta. Habrá ido colocando con dolorosa paciencia el mantel bordado, cada cubierto, las servilletas rojas de hilo, la vajilla buena que compraron en Londres, las copas de Bohemia. Quisiera que cada día junto a ella fuera una fiesta, pero el destino se ha empeñado en mezclar, en la coctelera de su ser, la pasión con el dolor aderezados con unas gotas de sangre.

Esperará sentado en un sillón de cuadros a que Amaranta llegue del trabajo. Sonará la cerradura, será ella, soltará el bolso y la chaqueta en el perchero, correrá hacia Abdón con sonrisa ilusionada, «¡Churri mío!», se sentará en sus rodillas, abrazará el fornido cuello y besará en toda su esférica cabeza repetidamente. Habrán recibido besos los labios, las mejillas, las cejas y la amplia calva de Abdón.

— ¿Qué has preparado para cenar cariño?, ¡tengo un hambre!, me comería hasta las piedras. ¿Hay cervecita fría?

Durante la cena, Amaranta no parará de contar cómo le va en el trabajo: problemas, discusiones con el jefe y satisfacciones del día a día. Hablará y hablará mirando y degustando la ensalada de naranja, bacalao, cebolleta y sésamo. No reparará en que esa noche el rostro de Abdón permanece duro y frío como el mármol. Él no la escuchará, solo mirará sus pechos bajo el fino suéter rosa. Los imaginará desnudos

rozando el pecho de otro hombre, sus labios carnosos jugueteando con el pene de otro hombre, su sexo penetrado por la lujuria de otro hombre. La lava de su volcán se habrá encendido, ascenderá desde los testículos, subirá por su tronco y erupcionará en sus oídos, su nariz y por fin en su boca:

—He acudido a la consulta del urólogo. Me ha diagnosticado una infección por clamidia.

Amaranta se sentirá paralizada, toda la alegría que la acompañaba se habrá volatilizado con las palabras de Abdón. Su entrecejo se fruncirá, su boca quedará entreabierta, sus ojos aterrados y fijos en los de su marido. Callará, no podrá emitir palabra. Abdón proseguirá:

—Me vas a decir ahora con quién te estás viendo, y quiero que me digas la verdad.

—¡Te juro que no estoy con nadie, ese médico debe de haberse equivocado!

—La analítica es clara.

—¡Pues yo no he estado con nadie, así que has tenido que ser tú quien te has follado a otra por ahí!

Abdón se levantará con la energía desprendida en un choque de trenes. La mesa de madera maciza caerá de costado golpeando el suelo, platos y copas volarán hasta estrellarse en infinitos pedazos. Amaranta quedará bloqueada, sentada en su silla, sus manos de uñas esculpidas pintadas en rojo pánico intentarán proteger su cara instintivamente. Delante de ella habrá desaparecido la mesa, solo un suelo de loza rota, mil vidrios cortantes y restos de la ensalada la separarán de su marido. Antes de que pueda reaccionar, la furia de Abdón saltará hacia Amaranta, la tomará por el cuello con la mano izquierda, la derecha la elevará en forma de amenaza.

— ¡Me lo dices o te mato aquí mismo!

Abdón nunca ha agredido a Amaranta, pero ella conoce bien el fulgor en los ojos previo a una tormenta de golpes de una potencia monstruosa que podrían matarla al primer impacto. Antiguos amantes ya habían probado de la fuerza de su puño. Ese fulgor centelleará en los ojos de Abdón. Amaranta intentará apartar con sus manos el brazo triple de su marido, se asfixiará, un gesto de sus ojos expresará que quiere hablar. Abdón la soltará y bajará el puño. Amaranta caerá al suelo, toserá, su cuello y su cara habrán tomado un tono morado cianótico. El aire entrará de golpe en sus pulmones en un suspiro de vida, ni siquiera sus ojos vueltos asustarán a su marido, de pie junto a ella, casi pisándola. Cuando recobre el resuello:

— ¡No por favor, te lo contaré todo!

Abdón se sentará en el sillón de cuadros, de la mesita de metacrilato cogerá un cuaderno pequeño y un bolígrafo que tenía ya preparados.

— No quiero que me des detalles, eso te lo guardas escondido en tu propio vicio, solo quiero que me digas quién es, dónde vive y dónde trabaja.

La mujer confesará entre lágrimas, de su boca caerán como sentencias uno a uno todos los datos de su amante. En la cama no habrá cruces de palabras ni de miradas, solo espalda contra espalda. La noche oscura se presentará muy larga, pero los días venideros lo serán más. Amaranta se pondrá cuello alto para ocultar los cardenales que delatarán su infortunio. Abdón se vestirá, una vez más, de Goliat.

**13:00 h del sábado 12 de enero de 2019.**

Es la hora del aperitivo, sacará una cerveza y unas aceitunas del frigorífico que se encuentra en lo que alguna vez pretendió ser oficina de la nave. Se había imaginado a él dirigiendo desde las altas cristaleras a sus cuarenta empleados, pero la vida no siguió el camino de sus deseos, treinta y tantos años después sigue trabajando solo, mandándose a sí mismo. Al menos no tiene que aguantar a ningún jefe.

Mientras degusta su tentempié, lee un poco de un cómic del Capitán Trueno. Tiene toda la colección: ediciones antiguas, modernas y recién editadas. Su reverenciado ídolo es Goliat. Hubo quien pensó, cuando se vació el ojo en la herrería con un punzón fino, que lo había hecho adrede. No, fue solo una casualidad, pero eso sí, ya que el destino así lo había querido, no consintió nunca ponerse un ojo de cristal, llevaría por siempre un parche. Ya tenía suficiente edad como para que nadie se burlara de él con la gilipollez del «pirata».

A finales de abril, Abdón esperará en la cola del cajero del banco. Le verá el cogote a cinco personas delante de él, una chica joven se volverá y se fijará indisimuladamente en el parche. Ha aprendido a no dar importancia, le enfada más el plan en el que se están poniendo los bancos. «Cada vez peor, nos quieren echar de las oficinas, ahora han puesto un horario para operaciones con dinero en efectivo. ¡Qué ladrones!, y encima quieren que paguemos por prestarles nuestro dinero». En unas mesas más allá, un señor con traje gris perla y corbata azul postración estará intentando convencer a un matrimonio ensortijado de las bondades de ciertos productos financieros. Olerá al día anterior, se nota que la limpiadora no ha realizado aún la tarea.

Abdón zapateará nervioso, no conseguirá mantenerse alineado con el cliente que le precede. «¡Vamos, vamos!».

Un cartel ilustrado con un precioso dibujo de una familia feliz que invita a suscribir un plan de pensiones cuelga frente a él. Abdón se sentirá fascinado por el dibujo. Recordará su gusto por el Capitán Trueno. Años leyendo junto a su hermano en la soledad de su habitación compartida. Su padre llegaba de trabajar muy de noche con su mono azul faena manchado de grasa, oliendo a hierro. Su madre limpiaba las miserias y las frustraciones de la familia de otra para que sus hijos pudieran poner un poco de aceite en el pan seco. Las manos de sus hermanas hacían de madre.

En el colegio y en la plazuela, él era el héroe entre sus amigos por la fuerza que poseía. «¡Mi hermano es el Capitán Trueno, yo soy Goliat!». Era capaz de levantar las pesas de un primo de su amigo que se preparaba para la Guardia Civil con una sola mano. El amigo, débil, no podía alzarlas con las dos. Su hermano era muy guapo, casi todas las niñas del barrio desmayaban de enamoramiento cuando paseaba su figura atlética y su hoyo en la barbilla por delante de la devoción femenina. Cuando murió, tan joven, caído sobre el albero del campo de fútbol del barrio, lo lloraron cientos de ojos adolescentes. La familia añadió una tragedia más a su pobreza de ropa limpia. El pelo negro de su padre encaneció de nieve en una sola noche, su madre no volvió a salir de casa. Goliat tendría que afrontar sus aventuras en solitario.

Abdón no tenía tanto éxito con las mujeres como su hermano. Solo había medio gozado de una novia raquítica y sin sustancia, de nariz aguileña y risa de bocinazo de pato que le duró dos semanas. El romance terminó con el labio de ella reventado por el revés de la mano pétrea de Abdón. «A mí nadie me llama maricón». No conoció otros labios jóvenes de mujer hasta que Amaranta se fijó en él.

La cajera rondará los cincuenta. Es grandota, tiene el pelo rizado, teñido de un castaño muy claro, tirando a descafeinado con leche sin azúcar. En su desidia se reflejarán los muchos años de profesión y las escasas medallas recibidas.

—Quería sacar dinero en efectivo.

La cajera mirará el parche abrazado a la cabeza esférica de Abdón. Le facilitará un papel para que lo firme con un bolígrafo apesado por un gusanillo extensible.

—Diez mil, por favor.

Abdón depositará el dinero en billetes de quinientos, cien y cincuenta en un sobre que introducirá en el bolsillo corazón de su chaqueta. ¿Miedo a que le roben? Nadie osará siquiera acercarse a su pecho de armario y a sus antebrazos como leños de encina.

Durante la cena, es el único momento del día que tienen para hablar, comentará a Amaranta:

—Mañana tengo cita con Julián, la he tomado con nombre falso.

—¿Para qué? —preguntará Amaranta temerosa, preocupada.

Sus pupilas asustadas se dilatarán, a través de ellas se podrá leer el pánico agazapado en el cerebro. El rojo de sus mejillas se encenderá, la respiración se entrecortará, el teñido rubio comenzará a decolorarse.

—Le voy a enseñar a respetar a las mujeres de los demás. Para demostrarme que me quieres debes de estar de acuerdo en que le dé un escarmiento. Mañana no irás a trabajar, la prueba de tu amor hacia mí consistirá en que no le digas nada y esperar, paciente y cariñosa, a que yo vuelva de disfrutar de mi venganza. Cuando regrese, tendrás preparado un baño de sales, una botella de cava. Brindaremos desnudos por nuestra pareja, te entregarás a mí y me susurrarás al oído las más bellas frases de amor que se te ocurran.

Amaranta no dirá nada. Solo fijará pensativa su mirada en el plato de cogollitos de Tudela con ajos refritos y anchoas en aceite con sus gotas oscuras de vinagre balsámico de Módena por encima. Se le habrá hurtado el apetito, el nudo en la garganta no permitirá pasar ni un sorbo de agua con gas. La noche goteará minuto a minuto, verá pasar todas las horas fosforescentes por el reloj en la oscuridad. El sabor a plomo secará su paladar. Sentirá ganas de vomitar sobre la taza del váter. Amanecerá.

Una nube roja bochorno llorará barro sobre la ciudad. Nada más salir Abdón por la puerta, Amaranta, en pijama ajustado blanco con corazoncitos rojos y verdes, llamará apremiante a la puerta de su vecina Consuelo, quien abrirá en bata con cara de necesito un café.

—Chelo, se me ha roto el móvil y tengo que hacer una llamada urgente. ¿Te importaría dejarme el tuyo?

—Claro que no me importa.

—En dos minutos te lo devuelvo.

Desde su casa, los dedos temblorosos se equivocarán dos veces al marcar. Amaranta llamará a Julián, se sabe el número de memoria. Sonará una vez, no lo cogerá, «¡vamos, vamos!», sonará otra vez, «¡venga hostias!», sonará la tercera:

—¿Sí?

—¡Julián, por Dios, soy Amaranta, que Guillermina no le abra la puerta al paciente nuevo de las diez, es mi marido que quiere darte una paliza!

—¡¿Qué?!

Cuando Abdón llegue a la puerta del bloque donde Julián tiene la consulta, coincidirá con una persona que antes de salir le sujetará la puerta de cristales para que entre.

—Gracias.

No habrá tenido que llamar al telefonillo. Las pisadas empolvarán el mármol de rojo. Las luces del ascensor descenderán desde la quinta planta. Dentro, el espejo reflejará un rostro de piedra. El acristalado del pasillo proyectará la anchura sobrenatural de hombros. Delante de la puerta de la consulta, el dedo índice, grueso como una salchicha Bratwurts, llamará al timbre. Julián habrá apagado todas las luces, no abrirá, le habrá dicho a Guillermina que cancele todas las visitas del día y se marche a casa. Abdón volverá a llamar, en el interior no se oirá nada. Aporreará la puerta con su puño izquierdo a la vez que toca el timbre. En media hora, después de llamar repetidamente, se marchará.

La consulta se mantendrá oscura. Julián temblará acurrucado en el último rincón del baño, pondrá wasaps a sus amigos rogándoles que lo acompañen a casa. Cuando lleguen, saldrá arropado por Los Halcones.

Abdón abrirá la puerta de su casa, se dirigirá al salón donde espera Amaranta vestida con traje de fiesta, ya tendrá listas las sales y enfriado el cava.

—Le has avisado, ¿verdad?

—No.

Abdón alargará la mano.

—Dame el móvil.

Inspeccionará el aparato, no encontrará nada, ni en llamadas, ni en mensajes borrados de WhatsApp, ni en SMS, ni en correo electrónico, ni en redes sociales. Se lo devolverá.

—Sé que lo has hecho, pero me da igual, de vuelta a casa he reflexionado, no voy a volver a la cárcel por tu culpa. Allá tú con tu conciencia. Si te vuelvo a coger en un puterío me divorcio.

Amaranta llorará de alivio, mirará al cielo a través de un techo que le parece de cristal, se abrazará a Abdón, se lo comerá a besos, Abdón se dejará comer.

—No volverá a ocurrir —prometerá Amaranta arrodillada, abrazada a los gemelos de su marido. En la bañera y después en la cama, lo agasjará con su arte más exquisito.

**14:00 h del sábado 12 de enero de 2019.**

Abdón sigue armando la cancela. Para el centro diseñará una divina corona de flores de hierro. La forja él, la compone pétalo a pétalo, la paciencia es una virtud que nunca le ha faltado al herrero. En cuanto alguien desea un trabajo más complejo y embellecido, le muestra las fotografías de trabajos anteriores adornados con flores que él ha realizado. El cliente suele quedar embelesado, ruega que su encargo también quede rematado con la corona. Una corona de flores digna de mi labor, pero tan hermosa que parece confeccionada por la propia primavera.

En la mañana del martes 30 de abril de 2019, habré tomado asiento en la terraza de la cafetería Selene porque allí se desarrollarán los hechos sobre los que tendré que decidir. En mi mano acariciaré una moneda, la misma que llevo lanzando al aire desde que la vida es vida. La moneda es refulgente, brilla por los dos lados con la misma intensidad, aunque de diferente manera. Ella dictará si el pulgar señalará al cielo o al suelo. A veces ni siquiera la utilizo, es mi propio capricho el que decide: la luz de la vida frente a la luz de la muerte.

Abdón habrá aparcado su camioneta Toyota en el Nervión Plaza. Rondará la planta baja del Corte Inglés, por las cristaleras se divisa la entrada del bloque donde Julián tiene la consulta en la avenida de Luis Montoto. Engañó a su mujer diciéndole que ya no pretendía hacerle daño a su amante, era solo un ardid para que mujer y hombre relajaran la alerta. Hará como que busca algún artículo, sus ojos no se apartarán de la puerta cristalera al otro lado de la avenida. Ya se le habrá acercado una señorita.

—Solo estoy mirando, gracias.

Hará muy buen tiempo, se advertirán mangas cortas y minifaldas, un descanso de tanto polvo del desierto. El cielo azul actividad alegrará el día a los viandantes que bajan por manojos en la parada del autobús y se distribuyen como radios de una circunferencia. A las diez y media se abrirá la puerta del bloque. Saldrá Julián: pantalón claro, Lacoste y chaqueta de cuadros verdes y azules sin corbata. Abdón lo observará desde el interior del Corte Inglés, los músculos de Goliat comenzarán a tensarse, su rostro se endurecerá, su cuello solo obedecerá a sus ojos. Julián se parará en el semáforo, llevará el ABC en la mano, esperará a que se ponga en verde, hasta diez personas se situarán a su alrededor. La luz verde se encenderá en un esmeralda siniestro, el psiquiatra cruzará con paso calmado, pasará por delante del gran almacén, se recreará en su figura reflejada en los cristales, se sentará en la terraza de la cafetería Selene, muy cerca de donde yo estoy, lo observaré. Cruzará las piernas, es el mejor momento del día para relajarse, sacará las gafas del bolsillo corazón de su chaqueta, se las pondrá, abrirá el periódico. El camarero se acercará:

— ¿Lo de siempre?

Abdón habrá fotografiado en su cerebro de reptil dónde se ha sentado Julián, cruzará la planta baja, su paso será rápido, casi trotón. Saldrá por la puerta a Rico Cejudo, girará a la izquierda por Benito Mas y Prat. Allí vislumbrará a su presa, a escasos cincuenta metros, enmarcado en la diana de su visión obsesiva. Se acercará, la figura de Julián se irá haciendo más grande a cada paso que dé. Querrá sorprender a su víctima sentada de espaldas, quien no lo verá llegar. Más cerca, podrá distinguir perfectamente los cuadros de la chaqueta, se colocará justo detrás, olerá su perfume, más se enfadará imaginando a Amaranta disfrutando de ese efluvio desnudo. Observará la nuca de una cabeza canosa absorta en la lectura, será el momento, no habrá otro,

los dedos de ambas manos se le harán piñas, tensos todos los odios de su cuerpo. Descargará su puño contra las cervicales de Julián, quien caerá al suelo bocarriba. Los ojos vueltos se abrirán en blanco sin entender qué ha ocurrido. Varias mujeres gritarán, se levantarán asustadas de las mesas donde desayunan. Abdón, rodilla en tierra, volverá a lanzar su puño tres veces contra la nariz, que crujió como una nuez. Contra el pómulo, que hundirá su bóveda. Contra la boca, que estallará en explosión rojo catástrofe. Julián habrá perdido el sentido, su cabeza balanceará como un muñeco de flácido trapo. Continuarán los gritos, ruido de mesas y sillas arrastradas, varios hombres increparán a Abdón desde lejos, no se atreverán a acercarse. Goliat se levantará, su estatura asemejará a un gigante a los ojos de los aterrados espectadores, los puños seguirán apretados, se alejará con el trotecillo que le permiten sus kilos y sus años. Las miradas, las taquicardias y los insultos lo seguirán de lejos, sin atrever a acercarse. Se hará más pequeño, se perderá en el Nervión Plaza.

Habrá llegado el momento, me tocará a mí, seguiré acariciando la moneda, la lanzaré al aire, girará como un molinete, se suspenderá en su cenit, iniciará la caída, la volveré a atrapar. Abriré la mano, descubriré cuál de los dos resplandores le habrá tocado en suerte. La moneda me indicará que no habré de acunarlo en mi nave para conducirlo al otro lado de la existencia. No le habrá llegado su minuto, no habrá expirado el plazo, continuará viviendo.

Varias personas rodearán a Julián, alguien que dice ser médico lo atenderá. Diez minutos más tarde, llegará la ambulancia, los operarios le proporcionarán los primeros cuidados, le ajustarán un collarín, lo introducirán en el vehículo que arrancará a toda velocidad haciendo sonar la sirena. Los camareros recompondrán el campo de

batalla preguntándose qué es lo que ha ocurrido. Dudarán si limpiar o no la sangre. Pronto recibirán la visita de la policía.

Abdón escapará directamente a la herrería. Al subirla, la puerta metálica chirriará urgente. La maza aplastará y destrozará el móvil, los trozos, pequeños como cáscaras de avellanas cortantes, irán a parar al bolsillo. Al bajarla, la puerta resonará distinta, con un clonc atropellado. Tomará de nuevo la camioneta. Durante el trayecto recordará cómo fue apresado la última vez: la policía se presentó en su casa donde él se encontraba tranquilo y confiado como si no hubiera ocurrido nada. Pensaba que aquello sería como cuando se peleaba de pequeño en el colegio, sin consecuencias. «¡Mira que fui idiota, y más teniendo antecedentes penales también por agresión!». Percibirá en su memoria, como si fuera ayer, la sensación fría y punzante de las esposas y el caminar, brazos a la espalda, custodiado por dos policías. La soledad y el hielo de una manta fina en el calabozo. El señalamiento avergonzado durante el juicio, la indemnización, los interminables y angustiados meses de cárcel, Amaranta esperándolo sonriente a la salida. «Esta vez no va a ser así, no se repetirá, no van a tener cojones de dar conmigo». Aparcará la camioneta en San Jerónimo, arrojará al río los restos del móvil que llevaba en el bolsillo. «Ni siquiera así me fío». Se tocará el bolsillo trasero del pantalón, comprobará que lleva consigo la cartera donde guarda los diez mil euros que sacó del banco.

A finales de mayo, Julián habrá salido del hospital. Sonará el telefonillo en casa de Amaranta, quien dudará si contestar. No sabe dónde está Abdón, le tiene pavor. Decidirá descolgar el auricular.

— ¿Sí? — preguntará recelosa.

— Soy Julián.

«¿Julián?». Amaranta pulsará el botón, oirá un clac y un crujir de la cancela al abrirse. Tras el timbre de la puerta, aparecerá su amante en el descansillo rodeado de maletas. Aún quedarán rastros en su cara de la agresión sufrida. Será la primera vez que se vean después del incidente. No sabrán si llorar, sonreír o lanzarse a un abrazo que los funda en un solo cuerpo.

—¿Qué haces aquí?, ¿qué quieres? —preguntará Amaranta emocionada a la vez que temerosa.

—Me separo definitivamente de Luisa. Vengo a quedarme esta noche.

—¿Estás loco?, Abdón nos mata, es imposible.

—Lleva un mes desaparecido. No se atreverá a venir. Solo esta noche —rogará con la mirada—. Llamaré a la policía para que sepa que estoy aquí.

Julián tomará el móvil, marcará el número de Antonio.

—Antonio, soy Julián. Me voy a quedar a dormir esta noche en casa de Amaranta. He creído conveniente ponerlo en tu conocimiento.

—Ya lo sé.

—¿Cómo?

—Tengo puesta vigilancia cerca de la puerta del piso de Amaranta y en la herrería. Te han visto entrar. Abdón está desaparecido, lo buscamos, pero no lo encontramos. Hemos interrogado a sus hermanas, nadie lo ha visto desde que te agredió. Tal vez nos ayude que te quedas ahí para que se meta él solito en la trampa. Pondré también vigilancia en la puerta de tu consulta.

—Gracias.

Julián colgará.

—No tienes que temer, hay agentes vigilando la puerta de tu bloque.

—Solo una noche, pero por la mañana te irás.

La noche discurrirá tranquila, aunque cualquier ruido cotidiano provocará sobresaltos en los corazones. Amaranta ahogará su pánico para recordar el intenso placer del sexo con Julián. El día siguiente acontecerá con normalidad. Después de la consulta, el psiquiatra volverá a casa de Amaranta, se plantará el pijama de seda color mostaza y las zapatillas, abrirá una cerveza, se sentará en el sofá a ver las noticias en el televisor. Ella no le pedirá que se marche, él no realizará ningún intento de salir. Una nueva noche de sexo aguardará a la pareja, después dormirán profundamente.

Tres días más tarde, a través de la ventana, entre visillos, Abdón contemplará el discurrir de transeúntes. Imaginará historias sobre las personas que vea pasar. A todas las supone felizmente unidas a su pareja en un disfrute de entrega y fidelidad. «Yo soy el único cabestro». El sol deslumbrante de mayo invitará a pasear, pero el herrero se tendrá que conformar con la televisión, la ventana y el espejo; sus únicos entretenimientos. «Un mes metido en esta mierda de piso. No quepo ni en la ducha, me pica todo el cuerpo. Le agradezco a mi amigo que me lo haya cedido para refugiarme, pero se me está haciendo muy largo. Tengo que decidir, de una vez, qué es lo que voy a hacer».

Solo sale para comprar comida. Cuando lo hace vigila constantemente a su alrededor, el cuello le duele de mirar hacia un lado y otro, aunque se siente camuflado bajo el peluquín castañito Grecian 2000 y el ojo de cristal que encargó y que luce desde hace una semana. «Algo es algo, al menos la cabeza parece distinta». Sobrevive horas mirándose al espejo su cabello falso y su nueva mirada seductora. Ahora de frente, ahora de perfil. Por primera vez, se considera más Trueno que Goliat, incluso le apetece correr a una discoteca a ver si liga con alguna dama atractiva.

A media mañana, advertirá a lo lejos acercarse a su hermana Carmen bajo una capucha de Caperucita y unas enormes gafas de sol. «¿Qué quiere?, no debería venir aquí». El telefonillo mugirá, Abdón apretará el botón sin preguntar. No hay ascensor, cuando Carmen suba las escaleras y alcance el 2.º A, la puerta ya estará abierta para cerrarse tras ella inmediatamente con un golpe seco.

—¿Qué quieres? —preguntará Abdón.

—Tengo que contarte algo que creo debes saber.

—Dime.

—Ayer vino a verme un policía para preguntarme si sabía dónde te encontrabas.

—¿Qué le dijiste?

—Lo mismo que la primera vez que me interrogó, que no tenía ni idea de dónde estabas. La primera vez preguntó y se fue, pero esta se ha puesto charlatán, me ha contado que el tal Julián, ese que se ventila a tu mujer...

—¡Por favor, Carmen!

—Que el tal Julián lleva varios días viviendo con Amaranta en vuestro piso.

—Eso es un cebo. Él sabe que tú conoces mi paradero, te lo ha comentado para que yo me enfade y aparezca por casa, donde seguro que me espera la policía.

—No lo sé, solo he querido hacerte saber lo que ha comentado, porque sí es verdad, Amaranta no tiene perdón. Sería para afeitarse la cabeza, pintársela con tinta china roja y...

—¡Vale, vale! No voy a picar. Amaranta no haría eso nunca. Es un burdo cebo. Te doy las gracias, anda, vete ya, no quiero que pases aquí mucho tiempo.

Después de un bocadillo de salchichón y dos cervezas, el ardor del averno se incendiará en el pecho de Abdón. «No puede ser, no me lo creo, pero, ¿si es cierto?, cornudo, apaleado y encima pongo la cama. Esto ya es reírse en mi propia cara, mearse encima de mí, solo les falta hacerse un selfi follando en mi habitación y enviármelo».

Abdón, enloquecido, aguardará a la noche yendo y viniendo de un lado a otro del minúsculo salón. No puede continuar más tiempo encerrado entre las cuatro paredes de un piso tan pequeño, saldrá de la cueva. Caminará hasta su domicilio con paso acelerado, las estrellas lo animarán a actuar. «Si es cierto, los mato a los dos, me pongo un whisky y después me entrego. ¡A tomar por culo la bicicleta!». Introducirá la llave en la cerradura de la puerta del bloque, cuatro hombres se lanzarán sobre él para reducirlo y detenerlo.

Manuel Bobis Reinoso

15:00 h del sábado 12 de enero de 2019.

Abdón va a comer al bar. No tiene apetito, con una tapa de albóndigas y otra de calamares a la riojana tiene bastante. «¿Dónde y con quién estará almorzando ella?». Saca el móvil del bolsillo, no quiere hacerlo, la tentación es más fuerte, es una compulsión que pretende aliviar su obsesión, pero la mayoría de las veces la agrava. «No la voy a llamar, que me endemonio, solo un WhatsApp».

Abdón:

Hola, ¿dónde estás?

No recibirá contestación hasta bien entrada la noche.

Amaranta:

Cariño, no he podido ver el WhatsApp hasta ahora.

He estado muy atareada.

Salgo ya para Sevilla.

Llego en una hora y cuarto.

Cenamos juntos.

Un beso.

«Debe ser verdad, con el miedo que me tiene no se atrevería a ponerme otra vez los cuernos. Ya le he demostrado de lo que soy capaz».

De vuelta a la nave, Abdón sigue componiendo la cancela. Comienza a dar forma al hierro, ancla la punta de una lámina al yunque, calienta la pieza con el soplete, le va dando forma con tenazas y maza. Ahora un corazón perfecto, como el suyo. Siempre perdona a Amaranta.

290

Sabe, se conoce a sí mismo, que a la primera carantoña se desvanecerá todo su furor y fortaleza, que está condenado a amar a esta mujer para siempre. «Soy el único animal que tropieza un millón de veces en la misma piedra».

Los barrotes quedan perfectamente alineados. Suelda las macollas en cada extremo de los barrotes. Ahora trabaja el remate, la silueta que apuntará al cielo. El médico que se la ha encargado dudaba si un Diablo o un Ángel, o tal vez los dos abrazados. A la cancela ya solo queda colocarle la cerradura. Recuerda el capítulo del Capitán Trueno en el que el malvado Malgrave pretende ponerle un cinturón de castidad a Sigrid. «¡Lástima no vivir en la edad media!». Su honorabilidad no sería mancillada. ¡Cuánto no daría por tener una cerradura por donde mirar, con su único ojo sano, qué hace Amaranta!

En septiembre, las miradas se encontrarán frente a frente. Será la primera vez que Amaranta visite a Abdón desde que el herrero ingresara en la cárcel a finales de mayo. En tres meses y medio, Abdón no habrá recibido de su mujer ni una sola llamada, ni una sola carta, únicamente el silencio, el vacío.

— Te sienta bien el ojo de cristal — dirá Amaranta.

Silencio.

— ¡Perdóname! — llorará implorando con la mirada.

Silencio.

— No quiero hacerte daño, pero creo que solo te respetaré y seré justa contigo si te cuento la verdad de lo ocurrido.

— Habla — dictará Abdón en tono grave.

— La misma noche que te detuvieron, Julián colocó su ropa en nuestro armario, yo no supe impedirlo. Guardé la tuya en cajas, las llevé a las Hermanas de la Caridad, imagino que para olvidarte.

Comenzamos a vivir juntos, nos considerábamos pareja. Esa ha sido la primera vez que te he sido infiel de corazón. En un chalet de Simón Verde, después de una cena en restaurante de lujo y varias copas en un local de moda, me acosté con un amigo de Julián mientras él, Julián, hacía el amor dos metros más allá con Cati, la mujer de Caye, que así es como se llama ese amigo.

—¿Cati y Caye?

—Sí.

—No tengo el humor para chistes. Ahora mis cuernos parecen un trabalenguas.

—Me sentía encantada, feliz. Libre por primera vez en mi vida. Convivía con un hombre que me amaba, pero no me exigía fidelidad, lo ideal. No engañaba a nadie a la vez que disfrutaba de esta poligamia que me demanda mi sexualidad insaciable. Tú sabes demasiado bien qué me ocurre, soy una enferma. ¿Te hago demasiado daño?

—Prosigue.

—Continué asistiendo a la tertulia, me parecía correcto, Luisa fue quien pidió el divorcio. No le dije que convivía con su exmarido, tampoco hacía falta darle tres cuartos al pregonero, al fin y al cabo, se trataba de mi intimidad. En agosto, durante una de las reuniones, esperábamos la llegada de Margarita para continuar con el análisis posterior a la lectura de *Crónica de una muerte anunciada*. De pronto, vi cómo la puerta cristalera de la cafetería del hotel Inglaterra se abrió de golpe. No me dio tiempo a entender qué ocurría cuando Margarita entró sudorosa, alcanzó, gritando «¡puta!», la mesa donde yo me encontraba, me agarró de los pelos, me zarandó sin dejar de gritarme que era una buscona asquerosa. Intenté zafarme de sus dos garras que se aferraban a mis cabellos, caí al suelo empujada por una fuerza impropia de su cuerpo, me dio puñetazos y patadas. Alguien consiguió rescatarme de

la furia que se había apoderado de ella. Llamaron a la policía, varios agentes se la llevaron. En una ambulancia, me procuraron las primeras curas. Tenía calvas en la cabeza, el cuero cabelludo ensangrentado, la cara arañada. Llevaba un ojo inflamado, las uñas de porcelana destrozadas. Cuando la policía me preguntó, no quise poner denuncia contra Margarita.

— ¿Por qué?

— Me da pena, es una pobre desgraciada. No he querido hacerle más daño.

— Tu eterno buen corazón. ¿Cómo estás?

— Estoy bien, ya me he repuesto.

— ¿Por qué te agredió?

— Estaba enamorada de Julián.

Abdón mirará al techo. «¡Paciencia!, deja que siga contando».

— Hace una semana, el policía que te detuvo me llamó. Me contó que Julián había pretendido volver con su mujer, que intentó forzarla, que la abofeteó.

— ¿Qué pinta el policía en todo esto?

— Está liado con Luisa, la exmujer de Julián.

— ¡Cómo me alegro! Donde las dan las toman.

— Me enfadé con Julián. Lo eché de casa, lo dejé. Se fue a vivir con sus amigotes. Me había hecho ilusión tener una nueva pareja, por eso me sentí traicionada cuando quiso volver con su mujer. Para mí la fidelidad está en el cariño, no en el sexo. Ya sé que no piensas igual. Julián, en el fondo, no me quiere. Entonces me di cuenta, el único hombre que me ha querido de verdad has sido tú.

Silencio. Amaranta suplicará entre lágrimas:

— ¡Te he hecho tanto daño! No merezco tu cariño, tu mirada, pero aquí me tienes a tus pies, rogándote me perdones. Te seré fiel, te

esperaré hasta que salgas de la cárcel para obsequiarte con la vida que siempre has querido, que te mereces.

A mediados de noviembre, Abdón volverá a comportarse como un ángel tras los barrotes de la cárcel. Aunque haya comulgado con rueda de molino tantas veces, habrá perdonado a Amaranta una vez más. Vestido con camisa y pantalón gris penitencia, compartirá estancia con Ricardo José, un ecuatoriano que asesinó a su esposa a puñaladas delante de sus tres hijos. Se levantará todos los días de una cama fina y dura de muelles incisivos que le atormentarán sus riñones, aliviará sus necesidades en un váter sin puertas que apestará a meados y estará manchado de mierda la mayoría de las veces. Desayunará café con leche de pucherete servido en un jarrillo de lata y pan con mantequilla en un comedor gigantesco y frío junto a cientos de hombres también vestidos de gris.

—¡Eh, pirata!, ¿qué te creías, que esto era el hotel Alfonso XIII? —bromearán los veteranos. Se relacionará, no tendrá más remedio, con lo más escogido de cada casa: ladrones, asesinos, traficantes, algún conductor ebrio y drogado, pero nadie osará meterse con él. Las dimensiones de su pecho y de sus brazos lo protegerán de cualquier idea estúpida concebida por la cabeza de algún insensato.

Los días se le harán interminables. Nunca le ha gustado leer, excepto los cómics, ni ver la televisión. Sus tintos con casera por la noche se convertirán en agua del grifo. Echará de menos su herrería artesana donde era dueño, amo, señor de su propio universo. Soñará con el olor del hierro en bruto, el chisporroteo de los electrodos, el aroma de jabón líquido mezclado con serrín con el que se lavaba las manos, con su mono azul desgastado en mil batallas contra el hierro indomable que claudica y acaba siendo maleado. Tan solo se consolará, babeante, con las visitas

de Amaranta, quien no faltará ni una sola semana. Ni siquiera enferma dejará de acudir para ver, aunque sea a través de las rejas, a su querido Abdón. Ella, en sus visitas, procurará vestir lo más neutro posible, nada de colores vivos, nada de minifaldas ni tacones. Se teñirá el pelo de castaño arrepentimiento. Los colores pardos la acompañarán al recinto pardo donde penará recluido su esposo. No volverá a esculpirse uñas de porcelana. La culpa caminará siempre agarrada de su brazo, no la abandonará en ningún momento de los días, incluso se acostará con ella para comprobar cómo el sueño ha escapado para siempre. Él seguirá fantaseando que Amaranta cambiará algún día y le será fiel, entonces podrá sentirse orgulloso paseando junto a su preciosa mujer, su frente cicatrizará de tantas afrentas, envejecerán juntos apoyados en el báculo de una lealtad auténtica, duradera, sin condiciones.

En diciembre, el día que disparen a Julián, por la mañana, al salir de una visita con Abdón, Amaranta se meterá en un Ferrari con otro hombre. Escapará a disfrutar el puente de la Inmaculada en un hotel de montaña en Sierra Nevada. Tras el almuerzo, sucumbirá bajo su «vicio incurable». Su amante gustará de prácticas sexuales muy desviadas, tanto que la asustan, a ella, que domina el arte carnal como ninguna. Mientras duerme la siesta «el nuevo cerdo», saldrá al balcón de la habitación. Se les vendrán a las intenciones ideas de suicidio, el vacío la citará, la invitará a dar el paso que termine definitivamente con su sufrimiento.

Decidirá comprenderse a sí misma. Si pudiera conservar a Abdón y seguir manteniendo relaciones extramaritales..., comprende que es imposible. Ese será su suicidio, no abstenerse, gozar del sexo hasta que un día su marido la mate, o la asesine en cualquier esquina o en una habitación de un hotel un degenerado como el que ahora ronca en la cama, o fallecerá víctima de una enfermedad venérea o del sida.

Manuel Bobis Reinoso

Mientras contempla el vacío, sonará el móvil.

—Hola, Silvestre, qué alegría escucharte. Dime.

—Me acaba de comunicar mi mujer que han disparado a Julián.

Acuarela para un padre ausente

**19:00 h del sábado 12 de enero de 2019.**

Abdón cierra la nave, se marcha a casa a esperar a su mujer. «Es extraño que Amaranta haya tenido que trabajar en sábado».



7

## Gris sombra

19:00 h del miércoles 16 de enero de 2019.

Margarita siempre ha sido guapa, de cabellos finos, trigueños. Se le pegan a la cara, ella misma se los mete en la boca en una manía tonta que la ha acompañado desde pequeña. «Qué asco, se come los pelos», se chivaban a la maestra sus encantadoras compañeras de clase. Sus ojos fluctúan entre el color de la miel unas veces y el de la avellana otras, depende del nivel de ira acumulada en el magma de sus pesadumbres. Su piel de treinta y seis años comienza a tomar un tono cetrino víctima de lustros de sufrimiento y alcohol. A Margarita le duele muchísimo esa cabeza bonita y descuidada, si se la pudiera desenroscar experimentaría un alivio inmediato, «aunque, a la que debería arrancar de cuajo es a esta mente embustera y traicionera que tanto trastorno me causa». El mundo, la casa, la gente, su propia existencia las pincela de un color sombrío en la acuarela de sus emociones.

Ayer la volvió a liar, de nuevo tuvo que presentarse la policía, otra noche de ronda en coche de patrulla camino del hospital, otra vez los calmantes inyectados en vena. Bebió mucha cerveza con el único nutrimento de una pavía de bacalao aceitosa, sentada sola en la mesa de un bar que olía a fritanga. Como siempre, se le acercaría algún «moscón» que estaría echando monedas de un euro en una maquinita estridente, «un plomo de autoestima de gimnasio, brazos tatuados y pantalones

por encima de los tobillos. Querría aprovecharse de la mierda fácil que es una mujer como yo cuando estoy borracha». Le dijeron que le pegó a alguien, pero no se acuerda de nada. No pone en duda que haya agredido a algún «tío sobón», ¡han sido ya tantas las veces! En el juzgado, los funcionarios ya la conocen por su nombre y la saludan. Alguna hasta le da dos besos.

Las siete de la tarde y aún acostada. No puede ni quiere moverse de una cama donde sábanas, colcha y mantas forman una amalgama irreconocible. Afortunadamente, el pijama está aferrado a sus formas todavía atractivas, no puede irse de fiesta con sus compañeras de catre. «A ver si me compro el edredón de una vez». Primero una pierna, luego otra, después el cuerpo enflaquecido. Le cuesta levantarse un esfuerzo tan enorme que remata las pocas energías que le quedan. Sorteando bolsas de ropa y cajas de cartón desparramadas por el suelo, tarda casi media hora en llegar al cuarto de baño. «¡Por Dios!, ¡qué sucio y desordenado está todo!». Hace pipí sosteniéndose la cabeza entre las manos, no quiere mirarse al espejo las ojeras, no tiene ganas de ducharse.

En la encimera de la cocina no cabe ni la taza del café que pretende prepararse. Lo presiente, va a tardar dos vidas en poner todo aquello en orden. Logra hacerse el café arrinconando platos y cubiertos manchados de tomate frito reseco de tres días de cuando invitó a comer a un hombre que conoció en el supermercado. Entre sorbo y sorbo, comprende que necesita ayuda profesional, pues son ya muchos los escándalos, demasiadas las ganas de morir.

Frente a Internet busca un psiquiatra. «Debe estar cerca de casa, no estoy yo para mucho trote. Julián Barrera Funes, este es el marido de Luisa, mi compañera del grupo de lectura». En la página web lee: «Te sientes una persona perdida, no puedes más, se te pasan por la mente

pensamientos inquietantes. La angustia ha hecho nido en tu alma, se ha instalado cómodamente con el propósito de no desvanecerse nunca. Sufres mucho agotamiento, tanto en tu cuerpo como en tu mente, comenzar a hacer algo se ha convertido en una aventura imposible de realizar. Adviertes que no puedes moverte, debes obligarte mucho para realizar cualquier tarea.

Ves el futuro como un túnel negro, no tienes nada que esperar, observas el pasado como una colección de fracasos frutos de tu torpeza. El llanto baña tus ojos y tu espíritu veintiséis horas al día, te aíslas porque has abandonado todo interés por los demás. Las aficiones, los gustos, los divertimentos que antes te hacían vibrar de gozo ahora transitan ante tu desidia sin ni siquiera saludar. Nada te satisface, nada te atrae, todo te aburre.

Te consideras culpable siempre, por todo, maltratas a tu autoestima hiriendo a tu persona con calificativos que no dedicarías a nadie. Solo ves en ti faltas, debilidades, equivocaciones. Te detestas. Rumias que todo el mundo es mejor que tú, que nadie te quiere, la soledad no deseada es tu única compañera. La vejez, la fealdad, lo mustio, lo desagradable ha ido usurpando tu cuerpo. Lo joven, lo atractivo, la fuerza, lo vital han escapado para siempre.

El corazón se te acelera, te falta el aire, te ahogas, te mareas, tiembles, te sobresaltas, sudas. Eres presa de una irritación continua, te sientes de una manera tan insegura que te resulta imposible tomar decisiones. Duermes mal, has perdido el apetito, albergas dentro de tu aprensión un desasosiego continuo por problemas físicos.

El sexo ha dejado de atraerte, lo contemplas desde lejos como algo vacío, aburrido, sin sentido. Oyes una voz dentro de ti que constantemente te anima a escaparte de esta vida como única salida posible a tus penalidades.

Si te encuentras en esta situación, mi terapia te ayudará a encontrar una salida hacia la luz, la felicidad y el disfrute de una vida siempre en presente, esa vida que a ti se te esfuma minuto a minuto desangrándose hasta marchitarse la última flor de tu existencia».

«¡Coño, me ha retratado! Sin duda es al mejor al que puedo acudir».

Llama por teléfono, desde el otro lado de la conversación la acaricia la voz grave, cálida, amable de Julián.

—Sí, soy el psiquiatra, disculpe que la atienda yo mismo. Guillermina, mi enfermera, tiene el día libre.

Esa voz suave de terciopelo y gelatina de limón le explica dónde se encuentra la consulta y cuánto cuestan las sesiones.

—Sí, sé dónde es, yo vivo cerca. El precio me parece bien.

Nombre y número de teléfono. Al momento suena un SMS en el móvil de Margarita: «Doctoralia le informa que ha concertado cita en la consulta de Julián Barrera Funes el jueves 7 de febrero de 2019 a las 18:30 h».

Vuelve a la cama, se acuesta. El café la ha reconfortado. La voz la ha acunado, se ha sentido como cuando su madre la bañaba de pequeña. Recuerda y siente el agua caliente placentera, el aroma de la pastilla de Heno de Pravia recién desenvuelta del papel, los barquitos de juguete flotando en el agua verde de sales. La sensación cálida le ha recordado a don Manuel, su maestro entrañable de tercero de primaria que tanto olía a tabaco. Cuando la veía por las calles de Trujillo le daba un abrazo y la llamaba campeona. «¡No habrás fumado!», exclamaba su madre cuando la olía. «No, es que don Manuel me ha visto por la calle y me ha dado un abrazo». «¡Ah, vale!», se quedaba tranquila Violeta.

También le ha recordado a Ramón, el dueño de la papelería, quien le regaló su primera acuarela de cincuenta colores a cuál más bello

y luminoso una Navidad. Ciertamente es que Ramón andaba detrás de su madre, pero después de que ella le diera calabazas siguió sonriéndole, siendo amable, cariñoso con ella cuando entraba a comprar pinceles y papel Guarro. Siempre le faltó una voz de hombre en casa que la guiara, la calmara, la abrazara, la protegiera. Sobre todo a partir de la pubertad, cuando las galanterías primeras se volvían frialdades, descortesías y humillaciones en cuanto el amor de su vida de turno conseguía, sin demasiado esfuerzo, alcanzar el goce de su cuerpo.

Margarita contempla el techo desconchado, amarillento, olvidado. Piensa que su existencia se ha convertido en una búsqueda permanente y suspirada de una voz masculina, juiciosa, serena, acogedora, sobre la que mecerse relajada, donde quedarse dormida. Pero ahora no tiene sueño, aunque la cama la llame a voces constantemente. «Mejor me levanto y me pongo a pintar». El papel Guarro abierto sobre la mesa aguarda las primeras caricias del lápiz de punta más fina. «Trazaré un balcón enmarcado en el blanco cal luminoso de una casa andaluza. En las macetas brillará una explosión primaveral de begonias, gitanillas, geranios. Sobre todo ello, queriendo retener para siempre el momento de lozana belleza, una reja».

¿Rejas? Al atardecer del último día de 2019, una mujer llamada Auxiliadora caminará por el pasillo de la galería segunda del centro penitenciario de mujeres. Tiene el pelo rizado, su cabeza parece una pelota de pelo castaño orden, cada cabello está colocado en su sitio exacto encadenado por una laca que da dolor de cabeza a quien la huele. Mientras camine se impondrá el silencio, solo resonará el eco de sus tacones, las rejas no se atreverán a chirriar, los muebles de metal se abstendrán de crujir, las reclusas reprimirán la tos. No ha sido una mujer guapa, pero eso nunca le importó. «Total, para lo mal que sienta el

uniforme». Tampoco se puede decir que sea fea. Esa pretendida belleza exigida a las mujeres la suple con una fortaleza de carácter que arrasa al gallo más cacareado del corral, aunque ella trata más con gallinas, que también suele resultar alguna bastante peleona. El suelo de la galería es de sintasol gris depresión, en él se reflejan en mate los focos del techo, su final se pierde en un horizonte convergente de líneas infinitas. Auxiliadora caminará sin permitir que sus caderas férreas se permitan el más mínimo bamboleo. Tiene la nariz afilada y los labios finos. Su cuerpo, que no ha conocido varón, fue perdiendo las formas con el pasar de los años hasta completar los cincuenta y cinco. Los últimos treinta, reconocidos como un servicio intachable de eficacia y de cumplimiento del deber. A lo lejos, se verá muy pequeñita, una subalterna la esperará para abrirle la puerta del aula. Los tacones de Auxiliadora seguirán marcando el ritmo de las pulsaciones de los seres que ven pasar los días entre los muros de la prisión. Cuando llegue al aula ya estará expedito el paso, no tendrá que detener su camino para entrar. Su figura, alta y recta, se colocará de pie delante del encerado. Seis reclusas entrarán cabizbajas, calladas, tomarán asiento en los pupitres modernos de madera clara. Auxiliadora dará una clase de lengua española básica a las reclusas menos instruidas. Las respiraciones se contendrán, las tizas se desmoronarán bajo su voz varonil, el vaso de agua vibrará. Hasta la luz, temerosa, bajará su intensidad.

Auxiliadora no juzga a las internas, ella no es jueza, es funcionaria de prisiones, su misión consiste en que se cumpla el reglamento estricta y puntualmente. Nunca ha sentido compasión por una reclusa, ella no es monja, sostiene que en su trabajo no es bueno ser empática, solo justa y cumplidora. En su larga carrera ha conocido historias que harían vaciarse en lágrimas a las almas más graníticas, pero ella no se inmuta. Está convencida, y se siente orgullosa de ello, de

que se jubilará sin haber sentido nada, ni bueno ni malo, por ninguna reclusa, «que eso puede traer privilegios para unas y castigos inmerecidos y caprichosos para otras». No se casa con nadie, solo con las normas, ese es su cometido.

Nunca digas de esta agua no beberé, por primera vez en su carrera se sentirá conmovida e impactada con la historia personal de una reclusa, la de Margarita. En poco menos de un mes le habrá pedido varias veces que se la vuelva a contar. La tratará con exquisita amabilidad, incluso, algo jamás pensado, la invitará esa tarde a su despacho, en el que todos los objetos guardan un perfecto paralelismo y nadie osa cambiar un papel de sitio. Preparará un café delicioso para hacerle compañía que escoltará con dulces caros del obrador pagados de su bolsillo. La animará a que escriba una carta a Julián. A Margarita le parecerá muy bien la idea. Con un bolígrafo azul imitación a Bic, escribirá, con la boca llena de un pastelillo marroquí de pistacho y miel, la primera carta a Julián. Comenzará así:

*Mi madre me puso el nombre de Margarita. Me gusta porque me recuerda a ella, a su sencillez, a su belleza sin pretensiones de cara limpia con agua clara. ¿Sería una premonición? A veces pienso si conocía, cuando todavía dormitaba tranquila en su vientre, que yo deshojaría tantas flores en mi vida. El sí, la gloria; el no, la muerte. El todo frente a la nada, una explosión de color en mis acuarelas o el gris más sucio que pueda imaginarse. ¿Cuánto habré gastado intentando complacer a los hombres que he amado? Si recuperara lo mal invertido en cariños que nunca cuajaron, me alcanzaría para pagar el alquiler del piso durante varios lustros: relojes suizos automáticos, viajes al extranjero, perfumes de Loewe, corbatas de seda y hasta una moto. En cambio, yo solo*

*recibí baratijas, pétalos marchitos y el pozo profundo de una ruptura tras otra.*

*Te conocí el 8 de febrero de este mismo año que justo hoy acaba. Esa tarde, se celebraba una reunión del grupo de lectura. Habían comenzado a destripar hasta la última palabra de *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez. Yo no acudiría, no podía con mi aliento. Además, a esa misma hora tenía concertada cita contigo.*

*En la ducha, el agua caliente se deslizaba por mis brazos derrumbados, pegados al cuerpo. La esponja pesaba demasiado, artilugio impotente ante los infinitos metros cuadrados de piel a enjabonar. Ahora tocaba levantar los brazos para lavarme la cabeza, no podía. «Da igual, que se queden los pelos como quieran». Las bragas eran rojas, el sujetador color carne, sin medias sanas que ponerme. Tardé diez minutos en calzarme las primeras zapatillas que se cruzaron. Caían con pereza sobre mis huesos el primer vestido que apareció, el abrigo verde lima, un sombrero negro con margaritas de fieltro cosidas a un lateral, la bufanda color butano. Logré salir a la calle. Recuerdo que hacía tanto frío que hasta los pájaros caían muertos a la calzada.*

*Caminaba pesadamente, cada paso era un dolor. Me preguntaba, imaginaba en mi derrota cómo sería el marido de Luisa como psiquiatra. El pitido del telefonillo se me hincó en los oídos, me tapé las orejas con las manos enguantadas de lana. La cristalera del bloque pesaba como el edificio entero. «Este ascensor tan moderno y tan nuevo no hace juego con la facha que llevo». En la segunda planta, reconocí mi figura en el reflejo del mármol acristalado. Detrás de un timbre dorado y de una puerta de roble,*

306

*apareció Guillermina. Me hizo pasar directamente a tu despacho. Allí estabas, un espejismo perfecto. Delgado, maduro de pelo entrecanoso, tus ojos verde oliva resaltaban sobre el moreno de tu piel. Estabas vestido con traje azul, camisa blanca, corbata amarillo pálido, colonia cara. Tus zapatos negros resplandecían tanto que tuve que protegerme con la mano mis ojos saturados de oscuridad. También me iluminaba tu sonrisa desplegada, seductora de dientes blancos, y la mano extendida invitándome a pasar. «¡Qué guapo para lo maduro que es!» Pensé.*

*Colgué el abrigo, la bufanda y el sombrero en una percha. Me senté plácidamente en el sillón frente a la mesa de despacho, examiné una acuarela colgada en la pared. «No está nada de mal, pero las mías son mejores». Contesté a tus primeras preguntas: «Margarita Gómez López, edad treinta y seis. Calle Sinaí 23, tercero derecha. Sevilla. Soy profesora, pintora e ilustradora, mi especialidad es la acuarela». Firmé el consentimiento de protección de datos. De tus labios asomaron, con voz cálida, las palabras temidas a la vez que deseadas: «Muy bien Margarita, ¿cuál es el motivo de tu visita?». Me observabas con los dedos pulgar y corazón abrazándote el mentón mientras el índice, estirado, te cruzaba la mejilla.*

*«¿Por dónde empiezo? Me encuentro muy mal, no tengo ganas de vivir. Soy alcohólica, o al menos cuando salgo bebo sin saber parar, me pongo muy agresiva, le pego a la gente, llego a perder el sentido. No sé por qué yo achaco mis continuos sufrimientos a que no conocí a mi padre. He sufrido siempre una gran sensación de abandono que me ha acompañado cada día de mi caótica vida».*

*Me preguntaste si mi padre había muerto. «No, bueno no lo sé, no lo conocí nunca. Mi madre jamás me ha querido hablar de él, no sé absolutamente nada». Continué. «He sufrido innumerables episodios depresivos, ya he perdido la cuenta de las veces que he intentado suicidarme con pastillas. Tengo inclinación a autolesionarme, me corto con una cuchilla hasta ver brotar la sangre, eso me calma de esta ansiedad insoportable, eterna compañera de mis días. Me siento desgraciada desde que tengo uso de razón. Ya de muy pequeña, siendo un comino, advertía esa carencia, me sentía incompleta».*

*Me observabas interesado, seguías haciéndome preguntas, comencé a sentirme relajada. «¿Que si he recibido anteriormente tratamientos psicológicos? ¡Auuuuu!, parezco un lobo. Ya ni me acuerdo, incontables, el primero a la edad de diez años por pesadillas, terrores y sonambulismo. Vivo sola, yo soy de Trujillo, vine con dieciocho años para cursar la carrera de bellas artes. Después me quedé aquí a vivir. Mi adaptación a la escuela fue mala, siempre con el miedo al abandono, exigía a las amigas que estuvieran siempre conmigo. Ellas se cansaban de mis continuas demandas, acababan separándose. Entonces sufría una de mis típicas crisis de ira, destrozaba muebles, me autoagredía. Con los estudios superiores igual, la misma historia, pero con doce años más. Agravado con la aparición del amor y el sexo. ¡Un volcán!».*

*Te interesaste por mi trabajo, si me resultaba estresante, si requería muchas horas. «Soy profesora de dibujo en un instituto. El trato con esos adolescentes perversos, esos monstruos malnacidos hijos de una perra sarnosa y de Satanás me resulta insoportable. Me doy de baja cada dos por tres. También pinto acuarelas, las*

*vendo, esa es mi auténtica vocación. Disculpe los términos empleados». Aquel «te comprendo muy bien» salido de tus labios me relajó tanto que casi me hundo por completo tragada por lo mullido del sillón. Mi lengua se liberó, contestaba gustosa a tus preguntas. «No he sufrido episodios de anorexia, sí me doy atracones de chocolate y dulces en general para quitarme la ansiedad. Alguna vez me he provocado el vómito, pero muy pocas. ¿Mi sexualidad satisfactoria? Nada de nada. Yo busco en el hombre compañía, una pareja para siempre, alguien que me quiera, que no se separe de mí, que me cuide. He recibido a cambio de mi entrega absoluta solo vejaciones, abusos, menosprecios. Al final siempre acabo siendo la majara olvidada de Margarita».*

*Fue entonces cuando ladeaste la cabeza y recorriste mi cuerpo con tu mirada verde. Me sentía cómoda, sosegada, no me había sentido así antes con otros psiquiatras. Me escuchabas, me comprendías, te interesabas, hablabas con una voz afectuosa y cordial, las manos abiertas parecían querer acogerme. Para realizar los test tracé aspás sobre los recuadros con tanta velocidad que acabé en menos de dos minutos. Sé que reparaste en tal celeridad. Tanto la ansiedad como la depresión alcanzaban cifras extremas, estaban a punto de reventar como una caldera. La autoestima era preciso ir a buscarla, ahondando en la tierra, a las antípodas. Después lo de dibujar una persona bajo la lluvia. Hice un bosquejo de una mujer arrodillada, inclinada sobre sí misma, sin paraguas, bajo una lluvia furiosa. Algún mes después me comentaste que ese dibujo lo reservaste para conservar en un cajón distinto, que no fue a parar a la carpeta «Persona bajo la lluvia», que era demasiado bello para merecer el mismo destino.*

*Imprimiste un documento, lo colocaste sobre la mesa. «Por favor, ahora contesta a estas preguntas, tan solo debes poner una cruz sobre el sí o sobre el no». Me hice un ovillo, me volqué sobre el papel como si me fallara la vista, recuerdo que repetía en voz alta lo que leía.*

*«Hace más de cinco años que tengo problemas casi cada semana que me impiden llevar una vida normal en al menos tres ámbitos distintos: pareja, laboral o estudios, amistades, familia. Esto es que sí.*

*Habitualmente mis problemas me producen un sufrimiento muy intenso, difícil de soportar tanto para mí misma como para los que me rodean. Otro sí.*

*He intentado solucionarlo visitando diversos profesionales de salud mental, sin embargo, los problemas persisten. ¡Uf!, he perdido la cuenta de los profesionales a los que he visitado.*

*Algunos de mis problemas empezaron alrededor de la etapa adolescente o antes. ¡Desde pequeñita!*

*Cuando pienso que alguien a quien quiero va a abandonarme me pongo furiosa e intento evitar desesperadamente que lo haga. ¡Si yo le contara lo que he llegado a hacer!*

*Tiendo a idealizar y devaluar a los demás con facilidad, de manera muy repentina. Sí.*

*A menudo tengo dudas acerca de mi identidad: como soy, lo que quiero, lo que me gusta, lo que debo hacer, a quien debo querer. A menudo no, siempre.*

*Soy impulsiva en algunas cosas potencialmente peligrosas o dañinas: compras, sexo, alcohol, drogas, conducción, comida; eso me*

*ha causado problemas. ¡Un sí tan grande como una montaña del Himalaya!*

*En situaciones extremas, he tratado de hacerme daño o matarme, o he amenazado con hacerlo. ¡Y tanto, he alcanzado el millón de intentos de suicidio!*

*Cambio con mucha frecuencia y de forma rápida de estado de ánimo en el mismo día. ¿En el mismo día?, hasta en la misma hora.*

*A menudo me siento vacía. ¡Siempre me siento vacía! Tengo con frecuencia ataques de ira que no puedo controlar. ¡Se lo pueden preguntar a la policía!*

*Ante situaciones muy complicadas y tensas me vuelvo suspicaz, me siento ausente o distante, desconecto de la realidad temporalmente. Otro sí».*

*Sentenciaste: «Han sido todos síes, por lo que me has contado y por los resultados del test sospecho que padeces un trastorno límite de la personalidad. Es preciso corroborarlo con pruebas más específicas, pero estoy seguro, dada mi experiencia, que el diagnóstico final será ese». ¡Bingo!, acertaste de pleno con el diagnóstico que hacía años me realizaron en psiquiatría. No te había dicho nada para ver si dabas con la tecla. ¡Qué mala soy!, pero habían sido tantos los profesionales incompetentes por los que había transitado... No me fiaba de nadie. Cuando te comenté que efectivamente ese era mi diagnóstico, proyectaste una sonrisa vanidosa, tu ego se había engrosado. Respondiste: «Voy a instaurar tratamiento farmacológico. También debes aprender a no ser tan dependiente, a saber manejar la ansiedad. Es imprescindible y urgente elevar tu autoestima, sacarte del pozo de la depresión».*

*Muy correcto, me acompañaste caballeroso a la salida, yo hubiera querido evocar eternamente en mi olfato ese perfume de hombre fascinante que te acompañaba. Al darte la mano, percibí algo muy especial, un espasmo placentero, reconfortante. Había encontrado, una vez más, lo que andaba buscando y no hallaba. Un prometedor «hasta la próxima» me colmó de descanso. Tomé cita con Guillermina para iniciar la terapia. Quería volver a verte en una semana. Me arruinaría visitando semanalmente a un psiquiatra privado, pero no me importaba, lo necesitaba. Pagué complacida la sesión.*

*Renací de la pesada cristalera de entrada al bloque donde tenías la consulta con una sonrisa en mi esperanza, acababa de convertirme en mi ángel de la guarda. La tarde de febrero resplandecía con la algazara de sonidos atenuados por lo cotidiano. Aunque hacía mucho frío, me senté en un velador para relamerme con el recuerdo de lo ocurrido en la consulta. Mi abrigo me protegía. Varios niños que correteaban en la plaza me trasladaban nostalgias de algún momento entrañable de mi infancia. Cientos de pájaros que no habían perecido congelados la noche anterior me arrullaban con sus cantos, me adormecían. «¿Qué va a tomar la señora?» La voz de un camarero sudamericano me rescató al presente. Me supo a gloria el café y la media luna que me tomé contemplando cómo oscurecía. Cuando dieron las nueve, el frío me empujó a meterme en el interior del bar, pedí la primera copa de vino.*

20:20 h del miércoles 16 de enero de 2019.

Margarita hace un esfuerzo, su tristeza le demanda desde las profundidades que utilice solo el negro más oscuro, ella se rebela, busca lo opuesto, luz y color. Termina de esbozar sobre el papel rugoso el balcón andaluz en primavera. Aunque no se lo pida el cuerpo, aunque le cueste acercar su pincel tembloroso a los colores alegría, logra en un esfuerzo agotador mojar en magentas, bermellones, amarillos y violetas; colores prohibidos en el despacho de Auxiliadora cuando en el mes de diciembre Margarita escriba su primera carta a Julián. En la cárcel, un buen café y unos dulces en el paladar supondrán un festejo de lujo para despedir el año. Serán su liguero rojo, su vestido de lentejuelas. Seguirá escribiendo:

*Cuando salía de tu consulta, contaba los días que faltaban para verte de nuevo. Una vez en semana, solo una vez en semana, muy poco, tu apretada agenda y mi capital no me permitían mayores alegrías. La depresión había desaparecido evaporada al calor de tus sonrisas. Si el ánimo decaía, me bastaba con contemplar tus fotografías que buscaba en tu página web o en tus redes sociales. En un minuto pasaba de lo oscuro al claro, tan claro como el paisaje nevado que apareció ante mis ojos una mañana de finales de febrero al descorrer las cortinas y subir la persiana de mi habitación. «¡Nieva en Sevilla!, ¡tengo que pintarlo!» En mis trazos y mis pinceladas se me reflejaban, como estelas desvanecidas al instante, el blanco de tus cabellos, de tus dientes, de tus camisas.*

*El paisaje terminado lo llevé a enmarcar a la calle Cuna. «El más caro que tenga, por favor». No te puedes hacer una idea lo ilusionada que caminaba hacia la consulta con el paquete envuelto*

*en papel marrón profesional. La sonrisa me daba la vuelta a la cabeza, el brillo de mis ojos iluminaba la acera, el calor de mi cuerpo derretía la nieve a mis pies dejando surcos paralelos en turquesa. «¡Es divino!, lo voy a colgar hoy mismo, ¡muchísimas gracias!» Aquellas palabras me elevaron varios metros sobre el mundo para entrar, ojos semivueltos, en un éxtasis místico. Y fue verdad que lo colgaste, en la sesión de la semana siguiente comprobé que mi acuarela reinaba en la pared justo detrás y encima del trono de piel donde te sentabas en la consulta. Nueva ascensión orgásmica a los cielos.*

*A finales de marzo, supe por Flora que Luisa te pedía el divorcio. Aunque seguíaís viviendo en la misma casa, apenas os veíaís ni os tratabais. Ella desaparecía los fines de semana para no coincidir contigo en ningún momento. Aquello me dio esperanzas, me envalentoné, tuve fuerzas para pedirte que me acompañaras al cine o ver alguna exposición. Te propuse ir a ver *Identidad borrada*, con Nicole Kidman y Russell Crowe, que trataba de un muchacho gay al que la religión intenta cambiar. También me interesaba *La importancia de llamarse Oscar Wilde*. «¿Hay alguna que no vaya de maricones?», preguntaste entre bromista e impositivo. Me daba igual la película, anhelaba que salieras conmigo, que fueras además de mi psiquiatra, mi amigo, mi acompañante. Y si se terciaba algo más, convertirme en tu esclava más entregada. Esperaba que me soltaras el muy manido «no es ético que el terapeuta se relacione con sus pacientes fuera de la consulta», pero no, no lo hiciste. La primera vez que salimos fuimos a ver *Sin piedad*: una buena ensalada de tiros, sangre y maldad. La escogiste tú. Después, paseamos junto al río y disfrutamos de una cena elegante en la terraza del*

*Mariatrifulca. El puente de Triana lo cruzamos contemplando el paisaje. Me acompañaste como un caballero a la puerta de mi casa, besos en ambas mejillas de despedida. Aquella noche, acunada en el calor de mi cama, vi cómo las estrellas se colaban en mi habitación para alumbrar mis sueños y mis ilusiones.*

*Poco después, aterrizó bruscamente en mis oídos la noticia que me partió el esternón para sacarme alma y vísceras, arrojarlos al suelo y pisotearlos hasta que mis ojos se salieran de sus órbitas impulsados por un dolor tan intenso que me hacía doblarme sobre mí misma tirada en el suelo de la cocina. Silvestre me llamó para informarme que al marido de Luisa le habían pegado tal paliza que casi lo habían enviado al otro mundo. Se le notaba contento, parecía necesitar airear la noticia para que llegara al mayor número posible de personas. No se imaginaba lo que entonces ya significabas para mí, ni siquiera sabía que estabas tratándome. Fueron días de intenso miedo, llamaba a Luisa todos los días para saber cómo te encontrabas, hasta el punto que comencé a percibir en sus palabras un tono de extrañeza por mi interés, quizá impropio de una simple paciente. Después de la operación, cuando ya te encontrabas lo suficientemente repuesto como para recibir visitas, me plantaba en el hospital dos días en semana para visitarte. Hubiera querido comprarte el mundo entero, envolverlo en papel de regalo con un lazo, meterlo por la puerta de la habitación del hospital y entregártelo arrodillada ante tu desventura. Tuve que conformarme con comprarte una pluma, un Longines, pisacorbatas de oro, coñacs franceses... Dos regalos caros a la semana acaban con los ahorros de cualquiera, sobre todo con los míos a los que nunca he dejado descansar y engordar tranquilos como cerdos antes de San Martín.*

*Esquilmo, una y otra vez, mi cuenta bancaria en cuanto asoma un tierno brote verde.*

*La ilusión de palomitas de papel brillantes revoloteando alrededor de mis deseos volvió después de que te dieran el alta, más cuando al día siguiente escapaste de tu casa para dejar de vivir con Luisa. Imaginé, erróneamente, que habías alquilado un piso y que vivías solo. Me tocaba a mí, no podía perder la oportunidad que por una vez estaba la vida dispuesta a obsequiarme. No aceptaste salir conmigo el fin de semana. «De lunes a viernes cuando quieras». ¡Cuando quieras! Otra vez en mi vuelo superior veía allí abajo a la humanidad como hormigas aburridas, cabizbajas, desplazando de un lado a otro su monotonía. Amaneció el día más feliz, martes 18 de junio de 2019. El sol brillaba tanto que era imposible salir sin gafas de sol. Se reflejaba en el asfalto, en los cristales, en el albero, en el río con destellos tan brillantes que tiraba de espaldas fulminados a algunos turistas lechosos. Corrí de tienda en tienda, que no faltara en casa ningún licor ni refresco conocido en el mundo. Conguitos, rebujinas, tartas de varios sabores, sábanas suaves, ambientadores olor a canela, música relajante, peluquería, esteticien, vestido nuevo. Acudiste a la cita, a las nueve y media entraste por las puertas del restaurante donde te esperaba. Después, aceptaste mi invitación a tomar algo en mi apartamento. En la cama, nuestros cuerpos desnudos se fundieron muy fuerte, muy dentro, apretados en una lucha de perfumes y fluidos, en un solo cuerpo, en un solo ser, en un solo y unísono éxtasis.*

21:30 h del miércoles 16 de enero de 2019.

Es hora de prepararse algo. «Con un sándwich de jamón con queso y un yogur estoy aviada». El dolor de cabeza se ha ido pasando con las horas, la desgana se ha aliviado con la acuarela, el cansancio pone sobre la mesa pan de molde, mantequilla, lonchas de jamón de york, una copa de cerveza, una litrona, un yogur. «No tuesto el pan, tal cual». Cada bocado lo acompaña con un trago que casi vacía la copa. De noche le gusta la cerveza, será por eso que dicen que es relajante, aunque el tiempo es más propio de tinto. «¡Coño!, ¡qué frío está haciendo en este puto mes de enero!». El día que escriba su primera carta a Julián también hará frío en el exterior, pero ella se encontrará confortada por la estupenda calefacción del despacho de Auxiliadora. La mujer, de esférica melena, entrará de vez en cuando para comprobar que Margarita escribe la carta. Le gusta leer sobre psiquiatría, por eso, cuando escuchó aquella historia contada por los propios labios de la reclusa recién ingresada, no tardó en aconsejarle lo que había leído en la revista *Psiquiatría y ciencia* sobre el duelo y la culpa.

—¿Qué, te inspiras? —Tomará el papel con su mano derecha para acercarlo a las gafas de pasta gruesa.

—Sí, creía que no iba a ser capaz, pero las palabras me salen solas.

—Verás cómo te sientes mejor cuando la hayas terminado y echado al correo.

—Me gustaría adornar el sobre con unos dibujos en acuarela.

Auxiliadora sonreirá, seleccionará una llave pequeña en un llavero escudo de España, abrirá un armario metálico, aparecerán ante los ojos y la boca abierta de Margarita varios botes, pastillas, pinceles, recipientes, papel.

—Lo hablé por teléfono con tu madre, lo trajo la semana pasada, no te ha dicho nada porque quería que fuera una sorpresa. En tu tiempo libre puedes venir aquí para pintar, yo te doy permiso. Ahora sigue escribiendo.

Ante tan magnífica noticia, el bolígrafo se animará:

*Por la mañana, no quería que te fueras a trabajar. Cuando pudiste desprenderte de mi abrazo y salir por la puerta, corrí a la ventana para ver cómo se alejaba tu figura. La luz del día entró hasta el interior del armarito del cuarto de baño, las paredes de mi apartamento se vistieron de un amarillo entusiasmo. «¡La vida es bella!».* Cierto que anteriormente me lo había dicho incontables veces para hundirme en lo más profundo de la realidad tan solo un día después, pero presentía, estaba segura, que esa vez iba a resultar distinto.

*Te idolatraba hasta tal punto que, en la presentación de la novela de Silvestre, cuando vi en el cartel tu figura dando un corte de mangas, pensé que necesariamente tenías que tener razón, que en alguna historia desconocida por mí él era el villano y tú el débil atacado y ofendido que justamente tomaba justicia.*

*«¿Cómo estás, cariño?», repetían mis WhatsApp en tu móvil cada hora y media. Amazon se presentó un día en tu consulta para entregar una enorme caja de cartón. El equipo de música, con tocadiscos, altavoces y no sé cuántos cachivaches y lucecitas, que es que no le faltaba un perejil al aparato, me costó más de quinientos euros. Ahora sé que estaba ciega. ¿Por qué me tomaba con naturalidad que cuando te preguntaba dónde vivías contestaras siempre lo mismo? «No seas curiosa que te pones muy fea». Me lo tomaba como un cariñito.*

*En julio, las temperaturas rozaron los cuarenta y ocho grados. Mi móvil se derretía como una vela encendida, pero no por el calor, sino por el trabajo al que lo sometía compulsivamente. Habías dejado de contestar llamadas, WhatsApp, correo electrónico, SMS, chats en redes sociales y timbre de tu consulta al que quemé mientras aporreaba la puerta durante dos horas hasta que se presentó la policía. Sé que aconsejaste a Guillermina y al paciente que estaba dentro que no salieran y que el que llegó se volvió en cuanto se abrió la puerta del ascensor y oyó mis gritos. Soportando todo el calor, iba y venía por la calle para ver si te encontraba. Te buscaba en el lugar donde desayunabas, te levantabas y te ibas dándome la espalda mientras yo te suplicaba y la gente miraba. Cambiaste de bar, me bloqueaste en todo lo bloqueable.*

*Un día de primeros de agosto, esperé en la puerta del garaje a que salieras con tu coche. La puerta automática se abrió, el morro del Jaguar asomó a la calle hirviente, me puse delante. «Quiero que me dejes en paz loca de mierda, lo nuestro no ha ido más allá que unos simples polvos que además no han tenido nada de especial. Estoy viviendo con otra mujer, tú la conoces, es Amaranta. Entérate de una vez que no tienes nada que hacer conmigo puta enferma. Si no dejas de perseguirme, te denuncio por acoso, y te puedo asegurar que tengo pruebas».*

*El viernes siguiente, caminé como una momia de ojos inertes hacia la cafetería del hotel Inglaterra, donde *Crónica de una muerte anunciada* me esperaba junto a Luisa, Amaranta, Flora y una novia de esta. Silvestre no había vuelto a las reuniones desde el incidente de la presentación del libro, no se encontraba bien. Nada más entrar por la puerta mis ojos cobraron vida para fijarse*

*obsesivamente en la melena rubia de Amaranta, en sus uñas de cerámica multicolor, en su escote provocativo. Avancé con rapidez hacia las sonrisas que me daban la bienvenida para soltar dos bofetadas inesperadas en la bonita cara de Amaranta, agarrarla de los pelos con ambas manos, levantarla de la silla y tirarla al suelo. Actuaba sin ser yo, poseída por uno de esos ataques de ira que han acompañado mis relaciones durante toda mi vida. Le gritaba puta, puta, puta, mientras dos camareros me sostenían. Te puedes imaginar el espectáculo, tu exmujer y tu hija contemplando cómo dos perras salidas se peleaban por ti. Otra vez la policía y la comisaría. Amaranta no quiso poner denuncia. Esa fue la muerte anunciada en cada hecho, en cada reunión, del grupo de lectura. Luisa y Flora no quisieron seguir manteniendo tan extrañas y poco aconsejables amistades, Silvestre ingresó poco después en la clínica de salud mental, Amaranta no quería verme ni en pintura, ni en acuarela, que en mi caso sería más apropiado.*

*De nuevo hundida en la depresión, de nuevo el no salir de la cama, otra vez se había acabado el mundo, otra vez sin fuerzas para abrir los ojos. Reservaba algunas energías para acercarme al atardecer a la puerta del restaurante donde fui feliz contigo. Compré un candado, le escribí con tinta indeleble nuestros nombres, lo cerré abrazando un hierro del puente de Triana, tiré la llave al río. Continuaba intentando ponerme en contacto contigo, me seguías teniendo bloqueada. Te espiaba desde lejos mientras desayunabas, esperaba a que salieras con el coche del garaje también desde lejos, no quería que me denunciaras. Amazon me devolvió más de un regalo.*

22:22 h del miércoles 16 de enero de 2019.

Margarita está sentada de nuevo frente a la acuarela. Ahora es preciso dar los toques de sombra para que la pared encalada resplandezca, refleje la luz, la dispare a las retinas. Las paredes de la cárcel, también las del despacho de Auxiliadora, sufrirán de color paciencia, de un apagado eterno, como las condenas de algunas reclusas. No estarán las almas para iluminaciones, será difícil tomar impulso para emprender los próximos renglones de la carta. ¿Será capaz de soportar el papel lo que el sufrimiento no pudo aguantar? Las palabras más dolorosas se derramarán en lágrimas de tinta azul sobre el folio de papel reciclado:

*Me había pasado los meses de agosto y de septiembre reclusa en mi cueva de Diógenes, entre bolsas de basura cerradas, envases de plástico de jamón york y yogures vacíos con su cucharilla dentro. El calor había cambiado de insoportable a simplemente pegajoso. Mis cabellos pringosos de grasa y sudor no veían la luz tapados por una almohada que apestaba a fluidos secos brotados de mis ojos, mi boca, mi piel. Mejor era no olerme las axilas en un tic compulsivo que me recordaba al chiste, «¿usas colonia de lavanda?, pues mírate debajo del sobaco que debes tener un músico muerto».*

*El final del verano dormitaba como moscas atrapadas en carne de membrillo, me encontraba hecha una greña en lo más profundo de mi inexistencia cuando sonó un WhatsApp. No lo podía creer, eras tú interesándote por mí, que cómo estaba, qué tal mis acuarelas, si salía con alguien, que ya no estabas con Amaranta. No me pediste disculpas por haber salido tan bruscamente de mi vida y haberme insultado tachándome de loca, sin embargo, se me*

*escapaba de la boca cada diez segundos el pedirte perdón por haberte acosado. «¿Vernos esta tarde en mi casa?, ¡pues claro que sí!»· Era domingo, las fuerzas huidas de mi cuerpo hacía más de un mes retornaron al instante nuevas, fortalecidas, robustas, eléctricas· Me puse a limpiar la casa con unas energías en los pies que los hacía volar como los de Mercurio· Mis brazos diligentes, mis manos habilidosas convirtieron en menos de dos horas la pocilga en la que moría en templo digno de la propia Venus· Me lancé a la calle en busca de establecimientos abiertos, los chinos nunca fallan· Pude componer una cena digna de la nueva vida que se abría ante mis anhelos· «¡Esta es la definitiva, los sufrimientos se irán para siempre!» Volví a la vida cuando esa noche dormí acunada por tus brazos·*

*Me sentía absolutamente feliz, venías a dormir varias noches en semana, yo fantaseaba en que una tarde abriría la puerta y aparecerías con la maleta para no separarte más de mí· La noche del sábado 28 de septiembre te esperaba con la cena, los vinos, el cava y los bombones preparados, pero esa noche no viniste solo, apareciste acompañado de tus tres amigos· Los reconocí, también estaban fotografiados dando un corte de mangas en el cartel de la presentación de la novela de Silvestre· Veníais cargados de cervezas, licores, Coca Colas y cajas de comida· Mi sorpresa inicial se convirtió en un «como tú quieras cariño» cuando te miré buscando una respuesta y vi tu sonrisa, esa sonrisa que me hacía sentirme esclava de su brillo· Pudimos sentarnos los cinco a la mesa a cenar entre vasos, copas, platos, cajas de cartón y papeles de *pescado frito*· Después de cenar me senté en el sofá, a un lado se me sentó Cayetano, al otro Ignacio, detrás de mí Vicente permaneció de pie*

*con el cubata en la mano. Tú en un sillón frente a mí. La conversación se desvió muy pronto hacia temas picantes, un chiste detrás de otro. Comenzasteis a recordar aventuras sexuales que habíais practicado en grupo, lo bien y satisfechas que habían quedado las mujeres. Según vosotros, incluso agradecidas. Te miraba desconcertada, pero veía tu sonrisa, tu cara de satisfacción, tu felicidad, y me decía a mí misma: «Esto es bueno». Pronto, Cayetano rodeó mi cintura con su brazo, me tocaba con la punta de sus dedos sintiendo, las mujeres sabemos muy bien cuando los hombres nos tocan sintiendo. Vicente comenzó a acariciarme el pelo, no me apetecía, no sabía qué hacer, te miraba buscando respuestas, tu sonrisa ya se acompañaba de un intenso brillo en tus ojos y yo pensaba: «Si sonrío es que esto es bueno, le parece bien». Ignacio comenzó a besarme en el cuello, sus manos buceaban en mis muslos, bajo mi falda, buscaba las bragas. Cayetano me acariciaba los pechos por encima de la ropa. Mi expresión hierática te miraba, me complacía saber que aquello te hacía feliz, haría lo que me mandarás con tal de que permanecieras conmigo, que no me abandonarás. «Si a él le place, entonces esto es bueno». Cayetano me cogió la mano, la puso sobre el pantalón, en la entrepierna para que acariciara su pene erecto, caliente. Ignacio me desabrochó la blusa, bajó mi sujetador, comenzó a meterse en la boca mis pezones. Fue en ese momento en el que te levantaste del sillón y me cogiste de la mano para llevarme a la habitación. Allí me desnudaste, os desnudasteis los cuatro entre risas, gritos entusiasmados de lobos y obscenidades. Os repartíais condones como si fuera tabaco. Todas las bocas visitaron mi boca, mis pechos, mi sexo. Todos los penes visitaron mis manos, mi boca y mi vagina. Era un pelele obediente*

*del ponte así y ahora así, pero te veía reír, disfrutar, gozar, y pensaba: «Lo estoy haciendo muy feliz, nunca me abandonará, esto es bueno».*

*De madrugada, os marchasteis a tomar una copa por ahí. No dormiste conmigo, quedé sola. Lo que había ocurrido se repetía una y otra vez en mi retina, en mi recuerdo, en los intensos olores que habían quedado impregnados en todo mi ser. Sola, satisfecha, estaba convencida de que esa noche te había anclado a mi vida para siempre. El domingo fui a pasear al parque.*

*La semana amaneció activa, el lunes de mañana, muy arregladita te esperé en la puerta de la consulta a la hora en la que solías salir a desayunar. Cuando surgiste detrás del pesado chirrido de la puerta de cristales, sonreíste al verme, me invitaste a que te acompañara a la cafetería Selene. Todas las mañanas de esa semana se repitió lo mismo, en esos momentos nada me faltaba, mi alma revoloteaba risueña como una golondrina en primavera, esperaba cada segundo el momento en que me propondrías venir a vivir conmigo para siempre, para ser felices y comer perdices. El viernes, me dijiste que el sábado volverías a cenar en mi casa conmigo y con tus amigos. Tus palabras eran órdenes, la verdad absoluta, la esclava estaría de nuevo preparada para arrastrarme si fuera necesario en busca de tu sonrisa complacida.*

*El sábado, se repitió en mi habitación la escena de la semana anterior. En esa ocasión grababas con tu móvil cada práctica, cada postura, cada inquilino que pasaba por mi cuerpo. «No ocurre nada, si es él el que graba es que esto es bueno». Volví a dormir sola, a pasear por el parque el domingo, a desayunar contigo el lunes. Todos los balcones aparecían llenos de flores, todos los*

*establecimientos llenos de flores, hasta los contenedores de basura estaban llenos de flores. El otoño más bello de la historia.*

*El martes 8 de octubre recibí una llamada. Era de un alumno muy querido por mí que me apreciaba. «Profesora, creo que debería saber que entre los alumnos está corriendo un video en el que sale usted. Se lo comunico por el aprecio que le tengo y por si desea tomar alguna medida. A mí también me ha llegado, yo no lo he reenviado a nadie, si usted quiere se lo envió para que tenga constancia de qué se trata». Cuando abrí el video quise morirme al instante. Habías procurado que no se viera ninguna de las caras de tus amigos, sin embargo, la mía aparecía en numerosos primeros planos. Lo habías enviado como trofeo a tus amigos y a otros adictos al porno con el que intercambiabas material. Un video casero, no era una película, se trataba de una orgía real, algo que volvía locos a otros puercos sin escrúpulos que no dudaron en reenviar en una red interminable de babosos que llegó inevitable a algún alumno de mi clase. Hoy no quiero imaginar la que se formaría en el instituto, correría a la velocidad de la luz. «La profe Margarita se come las pollas de cuatro en cuatro». Me dio un ataque de ansiedad, te llamé para que me explicaras. «La culpa la tienes tú, que además de loca eres un putón verbenero. Yo solo me divierto. Ya que te pones así, no quiero verte más, eres una ruina». Cuando te dije que me iba a suicidar, contestaste: «Pues que te entierren, así dejas de dar por culo».*

*Llamé a Luisa, no cogió el teléfono. Flora sí lo hizo, pero estaba muy lejos. La casa comenzó a hacerse pequeña, los muros se acercaban unos a otros, me quemaba, me asfixiaba. Solo aguanté el tiempo de coger una botella de litro de agua del frigorífico y*

*varias cajas de la extensa colección de ansiolíticos y neurolepticos que guardaba en el botiquín. Caminaba veloz, los ojos obsesos no veían más allá de mis pensamientos, en pijama, bata y zapatillas, con la botella en la mano y las cajas de medicamentos en los bolsillos. La gente se me quedaba mirando. «¿Qué miras desgraciada?». Andaba y andaba, casi corría, con rumbo fijo, sabía muy bien dónde me dirigía. En menos de una hora había llegado al puente de Triana. Allí, justo en la unión del edificio del restaurante Mariatrilca con la barandilla del puente, delante del candado que llevaba escritos nuestros nombres, mirando hacia las torres de Sevilla, comencé a tragar comprimidos acompañados de sorbos de agua. Uno detrás de otro, rítmicamente, al compás de las punzadas que se me clavaban en las sienes. Una caja se acabó, saqué otra que estaba casi entera, más sorbos, más comprimidos. El horizonte comenzó a desdibujarse, las torres se multiplicaban, el agua del río desapareció, las casas chorreaban como velas de barro encendidas, el puente se mecía de un lado a otro de mi estómago, los ruidos se taponaron, la temperatura subió a sesenta grados, el sudor se hizo lago bajo mis pies, los ojos se cerraron.*

23:00 h del miércoles 16 de enero de 2019.

Margarita contempla la acuarela, ya está casi terminada. Las paredes de cal resplandecen, las macetas explotan en colores, las sombras dan frescor, el verde mayo de las rejas baila por sevillanas, hasta se escuchan los pájaros cantar. «¿Por qué me sonrían si mi vida es una mierda?». Se levanta, va al mueble donde guarda los utensilios que utiliza en su arte, toma un frasco de cristal que contiene tinta, vuelve a la mesa, abre el frasco, lo vuelca sobre la acuarela. Lo que hace un segundo adormecía los sentidos en un sueño grato, ahora es un empapado en chorreones negros. «¡Sonríeme ahora, hija de puta!». En la cárcel, la sonrisa de Auxiliadora la animará a que continúe la primera carta a Julián:

*Desperté en una habitación de Virgen del Rocío. Me dolían muchísimo la cabeza y el estómago. Tenía puesta una vía, el gotero era un reloj de agua que marcaba la soledad de la tarde. Una enfermera regordeta, amable, me iluminaba. «Te has despertado. ¿Cómo te encuentras?». Cuando me tiré a la calle en pijama y bata no cogí el móvil, me quemaba en las manos el video que me había enviado el alumno. El único número de teléfono que me sabía de memoria era el de mi madre, justo el de la persona que más ansiaba que estuviera a mi lado en esos momentos. La enfermera marcó en su teléfono el número que yo le dije. Cuando el tono era de llamada, me puso junto a la oreja el Apple rosa caricia. Llorando, tardé en poder articular la palabra, dije: «¡Mamá!». Ella supo al instante qué había pasado. No pude decir más. La enfermera fue la que la estuvo informando y tranquilizando. A primera hora de la mañana, mi madre estaba besándome la frente. Le pedí que me trajera el*

*móvil, mi vecina tenía llave de casa, mi tendencia a salir corriendo a la calle enloquecida sin bolso ni bolsillos así lo aconsejaba.*

*Me dieron el alta el lunes 14 de octubre. Mi madre, mi Violeta, se afanó en limpiar y recoger mi pocilga. En el piso se respiraba esa atmósfera inconfundible e insustituible de amor de madre. El aroma a café reinaba sobre una limpieza de acero inoxidable. Sentadas en el sofá, los pasteles del obrador de Higinio nos esperaban. En el exterior, un viento furioso agitaba los árboles. Entonces preguntó cariñosa lo inevitable. «Cuéntame qué ha pasado esta vez, ¿qué único amor de tu vida te ha abandonado ahora?». No entré en detalles, con una madre no se entra en detalles, solo le dije que había visitado a un psiquiatra ya maduro para que me tratara, que nos habíamos enamorado, que me había dejado. «¿Por qué has visitado a un psiquiatra si ya tienes el tratamiento del doctor Rus?». Preguntaba por preguntar, ella sabía muy bien de mi impulsividad, mi necesidad de buscar nuevos estímulos, mi falta de constancia. «Fui a ver a Julián porque...». Los ojos de mi Violeta se abrieron inmensos, redondos, ansiosos, inquisidores. Su boca abierta pareciera resistirse a hablar, toda ella quisiera no existir, hasta que preguntó por tu nombre completo. «Julián Barrera Funes», contesté. Vomitó en una explosión sobre los pasteles y el café, comenzó a llorar gritando, cayó sobre la alfombra y sus vómitos hecha un ovillo dolorido, maldiciendo a la vida. Me asusté, me costó casi una hora tranquilizarla, hasta que, acostada, deshidratada, pudo hablar: «¿Os habéis acostado?». No entendía aquella pregunta, por un momento volví al tono desagradable que solía usar con ella. «¡Pues claro, mamá, me suelo follar a mis novios!». No volvió a decir palabra. No se levantó para cenar. Desde*

*mi cama estuve oyendo sus sollozos toda la noche, ahora ahogados contra la almohada, ahora en lamentos e insultos contra sí misma.*

*Apareció por la cocina en busca de la cafetera y algún ansiolítico sobre las dos de la tarde. Sus ojos, morados e hinchados, rehuían encontrarse con los míos. No quise abordarla de inmediato, almorzamos muy a su estilo: una ensalada de lechuga y un filetito de pavo a la plancha. En la sobremesa, encontré un claro en su culpabilidad, que yo no entendía, donde plantar mi pregunta: «Ahora eres tú quien me debes una explicación, ¿no crees?». Sin dejar de mirar al suelo en ningún momento, las palabras fueron asomando perezosas, tímidas, indecisas, de sus labios casi inertes. Comenzó a contarme una historia sobre su juventud que me ponía más nerviosa cada segundo. El calor me subía desde el estómago a la garganta. Las manos comenzaron a temblarme, el sudor me bajaba por el cuerpo hasta empapar el sofá y la alfombra. Intuía que aquello iba a acabar muy mal. Toda la vida estuve anhelando una frase de su boca, en ese momento era lo último que quería oír. Justo cuando me tapaba los oídos con mis manos, la frase resonó en mi alma como un estallido de truenos de carga nuclear. «Julián es tu padre».*

*Tú; la persona de la que había estado enamorada hasta ese preciso momento, la que me había hecho el amor, la que me había humillado ante sus amigos y ante la comunidad mundial de usuarios de WhatsApp; eras el hombre a quien más había querido sin ni siquiera conocerlo, la pieza que me había faltado siempre para completar mi identidad, el calor, la tranquilidad, la seguridad, la autoridad, el ejemplo necesario para una niña perdida en un mundo de amenazas. ¡Cuántas veces te había puesto cara, cuántas te había*

*puesto voz! Me había pasado una vida entera soñando con dormirme arrullada por una voz grave: la tuya.*

*No puedo contarte qué ocurrió después porque no me acuerdo absolutamente de nada. Desde que mamá pronunció aquella fatídica frase hasta que me dieron de alta en salud mental de San Lázaro, los momentos se me han borrado del recuerdo. Un lapsus, un paréntesis, un trauma, autodefensa tal vez. Mi ira desilusionada y la culpabilidad de mi madre abrazadas, se arrastraban como cuerpos de viejas encorvadas con toquilla negra casposa cuando salíamos por la puerta del hospital. El mes de octubre se hacía cada vez más tenebroso.*

*Mamá volvió a Trujillo a finales de mes, había envejecido quince años en solo tres semanas. Algo se removió en mis intenciones, un impulso nuevo que no había sentido jamás se abrió paso entre mis prioridades. Ese mismo día, yo tenía cita para ir a visitar a Silvestre, quería saber cómo estaba, charlar con él, era el único amigo que me quedaba en Sevilla. Sabía que una de las causas por las que había sufrido el último brote psicótico era la obsesión que se había fijado en su mente enferma debido a tus desprecios. En más de una ocasión había manifestado su deseo de acabar contigo. También conocía de tus propios labios que la razón del escarnio que sufrió delante de sus amigos, clientes y vecinos fue que te envió a un matón para hacerte daño. Me dijo dónde tenía escondida la pistola y la munición, comunicó a su mujer que yo iba a personarme para coger de su habitación algún libro para el club de lectura. Conseguí la pistola, la metí en el bolso, salí de su casa.*

*Nunca había tenido una pistola entre mis manos. En la soledad del salón de mi casa, pude comprobar que era fácil*

*manejarla. Balas, cargador, seguro. No había que estudiar ingeniería para entenderla, otro cantar sería cuando la disparara. No iba a ir a un campo perdido a ensayar, la primera vez que la disparara sería en el momento crítico, una sola oportunidad. Tendría que mantenerme serena, con el brazo bien estirado, firme, tenso.*

*El día elegido fue el 5 de diciembre, víspera del puente de la Inmaculada. Quería vengarme de tantos belenes en los que me faltaste, tantos árboles de Navidad que no pusiste junto a mí. Esa mañana desayuné un café con magdalenas. Llovía tanto que era imposible ver tres metros más allá de la cortina de agua que caía a plomo con una verticalidad perfecta, con un peso que aplastaba paraguas. Guardé la pistola ya cargada en el bolso, me lo colqué en bandolera, me puse encima el impermeable amarillo ira, ajusté la capucha a mi cara sin maquillar. A las diez y cuarto ya estaba junto a la puerta de tu consulta, resguardada bajo el tejadillo del portal contigo, sin paraguas, las manos las necesitaba libres. A las diez y treinta y dos se abrió el portal, un paraguas negro, grande, se abrió. Bajo su protección comenzaste a andar envuelto en tu gabardina, el agua brillantaba más el lustre de tus zapatos. No me habías visto. Te seguía a varios metros de distancia, la lluvia corría por mi cara. Te paraste en el semáforo, esperabas el verde para los peatones. Allí estabas, delante de mí, dándome la espalda como metáfora de lo que había significado para ti: nada. Saqué la pistola del bolso, nadie se percató de ello, le quité el seguro, alargué el brazo apuntándote, una señora miraba boquiabierta, estaba a punto de gritar, el semáforo amenazaba con ponerse en verde. «¡Ahora o nunca!» Grite: «¡Papá!» Volviste tu cuerpo, me mirabas sorprendido, tuve el valor de hacerlo, disparé. La primera bala lanzó*

*hacia atrás tu hombro derecho, soltaste el paraguas, tu mano izquierda buscó instintivamente la herida, desde tu cuerpo doblado seguías mirando como preguntándome qué hacía. El segundo disparó alcanzó tu frente, caíste desplomado sobre el charco que iniciaba el paso de peatones. En ese instante algo cambió en mis sentimientos. Dejé caer la pistola al suelo, salté los tres pasos que me separaban de tu cuerpo caído, mojado, ensangrentado. De rodillas me abracé a ti llorando, no me salían otras palabras del alma: «¡Papá, papá, papá, papá!».* El mundo desapareció de mis sentidos mientras te lloraba fundida en mi abrazo, solo un quirigay lejano, ahogado, opaco, de gritos que se alejaban y sirenas de policía que se acercaban me recordaban que aún existía.

23:45 h del miércoles 16 de enero de 2019.

Margarita rompe la acuarela, al hacerlo se mancha las manos y los brazos de tinta que corre por las mangas del pijama convirtiéndolo en piel de cebra. Los trozos ya están en el cubo de la basura. Ahora se está lavando las manos, el sueño la ha vencido, quiere irse a la cama. ¡Anhela tanto el final! El final de un día en el que su propia mente la ha machacado hasta dejarla exhausta, el final de su eterno sufrir, el final de su existencia. El día que marque el final de este año que recién ha comenzado, pondrá fin a la primera carta que envíe a Julián:

*En la cárcel no estoy mal papá. No disfruto de ninguna comodidad, pero no hace falta, peor estaba cuando me rebozaba yo solita en mi propia mierda. He aprendido a darle valor a las cosas que poseo, a mis estudios, a mi arte, a mamá, a ti. He hecho amigas, y aunque llevo muy poco tiempo aquí me parece que su amistad es sincera, que se mantendrá para siempre, algo me lo dice en el corazón. Mira que aquí estamos lo peor de lo peor, pero la adversidad nos une en una conexión que jamás había sentido. ¡Han sido tantas las veces que me he sentido abandonada por amigas que creía que lo eran!*

*Estoy muy orgullosa de mamá. Lo ha dejado todo para venir a cuidarte. Todas las semanas viene a verme. Todavía falta para que se celebre el juicio. Salga como salga, nadie me va a quitar que pase aquí un buen puñado de años. Aprenderé a tener paciencia, esperaré con ilusión el día que podamos vivir juntos los tres: mamá, tú y yo. No puedes oír, pero estoy convencida de que percibes los sentimientos con un sentido que no conocemos los que nos hemos quedado a este lado de la barrera que nos separa del lugar donde*

*te has ido. Cada tarde, te contaré cómo me ha ido en el instituto, y tú me calmarás con tu voz grave, aunque yo no pueda oírla, y me darás consejos mientras me acaricias el pelo con tus manos, aunque no pueda sentir las. Hoy es fin de año, cuando volvamos a estar juntos tomaremos cava, nos felicitaremos después de tomar las uvas, yo me pondré un vestido brillante y unos taconazos, para ti seré la hija más guapa del mundo. «¿Con quién te vuelves? Ten mucho cuidado con todo que me quedo preocupado», advertirás con rostro circunspecto. En Reyes te regalaré corbatas, camisas y botes de colonia. Todos los días del padre tendré lista para ti una preciosa acuarela que irás colgando año tras año en tu despacho. En primavera, te daremos paseos por el campo, en verano te llevaremos a la playa, y tú me reñirás si vuelvo de noche tarde. En las tardes de otoño contemplaremos juntos la lluvia tras los cristales, tostaremos pan que untaremos con mantequilla, haremos café. En el invierno charlaremos junto a la chimenea, y tú me contarás cómo conociste a mamá, y anécdotas de los abuelos. De noche, cuando me vaya a dormir, me taparás con la manta, me darás un beso de buenas noches, apagarás la luz. Después seguirás charlando bajito con mamá, y yo me dormiré arrullada por el murmullo de vuestras voces hogareñas. Los tres juntos ya para siempre.*

*Sueño con el día que salga de aquí y pueda pasearme delante de cada una de las amigas que desfilaron por mi vida en la infancia, adolescencia, juventud; para gritarles, orgullosa, que yo también tengo padre como ellas, que vivimos juntos, que me adora. Termino ya esta primera carta. Te prometo papá que te enviaré una cada semana. ¡Tengo que contarte tantas cosas sobre mí que me va a faltar tiempo!*

*¡Papá, te quiero!*

*Tu florecita.*

Margarita meterá la cuartilla en un sobre al que estampará con besos. Para ello, Auxiliadora le habrá conseguido una barrita de carmín que guardará en un cajón de su mesa de escritorio. También pintará con un pincel fino un corazón rojo. Esa misma tarde, Auxiliadora se encargará de echar la carta al correo.

**23:59 h del miércoles 16 de enero de 2019.**

Cuando Margarita dispare, Julián caerá al suelo. Nadie se querrá acercar. Ella abrazará el cuerpo de su padre implorando, gritándole al cielo de agua. La pistola permanecerá tirada en el suelo, la gente observará desde lejos refugiada de la lluvia. Se escucharán sirenas, llegará un coche de policía, bajará Antonio acompañado de dos agentes, comprobará que es el psiquiatra quien yace malherido. De pie, junto al cuerpo que se desangra, llamará a Luisa, le dirá: «Julián ha recibido dos disparos, uno de ellos en la cabeza».

La pintora duerme ahora tranquila. Está convencida de que el psiquiatra podrá ayudarla. Pronto acudirá a la primera consulta. Yo estaré presente cuando Abdón cometa su agresión brutal, cuando Margarita intente suicidarse, cuando las balas se alojen en el cuerpo de Julián. Decidiré sobre sus vidas. Mi capricho querrá que nadie muera para que ella disfrute de su padre, o de lo que quedará de él, durante siete años. Saldrá de la cárcel en 2028, a Julián lo llevaré conmigo en el invierno de 2035. Seré indulgente, espero que sepan aprovecharlo y sean felices. En fin, ¡humanos!

**FIN**

